This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

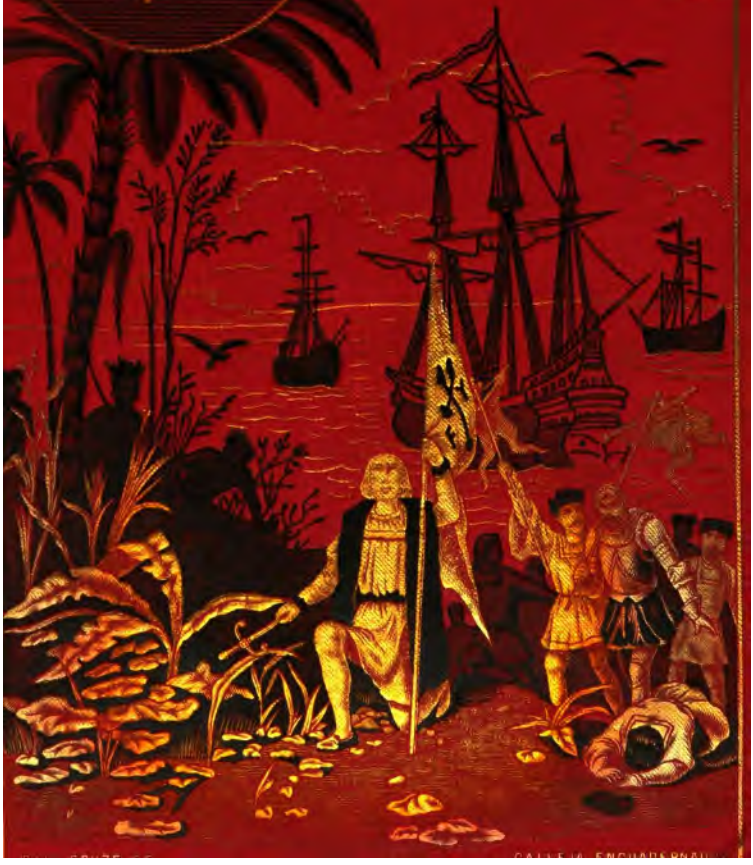
+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

TOZZER LIBRARY
TZ LRA

Tratados Historicos sobre Colon y America



CALLE 16 ENCUADERNACION

G. MOLINA
LIBROS ANTIGUOS
Travesía del Arenal, 1
MADRID

Am. DIS.
Am 45 f
V. 2

FUENTES HISTÓRICAS

SOBRE

COLON Y AMÉRICA

PEDRO MARTIR ANGLERIA

FUENTES HISTORICAS

SOBRE

COLON Y AMERICA

PEDRO MARTIR ANGLERIA

del Real Consejo de Indias,
agregado constantemente á la Corte de
los Reyes Católicos, y primer historiador del
descubrimiento del Nuevo Mundo que, á instancias
de los Papas de su tiempo, escribió en latín dándoles cuenta
de todo, según lo sabía por cartas y explicaciones
verbales del mismo Colón, de casi todos los
capitanes y conquistadores y de cuantos
volvían de América.

LIBROS RARÍSIMOS QUE SACÓ DEL OLVIDO

traduciéndolos y dándolos á luz en 1892, el

DR. D. JOAQUÍN TORRES ASENSIO

PRELADO DOMÉSTICO DE SU SANTIDAD,
TEÓLOGO CONSULTOR QUE FUÉ EN EL CONCILIO ECUMÉNICO
DEL VATICANO
Y ACTUALMENTE CANÓNIGO LECTORAL DE MADRID

TOMO SEGUNDO

MADRID
IMP. DE LA S. E. DE SAN FRANCISCO DE SALES
Calle de la Flor Baja, núm. 22

1892

H.D. AM. DIS
AN45f
V.2
Peabody Museum Library
Received June 9, 1906
Bequest of Samuel Kirkland Lothrop

Quedan reservados dentro y fuera de España todos los derechos que las leyes y convenios internacionales conceden á la propiedad intelectual.

PRECIO DE ESTE TOMO: **4** pesetas encuadernado en rústica, **5** en elegante encuadernación de tela con plancha dorada.

Los pedidos hechos directamente al Sr. Torres Asensio *y acompañados del importe*, si llegan á 50 pesetas efectivas obtendran aumento de ejemplares por valor de un 15 por 100, de un 20 los de 200 pesetas, y del 25 los de 400 ó mas.

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA

Vasco Núñez de Balboa nació en Jerez de Badajoz, de familia distinguida. Cuando joven, mostró carácter inquieto y suelto. Era alto, bien configurado, de rostro gentil y pelo rubio, fornido y vigoroso. Por tomar parte en cierta expedición hizo la travesura de meterse en una pipa.

En el Darien cometió actos de indisciplina que pusieron en su mano la jefatura. Desde entonces desplegó todo su genio militar. Hombre incansable, era siempre el primero en el trabajo y los peligros, afable con sus subordinados, justo en premiar el mérito, muy cristiano, y terrible con los hombres corrompidos. Soldado valerosísimo, jamás descuidó el cálculo y la prudencia.

Una de las más interesantes figuras que la imaginación puede contemplar es la de Vasco Núñez descubriendo el mar del Sur, dando gracias á Dios y tomando posesión de todo aquel mundo para España.

La envidia vil de un hombre mediocre le cortó la cabeza á la edad de 42 años, en 1517, privando á la patria de uno de los más grandes capitanes de que cualquiera nación pueda gloriarse. Sus oficiales Pizarro y Almagro conquistaron el imperio del Perú llevando á cabo los planes que conocían de Vasco.

Al Ilmo. Príncipe Carlos,

REY CATÓLICO

Pedro Martir [1].

DESDE que la Providencia divina quiso criar el universo, reservó el que fuera conocida la inmensa extensión del mar occidental hasta estos nuestros tiempos en que ha sido descubierta para ti, Rey poderosísimo, bajo los felices auspicios de tus abuelos maternos.

La misma Providencia parece que me hizo venir á España, no sé en virtud de qué destino, de mi patria, Milán, y luego de Roma, donde había pasado casi diez años, para que recogiera con particular diligencia estos acontecimientos maravi-

---

[1] Este documento puso el autor al frente de la edición de sus tres primeras Décadas, que se hizo en Alcalá el año 1516, aunque la primera Década se había impreso allí mismo el año 1511 sin contar con el autor.

llosos y nunca vistos, que de lo contrario habrían quedado tal vez ignorados en las voraces fauces del olvido, por atender sólo en general á estos descubrimientos los historiadores españoles, muy distinguidos por cierto.

Mas no pretendo solamente para mí el mérito de haber emprendido este trabajo: le pertenece principalmente al vizconde Ascanio, Cardenal Vicecanciller, que, cuando yo me quería marchar ya de Roma para tomar parte en la guerra de Granada, primero me disuadía de que me fuera, y después, viéndome del todo resuelto, me encargó, ó más bien con sus ruegos me impuso el mandato de que le escribiera todo lo que fuera sucediendo en España.

Me vine á España con el anhelo de presenciar la expedición que se emprendió contra los enemigos de nuestra fe, y porque, joven yo y ansioso de novedades, no veía en Italia cosa con que pudiera alimentar mi ingenio por las discordias de sus Príncipes. Estuve en la guerra: el cardenal Ascanio sabía por cartas mías diarias lo que se hacía; y cuando la fortuna se le tornó de madre en madrastra, cesé yo de escribir.

Limpia ya España con la victoria sobre los enemigos, y extirpada la mala semilla mora, por no pasar la vida en ocio indecoroso pensaba volverme á Italia;

pero me retuvo la singular benignidad que me mostraron los Reyes Católicos, ya difuntos, y las amplias promesas que á la vez me hicieron, en particular después que regresé de mi embajada babilónica.

Pero no me pesa haberme quedado, ya porque en parte alguna del mundo veía llevar á cabo en estos tiempos las grandes empresas que aquí, ya también porque, á causa de las disensiones de los Príncipes cristianos, no solamente oía quejarse y lamentarse, sino que yo mismo sentía hundirse todo, despoblarse los campos en casi toda Italia y regarse con sangre humana, saquear hostilmente las ciudades, llevarse las doncellas y las casadas con los bienes paternos, y aun matar cruelmente y sin motivo en sus propias casas á los padres y á otros hombres inermes é inocentes; pues no se libró de esa feroz sevicia la sangre de mis parientes y allegados.

Cuando así seguía yo, el cardenal de Aragón, habiendo visto los dos libros de mi primera Década dedicados al cardenal Ascanio, en nombre de su tío el rey Federico me exigió que escribiera los otros ocho. Descuidado yo totalmente de las cosas del mar, los Nuncios apostólicos, varones eminentes, me despertaron del sueño en nombre de nuestro Sumo Pontífice León X (que con sus atinados

consejos y autoridad esperamos ponga remedio, por fin, á tantas calamidades y desdichas de Italia). Á la Década primera, que se había impreso sin contar conmigo, añadí otras dos compuestas de libros breves en forma de cartas á Su Santidad.

Ahora vuelvo á vos, Serenísimo Rey, de quien he divagado un poco. El que vuestros abuelos maternos os hayan sometido toda la España excepto un rincón; el que os hayan dejado la hermosa Nápoles con las fértiles islas de nuestro mar, cosa grande es ciertamente, y así lo he consignado yo en los anales; pero, lo diré con permiso de los antepasados, cuanto desde el principio del mundo se ha hecho y escrito es poca cosa, á mi ver, si lo comparamos con estos nuevos territorios, estos nuevos mares, esas diversas naciones y lenguas, esas minas, esos viveros de perlas, aparte de otras ventajas que para ti, ¡oh Rey potentísimo!, adquirieron tus abuelos. La cualidad y la grandeza de todas esas cosas se ponen de manifiesto en estas tres Décadas.

Ven, pues; ven, Rey, á quien Dios tiene destinado el más alto poderío que jamás oyeron los hombres; ven y no tardes [1]. Preparado tenemos para ti, excep-

1 Aun no se había presentado en España Carlos V, que tenía entonces dieciséis años, y hasta se dudaba de si vendría ó no, duda que ocasionaba funestas consecuencias.

tuando algo, el círculo equinoccial desconocido hasta estos tiempos, y la zona hirviente y, en opinión de los antiguos, tostada por los ardores del sol, pobladísima de gente, amena, fértil, riquísima, é islas mil coronadas de oro y de perlas, y en uno solo que reputamos continente ofrecerte hemos tres Europas.

Ven á abrazar un nuevo mundo y no quieras atormentarnos más con haber de seguir deseándote. De aquí, de aquí, tierno y preclarísimo Rey, se sacarán medios para que te obedezca á ti todo el orbe.

Dios guarde felizmente á Vuestra Majestad, á cuyo paladar, si llego á entender que saben bien las producciones de mi cultivo, le ofreceré con el tiempo mayor abundancia de ellas en canastos llenos. Quién soy, lo dirán los índices de los libros.

En Mantua Carpetana, vulgo Madrid, á 30 de Septiembre, año 1516.

DÉCADA SEGUNDA DEL NUEVO MUNDO

A León X, Pontífice Máximo.

LIBRO I

DEL EXISTIMADO CONTINENTE

(Comprende la expedición de Alfonso Hojeda.)

INTRODUCCIÓN

BEATÍSIMO PADRE:

DESDE que Galeazzo Butrigario, boloñés, y Juan Curcio, florentino, aquél representante de Vuestra Santidad en la corte del Rey Católico, y éste de su ilustrísima República, vinieron á España, los traté siempre, y por sus virtudes y sabiduría les tuve á entrambos gran consideración.

Siendo aficionados á leer asiduamente varios autores, dieron con ciertos libritos salidos de mi escritorio acerca de las vastas regiones del mundo desconocidas hasta ahora, y de los casi antípodas occidentales que ya hace años descubrieron los españoles.

Por amor de la narración, aunque mal pergeñada, ponderaron el asunto y me pidieron, ya en su nombre, ya en el de Vuestra Santidad, que escribiera también los descubrimientos que se han hecho después de aquel tiempo, y les diera un ejemplar para enviárselo á Vuestra Beatitud, á fin de que entienda cuánta gloria ha ganado el humano linaje en estos nuestros tiempos bajo los felices auspicios de los Reyes de España, y cuánto se aumentó la Iglesia militante. Pues aquellas gentes desnudas, como tablas rasas reciben fácilmente los ritos de nuestra religión, y con el trato de los nuestros dejan su fiera rudeza nativa.

Tuve gusto en acomodarme al

mandato de aquellos varones sabios y beneméritos de Vuestra Santidad, como que en oyendo el nombre de Vuestra Beatitud reputaría crimen imperdonable el no obedecer al punto. Contaré, pues, brevemente qué costas ignoradas recorrieron sucesivamente los españoles; quién son los que lo hicieron; dónde se establecieron, qué es lo que se espera, y lo que prometen aquellas comarcas.

CAPÍTULO PRIMERO

Sumario: Nuevas expediciones.—Hojeda en Caramairi.—El manzanillo.—Muere Juan de la Cosa en el ataque.—Llegada de Nicuesa.

En la narración de mi Década oceánica que, sin contar conmigo, corre impresa por el orbe cristiano, escribí que Cristóbal Colón, de la Liguria, descubrió aquellas islas de que se hizo mención, y que, volviendo después á mano izquierda, hacia el Mediodía, vino á parar en vastas regiones de tierra y de mar que sólo distaban de la línea equinoccial de cinco á diez grados, donde encontró anchos ríos, altísimas y nevadas montañas que dominaban costas y puertos placidísimos.

Muerto ya Colón, el Rey puso

gran cuidado de que aquellas nuevas tierras, que habían de ser habitadas por cristianos, fueran ocupadas en aumento de nuestra religión. Por eso, á los que tal empresa querían acometer les dió honorífica facultad por medio de cédulas reales, pero principalmente á dos varones, Diego Nicuesa, de Baeza, en Andalucía, y Alfonso Hojeda, de Cuenca; y así desde la Española, en la cual dijimos que los españoles construyeron una ciudad y colonias, y que ellos la habitaban, partió primeramente Alfonso Hojeda, hacia el 13 de Diciembre, con unos 300 soldados; y encaminándose casi derecho al Mediodía de los puertos ya ántes descubiertos, fué á uno que Colón había llamado Cartagena, por cuanto una isla opuesta á las olas entrantes, y la anchura del lugar y los lados circulares, le hacen semejante al puerto de Cartagena de España. Los indígenas llaman á la isla *Codego*, como los españoles de Cartagena llaman á la suya Escombrera. Y á la región

la llaman los indígenas Caramairi, en la cual dicen que los hombres y las mujeres son igualmente de muy hermosa estatura, pero van desnudos; los hombres con los cabellos partidos hasta la oreja, y las mujeres lo llevan tendido, y ambos sexos pueden mucho con sus flechas.

En esta provincia encontraron los nuestros árboles de manzanas dulces, pero muy nocivas, que comiéndolas se convierten en gusanos, y principalmente la sombra del árbol es mortífera, pues los que alguna vez se han dormido bajo de ella despertaron con la cabeza hinchada y del todo ciegos; y si durmieron poco rato, después de algunos días recobran la vista.

Este puerto dista cuatrocientas cincuenta y seis millas de pasos de aquella parte de la Española que los españoles llaman Beata, en la cual se preparan para ir á nuevas tierras. Entrado Hojeda en el puerto, hizo violencia á los habitantes, que encontró sin orden y desnudos.

Por diploma regio habían sido asignados como presa, porque antes fueron cruelísimos contra los cristianos, y no se les pudo nunca determinar á que quisieran recibir pacíficamente á los cristianos dentro de los términos de su jurisdicción.

Encontraron allí cantidad de oro, pero exigua, y éste no era puro; con él se hacen láminas y bolillas para adornarse, poniéndoselas al pecho. No contentándose Hojeda con aquel ataque y con los despojos, guiándose por los cautivos que poco antes había cogido y atacando una aldea interior que distaba de la costa doce millas de pasos, en la cual habían sido recibidos los que huyeron de la población marítima, encontró una gente, aunque desnuda, dispuesta para la guerra, pues pelean con escudos, adargas y espadas largas, también de madera, y con arcos y flechas de puntas chamuscadas ó de hueso.

Arremetieron desesperadamente con sus huéspedes contra los nuestros, teniendo en cuenta principal-

mente la calamidad de los que se habían refugiado entre ellos por el rapto de los hijos y mujeres, y por los despojos y la ruina que se les causó. Los nuestros fueron derrotados; mataron al segundo del capitán Hojeda, Juan de la Cosa, que fué el primero que recogió oro en la arena de Uraba, y á setenta soldados, pues untan las saetas con jugo mortífero de cierta hierba. Los demás, puestos en fuga, se volvieron á las naves dirigidos por el capitán Hojeda, que también volvió la espalda.

Cuando, afligidos por aquella derrota, se encontraban en el puerto de Cartagena, he aquí á otro capitán, Diego de Nicuesa con cinco embarcaciones, pues Hojeda y Cosa le habían dejado preparándose en el puerto de Beata, en la Española. Este llevaba consigo setecientos ochenta y cinco hombres; pues siendo, como era, libre escoger al capitán que quisieran, á este Nicuesa le habían seguido más soldados, porque era hombre de más autori-

dad por razón de su edad y porque corría la noticia de que la Veragua, que mandaría Nicuesa por concesión real, era más rica en oro que no Uraba, la destinada para Alfonso Hojeda.

CAPÍTULO II

Sumario: Castigo de los caníbales.—Marcha Hojeda á Uraba.—Es herido con flecha envenenada.—Viaje de Nicuesa.—Llega Bernardino Calavera con otra nave.—Disgusto de los soldados de Hojeda.—Marcha él, dejando el mando á Francisco Pizarro.

ARRIBADO, pues, Nicuesa, tuvieron consejo sobre lo que debiera hacerse, y por voto de todos se resolvió que primeramente se procurara vengar á los compañeros.

Formado de noche el escuadrón, se pusieron en camino hacia los que habían matado á La Cosa y á sus setenta compañeros. Embistiéndoles descuidados en la última vigilia de la noche; para que ninguno se escapase rodearon todo el pueblo, que constaba de más de cien casas, pero estaba atestado de triple número de vecinos (pues habi-

tan agrupados), y prendiéndole fuego acabaron con él. Son las casas de ellos de madera, techadas con hojas de palma; sólo perdonaron á seis de la gran muchedumbre de hombres y mujeres, muriendo á filo de espada ó con el fuego, junto con sus muebles, todos los demás que no huyeron.

Por los niños que guardaron supieron que á La Cosa y demás muertos sus matadores los habían hecho pedazos, y luego se los habían comido. Juzgan, pues, que los de Caramairi traen su origen de los caribes, ó sea caníbales, comedores de carne humana. Encontraron algo de oro entre las cenizas. La sed de oro, no menos que la de tierras, mueve á los nuestros para sobrellevar estos trabajos y peligros.

Hecho esto y vengada la muerte de La Cosa y sus compañeros, regresaron al puerto. Después Hojeda, que había venido el primero, se marchó delante con su escuadrón en dirección de Uraba, que era su gobierno; marchó por la isla que se

llama Fuerte. Esta está entremedias de Uraba y el puerto de Cartagena, y desembarcando en ella supo que era patria de los crueles caníbales.

De los indígenas cogieron prisioneros dos hombres y siete mujeres: los demás se escaparon. Adquirió ciento noventa dracmas de oro elaborado en varios aderezos.

Desde allí marchó por la costa oriental á Uraba, á la cual llaman los indígenas Caribana, de donde se dice que proceden y toman el nombre los isleños caribes. Allí comenzó á levantar un castillo, y junto á él un pueblo donde se refugiaran. Después le enseñaron los cautivos que en lo interior, á doce millas, había una aldea llamada Tirusi, notable por una rica mina. Determinó atacar la aldea; marchó allá, encontró á los aldeanos dispuestos á defender su derecho, y lo rechazaron, no sin vergüenza y daño, pues también éstos pelean con flechas envenenadas.

Pocos días después, como quiera

que, apremiado por la necesidad, fuera á embestir otra aldea, le pasaron el muslo con una saeta. Dicen algunos de sus compañeros que le hirió un indígena, cuya mujer llevaba cautiva; cuentan que antes el marido trató amigablemente con Hojeda sobre redimir á su mujer, y que se ajustó para un día determinado la cantidad de oro que Hojeda pedía por la mujer, y que el día señalado volvió, pero armado con saetas y dardos, no cargado de oro, con ocho compañeros resueltos á morir, como participantes del ultraje que se había hecho á los de Cartagena, y después por lo de la aldea quemada. Los compañeros de Hojeda mataron al indígena, que ya no pudo disfrutar de su amada esposa. Hojeda, con el atroz veneno, poco á poco se secaba.

Mientras sucedían estas cosas, llegó Nicuesa, el otro Capitán á quien se le asignó para habitar la región de Veragua, al Occidente de la de Uraba. Éste, al otro día de marchar Hojeda, se dió á la vela en

el puerto de Cartagena con rumbo á Veragua. Costeando siempre las playas con la tropa que había sacado, tomó una ensenada de los indígenas que se llamaba Coiba y su rey Careta.

Encontró que el lenguaje era muy diferente del de la Española y de Cartagena : tienen también en estas comarcas idiomas diversos de sus vecinos, pues en la Española al rey le llaman cacique, pero en la provincia Coiba le nombran chebín, en otras partes tiba. En la Española, noble se dice taino; en Coiba, saco; en otras partes, jurá. De Coiba se encaminó Nicuesa á Uraba, prefectura de su compañero Hojeda.

Algunos días después, tomando él una especie de nave mercante que los españoles llaman carabela, mandó que las naves de carga le sigan por alta mar, y se llevó consigo dos galeras de á dos órdenes de remos, vulgo bergantines, que me propongo llamar con sus nombres vulgares en el discurso de mi

narración, é igualmente las demás clases de navíos y otras muchas cosas, para que más claramente se entienda lo que quiero decir, dejando los nombres genuinos de los tétricos que buscan causas de morder á los escritores; pues todos los días salen á luz no pocas cosas, á las cuales no pudo dejar nombre la veneranda y majestuosa antigüedad.

Después de la partida de Nicuesa, le vino á Hojeda una nave de la Española, su capitán Bernardino de Calavera, que la había sacado furtivamente de la Española con sesenta hombres, sin contar con el Archithalaso, que ellos llaman Almirante, ni con los otros gobernadores. Con los alimentos que traía restauraron algún tanto las fuerzas perdidas por la penuria.

Los compañeros de Hojeda cada día murmuraban más y más contra él, porque los entretenía con vana esperanza, pues decía que había dejado en la Española al bachiller Anciso, Pretor de justicia que él

había elegido con autoridad real, porque era perito en leyes, para que le llevase una nave llena de provisiones, y que se admiraba de que no hubiera venido muchos días antes; y no mentía, pues al marchar había dejado á Anciso ya medio preparado. Pero sus compañeros, creyéndose engañados, sospecharon que era falso lo que contaba de Anciso : la mayor parte determinaron silenciosamente entre sí robar los dos bergantines de Hojeda y volverse á la Española. Sabiéndolo Hojeda, resolvió adelantarse al plan de sus compañeros, dejando á Francisco Pizarro, varón noble, por Prefecto para guardar el fuerte que había edificado.

Así, herido, se embarcó con pocos en la nave que antes hemos nombrado en demanda de la Española, ya para curarse el muslo si encontraba algún remedio, ya para averiguar la causa de detenerse Anciso, dejando á sus compañeros la esperanza de que volvería á los cincuenta días, que de casi trescien-

tos hombres habían quedado reducidos á sesenta, muertos los demás, ya de hambre, ya de los dardos de los indígenas, dejando escrita á Pizarro y á sus compañeros la condición de que no serían tenidos por traidores si él no volvía dentro de cincuenta días con bastimentos y auxilio de nuevos compañeros.

CAPÍTULO III

Sumario: Abandonan el puesto.—Naufraga un bergantín.—El otro se encuentra con Anciso.—Este Pretor les hace volver á Uraba.—Tres días arma al brazo.—¡Paz!

TRANSCURRIDOS, pues, los días pactados, apretándoles ya cruel hambre, se embarcaron en los dos bergantines y abandonaron aquella tierra. Navegando ya por alta mar hacia la Española, se levantó una tempestad y sumergió uno de los bergantines con todos los que llevaba. Algunos de los compañeros cuentan que vieron claramente un pez enorme que rodeaba el bergantín (pues aquellos mares crían grandes monstruos), y que de un coletazo hizo pedazos el timón, faltando el cual, agitado de la tempestad el bergan-

tín, se fué á pique cerca de la playa de la isla que llaman Fuerte, y está entre las orillas de Cartagena y Uraba, de cuya costa los indígenas bárbaros, reuniéndose ferozmente, rechazaron con sus arcos y saetas al otro bergantín que se acercaba.

Prosiguiendo, pues, su camino, se encontró casualmente con el bachiller Anciso entre el puerto de Cartagena y la región de Cuchibacoa, en la desembocadura del río que los nuestros llaman Boio del Gato, porque allí por vez primera vieron gatos, y boio, en la lengua de la Española, es la casa.

Venía Anciso en una nave cargada de toda clase de provisiones, ya para comer, ya para vestir, y acompañada de un bergantín: éste era el que esperaba con avidez el capitán Hojeda. Había salido de la Española el 13 de Septiembre, y á los cuatro días de su partida reconoció ciertas montañas altas que por sus nieves perpetuas los españoles llamaron Sierra Nevada cuan-

do pasaba por allí Colón, primer descubridor de aquellas regiones.

Al quinto día navegó por la Boca del Dragón. Los que iban en el bergantín dijeron á Anciso que Hojeda se había vuelto á la Española. Pensando Anciso que no decían verdad, con su autoridad de Pretor les mandó regresar. Obedecieron los del bergantín; siguieron á Anciso, aunque le pidieron suplicantes que les concediera una de dos cosas: ó que les diera permiso para volverse á la Española, ó que él los condujera á Nicuesa. En premio de esta gracia ofrecieron darle dos mil dracmas de oro. Pues eran ricos de oro y necesitados de pan. Ni lo uno ni lo otro les concedió Anciso, y dijo que no podía de modo alguno ir á otra parte sino á Uraba, provincia de Hojeda. Guiado, pues, por ellos, se encaminó á Uraba el pretor Anciso.

Pero no le sea molesto, beatísimo Padre, oir antes una cosa memorable que le sucedió á este Pretor cuando venía.

Echó anclas en la costa Caramairiana, que dijimos es notable por su puerto de Cartagena, por la casta belleza marital de las mujeres, y por la fortaleza de ambos sexos. Para hacer aguada y componer el esquife, que se había estropeado, envió algunos hombres á la playa; y cuando estaban los nuestros atentos á su trabajo, los rodeó una muchedumbre de indígenas armados á su modo, y los tuvo sitiados tres días, durante los cuales, ni ellos se atrevieron á venir á las manos, ni los nuestros á atacarlos. Guardando las líneas, estuvieron unos y otros por espacio de tres días mirándose mutuamente; pero los nuestros entretanto proseguían su obra, teniendo en medio del escuadrón á los artífices navieros.

Cuando así vacilaban, se separaron del grupo dos para llenar un tonel de agua en la desembocadura del río vecino á unos y otros. En un momento se presenta un mayoral de los enemigos con diez hombres armados, y rodean por ambos

lados á los aguadores ; apuntándoles con las flechas, pero sin dispararles, los atisbaban con atroz mirada. Huyó uno de los dos, permaneció impérterrito el otro, y, reprendiendo al compañero que huía, le hizo volver. Habló á los enemigos en el idioma de ellos, que había aprendido por el trato de los cautivos que en otra ocasión habían tomado allí.

Admirados ellos de oir su lengua en un extranjero, dejaron su ferocidad y trataron mutuamente con palabras apacibles. Preguntaron los indígenas quién eran los jefes de aquella gente que había arribado. Respondió el peón que eran extranjeros que iban de paso, y que se admiraba de que quisieran molestar desde la playa á naves pasajeras, acusándoles de inhumanidad y anunciándoles que se perdían si no cambiaban de actitud, y les hizo saber que vendrían hombres armados, más que las arenas del mar, para acabar con ellos, como no solamente depusieran las ar-

mas, sino también dejaran de recibir honoríficamente á los que vinieran á sus playas.

Se dió noticia á Anciso de que estaban detenidos los peones, y él, sospechando fraude, sacó á todos sus compañeros con sus escudos, por temor de las saetas envenenadas, y en escuadrón formado marchó lentamente hacia los que detenían á los infantes; mas haciéndole señal el uno para que se detuviera, hizo alto, y por medio del otro entendió que no había peligro; pues dijo que los enemigos deseaban la paz porque los nuestros no eran los que se figuraban, aludiendo á Hojeda y á Nicuesa, que en aquella playa habían saqueado un pueblo llevándoselos cautivos, y en lo interior habían destrozado y quemado otro.

Declaraban los enemigos que habían venido á vengar aquella injuria si podían, pero que contra hombres inocentes no querían disparar sus dardos, pues decían que es impío pelear contra cualquiera que no hace daño. Dejando, pues,

los arcos y las saetas, recibieron benignamente á los nuestros, y les dieron pescado salado y pan del país, y también las pipas de vino se las llenaron de cerveza igual al vino de frutas y semillas del país.

CAPITULO IV

SUMARIO: 1. Anciso con rumbo á Uraba pierde la nave en el puerto.—2. Á mantenerse en los bosques.—3. Hostigados por los indios.—4. Los vencen.—5. Exploración del país.

Así hecha la paz con los caramairenses, á quien otros jefes habían acremente maltratado, Anciso se dirigió á Uraba por la isla Fuerte. Llevaba Anciso en su nave ciento cincuenta hombres nuevos en sustitución de los muertos, también doce yeguas y muchas cerdas, con los machos de cada género, para que criaran en aquella región, y juntamente cincuenta mosquetes con inmensa multitud de lanzas, escudos, espadas y demás armas así para guerrear, pero todo con mala estrella.

Cuando ya querían entrar en el puerto, el piloto que gobernaba el timón dirigió la nave á unos bajíos y arenas vadosas, y la desdichada se paró encallada en la arena, agitáronla las ondas y se abrió: cuanto en ella iba todo se perdió. ¡Desdicha era verlo! De los bastimentos únicamente salvaron doce toneles de harina, unos pocos quesos y exigua cantidad de galleta; los animales se ahogaron también en las olas. Ellos se libraron casi desnudos con parte de las armas, auxiliados por el bergantín y el bote de la nave; así caían de una calamidad en otra y otra, solícitos únicamente de la vida y nada ya del oro. Hélos vivos é incólumes abrazando la tierra que tanto habían anhelado: tienen que cuidar de alimentar sus cuerpos, pues no viven del aire; faltándoles lo propio, habrán de buscar lo ajeno; pero entre tantas contrariedades se les presentó una cosa favorable.

2. Encontraron no lejos de la costa bosques de palmeras, entre los

cuales y las algas palustres vagaba libre una muchedumbre de jabalíes; comieron allí de esa carne hasta saciarse por espacio de algunos días, pero dicen que son menores que los nuestros y de colas muy cortas, tanto que les parecía que las tenían cortadas. Tienen también las patas diferentes que los de por acá, pues dicen que las de atrás de estos jabalíes tienen sólo un dedo sin pesuña; también experimentaron que las carnes de aquéllos son mucho más sabrosas y saludables que las de los nuestros.

Durante aquel tiempo comían la fruta de las palmas y unas raíces de palmillas (que se comen en la Bética interior y llaman palmitos, y de cuyas hojas son las escobas en Roma) y manzanas del país; pero dicen que aquellas manzanas son también pequeñas y coloradas como las ciruelas tempranas en echando hueso. Paréceme que son de la misma clase de las que yo comí el mes de Abril en Alejandría de Egipto, cuyo árbol los judíos de allí, pe-

ritos en la ley mosaica, dicen que es cedro del Líbano. Son buenas de comer; tienen un dulzor mezclado con cierto agrio suave, como es el de las acerolas. En vez de melocotoneros y cerezos y otros árboles así, los indígenas plantan este árbol en huertos, y lo cuidan con diligencia por ser extranjero; se parece mucho al azufaifo en las hojas, en la altura, y también en el tronco. Faltando ya los jabalíes, tuvieron que pensar para en adelante y se internaron en pelotones.

La gente de esta tierra caribana es muy diestra en el manejo del arco y la saeta. Anciro capitaneaba una centuria, digo ciento de á pie, aunque no ignoro que la centuria consta de ciento veintiocho soldados, y la decuria de quince; pero el que escribe de gente desnuda puede usar alguna vez de palabras desnudas.

3. Al encuentro de los nuestros salieron solos tres indígenas desnudos; les atacaron sin miedo ninguno, traspasaron á varios con sus flechas

envenenadas y mataron á la mayor parte (de los heridos); y habiendo dejado vacías sus aljabas, escaparon más rápidos que el viento, pues corren muchísimo, y denostaron á los nuestros con oprobios ofensivos. Jamás disparan en vano de sus arcos una saeta.

Volviéronse, pues, los nuestros por el camino que habían ido con muchas desventuras, y pensaron en abandonar aquella tierra, principalmente porque los indígenas habian derruído el fuerte edificado por Hojeda, y habían quemado treinta casas del lugar tan pronto como abandonaron la tierra Pizarro y los compañeros que Hojeda dejó.

Haciendo, pues, investigaciones, entendieron que el lado occidental de aquella bahía de Uraba era más feliz y más productivo; por lo cual la mitad de los hombres se trasladaron en los bergantines, dejando la otra mitad en el lado de Oriente.

La ensenada aquella tiene de ancha veinticuatro millas de pasos,

y cuanto más penetra en el continente tanto más va estrechando. Desembocan en ella diversos ríos, pero uno de ellos más afortunado según dicen, que el Nilo, y se llama Darién, en cuya orilla, llena de hierba y de árboles, determinaron establecerse, aunque tiene pequeño y lento álveo. Pero los habitantes, admirados al ver llegar las veleras y los bergantines, que eran mayores que sus canoas, enviando fuera á las mujeres y á los hombres inermes y sus muebles, los hombres aptos para la guerra, enardecidos y armados, formados en escuadrón esperaron á los nuestros en un collado alto : calcularon los nuestros que serían más de quinientos.

4. Dispusieron, pues, los escuadrones al mando de Anciso, Pretor en substitución de Hojeda ; arrodillándose el mismo Pretor y los demás, oraron humildemente á Dios , pidiéndole la victoria; hicieron voto de ciertos regalos de oro y de plata á la imagen de la bienaventurada

Virgen que se venera en Sevilla con el nombre de Santa María la Antigua, y prometieron enviar á uno en peregrinación, y que al pueblo en que habitaran le pondrían el nombre de Santa María la Antigua, y que con la misma denominación levantarían un templo ó dedicarían como tal la casa del cacique.

Hecho esto, obligó á todos los soldados con juramento á no volver la espalda á los enemigos. Dada la señal, embrazaron con alegría los escudos, vibraron sus lanzas, y dando voces arremetieron á los enemigos. Éstos, desnudos como iban, no pudieron sostener mucho rato el empuje de los nuestros, y se pusieron en fuga siguiendo al régulo Cemaco. Los nuestros ocuparon el pueblo, en el cual encontraron abundancia de comidas según el estilo del país para saciar el hambre que tenían, como pan de raíces y de semillas semejantes al panizo que dijimos en la primera Década, y frutas desemejantes á las nuestras, que ellos conservan para su

uso como nosotros las castañas y otras cosas semejantes.

5. Entre aquellas gentes encontraron á los hombres desnudos del todo, y á las mujeres cubiertas desde el ombligo con tejidos de algodón. No siente aquella región los rigores del invierno, pues dista la desembocadura del río Darién solamente ocho grados del equinoccio, y así el pueblo apenas encuentra diferencia entre el día y la noche en todo el año, como muchos aseguran aunque no son peritos en la Astronomía. Por lo tanto, nada nos importe que estos grados se diferencien ó no, de lo que á ellos les parece, cuando ciertamente se diferencian en poco, aunque los mismos disputan que entienden cuánta vuelta da la estrella polar al punto ártico.

Al día siguiente de haber llegado á la costa, marchan río arriba. Á una milla encuentran espesísimos cañaverales en el río. Pensaron lo que efectivamente sucedía: que los indígenas prófugos, ó estaban allí

escondidos, ó habían escondido sus muebles; recorren el cañaveral indagando con cautela, cubriéndose con los escudos por temor de las emboscadas, y lo hallaron desierto de hombres, pero lleno todo de muebles y oro.

Encontraron no pequeña cantidad de mantas tejidas de seda arbórea ó de *gosipio,* que en italiano se llama bombaso y los españoles llaman algodón, de utensilios de madera, y otros muchos de alfarería: también pecheras de oro y joyas, según la costumbre de ellos, en cantidad de más de doscientas libras. Pues se compran joyas con el oro, y las hacen y labran admirablemente; las adquieren ellos á cambio de sus productos. Pues la región que es abundante en pan y algodón carece de oro, y la que produce el oro ú otros metales, en su mayor parte es montañosa y pedregosa, y no feraz. De este modo comercian entre sí sin tener dinero. Cantando, pues, con doble gozo, ya por ver grandes muestras de oro,

ya porque la suerte les ofrecía tierra amena y fértil, hicieron venir á los compañeros dejados anteriormente en la parte oriental del golfo de Uraba. Algunos, sin embargo, aseguran que allí el aire es malsano, porque la parte aquella se encuentra en lo más bajo del valle, y rodeada de montes y pantanos.

LIBRO II

DEL EXISTIMADO CONTINENTE

CAPÍTULO PRIMERO

Sumario: 1. Sale Nicuesa hacia Veragua.—2. Se pierden.—3. Lope de Olano, Gobernador interino.—4. Naufragio de Umbría.

He ahí, Beatísimo Padre, dónde piensan establecerse los que, al mando de Hojeda, les tocó por sanción real habitar los vastos territorios del Uraba.

Dejemos un poco á los urabenses, y volvamos de nuevo á Nicuesa, nombrado Gobernador de la dilatada provincia de Veragua. Hemos dicho que Nicuesa partió de Uraba,

jurisdicción de su amigo y compañero Hojeda, con una carabela y dos bergantines, hacia el occidente de Veragua, dejando atrás las naves grandes para que le siguieran.

2. Con mal agüero tomó ese designio Nicuesa: perdió de noche á sus compañeros; él prosiguió, y se pasó del estrecho de Veragua á donde deseaba ir.

Uno de los bergantines lo conducía cierto Lope de Olano, cántabro, piloto de una de las naves grandes. Este, marchando detrás, supo de los indígenas por dónde se iba por la parte oriental hasta la bahía de Veragua, que se había dejado Nicuesa. Virando, pues, al Oriente, se encontró Olano con el otro bergantín compañero, que se había perdido también en la obscuridad de la noche, y lo mandaba Pedro de Umbría. Llenos de alegría, los dos pensaron qué partido tomar y por dónde deberían pensar que había marchado el gobernador Nicuesa.

Deliberando, formaron juicio de que al jefe Nicuesa no le faltaría quien le diera noticias de Veragua, y guiándose por esto, y con esperanza de encontrar en Veragua al Capitán, se encaminaron hacia allá, en donde encontraron, á dieciséis millas, un río vecino, llamado por Colón el río de los Lagartos: porque los que la lengua española llama lagartos y la latina *lacertos,* los cría muy grandes, enemigos de los hombres y demás animales, y parecidos á los cocodrilos del Nilo. Encontraron en este río á sus perdidos compañeros en sus naves grandes ancladas, que habían venido de alta mar por mandato del jefe.

Reunidos allí todos, y en cuidado por el extravío del Gobernador, por consejo de los pilotos de los bergantines que habían pasado junto á Veragua se encaminaron á ella.

3. Llámase Veragua en la lengua de los indígenas un río aurífero, y del río tomó el mismo nombre la región. En la boca de este río echa-

ron anclas las naves más grandes, y desembarcaron todo el convoy con los botes : en lugar de su extraviado compañero Nicuesa, nombraron gobernador á Lope de Olano, por consejo del cual y de los principales, para quitar toda esperanza de irse á los que habían sido llevados, y para que se avinieran á cultivar la región, abandonaron aquellas naves carcomidas de viejas y que no habrían de aprovechar, y las dejaron que las destrozaran las olas. Pero con sus mejores tablas y con otras nuevas, aserradas de los árboles del país, que dicen son muy grandes y de maravillosa altura, hicieron después otra carabela para servirse de ella en las necesidades que ocurrieran.

4. Con mala suerte encontró á Veragua Pedro Umbría, piloto de un bergantín. Éste, que era de genio vivo, tomó el encargo de explorar el país para designar á los compañeros el punto donde se hubiera de tomar tierra. Escogió doce marineros y se subió en el bote servidero

de las embarcaciones mayores: rugía allí una corriente del mar con horrendo murmullo, como se lee del Escila siciliano, á causa de las grandes rocas que dominan al mar y por el violento reflujo (que los españoles llaman *resaca)* de las olas, que repercuten entre los peñascos. Luchó algún tiempo Umbría; pero un torbellino, cayendo como un monte de los riscos, envolvió al desdichado, y con su esquife lo sumergió á la vista de sus compañeros: sólo uno de aquéllos se libró, porque era gran nadador, y agarrándose á un pequeño escollo que salía entre las ondas, y aguantando el furor del mar alborotado hasta que al día siguiente se apaciguó y quedó la playa en seco por el reflujo, se fué con su gente. Umbría y los otros once perecieron.

El resto de la tripulación, no atreviéndose á fiarse de los faluchos, bajaron á tierra con los bergantines; pasando allí unos pocos días, se subieron río arriba y encontraron aldeas de indígenas que és-

tos llaman *mumu*. Comenzaron á levantar en la playa un fuerte, y en cierto valle de suelo fértil, que lo demás de la región es estéril, sembraron á usanza de su patria.

CAPÍTULO II

Sumario: 1. Nicuesa y los suyos hambrientos.—2. Beneficio mal pagado por Nicuesa.—3. En busca de mejor tierra.—4. Disensiones de Vasco en Uraba.

Cuando esto sucedía en Veragua, he aquí que, desde el alto risco que servía de atalaya, uno de los compañeros, fijando la vista en Occidente, comenzó á gritar: ¡Velas de lienzo, velas de lienzo! Cuanto más la acercaba el viento, vió que era una lancha que venía con vela desplegada; sin embargo, la recibieron alegres, pues era la lancha pescadora de la carabela de Nicuesa, capaz sólo de cinco hombres, y que entonces llevaba tres, sin haber

contado con Nicuesa, pues la habían hurtado porque Nicuesa no quiso creerles que se había dejado Veragua á la espalda por el lado de Oriente. Estos, viendo que Nicuesa y los compañeros se iban consumiendo de hambre, determinaron probar fortuna con aquella lancha, por ver si podrían descubrir á Veragua.

Dieron, pues, con sus compañeros de Veragua: contaron que Nicuesa, habiendo perdido la carabela por las tempestades, andaba entre lagunas marítimas y playas desiertas, falto de todo, desgraciado, que llevaba ya más de setenta días alimentándose con hierbas ó raíces, ó rara vez con frutas del país, sin tener más que agua potable, que muchas veces le faltaba porque le urgía caminar á pie hacia el Occidente en demanda de Veragua. Aquel trecho había recorrido Colón, primer descubridor de tan vasto territorio, que los indígenas llamaban Cerabaro y él le puso Gracia de Dios.

2. Baña aquella región un río que los nuestros llamaron de San Mateo, y dista de la Veragua occidental como ciento treinta millas. No pongo los nombres patrios de este río y de muchos lugares, porque no los saben los que vuelven acá. Allí, por lo que habían dicho los tres marineros, Lope de Olano, piloto de una de las naves de Nicuesa y entonces también Vicepretor, envió un bergantín guiado por los marineros que habían venido en la lancha.

Encontraron á Nicuesa, el cual, llevado allá, encarceló y puso grillos á Olano, elegido Gobernador hasta que él volviera, acusándole de traición porque se había arrogado la autoridad de Gobernador, é inducido por la dulzura del mando no se había cuidado de su pérdida y había sido negligente en investigar por qué se retardaba tanto. Á todos los principales les hablaba acalorado, y á los pocos días les mandó que cogieran todos el hatillo que tuvieran. Le rogaban que es-

perara un poco tranquilamente hasta que segaran las mieses que habían sembrado y ya estaban casi en sazón, pues sazonan á los cuatro meses de sembradas. Él gritaba que no quería esperar; decía que tenían que marcharse al punto de una tierra tan malaventurada. Sacó del golfo de Veragua cuanto habían llevado allí, y mandó darse á la vela para Oriente.

3. Á distancia de dieciséis millas, un joven, Gregorio, genovés, criado que había sido desde niño del primer descubridor Colón, reconoció que había allí un puerto vecino; dió señales á sus compañeros probándoles que decía verdad; les dijo que en la arena había medio cubierta una ancora de nave perdida, y que debajo de un árbol próximo al puerto encontrarían una fuente cristalina. Tomaron tierra: halladas el áncora y la fuente, ponderaban el talento y la memoria de Gregorio por ser el único entre tantos marineros que se acordaba de haber recorrido con Colón aquellas costas. El

Almirante las había llamado Puerto Bello.

Como los nuestros desembarcaban en muchos lugares del trayecto obligados por el hambre, eran malamente recibidos por los naturales. La necesidad había dejado tan débiles á los nuestros, que no podían tomar las armas contra cualquiera que les resistiera, aunque desnudo. Además habían perdido veinte hombres, heridos por flechas envenenadas. En Puerto Bello pensaron dejar la mitad de la gente; los demás se los llevó Nicuesa hacia el Oriente. Á veintiocho millas de Puerto Bello determinó edificar un castillo en la playa, junto á un promontorio que el Almirante había llamado en otro tiempo Mármol. Mas por el hambre ninguno tenía fuerzas para aquel trabajo; sin embargo, levantó una torrecilla para resistir los primeros ímpetus de los naturales, y la llamó «Nombre de Dios». Desde que abandonó á Veragua, ya en el camino, entre arenosas llanuras, ya de ham-

bre mientras edificaban la torre, perdió doscientos hombres de los pocos que quedaban. Así, poco á poco, se consumió la muchedumbre de setecientos ochenta y cinco hombres, reducida ya apenas á ciento.

4. Mientras Nicuesa vivía con aquellos pocos hombres desdichados, se originó contienda entre los de Uraba acerca del principado. Cierto Vasco Núñez de Balboa, que, á juicio de todos, confiaba más en las armas que en el consejo, concitó en contra de Anciso á sus adictos, diciendo que Anciso no tenía cartas reales que le concedieran el poder de Pretor, y que no era bastante el que Hojeda con su autoridad de Gobernador le hubiese elegido.

Prohibió, pues, que Anciso ejerciera los derechos de Pretor, y entre todos pusieron varones de Uraba por cuyo consejo se rigieran. Por lo cual, divididos en facciones, no regresando su capitán Hojeda, el cual juzgaban que ya habría muerto por el veneno de la saeta, dis-

putaban entre sí sobre llamar ó no en su lugar á Nicuesa. Los de mejor consejo, que habían sido familiares de Nicuesa y no podían aguantar la insolencia de Vasco Núñez, eran de opinión que se debía buscar á Nicuesa por todas aquellas costas, pues entendían que se habría retirado de Veragua por la esterilidad del terreno, y que podría andar errante en algún lugar retirado, como Anciso y otros que habían naufragado, y que no se debía parar hasta que claramente se supiera si vivía con sus compañeros ó había muerto.

Pero Vasco Núñez, temiendo que si venía Nicuesa habría de perder el mando sobre sus compañeros, llamaba locos á los que pensaran que Nicuesa estuviera vivo, y si vivía, decía que no necesitaban de él, afirmando que ninguno de los compañeros tenía menos aptitud que Nicuesa para ejercer el mando. Mientras andaban así divididos en contrarios pareceres, he ahí á Rodrigo Enrique Colmenares, ca-

pitán de dos grandes naves, con sesenta hombres de refuerzo y abundancia de bastimentos para comer y vestir. Me propongo referir muchas cosas de la navegación de este Colmenares.

CAPITULO III

Sumario: 1. Expedición de Rodrigo Colmenares.—2. Perfidias de un cacique.—3. Salva Colmenares á los hambrientos de Uraba.

Desde el puerto Beata de la Española, donde se disponen para pasar á estas tierras, Colmenares zarpó hacia mediados de Octubre del año 1510, y tomó tierra el 5 de Noviembre en la vasta región de Paria, descubierta por Colón, entre el puerto de Cartagena y la región de Cuchibacoa. Pasó en su navegación no medianas molestias, ya de los naturales, ya de la furia del mar. Faltándole el agua potable, arrimó las naves á la desembocadura de un río que los naturales llamaban Gaira y era á propósito para fondear.

Corría el Gaira de altas montañas cubiertas de nieve : ninguno de los compañeros del capitán Rodrigo había visto ninguna más alta, según todos decían. Y así sería si blanqueaba en ella la nieve en aquella región, que dista de la línea equinoccial menos de diez grados. Despachó, pues, el bote de servicio á la orilla del río Gaira para llenar las pipas.

2. Cuando habían comenzado á tomar agua desde el bote, he ahí que se presenta un cacique cubierto con vestidos de algodón, con veinte acompañantes palatinos, lo que no acostumbraban ver : colgábale de los hombros una capota hasta el codo, y otro vestido talar, sujeto con un ceñidor, asemejaba el traje de mujer. Acercándose el cacique, pareció que avisaba amistosamente á los nuestros que no tomaran agua de allí, por ser perjudicial para los hombres, y mostró que corría allí cerca otro río de agua más saludable. Se fueron al río señalado por el cacique y, procurando sondearlo, se

les impidió la corriente, y las arenas que bullían indicaban que era allí vadoso el mar. Se vieron, pues, precisados á volver al río primero, seguro para echar anclas. Aquel cacique preparó una celada á los nuestros que allí llegaron, pues, cuando estaban ocupados en llenar las pipas, con gente armada á su usanza, setecientos á juicio de los nuestros, aunque desnudos (pues sólo el cacique y sus cortesanos van vestidos) atacaron á los nuestros, arrebataron el bote y lo hicieron astillas. En un instante traspasaron con sus saetas á cuarenta y siete de los nuestros, antes de que pudieran cubrirse con los escudos, y de ellos sólo uno se libró: los demás murieron al punto por lo atroz que era el veneno; pues aún no sabían los remedios contra aquella clase de veneno, como después los aprendieron de los isleños de la Española, la cual cría una hierba que extingue el virus de la venenosa con tal se aplique de seguida. También se reservaron otros siete, escondidos en el

hueco de un gran árbol, abierto de puro viejo, ocultándose allí hasta la noche; pero no se libraron de las manos de los enemigos, pues por la noche, dejándolos allí, se marchó la nave, y ya de ellos no se ha hecho más mención.

3. Así, entre muchos peligros de estos que paso por alto, por no molestar á Vuestra Santidad refiriendo menudencias, ganó por fin la ensenada de Uraba y echó anclas en su estéril lado oriental, de donde pocos días antes los nuestros habían emigrado al occidental con mejor fortuna. Admirándose del silencio que reinaba, supuesto que pensaba encontrar allí á los compañeros, no entendía qué fuera aquello, dudando si vivirían ó si habrían mudado de sitio. Entonces tomó una resolución saludable. Mando cargar los mosquetes y cuantas armas de pólvora llevaba en las naves, y encender hogueras de noche en las cimas de las rocas. Dando fuego, descargaron á la vez todas las armas; la ensenada del

Uraba retumbó con los tiros, y su horrible estruendo, aunque distaban veinticuatro mil pasos (que ésta es la anchura de la bahía del Uraba), lo oyeron, sin embargo, los compañeros, y á las hogueras de los que venían respondieron los darienenses con otras hogueras. Y así, guiándose por las llamas correspondientes, Colmenares pasó las naves al lado occidental.

Los desventurados darienenses, que ya por el hambre apenas conservaban un resto de vida á causa del naufragio del pretor Anciso, alzando las manos al cielo, derramando lágrimas de alegría á la vez y de tristeza, recibieron á Rodrigo y á su gente con el agasajo que tanta necesidad requería. Gozaron abundantemente de las provisiones y vestidos (pues estaban casi completamente desnudos).

Resta, Beatísimo Padre, explicar lo que dieron de sí las disensiones de los de Uraba acerca del mando cuando hubieron perdido los jefes.

LIBRO III

DEL EXISTIMADO CONTINENTE

CAPÍTULO PRIMERO

SUMARIO: 1. Sale Colmenares en busca de Nicuesa.—2. Expulsión y muerte de éste.—3. Vasco en busca de comida.—4. Tres pasados á los indios.—5. Anciso exonerado.—6. En demanda de protección.

TODOS los principales de Uraba y los que tenían más juicio juzgaban que debía buscarse de todos modos á Nicuesa, á ver si en alguna parte se le encontraba. Al pretor Anciso, que rehusaba la venida de Nicuesa, le quitaron el bergantín que había hecho construir á su costa, y contra la voluntad del propio Anciso y el dictamen del esgrimidor Vasco Nú-

ñez, determinaron buscar á Nicuesa para quitar de entre sí las emulaciones del principado. Encargaron, pues, á Colmenares, de quien antes hemos hecho mención, que buscara á Nicuesa por aquellas playas en que sospechaban andaba errante, pues tenían oído que había abandonado á Veragua, región de tierra infecunda, y le mandaron que, encontrándolo, se lo traiga, y le dé esperanza de que se arreglarán bien las cosas si viene él á quitar las sediciones, que ya asomaban entre ellos. Se encargó de ello Colmenares, que era amigo de Nicuesa, declarando que no menos había venido para socorrer con sus provisiones á Nicuesa que á los de Uraba. Aparejó, pues, una de las naves que había conducido y el bergantín quitado al pretor Anciso, con parte de las provisiones por él traídas.

Recorriendo todas las costas vecinas, halló por fin á Nicuesa edificando la torre en el promontorio del Mármol, en mayor desdicha que

la de hombre alguno, extremadamente macilento y escuálido con sesenta compañeros solamente que quedaban de más de setecientos; de modo que no les tuvo menos compasión que si los hubiera hallado muertos. Acarició Colmenares á su amigo Nicuesa, le consoló con sus lágrimas y palabras amorosas, le infundió gran esperanza de mejores sucesos y cambio de fortuna. Le inculcó que todos los buenos de Uraba estaban deseando que fuera, pues esperaban que por su autoridad se aplacarían las discordias nacidas entre ellos. Nicuesa dió las gracias á su amigo Colmenares como correspondía en tan extrema calamidad. Subieron juntos á bordo, y tomaron el rumbo de Uraba.

2. Suelen los hombres, por antigua inclinación de la naturaleza, insolentarse por los sucesos prósperos de la fortuna. Después de derramar lágrimas, tras el llanto y el mucho lamentarse de su suerte infeliz, tras las acciones de gracias, Nicuesa, echado á los pies de su salvador

Rodrigo Colmenares, matado ya el hambre, comenzó á hablar, antes de ver á los urabenses, de cambiar el estado de cosas en Uraba, de recogerles el oro á todos, diciendo que no pudo nadie poner mano en él sin contar consigo ó con su compañero Hojeda. Estas cosas que dijo, llegando á oídos de los urabenses, concitaron en contra de Nicuesa los ánimos levantiscos de Anciso, Pretor por Hojeda, y de Vasco Núñez, del partido contrario. Rechazáronle cuando llegó, ó, según otros lo cuentan, después que había tomado tierra con sus sesenta compañeros, le obligaron á marcharse hasta con amenazas.

Esto disgustó á todos los buenos; pero temiendo un tumulto del pueblo, á quien Vasco Núñez excitaba, sufrieron el inicuo hecho. Le hicieron, pues, embarcar en el bergantín que él había traído en estado miserable, con solos diecisiete de los sesenta sobrevivientes.

El día 1.° de Marzo de 1511, el infeliz Nicuesa se embarcó con rum-

bo á la Española para quejarse de la temeridad de Vasco Núñez y de la violencia que le había hecho el pretor Anciso. En mala hora se subió á bordo del bergantín. Jamás hubo ya noticia de él: se cree se fueron todos á pique con el mismo barco. Sea como fuere, Nicuesa de una desdicha caía en otra desdicha, y murió más desdichadamente que había vivido.

3. Arrojado malamente Nicuesa, y consumidas las provisiones que había llevado Colmenares, rabiando de hambre cual lobos rapaces, desde las selvas se vieron precisados á invadir la vecindad. Al mando de Vasco Núñez se reunieron unos ciento treinta hombres. Vasco formó el escuadrón según su estilo de la esgrima: más hinchado que un fuelle se eligió á su antojo los que fueran de vanguardia, y los que le siguieran y quien guiara la retaguardia. Se llevó consigo por compañero y colega á Colmenares.

Salió con ánimo de tomar á los caciques vecinos cuanto le viniera

á mano, y se encaminó por aquella costa á la región llamada Coiba, de que otras veces hemos hecho mención. Llamó á su cacique, Careta, que nunca había hecho daño ninguno á los transeuntes, y con tono imperioso y severo aspecto le pidió que diera de comer á los que llegaban. El reyezuelo Careta dijo que no podía darles cosa alguna; le hizo ver que muchas veces había socorrido á los cristianos que pasaban, con lo que había agotado sus recursos, y que por las disensiones y enemistades que desde niño tuvo con el cacique vecino, llamado Poncha, su casa estaba arruinada. Vasco, el gladiador, no admitió nada de esto: mandó llevar preso á Darién al desgraciado Careta, con sus dos mujeres é hijos y toda su familia, despojando su pueblo.

4. En casa del cacique Careta encontraron tres compañeros de Nicuesa, que cuando éste pasaba en busca de Veragua, temiendo ser juzgados por males que habían hecho, se habían escapado de las naves

ancladas, y cuando marchó la flota se entregaron al reyezuelo Careta, que los trató muy amigablemente. Habían pasado ya dieciocho meses, por lo cual los encontraron completamente desnudos lo mismo que los demás indígenas, y cebados como los capones, que una mujer les daba de comer en casa en la obscuridad. Los alimentos de los indígenas les parecieron en aquel tiempo manjares y viandas regias, pues habían vivido sin las cuestiones del *mío* y *tuyo,* del *dame* y del *no te doy,* las cuales dos cosas traen, obligan y arrastran á los hombres á que, viviendo, no vivan. Pero eligieron volver á los cuidados de antes. Del pueblo de Careta llevaron á los compañeros dejados en Darién comidas para matar el hambre que tenían, mas no para quitar del todo la necesidad.

5. Si sucedió antes ó después de estas cosas, no lo entiendo bien; pero sí sé que, después de arrojado Nicuesa, Vasco y sus partidarios buscaron pretexto contra el pretor An-

ciso, que fué preso y encadenado, y sus bienes confiscados, fundándose en que el nombramiento de Pretor lo tenía sólo de Hojeda, que decían había ya muerto; mas no del Rey, y dice que no quiere obedecer á ninguno que no tenga su poder del mismo Rey con diploma propio. Sin embargo, á ruego de los buenos se aplacó y obró con más suavidad el buen estoqueador, y le perdonó el infamarle.

Mandó poner en libertad á Anciso, el cual, viéndose libre, se embarcó gustoso para marcharse á la Española. Antes de darse á la vela acudieron á él todos los buenos, suplicándole que se bajara de la nave y prometiéndole hacer de modo que, reconciliado con Vasco, se le devolviera toda su autoridad de Pretor; pero Anciso cuentan que lo rehusó y se marchó. No falta quien murmure diciendo que Dios y los Santos han querido que le pasara esto á Anciso en castigo de haber sido expulsado Nicuesa por obra suya. Como quiera que sea, los in-

vestigadores de nuevas tierras se precipitan, y se consumen en odios intestinos, y no cuidan como correspondería de tan gran descubrimiento.

6. Entretanto resolvieron todos, de común acuerdo, enviar á la Española algunos que se presentaran al Almirante ó Archithalaso joven, hijo y heredero de Colón, primer descubridor y Virrey que era en la Española, y á los demás Gobernadores de la isla, de los cuales las tierras nuevas reciben auxilios y leyes, y les informaran del estado de las cosas y de lo apurados que se veían, de lo que descubrieron, de lo que esperaban si se les socorría con provisiones en su necesidad. Para esto, á gusto de Vasco Núñez, fué elegido un partidario suyo llamado Valdivia, habiendo formado un proceso contra Anciso en virtud de su derecho á sobreponerse. Diéronle por compañero á cierto cántabro, Zamudio. Dispusieron que Valdivia se vuelva de la Española con bastimentos después de exponer lo

que le mandaron, y que Zamudio viniera á España para presentarse al Rey. Marcharon ambos, juntamente con Anciso, el cual contaría al Rey los sucesos diferentemente que Valdivia y Zamudio.

Lo mismo Anciso que Zamudio vinieron á hablarme en mi casa en la Corte : lo que trataron conmigo se dirá en otra parte.

CAPITULO II

Sumario: 1. Con el aliado Careta derrotan á Poncha.—2. Visitan al cacique Comogro.—3. Cadáveres conservados.—4. Discreción de Comogro el joven.

MIENTRAS en esto se ocupaban los desventurados darienenses dejaron libre á Careta, cacique de Coiba, con pacto de hacer la guerra con auxilio de los nuestros contra Poncha, cacique limítrofe de Careta y enemigo suyo dentro del continente. Careta prometió que daría lo necesario á los que pasaran, y que se presentaría en la guerra con su familia y armas. Las armas de éstos no son arcos ni saetas envenenadas, como dijimos que las tienen los indígenas orientales al otro lado de la bahía. Éstos pelean de ordinario mano á mano con largas espadas que llaman *macanas,* pero de madera, pues

no tienen hierro; usan en la guerra de palos chamuscados ó con puntas de hueso, y también arrojadizos.

Habiendo, pues, sembrado todo lo que pudieron, se fueron hacia Poncha, sirviendo de guía y representando la causa principal Careta. Algunos meses después de hecha la alianza, para que los labradores de Careta tuvieran tiempo de sembrar y segar, invadieron la corte de Poncha. Éste huyó, saquearon el pueblo y todo, y con los bienes de Poncha saciaron el hambre; pero con aquellos bienes, aunque encontraron muchos, no pudieron socorrer á sus compañeros por la distancia de los lugares; pues la corte de Poncha distaba del Darién más de cien millas de pasos, y tenían que llevarse á cuestas á la costa muy distante, donde habían dejado las naves que les habían llevado al pueblo de Careta. Encontraron algunas libras de oro labrado en diversas joyas. Se volvieron, pues, á las naves después de haber destruído á Poncha, con ánimo de dejar á los caci-

ques del interior y de hostilizar á los de las costas.

2. No lejos de Coiba, en aquel mismo lado, hay una región que se llama Comogra, y su cacique Comogro. Fueron á derrotar á éste después que á Poncha. Encontraron la corte de Comogro en el opuesto estribadero de las montañas vecinas, en magnífica llanura de doce leguas.

Un pariente y principal cortesano de Careta, por disensiones con éste, se había pasado á Comogro. Estos en su lengua se llaman *yurá*. Se interpuso el yurá de Coiba y reconcilió á Comogro con los nuestros, que le conocían mucho desde que pasó Nicuesa, y este yurá se decía que había tratado honrosamente á los tres tránsfugas todo aquel tiempo.

Fueron, pues, los nuestros en son de paz á la corte de Comogro, que distaba del Darién treinta leguas de buen camino, pues las montañas intermedias obligan á dar rodeo. Averiguaron que Comogro te-

nía de varias mujeres siete hijos jóvenes y mozos de egregia presencia, aunque desnudos. Y su casa dicen que es de construcción fuerte y maravillosa, de largas vigas unidas entre sí, y además defendida con muros de piedra. Midiendo su longitud, contaron ciento cincuenta pasos de luz con ochenta pies de anchura, y tenía techos y pavimentos primorosamente labrados. La despensa la encontraron llena de toda clase de comidas del país, y la bodega provista de tinajas de barro y toneles de madera, á estilo de España ó de Italia, y llena de excelentes vinos, aunque no de uvas, pues no tienen vides. Pero hacen vinos de aquellas tres clases de raíces y granos de hacer pan, que en la otra Década dijimos que llaman yuca, ages y maíz, y del fruto de las palmas, al modo que los germanos, belgas, ingleses y también nuestros montañeses de España, como los vascos y asturianos, y en los Alpes los noricos, suevos y suizos, hemos oído que hacen sidra de

la cebada, el trigo y las manzanas. Cuentan que bebieron en casa de Comogro vinos blancos y tintos también, y de varios sabores, la mayor parte imitando la aloja.

3. Oiga, Pontífice Sumo, oiga Vuestra Santidad otro espectáculo peregrino. Penetrando en las habitaciones interiores de este cacique, encontraron una cámara repleta de cadáveres colgados, pendientes de cuerdas de algodón. Preguntándoles qué significaba aquella superstición, se les respondió que eran los cadáveres de los padres, abuelos y antepasados del cacique Comogro. En cuya conservación ponen sumo cuidado, y cuentan que ese respeto se tiene por religión. Cada uno de los cadáveres, según su grado, tenía puestos vestidos sobretejidos con oro y perlas. Así la antigüedad veneraba á los penates, ¡oh Soberano Pontífice! Mas el modo con que secan en parrillas aquellos cadáveres, poniéndoles debajo fuego lento, de suerte que sólo les quede la piel, cual redecilla de los

huesos, lo hemos explicado en la Década.

4. El mayor de los siete hijos de Comogro tenía maravilloso saber natural. Comprendió que se debía tratar con agrado á estos hombres errantes, y tener cuidado de no darles motivo para que se ensañaran contra ellos y su casa, como lo hicieron contra los demás comarcanos. Envió de regalo á los principales, á Vasco y á Colmenares, cuatro mil dracmas de oro, primorosamente elaborado, y setenta esclavos; pues se prenden mutuamente y se venden á cambio de cosas de su uso ó de su agrado : el dinero no lo conocen. Aquel oro, y otro tanto que en otra parte se había recogido, lo pesaban juntos los nuestros en el vestíbulo de Comogro para separar la quinta parte que correspondía al Fisco; pues es decreto ordinario en aquellos reinos que del oro, plata y piedras preciosas se les entregue el quinto á los cuestores reales. El resto se lo reparten entre sí por común acuerdo

CAPITULO III

Sumario: Aprovechado discurso del indio Comogro.

ORIGINÁRONSE disputas entre los nuestros sobre repartirse el oro. Estaba allí presente aquel hijo mayor de Comogro tan discreto, el cual, acercándose, dió fuerte puñetazo á los platillos de la balanza, y todo el oro que tenían lo tiró por el vestíbulo, y encarándose con los nuestros les echó esta elegante arenga:

«¿Qué es esto, cristianos? ¿Tan pequeña cantidad de oro estimáis tanto? Y queréis, sin embargo, de alhajas primorosamente labradas, fundirlo en rudas barras (pues llevaban consigo instrumentos de fundir). Si tanto hambre tenéis de

oro que por él perturbáis á tantas gentes pacíficas, padeciendo calamidades y molestias desterrados de vuestra patria por todo el mundo, yo os enseñaré una región abundante de oro donde podréis saciar esta sed. Pero es preciso que acometáis esta empresa con más gente, pues tenéis precisión de vencer por fuerza de armas á reyes poderosos, defensores acérrimos del territorio patrio. Entre otros se os opondrá el rey Tumanama, cuyo reino tiene más oro que los demás, y dista de nosotros nada más que seis soles (pues computan los días por èl sol).

»Además, las montañas que hay en medio las ocupan los caribes, linaje de hombres feroces que se comen la carne humana, sin leyes, sin imperio, errantes, pues oprimiendo á los habitantes de las montañas, atraídos por la codicia de las minas de oro que abundan en esos montes, ellos dejaron también sus propias moradas, porque con ese oro que ellos extraen con lo

erables montañe-
ma de láminas la-
nágenes de estas y
consiguen cuan-
bién ellos tienen
ne se ocupan en
sto que el oro en
le estimamos en
le barro, antes
la mano de los
guna vasija de
le ó nos sea ne-

ellos cosas de
ente hechas ;
s nosotros á
ductos (como
s en la gue-
á los enemi-
ra comérse-
nuebles para
ambién nos-
s alimentos
que habitan

nino monta-
brir con las
montañas (y

con el dedo señalaba los montes del Sur): desde los promontorios podréis ver otro mar donde hay naves no menores que las vuestras (y señalaba las carabelas); aunque también ellos van desnudos como nosotros, usan de las velas y los remos. Todo aquel lado que mira al Sur desde las aguas vertientes de las montañas, cría oro en abundancia.»

Esto dijo, y al mismo tiempo mostraba que las vasijas de comer y demás utensilios, el rey Tumanama de este lado de los montes, y todos los ultramontanos, las tenían hechas de oro, y decía que entre aquellos del Sur no era menos abundante el oro que el hierro entre nosotros; pues por relación de los nuestros sabía de qué materia se hacen las espadas y demás armas.

Nuestros capitanes, admirando el discurso de un mancebo desnudo (pues le servían de intérpretes aquellos tres gordos que habían pasado año y medio entre la familia de Careta), se animaron con lo que

lijo, y la temeridad de haber desparramado el oro de los pesos la tomaron como cosa de chiste y jovialidad, y aplaudieron lo que hizo y lo que expuso. Pero le preguntaron amigablemente qué pruebas tenía de lo que había dicho, y qué le parecía que debiera hacerse si venía más tropa. Entonces el joven Comogro, recogiéndose un poco, cual orador que se dispone para decir alguna cosa grave y toma la actitud corporal y los movimientos aptos para persuadir, volvió á hablar de este modo en su idioma nativo:

«Oid, cristianos. Aunque á nosotros, hombres desnudos, no nos excita la codicia del oro, sin embargo, nos hacemos guerra unos contra otros por ambición, por el mando, y queremos ser más que nuestros vecinos. Por esto pululan entre nosotros las disensiones; de aquí nuestra perdición. Tuvieron guerras nuestros antepasados, túvola mi padre Comogro con los caciques vecinos, y unas veces ven-

cimos y otras fuimos vencidos. Así como de los enemigos derrotados veis aquí esclavos de los cuales os he regalado setenta, del mismo modo, venciéndonos los enemigos, se llevaron los cautivos algunas veces; que tales son las vicisitudes de la guerra. De nuestros familiares, que fueron esclavos entre aquéllos, ved aquí uno que estuvo preso mucho tiempo y llevó una vida miserable bajo el látigo de esclavo del cacique del otro lado de las montañas y señor de aquella región ultramontana que más abunda de oro.

» Esas cosas las sabemos desde tiempo inmemorial, mejor que las nuestras, por este hombre y por otros innumerables como él, y también de hombres libres que de ellos vienen amistosamente á nosotros, y viceversa. Sin embargo, para que mejor sepáis esto que os refiero y no sospechéis que os engaño, acometed la empresa guiándoos yo, vencido por vosotros y testigo dispuesto á morir, para que me colguéis de un árbol próximo si en-

tendiereis que mis palabras se apartan un punto de la verdad.

»Llamad, pues, llamad mil cristianos dispuestos para la guerra, con cuya fuerza, juntamente con los guerreros de mi padre Comogro, que pelearán á nuestro estilo, podemos quebrantar las fuerzas de los enemigos. Esto os proporcionará la abundancia de oro que deseáis, y á nosotros, en premio de guiaros y de la ayuda que os damos, nos libraréis de las injurias y perpetuo miedo de nuestros enemigos, con el cual no vivimos tranquilos. »

Dicho esto, se calló el discreto mozo de Comogro, y los nuestros comenzaron otra vez á relamerse con las amplias esperanzas de oro.

LIBRO IV

DEL EXISTIMADO CONTINENTE

CAPÍTULO PRIMERO

Sumario : 1. Los darienenses socorridos por Valdivia. — 2. Otra vez hambre.—3. Parte de allí Valdivia trayendo oro y para reclamar provisiones.

PERMANECIENDO allí algunos días más, y habiendo bautizado á Comogro con su familia con el nombre de Carlos, en memoria del Príncipe de las Españas, se volvieron á los compañeros del Darién, dejando á Comogro esperanza de los soldados que el hijo había pedido, con los cuales podrían cruzar seguramente las montañas hacia el mar austral. Entrados en el pueblo que escogieron para ha-

bitar, entendieron que había regresado Valdivia á los seis meses de su partida, pero con pocos bastimentos, porque había llevado una nave pequeña; si bien con mucha esperanza de que pronto se enviarían, ya provisiones, ya hombres de refresco. El Almirante-Virrey y demás Gobernadores de la Española declaran que hasta ahora no habían tenido cuidado alguno de los darienenses, porque juzgaban que el pretor Anciso habría llegado sin novedad con su nave cargada. Les exhortaron á que en adelante no desmayaran, que nada les faltaría; pero que al presente no tienen nave alguna para dar á Valdivia más cosas de las que necesitan, y qué la carabela que había traído no permitía más; pues aunque por la figura llevaba el nombre de carabela, era, sin embargo, una nave pequeña, por lo cual Valdivia llevó bastimentos nada más que para moderar algún tanto la presente necesidad, no para remediar la escasez.

2. Así, pues, á los pocos días de regresar Valdivia pasaban los mismos apuros, principalmente porque una tronada, que vino de las montañas con relámpagos y truenos horrendos el mes de Noviembre, trajo tal diluvio de agua que todas las mieses que en muy feraz tierra habían dejado sembradas en Septiembre antes de marchar hacia el cacique Comogro, en parte las destrozó y en parte las inundó. Eran aquellas siembras de pan, de la clase de grano que en la Española llaman maíz y los de Uraba le dicen *hobba,* que hemos dicho sazonan tres veces al año, porque aquellas regiones no sufren los horrores del invierno por su proximidad á la línea equinoccial.

Que el pan de hobba ó maíz es más saludable que el de trigo para los habitantes de aquellas regiones, por digerirse más fácilmente, lo explica la razón física; porque, no haciendo frío, las extremidades no envían calor á las entrañas. Perdida, pues, la esperanza de sus mieses, y

apuradas ya la provisiones y el oro de los caciques vecinos, tuvieron que buscarse alimentos de los que estaban distantes, y al mismo tiempo hacer entender á los Gobernadores de la Española la necesidad que pasaban y lo que habían entendido en la corte de Comogro acerca de la región austral, para que cuide el Rey de enviar los mil soldados, con cuyo esfuerzo, si no se podía á buenas, pudieran abrirse camino por las montañas que dividen ambos mares.

Enviaron con despachos al mismo Valdivia, al cual entregaron trescientas libras de á ocho onzas, del quinto correspondiente al Real Fisco, para que las entregara á los Cuestores reales establecidos en la Española. Esas libras de á ocho onzas, en español se llaman marco, y constan de cincuenta monedas de oro llamadas castellanos, y al castellano le llaman peso. Decimos, pues, que fué la cantidad de quince mil castellanos; y la moneda *castellano,* que excede al ducado de oro en poco menos de una cuarta parte, es mo-

neda peculiar de la provincia, y no se acuña más que en Castilla.

Resulta que de aquella suma percibieron de los caciques mil quinientas libras de á ocho onzas, el cual oro lo encontraron todo fundido ó batido en diversas joyas, como gargantillas para el cuello, pulseras para los brazos, y bolitas para la pechera, y también laminillas para ponérselas en las orejas y en la nariz.

Se embarcó, pues, Valdivia, en la carabela en que había venido y otra vez había vuelto, el 11 de Enero del año 1511 del advenimiento del Señor, con despachos al arbitrio de Vasco Núñez, y con la suma de oro que hemos dicho para entregarla á los Cuestores reales, y de los amigos para llevarlo á España á los afines y parientes la cantidad que cada uno había querido enviar.

Lo que le pasó á Valdivia en la navegación, lo contaremos en su lugar. Volvamos á los que se quedaron en Uraba.

CAPÍTULO II

Sumario: 1. Noticias del Darién.—2. Murciélagos temibles.—3. Juntos Vasco y Colmenares, exploran el Darién río arriba.—4. Son atacados por los indios, y los derrotan.

Estos, una vez despachado Valdivia, aguijoneados rabiosamente por el hambre, determinaron investigar por varios lados lo interior de la ensenada. Á la entrada de ella hay un cabo que dista cerca de ochenta millas, al cual llamaron los españoles Culata. Vasco tomó el cabo con cien hombres, llevándolos por la bahía en un bergantín y algunas monoxilas del país, que dijimos llaman canoas los isleños de la Española y *urú* los de Uraba.

Del cabo desciende á la ensenada, lamiéndole por el Oriente, un

río diez veces mayor que el Darién. Subiendo río arriba treinta millas, pues dicen ellos que más de nueve leguas, pero inclinándose á la derecha hacia el Mediodía, encontraron unos pagos de indígenas cuyo cacique se llama Dabaiba. Como en la Española llaman cacique, éstos dicen *Chevi,* con acento en la final. Supieron que Cemaco, cacique del Darién, derrotado en guerra por los nuestros, se había refugiado en casa de Dabaiba. Éste huyó, se supone que por consejo de Cemaco de que no esperara la acometida de los nuestros. Todo lo dejó desierto ; pero encontraron montones de arcos y flechas, muebles y redes, y varias lanchas de pescar. Pues los lugares aquellos vieron que son lagunosos y palustres, nada á propósito para sembrar ni para plantar árboles. Así es que poca cantidad consiguieron de lo que deseaban, que eran cosas de comer; porque estos pescadores compran el pan á sus confinantes á cambio de pescado sólo para remediar su indigencia. Pero

recogieron de las casas abandonadas siete mil castellanos de oro incrustado y algunas monoxilas, cien arcos, algunos haces de saetas y de toda clase de muebles, llevándose también dos *urús* de la provincia, ó sea lanchas.

2. Refieren que de las lagunas del río salen de noche unos murciélagos tan grandes como las tórtolas, que perseguían á los nuestros con mordiscos mortales. Lo atestiguan algunos que fueron mordidos. Anciso, el Pretor expulsado, preguntado por mí acerca de las mordeduras venenosas de los murciélagos, me contó que, estando dormido, le mordió un murciélago en el talón del pie, que por el calor del verano tenía descubierto, y que no le hizo más daño que si le hubiese herido otro animal no venenoso. Otros dicen que la mordedura es venenosa; pero que, lavándola prontamente con agua del mar, se cura. También me refirió Anciso que con el agua del mar y cauterios de fuego se curan igualmente los heridos

por las flechas envenenadas de los indígenas, y que lo experimentó en la región de los caribes, donde habían sido heridos muchos de los suyos. Volvieron, pues, poco contentos del cabo de la ensenada de Uraba porque no traían alimentos.

Cuando volvían, se levantó tan recia tempestad en aquella vasta ensenada, que se vieron precisados á tirar al mar todo lo que traían de aquellos míseros pescadores. También algunas *urús* ó lanchas se las tragó el mar con los hombres que llevaban.

3. Al propio tiempo que Vasco Núñez se propuso explorar el cabo de la ensenada hacia el Mediodía, de común acuerdo Rodrigo Colmenares emprendió el camino con sesenta hombres, desde la parte oriental hacia las montañas por el álveo del otro estrecho. Á unas cuarenta millas de la desembocadura del río (pues dicen que á doce leguas) encontró unas aldeas sitas á la orilla del río, cuyo *Chebí* ó reyezuelo se llamaba *Turuí*. Todavía estaba Cel-

menares con este cacique cuando Vasco Núñez, después de su regreso al Darién, se juntó con aquél subiendo también río arriba. Desde allí, reparadas ya las fuerzas de la gente con las provisiones alimenticias de *Turuí*, determinaron emprender juntos la subida.

Á la distancia de otras cuarenta millas el río abarca una isla, que es patria de pescadores; y viendo en ella árboles que crían la caña canela, le pusieron ese nombre. Encontraron en ella sesenta pueblecillos, que tenían diez casas agrupadas. Por el lado derecho de la isla corre otro río navegable para los botes del país y para los bergantines: llamarónle el río Negro.

4. Á quince millas de pasos de la desembocadura de este río encontraron una aldea que constaba de quinientas casas diseminadas, cuyo *Chebí* ó reyezuelo dicen que se llamaba Abenamacheio. Así que advirtieron que iban los nuestro abandonaron todas las casas; y, guiendo los nuestros tras ellos cua

do huían, ellos, cambiando de parecer, hicieron frente y se echaron sobre los nuestros con atroz resolución: como que los echaban de sus propios lares. Acometieron á los nuestros con espadas de madera, con palos chamuscados y con astas bien hechas, mas no con saetas, pues la gente de los golfos occidentales no pelean con arcos. Los infelices desnudos fueron fácilmente vencidos por las armas de los nuestros, que persiguiéndolos cogieron al régulo Abenamacheio y algunos otros principales. Cogido el cacique, un infante que había sido herido por él, de un sablazo le cortó un brazo, pero á despecho de los jefes. Había allí unos ciento cincuenta cristianos, la mitad de los cuales dejaron allí los jefes, que, con los demás, emprendieron otra vez el camino río arriba con nueve lanchas del país, que dijimos las llaman *urú*.

CAPÍTULO III

Sumario : 1. Palacio del cacique Abibeiba en la copa de un árbol.—2. Le hacen bajar y tratan en paz.

A setenta millas del río Negro, y de la isla de la Canela, dejando á derecha é izquierda muchos ríos que desaguaban en aquel mar grande, dirigidos por un indígena desnudo que era maestro en navegar por aquellos ríos, se entraron por uno, en cuya orilla próxima á su desembocadura imperaba sobre los indígenas el reyezuelo Abibeiba. Vieron que aquellos sitios eran lacustres, y por eso la morada principal del cacique Abibeiba estaba edificada en un árbol muy alto : nuevo y nunca visto modo de habitar.

Pero aquella tierra cría unos árboles tan corpulentos, que entre sus ramas pueden los indígenas edificar casas, como en varios autores leemos de otros que, hirviendo el mar, se refugiaban en altos árboles, y al retirarse las aguas se alimentaban de los peces que habían quedado. Extendiendo vigas entre las ramas y engalabernándolas entre sí, forman un conjunto seguro contra toda la fuerza de los vientos.

Opinan los nuestros que los indígenas tienen las casas en los árboles por las inundaciones de los ríos, que allí son frecuentes. Es tanta la altura de aquellos árboles, que no hay hombre de tan robusto brazo que pueda hacer llegar una piedra á la casa edificada. Y no me maravillo si hemos de creer á Plinio y otros autores acerca de los árboles de la India, los cuales dicen que son tan altos, por la fecundidad del suelo y la abundancia de agua, que no se pueden salvar con una saeta; los campos de esta tierra, según todos opinan, no son menos

fértiles y abundantes de agua que otra tierra ninguna que el sol alumbre.

Poniéndose á medir algunos de esos árboles, entre siete hombres, y á veces entre ocho, apenas pudieron abarcarlos con los brazos. Sin embargo, en el suelo tienen bodegas llenas del vino aquel que arriba hemos nombrado; pues aunque el furor de los vientos no puede destruir aquellas casas sin romper las ramas, sin embargo, las vuelca enteras donde el viento quiere, y con este movimiento se perdería el vino: las demás cosas las tienen en los árboles. Por escaleras que tienen hechas y adheridas á los árboles, los criados sirven el vino fresco al reyezuelo y á los magnates cuando comen ó cenan, con tanta ligereza como nuestros mozos nos sirven en lo llano desde el aparador próximo á la mesa.

2. Acercáronse los nuestros l árbol de Abibeiba; entablaron plá - ca, dándole señales de paz; le in - tan á que baje; Abibeiba se nie; ,

y les suplica que le dejen vivir á su modo. Pero los nuestros, después de haber hablado con suavidad, le amenazan con derribar el árbol de raíz ó prenderle fuego si no baja con toda su familia. Resistiéndose por segunda vez Abibeiba, comenzaron á hachazos con el árbol. Viendo Abibeiba que de los golpes saltaban astillas del árbol, mudó de parecer: bajó, pero sólo él con dos hijos. Trataron de hacer paces y de recoger oro. Abibeiba dijo que no tenía oro; que no le hacía falta, y que nunca se cuidó del oro. Insistiendo los españoles, dijo Abibeiba: «Si tanto deseáis el oro, le buscaré en las montañas próximas, y el que encuentre os lo daré, pues se cría por esos montes.» Señaló el día que había de volver; pero no volvió, ni en el día señalado ni después.

Se marcharon, pues, de allí bien omidos y bebidos con lo que tenía bibeiba, pero no ricos de oro como se lo habían figurado.

Pero Abibeiba y sus súbditos é

hijos, informaron á los nuestros lo mismo que les había dicho el cacique Comogro acerca de las minas de oro, y de los caribes ó caníbales que comen carne humana, de los cuales ya en otra parte hemos hablado extensamente.

Subiendo otros treinta mil pasos, llegaron á los tugurios de los caníbales, pero los encontraron todos completamente desocupados; pues, habiendo advertido que los nuestros andaban por las cercanías, tomando á cuestas lo que tenían se habían refugiado en las montañas.

LIBRO V

DEL EXISTIMADO CONTINENTE

CAPÍTULO PRIMERO

Sumario: 1. Hostilidad de los indios. — 2. Su conspiración. — 3. Su fracaso. — 4. Matan á los españoles en el río.

MIENTRAS esto pasaba por las orillas de los ríos, cierto decurión llamado Raía, de los que Vasco y Colmenares habían dejado para guardar aquella tierra en el río Negro, territorio del cacique Abenamacheio, ya que el hambre le obligara, ya que fuera fatal para él aquel día, se determinó á explorar las cercanías con nueve compañeros, y se encaminó

á la confinante aldea de un cacique llamado Abraiba. Este mató al mismo Raía y á dos de sus compañeros: los demás huyeron.

2. Pocos días después, compadeciéndose Abraiba de su pariente y vecino Abenamacheio, á quien dijimos que un infante le había cortado el brazo en el río Negro, añadiendo un mal sobre otro, el cual arrojado de su casa andaba huyendo y se había refugiado con Abraiba, se avistó con Abibeiba, el que habitaba en el árbol, el cual echado también de su casa iba evitando el encuentro de los nuestros por lo más extraviado de los montes y los bosques.

Abraiba habló á Abibeiba al tenor siguiente: «¿Qué es esto, desdichado Abibeiba; qué gente es ésta? ¡Desdichados de nosotros que nos acosan cuando gozábamos de tranquila paz! ¿Hasta cuándo hemos de sufrir la sevicia de estos hombres? ¿No es mejor morir que sufrir lo que te han hecho padecer á ti, á nuestro pariente Abenamacheio, á

Cemaco, á Careta, á Poncha y á todos los demás príncipes de nuestra clase, cautivando á las mujeres, á los hijos y también á los súbditos, llevándosenos todos nuestros bienes á nuestra vista? Á mí no han llegado aún; pero, vista la suerte de los demás, es razonable creer que no está lejos mi ruina. Probemos, pues, nuestras fuerzas; probemos fortuna contra los que echaron de su casa y maltrataron á Abenamacheio. Caigamos sobre ellos: una vez muertos éstos, tal vez los demás temerán meterse con nosotros; y si lo intentan, esos más habremos quitado de su ejército. Suceda lo que sucediere, lo habremos de sufrir con paciencia.»

Oídas estas y otras razones, Abibeiba se arrimó al parecer de Abraiba. Señalaron día para la empresa; pero no les salió como deseaban; pues de aquellos que dijimos que habían subido á las montañas de los caníbales, habían vuelto casualmente al río Negro la noche anterior al ataque treinta hombres, en-

viados para auxiliar á los allí dejados por si les amenazaba alguna fuerza, como se sospechaba.

3. Y he aquí que, tan pronto como amaneció, los caciques, con quinientos de los suyos armados á su usanza, embistieron con gran gritería al pueblo sin tener noticia de los nuevos que habían llegado aquella noche. Salieron á ellos los nuestros, protegidos por sus escudos; dispáronles primeramente saetas, y después cayeron sobre los enemigos con las picas, y luego cuerpo á cuerpo con las espadas desenvainadas. Aquella gente desnuda, cuando vió que había más enemigos de los que pensaba, fué fácilmente derrotada y muerta en su mayor parte, cual espantado rebaño: los caciques se escaparon. Todos los que cogieron vivos los mandaron cautivos al Darién, y los emplean en cultivar los campos y los sembrados.

Después de esto, y tranquilizada aquella provincia, se volvieron al Darién por el río abajo, dejando allí treinta hombres que cuidaran

de la provincia, mandados por cierto decurión, Hurtado. Aunque un decurión no manda precisamente, como entre los romanos, quince soldados, ni un centurión ciento veintiocho; pero me propongo llamar centuriones á los que mandan cien hombres poco más ó menos, y decuriones á los que mandan unos diez; pues los españoles no guardan exactamente estas reglas, y tenemos que poner nombres á las cosas y á los cargos.

Pues este decurión, Hurtado, desde Río Negro, donde ejercía el mando, enviaba río abajo al prefecto Vasco y á sus compañeros veinte de sus soldados y una mujer, con veinticuatro cautivos, en una sola lancha del país. Y he aquí que les embistieron de costado cuatro urús, es decir, canoas de un madero, pues no bajaban preparados por el álveo del río, porque no sospechaban nada semejante. Volcaron la canoa de los nuestros, y mataron á los que pudieron alcanzar; los demás se fueron á fondo, excepto dos que,

abrazándose á unos maderos, y envueltos en unos haces de leña, bajaron hasta donde estaban sus compañeros, y así, burlados sus enemigos, se libraron de su furor.

CAPÍTULO II

Sumario: 1. Complot indio descubierto. — 2. Su castigo.

AVISADOS por estos dos, comenzaron á averiguar con toda diligencia qué era lo que pasaba, teniendo cuidado de sí mismos y reflexionando sobre el peligro de sus compañeros en el río Negro si la fortuna no hubiera conducido al pueblo, la noche anterior al asalto, los treinta aquellos que enviaron. Menudeaban las juntas; sin saber qué decir en asunto tan peliagudo, no se les ocurría qué partido tomar. Por fin, investigando sagazmente, llegaron á entender que los cinco reyezuelos, es saber: Abibeiba, el que moraba en el árbol de las lagunas; Cema-

co, despojado del pueblo que los nuestros habitaban; Abraiba y Abenamacheio, parientes y habitantes del río Negro, y Dabaiba, señor de los pescadores del cabo de la ensenada que dijimos se llama Culata, se habían convenido en matar á los cristianos en un día señalado, y se habrían salido con ello si Dios no lo impidiera. Por milagro se tiene, y por cierto que no sin razón piadosamente pensando, cómo se tuvo la suerte de descubrir el plan de los caciques. Es cosa digna de contarse, y así voy á decirla por su orden en pocas palabras.

Aquel Vasco Núñez distinguido en la esgrima, que más bien á la fuerza que no por votos había tomado el mando sobre los del Darién, entre muchas mujeres que había robado del país, tenía una más hermosa que las demás. Iba y venía frecuentemente á verla un hermano suyo que era familiar y cortesano del cacique Cemaco, el cual, privado también de su casa paterna, estimulado por el amor de su

hermana, en la conversación le dijo así:

«Querida hermana mía, escucha, querida, mis palabras, y guarda en secreto lo que te voy á decir si quieres el bien tuyo y mío y de toda nuestra raza. La insolencia de estos hombres que nos arrojan de nuestros antiguos lares es tanta, que los príncipes de nuestras tierras se han propuesto no sufrirlos ya más. Al mando de cinco régulos (y los contó nominalmente por su orden) hay preparadas cien urús para llevarlo á cabo; por mar y por tierra se reunirá una muchedumbre de cinco mil hombres armados; en el pueblo de Tichiri se están reuniendo provisiones para alimentar el ejército.»

Contó también á su hermana el buen hermano que los caciques se habían repartido entre sí amigablemente las cabezas de los nues-
›s y sus bienes; y así le previno
e en el día determinado se pu-
ra á salvo buscando cualquier
ɜtexto, no fuera que la mataran

en la confusión, porque el soldado vencedor no sabe perdonar á ninguno con quien topa; y descubrió á su joven hermana el día señalado para la matanza.

Pero la muchacha, por cuanto las mujeres tienen más consideración al hierro que no á la gravedad de Catón, sea porque amaba á Vasco, sea porque temiera, olvidándose de sus padres y de todos sus parientes y de toda la comarca, y también de los caciques, á los que puso la espada en el cuello, se lo descubrió todo á Vasco, sin omitir cosa alguna de las que le había dicho su imprudente hermano.

2. Descubierto el plan, se procuró por medio de Fulvia que volviera su hermano: llamado por ella, volvió al punto: le prendieron y le obligaron á declarar. Confesó de plano que el cacique Cemaco, su amo, había enviado aquellas cuatro urús para acabar con los nuestros, y que por plan de Cemaco se preparó la emboscada; que también Cemaco había preparado en pa

ticular la muerte del mismo Vasco, mandando á sus cuarenta súbditos que en señal de amistad le había enviado para cultivarle los campos y sembrarlos á usanza del país, que lo mataran á marrillazos.

Solía Vasco ir á ver á los cavadores como suelen hacerlo los que bien administran para animar á que se trabaje; pero los súbditos del cacique no se atrevieron á cumplir sus mandatos, porque nunca Vasco se presentó entre ellos á pie ó desarmado, pues tenía una yegua con que visitaba á los labradores, y á estilo español llevaba siempre la lanza en la diestra; por lo cual, frustrado Cemaco en este plan suyo particular, adoptó este otro último, ruinoso para sí y para todos sus comarcanos. Pues descubierta la conjuración, Vasco llamó setenta hombres y les mandó que le siguieran, sin manifestar á ninguno adonde va, ni qué se ha propuesto: marchó primero en busca de Cemaco, que vivía á distancia de diez millas; pero supo que estaba

huído con Dabaiba, régulo palustre de Culata. Prendió á su *sacco*, esto es, al principal pariente y cortesano (pues así llaman á los principales, como *chebí* á los caciques), y se lo llevó cautivo junto con los demás familiares. Encontró allí á algunos, tanto varones como hembras.

Á la misma hora en que él se puso en camino en busca de Cemaco, Rodrigo Colmenares marchó río arriba con cuatro urús y sesenta hombres, llevando por guía al hermano de la joven. Acometió el pueblo llamado Tichiri en que dijimos que se reunían las provisiones para el ejército, lo ocupó y se apoderó de todo lo que allí se había juntado, como vino de varios colores, segun dijimos que lo tenía Comogro, y toda clase de pan y demás alimentos del país; prendió al *sacco* de Tichiri, que era el que había de llevar á cabo la empresa cual jefe del ejé cito, y juntamente con él cogió cuatro de los principales, pues lo encontró desprevenidos. Colgánd

le de un árbol que el mismo *sacco* había cultivado, hizo Colmenares que lo asaetearan á vista de los indígenas, y que á los principales los colgaran en los patíbulos para escarmiento de los demás.

Impuesta esta pena á los conjurados, infundió tanto miedo en toda la provincia, que ya no hay uno que se atreva ni siquiera á levantar el dedo contra el torrente de la ira de los nuestros. Viven ya tranquilos, inclinan la cerviz con gusto los demás caciques, y ya no se castigó más á los otros. Con lo que había en los graneros de los enemigos y en sus bodegas llenas, pasaron algunos días grandemente en el pueblo de Tichiri.

LIBRO VI

DEL EXISTIMADO CONTINENTE

CAPÍTULO PRIMERO

SUMARIO: 1. Avisos á la Española y á España.—2. Elección de comisionados. — 3. Parten Colmenares y Caizedo. — 4. Saben la muerte de Valdivia y sus compañeros. — 5. Y la de Hojeda.

DESPUÉS de estas cosas, llamando á junta á los compañeros, por acuerdo de todos se resolvió elegir algún procurador que vaya á la Española de donde se reciben las leyes y los ıocorros, y después á España para ›resentarse al Rey, y que exponga a serie de todas las cosas al Almiante y á los Gobernadores, y des-

pués al Monarca, y haga por persuadirle que envíe los mil hombres que el joven Comogro había dicho que se necesitan para pasar los montes que los separan á ellos de la región austral.

2. Vasco Núñez deseó para sí este cargo de procurador; mas no pudo conseguirlo de los votos de sus compañeros, ni sus partidarios consintieron que se apartará de allí, ya por creerse abandonados, ya porque todos murmuraban que, si una vez Vasco salía de allí, no volvería más á aquel incendio de calamidades, á ejemplo de Valdivia y de Zamudio, á los cuales habían enviado desde el mes de Enero y pensaban que resueltamente no habían querido volver; mas otra era la realidad, como en su lugar diremos. Habían perecido.

Disputaron, pues, largamente entre sí en varios escrutinios, y por fin escogieron á cierto Juan C Caizedo, Cuestor del Real Fis en aquellas tierras. Tenían sum confianza en este Caizedo de que

haría bien, y también de que volvería, pues había llevado consigo á aquellas regiones á su mujer, y en prenda de su regreso la dejaba en poder de sus compañeros.

Elegido éste, se originaron diversos pareceres sobre el compañero que le habían de dar. Decían algunos que era muy peligroso poner cosa tan importante en manos de un solo hombre, no porque desconfiaran de Caizedo, sino porque es frágil la vida de los hombres, y especialmente en ellos, acostumbrados ya á la temperatura próxima á la línea equinoccial, si tienen que volver al Septentrión con varios cambios de aires y alimentos. Opinaban, pues, que se le debía dar á Caizedo un compañero para que, si faltaba uno, lo que podía fácilmente suceder, quedara otro; y, si ambos llegaban bien, el Rey creyera mejor en la relación de los dos.

Quedó el asunto diferido por la iversidad de pareceres; por fin ecayó la suerte en Rodrigo Colmeıres, de quien muchas veces hemos

hecho mención, porque era hombre de experiencia; pues desde su adolescencia y juventud, por mar y por tierra había recorrido toda la Europa, y había tomado parte en los hechos llevados á cabo en Italia contra los franceses. Y no les pareció el menor motivo para esperar que volvería Colmenares, si vivía, el que había comprado en el Darién muy grandes predios y había dejado sembradas muy grandes sementeras, con cuya venta esperaba fijamente que conseguiría de sus compañeros el oro de las compras. Dejó, pues, el cuidado de sus cosas á uno que vivía con él y era del municipio de Madrid, Alfonso Núñez, hijo único de mi huésped, el cual era Pretor de Justicia, y casi había sido elegido procurador por los votos de sus compañeros en vez de su compañero Colmenares, y se habría llevado adelante si uno de los compañeros no hubiese descubierto que Núñez tenía la mujer en Madrid; pues tuvieron recelo de que, vencido por las lágrimas de

la esposa, se iría y no volvería.

3. Elegido, pues, Colmenares, que era soltero, por colega de Caizedo, se embarcaron ambos en un bergantín, porque ya no tenían otro barco más grande, el 29 de Noviembre del año 1512 de nuestra redención. En el camino, agitados de varias tempestades, la fuerza de los vientos los echó á la costa occidental de aquella vasta isla que por mucho tiempo se creyó continente, y en la primera Década dijimos se llama Cuba. Sufrían ya extrema necesidad por lo largo del tiempo, como que hacía ya tres meses que se habían separado de sus compañeros, y se vieron obligados á tomar tierra para recibir auxilio de los indígenas, si en alguna parte lo encontraran.

4. Por casualidad arribaron á aquella playa de la isla en que había desembarcado también Valdivia, destrozado por las tempestades. ¡Oh desventurados! ¡Esperad, darienenses, á Valdivia, enviado para que socorra vuestras miserias; esperad-

le! Los habitantes de Cuba, cuando aportó, le mataron con todos sus compañeros sin dejar uno, y dejaron destrozada en la playa la carabela en que habían llegado. Sobre unas tablas de la carabela que encontraron medio envueltas en la arena, lamentaron la suerte de Valdivia y sus compañeros. No encontraron ningún cadáver: piensan que, ó los arrojarían al mar, ó se los darían frescos á los caníbales para que se los comieran, pues los caníbales asaltan frecuentemente aquellas regiones para comerse á los hombres.

Por dos isleños que cogieron supieron la muerte de Valdivia: aquellos dos declararon que sus conterráneos pensaron en cometer tamaño crimen por codicia también de oro, que supieron los indígenas tenía Valdivia por un hablador compañero suyo, pues también estos insulares se gozan en sus joyas Afectados de la desdichada suerte y principalmente porque en van hubieran intentado vengar á su

compañeros, resolvieron huir de aquella tierra cruel y de la avara sevicia de tales hombres desnudos. Prosiguieron, pues, su camino, tristes á causa de sus compañeros y acosados de necesidad.

5. Antes de ganar aquel lado occidental de Cuba, les sucedieron mil desgracias. Entendieron que había arribado Hojeda, y que había pasado por aquellas costas una vida desdichadísima, destrozado por las tempestades; que en mil rodeos sufrió mil géneros de desdichas, y que después casi solo, habiendo perdido los compañeros ó dejádolos en varias partes, hipando de hambre, apenas llegó vivo á la Española; y que, finalmente, por aquel atroz veneno de la herida que dijimos le había inferido un indígena de Uraba, entregó su alma.

CAPÍTULO II

SUMARIO: 1. El cacique Comendador.—2. El marinero apóstol.—3. La Virgen entre los indios.—4. Prodigios.

PERO Anciso, elegido Pretor, recorrió las mismas tierras con mejor fortuna: tuvo por aquellas playas vientos favorables, como me lo dijo en la corte, y se gloriaba de que los habitantes de Cuba le habían recibido benignamente, y en particular en el territorio de cierto cacique llamado Comendador. Éste, pidiendo á los cristianos que pasaban que le bautizasen, y preguntando cómo se llamaba el gobernador de la vecina isla de la Española, oyó que se llamaba Comendador; pues en el tiempo en que éste quiso bautizarse era

gobernador cierto varón insigne de la orden ecuestre y militar de Calatrava, y los caballeros de esta institución se llaman comendadores: por eso aquel cacique ó régulo quiso llamarse Comendador. Así, pues, este Comendador isleño dió benigno hospedaje á Anciso, que arribó á él y le colmó de todo lo que necesitaba para la vida.

2. Escuchad ahora, ¡oh Santísimo Padre!, Vos, á cuyo cargo está nuestra religión y santidad, lo que Anciso aprendió de los indígenas acerca de lo que observan en punto á religión y santidad. Algunos de los nuestros, caminando por las costas de Cuba, le dejaron al cacique Comendador un marinero desconocido que estaba enfermo. El marinero, honrado por el cacique y sus súbditos, habiendo recobrado la salud ejerció el cargo de Prefecto de Comendador para la guerra (pues se rruinan unos á otros con mutuas uerras), y siempre salió vencedor. Este hombre, aunque sin letras, a de buena intención y veneraba

devotísimamente á la bienaventurada Virgen Madre de Dios, y perpetuamente llevaba consigo cosida en el pecho una imagen de la misma Virgen, lindamente pintada en papel, la cual devoción dijo á Comendador que le había dado siempre la victoria. Al mismo tiempo le persuadió que echara fuera todos los zemes que veneraban, porque representaban á los espectros nocturnos, cruelísimos devoradores de nuestras almas *(á los demonios)*, y que tomaran por patrona á la bienaventurada Virgen Madre de Dios si deseaban que, bajo su dirección, en paz y en guerra todas las cosas les salieran bien, que la Virgen Madre de Dios no les abandonaría en ningún tiempo si piadosamente la invocaban. El marinero persuadió fácilmente á aquellas gentes desnudas.

Á petición, pues, del cacique le regaló la imagen de la Virgen, á la cual dedicó casa y altar, suprimiendo los zemes que de antigu veneraban.

Acerca de los zemes, ¡oh Beatísimo Padre!, formados de algodón á semejanza de los espectros nocturnos que á cada paso ven y hablan familiarmente, y rellenos por dentro del mismo algodón hasta darles maravillosa dureza, he hablado con mucha extensión en el libro décimo de mi Década.

Conforme á la enseñanza del marinero, al ponerse el sol el cacique Comendador y todos sus súbditos de ambos sexos van todos diariamente á la casa dedicada á la Virgen María. Una vez entrados, de rodillas, con la cabeza reverentemente inclinada y las manos juntas, saludan repetidas veces á la imagen con estas palabras: *Ave María;* pues pocos de entre ellos aprendieron á pronunciar más palabras de esa oración.

Cuando, pues, llegaron Anciso y sus compañeros, les tomaron de la
1 ano y los llevaron alegres á la ca-
s dedicada, diciéndoles que les en-
s arían cosas admirables. Le seña-
l on con el dedo la imagen rodeada

de joyas y vasijas de barro que había en poyos, llenas de comida y de agua, pues esto era lo que en vez de sacrificio daban á la imagen al tenor de su antigua religión de los zemes. Dijeron que le daban eso no fuera que, si tenía hambre, le faltara que comer. Piensan sencillamente que el simulacro puede pasar hambre.

Pero es cosa hermosísima el oir el socorro que confiesan haber obtenido del numen de la imagen, esto es, de la bienaventurada Virgen. Y á fe mía, Beatísimo Padre, que hay que tenerlo por cierto; pues es tan grande, según cuentan los nuestros, el fervor de la piedad que estos sencillos indígenas tienen á la Virgen Madre de Dios, que en los apuros de la guerra, principalmente contra sus enemigos, casi diré que la obligan á bajar del cielo, supuesto que Dios ha dejado á los hombres el precio con que lo podemos comprar, que es el piadoso amor y la caridad. ¿Cómo, pues podrá en ningún tiempo la bien

aventurada Virgen faltar á quien invoque su amparo con fe pura?

Comendador y sus cortesanos aseguraron todos á Anciso y á sus compañeros que habiendo venido á las manos al mando del marinero, y llevando éste consigo la imagen, los zemes de los enemigos se pusieron á temblar y volvieron la cara delante de la imagen de la Virgen, viéndolo todos: porque ellos llevan á la guerra sus zemes de cada bando. Y aseguran que vieron dándoles socorro contra los enemigos durante la pelea, no sólo á la imagen, sino á una señora viva con hermosas vestiduras blancas. Por su parte, los enemigos declaran que se les aproximó una mujer con cetro y amenazadora, que favorecía á sus contrarios, y que á vista de ella sentían que se les llenaban de pavor las entrañas. Y después que se marchó el marinero embarcándose con ›s que arribaron á aquella playa, eclara Comendador que guardó xactamente lo que les había ense- ıado aquél.

Refirió que se había originado agria disputa con los confinantes acerca de los zemes, sobre cuál zeme era más santo y poderoso que el otro, y que por esta cuestión hubo muchas veces guerra declarada con los vecinos; pero que la bienaventurada Virgen nunca dejó de asistirles en medio de la lucha y de concederles fácil victoria, siendo ellos pocos, sobre grandes ejércitos contrarios.

Preguntándoles á qué grito se lanzaban sobre sus enemigos, respondieron que, conforme se lo había enseñado el marinero, nunca dieron otro grito que éste: «Santa María, ayúdanos; Santa María, ayúdanos», y en lengua castellana; pues el marinero los había dejado enseñados á todos á pronunciarlo claramente.

CAPITULO III

SUMARIO: 1. Certamen sobrenatural.—2. Su excelente resultado.—3. Anciso en España contra Vasco Núñez.

CUANDO así se mataban cruelmente unos á otros, convinieron en este pacto : que no se resolvería la cuestión por medio de un combate singular de algunos escogidos de ambos ejércitos, como antiguamente lo hicieron no pocas veces los romanos y otros muchos, ni tampoco por algún consejo sagaz, sino que alternativamente se pondrían en campo manifiesto un joven de cada pueblo con s manos atadas á la espalda y los rdeles anudados por detrás al arrio del que lo atara, y confesan los contrarios que aquel zeme

era mejor que más pronto librara al joven de su bando.

Hecho el convenio, ataron sucesivamente á dos jóvenes: los de Comendador al del bando opuesto, y los de éste al joven de Comendador. Cuentan que lo repitieron tres veces, y que, invocando las tres veces el demonio de su zeme, acudió al que estaba atado enfrente, viéndolo los dos que estaban atados. Pero que clamando el de Comendador su acostumbrada invocación : «Santa María, ayúdame; Santa María, ayúdame», se presentó al punto la Virgen vestida de blanco y haciendo huir al demonio. Poniendo el cetro que en la mano llevaba en las ataduras del joven comendatoriano, quedó éste instantáneamente suelto, y las ataduras con que los enemigos le habían sujetado se pasaron al otro; de modo que los enemigos encontraron libre al joven del bando opuesto, y al joven suyo sujeto con dobles ataduras.

Pero refieren que aún no se contentaron con esto los enemigos, y

disputaban que eso se hacía con prestigios humanos, no por el poder de una deidad mejor que acudiera. Piden por tanto los enemigos que cuatro varones graves y aventajados en ideas y costumbres de cada bando estén presentes á la vista de los jóvenes que se han de atar, y juzguen si hay ó no fraude. ¡Oh sencillez y pura benignidad de hombres! ¡Oh áurea y feliz sencillez! Aceptó la petición de los enemigos Comendador con sus familiares con tanta fe como sabemos que pidió la salud la mujer que padecía flujo de sangre; con aquella fe con que Pedro, de quien vos hacéis las veces, ¡oh Beatísimo Padre!, anduvo sobre el mar á pie enjuto cuando vió al Señor.

Se cerró pacto; se ató á los jóvenes en presencia de los ocho varones graves, y fueron aquéllos colocados en el límite designado. Cuando se dió la señal, cada uno invoca á su zeme y le pide auxilio. Los que estaban atados y los espectadores vieron venir al demonio de

su zeme con rabo, con grandes dientes, con cuernos, semejante al propio zeme hecho á mano, que quería desatar las ligaduras del joven que le estaba dedicado. Cuando oró el joven de Comendador, al punto se presentó la bienaventurada Virgen, fijando los ojos y la atención en el suceso los varones graves. Como antes, hizo con su cetro que las ataduras de su cliente pasaran al contrario, haciendo huir al demonio. Los enemigos de Comendador, vencidos por un milagro tan grande, confesaron que el zeme de la Virgen era más digno que el de ellos.

2. Prueba de ello es que, al oir la llegada de los cristianos á aquellas tierras, los paganos limítrofes de Comendador, que le habían tenido odio mortal y pelearon muchas veces con él, enviaron mensajeros á Anciso para rogarle que mandara ir allí sacerdotes que los bautizaran. Al punto envió Anciso dos que llevaba consigo, y en un día bautizaron á ciento treinta de los que antes habían sido enemigos de Co-

mendador, y al presente eran amigos suyos y parientes.

Hemos ya dicho que por industria de los nuestros se crió entre aquellos indígenas la raza de las gallinas. Todos los que habían acudido á bautizarse ofrecían á los sacerdotes una gallina con un gallo; pero capones ninguno, pues aún no habían aprendido á castrar los pollos para criar capones. También les llevaban pescados salados y tortas recientes de pan, y aves también. Cuando aquellos sacerdotes se volvieron á la playa, seis hombres de los bautizados los acompañaron cargados de regalos, con los cuales celebraron opípara Pascua; pues habían salido del Darién sólo dos días antes de la dominica de Lázaro, y en aquel tiempo andaban junto al último ángulo puntiagudo de Cuba, vecino de la Española por el Oriente.

Á ruego de Comendador dejaron
n él á uno de los compañeros,
ro por gusto de él, no con otro
., sino para que á él y á sus súb-

ditos y á los colindantes, si acudían, les enseñara la salutación angélica; pues juzgan que la Virgen Madre de Dios tendrá de ellos mucho más cuidado cuantas más palabras aprendan de esa oración. Anciso dijo á Comendador que sí, y hechas estas cosas prosiguió su camino para la Española, de la cual estaba ya cerca.

3. Después se presentó al Rey, que estaba en Valladolid, donde habló familiarmente conmigo y me interesó acremente en contra del esgrimidor Vasco Núñez, y por diligencia de Anciso se pronunció sentencia contra él.

Estas cosas me ha parecido bien referir, ¡oh Beatísimo Padre!, acerca de la religión de los indígenas, las cuales he investigado, no solamente de Anciso, sino también de otros muchos que gozan de autoridad, para que sepa Vuestra Beatitud cuán dócil es esta raza de hombres, y qué fácil entrada tienen para aprender los ritos de nuestra religión. Esto no puede hacerse

de repente: poco á poco vendrán todos á la ley evangélica de Cristo, cuya Sede suprema ocupáis, y veréis, ¡oh Beatísimo Padre!, más y más aumentadas cada día las ovejas de vuestro rebaño.

Volvamos ya á los procuradores de Darién.

LIBRO VII

DEL CREÍDO CONTINENTE

CAPÍTULO PRIMERO

SUMARIO: 1. Los comisionados y el obispo Fonseca.— 2. Investigaciones del autor.— 3. Nombramiento de Pedro Arias.—4. Su armada.

DESDE el Darién á la Española hay ocho días de navegación, y á veces menos si soplan vientos favorables de popa; pero los procuradores emplearon casi cien días á causa de las tem-] stades. Pues deteniéndose pocos (ıs en la Española, y expuestos ε ɜ encargos al Almirante y á los (bernadores, subieron á bordo de

las naves mercantes preparadas para llevarlos, y que tan frecuentemente van y vienen á la Española, y no llegaron desde el Darién á la corte antes del primero de Mayo del año siguiente á su partida.

Así, pues, los dos procuradores de los darienenses, Caizedo y Colmenares, entraron en la corte en el mes de Mayo del año mil quinientos trece, y Juan Fonseca (á quien le fué encomendado desde el principio el cargo de cuidar este negocio, y quien por sus leales servicios á los Reyes, otros Pontífices le elevaron al obispado de Badajoz, después al de Córdoba, luego al de Palencia y juntamente al de Rosas, y ahora Vuestra Santidad le ha promovido al de Burgos; y como Capellán mayor que es y consejero de la Casa Real, le ha nombrado Vuestra Santidad Comisario general del real indulto de Cruzada, concedido á los Reyes contra los moros) recibió honoríficamente á Caizedo y á Colmenares, que venían del otro mundo de entre gente desnuda, de tie-

rras hasta ahora desconocidas, y con el patrocinio del Prelado de Burgos, Caizedo y Colmenares fueron oídos por el Rey Católico.

2. Las cosas que trajeron les agradó mucho el oirlas al Rey y á todos los del Palacio por su novedad : frecuentemente estuvieron en mi casa. Sus caras atestiguan lo malo que es el aire del Darién, pues están amarillos como los que tienen ictericia, é hinchados, si bien ellos lo atribuyen á la necesidad que han pasado.

De estos procuradores, y de Anciso y de Zamudio, y también de otro Bachiller en jurisprudencia que se llamaba Baeza y había recorrido aquellas tierras; y de Vicente Yáñez, patrón de las naves, conocedor de todas aquellas costas; y de Alfonso Niño y de otro muchos de menos viso que al mando de ellos habían navegado por aquellas playas, supe todos los sucesos ; pues jamás ninguno vino á la corte que no tuviera gusto en manifestarme de palabra y por escrito cuanto ellos habían sa-

bido; y yo de las muchas cosas que cada uno me contó, pasando por alto las que no son dignas de mención, escojo únicamente lo que me parece que ha de satisfacer á los amantes de la historia; pues en medio de tantas y tan grandes cosas hay muchas necesariamente que juzgo debo pasar por alto para no alargar demasiado el discurso. Mas vengamos á los resultados que tuvo la venida de los procuradores.

3. Antes de que estos procuradores llegaran, corría la noticia de que Nicuesa y Hojeda y Juan de Cosa, hombre de tanta importancia que por regio diploma fué nombrado real maestre de las naves, habían perecido miserablemente, y que estaban reñidos entre sí los pocos que quedaban en el Darién; de modo que ni se trabajaba por atraer á nuestra fe aquellas gentes sencillas, ni se cuidaba de explorar la naturaleza de los territorios.

Se pensó en enviar un jefe que restaurara lo perdido quitando el mando á los que se lo habían arro-

gado sin real mandato. Para este cargo fué elegido Pedro Arias, de Ávila pero ciudadano de Segovia, que entre los españoles lleva por antonomasia el nombre de *Justador;* porque desde su juventud sobresalía en el manejo de la lanza. Habiendo los procuradores de Darién divulgado en la corte cuánta importancia tenía aquel cargo, muchos insistieron tenazmente con el Rey para quitar la jefatura á Pedro Arias.

Pero el Prelado de Burgos, Capellán mayor á cuyo cargo corre, como ya dijimos, poner remedio en este negocio que iba mal, cuando se enteró de ello se presentó al Rey y le habló de esta manera: «Supuesto que Pedro Arias, ¡oh Rey Católico!, ha ofrecido su vida á Vuestra Majestad entre peligros de dudosa salida; supuesto que conocemos por larga experiencia su aptitud para ndar tropas, y principalmente se visto en las batallas de África, en e se portó cual cumple á denodo militar, y se mostró sagaz ge-

neral de milicia, me parecería una iniquidad el que se le quitara el mando sin más motivo que la avaricia de algún otro. Vaya allá con la bendición de Dios este hombre honrado; vaya este fiel discípulo de Vuestra Majestad, educado en la Corte desde niño.» Así, pues, por consejo del obispo de Burgos confirmó el Rey la elección de Pedro Arias con más amplias facultades.

4. El obispo de Burgos alistó para Pedro Arias mil doscientos soldados aptos para la guerra, pagados por el Rey. La mayor parte de ellos se los llevó de la corte, y partió de Valladolid hacia primeros de Octubre del año mil quinientos trece, en dirección á la ciudad de Hispali, llamada vulgarmente Sevilla, insigne por su población y riqueza, donde los magistrados del Rey han de dar los soldados que le faltan y los bastimentos y demás cosas conducentes á tamaña empresa. Pu[illegible] en aquella ciudad tiene el Rey u[illegible] casa, levantada únicamente pa[illegible] los negocios del océano, á la q[illegible]

concurren, al ir y al venir, los negociadores á dar cuenta de las cosas que llevan á las nuevas tierras, y del oro que traen de allí. Llaman á esa casa de la Contratación de las Indias.

Encontró Pedro Arias reunidos en Sevilla más de dos mil jóvenes, y también no pequeño número de viejos avaros, muchos de los cuales se ofrecieron á seguir á Pedro Arias á sus expensas sin estipendio del Rey; mas por no cargar demasiado las naves destinadas, y porque no llegaran á faltar las provisiones, se negó la libertad de embarcarse. También se mandó que ningún extranjero se mezclara con los españoles sin orden del Rey.

CAPITULO II

Sumario: 1. Cadamusto plagiario.— 2. Pases para América.— 3. Salida de Pedro Arias.— 4. Resolución de su esposa, Doña Isabel de Bobadilla.

Por esto me maravillé de que cierto Luis Cadamusto, de Venecia, escritor de las cosas de Portugal, haya escrito sin vergüenza acerca de las cosas castellanas: *Hicimos, vimos, fuimos,* cuando ningún veneciano hizo ni vió nunca cosa ninguna de aquéllas. Todo eso lo ha entresacado y hurtado de los tres libros primeros á los cardenales Ascanio y Arcimboldo, pensando que mis escritos no saldrían nunca al público. Acaso pudo también haber visto aquellos libros en casa de algún embajador de Venecia; pues aquel ilus-

trísimo Senado envió hombres célebres á estos Reyes Católicos, y yo con mucho gusto les enseñaba mis escritos, y consentía fácilmente en que se sacaran copias de ellos.

Como quiera que sea, el bueno de Luis Cadamusto ha querido apropiarse el fruto del trabajo ajeno. Lo que escribió acerca de los descubrimientos de los portugueses, que verdaderamente son admirables, si es que lo vió, como dice, ó si de la misma manera lo substrajo á las vigilias de otro, no me toca á mí investigarlo. Vaya con Dios.

2. Nadie, pues, se embarcó en aquel ejército que no estuviera alistado por los magistrados del Rey. Inscribiéronse, sin embargo, bastantes fuera de lo dispuesto, y entre ellos un joven, paisano mío, que se llamaba Francisco Cotta, pero habiendo conseguido, á ruego mío, su real diploma, en el cual se mandaba á los magistrados que dejaran embarcarse á aquel extranjero con Pedro Arias; sin eso, no habría podido de modo alguno. Ande, pues,

el veneciano Cadamusto, y escriba que lo vió todo, cuando al cabo de veintiséis años que he estado siempre con este Rey Católico, y no mal quisto, apenas tuve bastante poder para conseguir el diploma para que pasara ese extranjero. Tal permiso se concede á algunos genoveses (y por cierto á pocos), por consideración al Almirante, hijo mayor del primer descubridor de aquellas tierras; pero á otros, de modo ninguno.

3. Se dió, pues, á la vela Pedro Arias por el Guadalquivir, que pasa por medio de Sevilla, río abajo, hacia el principio del año 1514. Pero zarpó con mal agüero. Tan recia tormenta cogió á esta flota que destrozó dos naves, y de las otras tuvieron que tirar al mar parte del cargamento para aligerarlas, con lo cual se volvieron sin otra novedad á las costas españolas. Pero repuestas sin tardanza por los magistrados reales, los pusieron otr- vez en camino. Piloto de la nav capitana era, por real mandat Juan Vespucio, florentino, sobri

no de Américo Vespucio, arriba nombrado, á quien su tío le dejó en herencia la pericia del arte de navegar y de calcular los grados. Desde la Española nos han dicho que cruzaron el océano con vientos favorables, pues una nave mercante que venía se los encontró cuando ya iban á llegar á las islas vecinas de la Española.

4. Pero entretanto, mientras me dan prisa Galeazzo Butrigario y Juan Curcio, afectísimos á Vuestra Santidad, diciéndome que tienen preparada una posta que lleve á Vuestra Santidad estas mis mal peinadas Nereides del océano, para no perder el tiempo voy á contar, aunque no en su lugar, otras varias cosas que se han quedado atrás.

Este capitán Pedro Arias tiene esposa, que se llama Isabel de Bobadilla, por un hermano sobrina de la marquesa de Bobadilla Amoía, que, cuando los portugueses invadieron á Castilla, entregó la ciudad de Segovia á los reyes Fernando é Isabel; con lo cual éstos

tomaron fuerzas, primero para resistir á los portugueses, y luego para hacerles guerra abierta y echarlos fuera, á causa de los tesoros que allí había juntado el rey Enrique, hermano de la reina Isabel. En paz y en guerra mostró ánimo viril esta Marquesa, y con su intervención se realizaron muchas cosas grandes en Castilla. Sobrina suya, como hija de un hermano, es la esposa de Pedro Arias : la cual, emulando en magnanimidad á su tía, cuando su marido se preparaba para ir á ignotas regiones del mundo y á vastos derroteros de tierras y mares, le habló en estos términos :

«Amado esposo : Me parece que nos unimos desde jóvenes con el yugo marital para vivir juntos, no separados. Adonde quiera que te lleve la suerte, ya entre las furiosas ondas del océano, ya en horribles peligros de tierra, sábete que te he de acompañar yo. Ningún peligro puede amenazarme tan atroz, ningún género de muerte

puede sobrevenirme que no sea para mí mucho más llevadero que el vivir separada de ti por tan inmensa distancia. Es preferible morir una vez, y que me echen al mar para que me coman los peces, ó á la tierra de los caníbales para que me devoren, que no el consumirme en luto continuo y perpetua tristeza, esperando, no al marido, sino sus cartas. Esta es mi resolución, no tomada temerariamente, ni del momento, ni por arrebato mujeril, sino maduramente pesada. Escoge una de dos cosas: ó me cortas el cuello con la espada, ó consientes en lo que pido. Ni siquiera me lo impedirá un momento el amor de los hijos que Dios nos ha dado (pues dejaban cuatro hijos y cuatro hijas). Les dejaremos los bienes antiguos y los dotales, con que puedan vivir entre los caballeros de su clase. De lo demás ya no me tido.»

Cuando esto hubo dicho aquella atrona de ánimo varonil, viéndosu marido resuelta á poner por

·obra lo que había dicho, no se atrevió á contradecir sus peticiones, sino que alabó el propósito de tal esposa. Siguióle, pues, como á Mitrídates le seguía su Ipsicrateya con el cabello tendido. Ama ésta á su marido como la halicarnásea Caria á su difunto, y á Mausolo su Artemisa. Y hemos sabido que la denodada Isabel Bobadilla, educada con todo regalo, aguantaba el bramido del océano con tanto valor como su marido ó cualquiera lodes marinos que se han criado entre las ondas del mar.

CAPÍTULO III

SUMARIO. 1. Vicente Yáñez Pinzón.—2. Le atacan los indios.—3 Paces y regalos.

OTRAS cosas tengo que referir también de las que se habían quedado atrás. En la primera Década se hizo mención distinguida de Vicente Añez Pinzón. Éste había acompañado en la primera navegación á Cristóbal Colón, genovés, después Almirante. Posteriormente, como se dice en la Década, por sí y á sus expensas hizo exploraciones con una sola nave, provisto de real diploma y permiso. En el primer año, después de aber marchado los capitanes Niesa y Hojeda, recorrió de nuevo or tercera vez, desde la Española, quellos derroteros.

Este Vicente Yáñez recorrió de Oriente á Occidente toda la costa meridional de Cuba, y dió la vuelta á ésta, que hasta entonces por su largura muchos reputaban continente. Vicente Yáñez, habiendo conocido ya con prueba manifiesta que Cuba era isla, siguió adelante y dió con otras tierras al Occidente de Cuba, pero en las que ya había tocado el Almirante. Y así, empeñado en encontrar tierra nueva, volviendo á la izquierda, costeando aquellas playas por el Oriente y pasando los canales de las bahías de Veragua, Uraba y Cuchibacoa, arrimó su nave en que iba á la región que, según dijimos en la Década, se llamaba Paria y Boca del Dragón, y penetró en una amplia ensenada en que había tocado Colón, y era notable por la abundancia de aguas dulces y de pescado y por la muchedumbre de islas, que distaba de Curiana por el Oriente unas ciento treinta millas, en medio de cuyo trecho está Cumana y Manacapana, á las cuales muchos dan la prima-

cía en cuanto á perlas, y no á Curiana.

2. Cuando supieron la llegada de los nuestros los régulos de aquella región, que se llaman *chiacones,* como en la Española caciques, enviaron quien averiguara qué gente era aquella nueva, ó qué novedad traía, ó qué quería, y al mismo tiempo mandaron preparar botes unilígneos armados (que en la Década dijimos son monoxilos, como las canoas de la Española). Á estos botes les llaman *chicos.* Se quedaron maravillados al ver extendidas las velas de la nave, como que ellos nó las usan, y si las usaran serían pequeñas, según lo exigiría lo estrecho de sus botes.

Trasladándose, pues, muchos á la nave en sus monoxilos, pensaron temerariamente amedrentar y traspasar á saetazos á los nuestros aun defendidos, como en murallas, tras s bordas. Dispararon los nuestros bre ellos sus bombardas, y atótos ellos del estruendo y del esago grande que les hacían cuan-

do les herían, se derrotaron ellos mismos. Cuando huían dispersos, los nuestros les daban alcance con el bote servidero: mataron á algunos y prendieron á más.

3. Al saber esto y oir el estruendo de las bombardas, los régulos mandaron parlamentarios á Vicente Yáñez, temiendo que les saquearan los pueblos y mataran á los hombres si desembarcaran airados. Pidieron la paz, según se podía colegir por las señas y ademanes, pues los nuestros declaran que no entendieron una palabra.

En señal de la paz que deseaban hicieron á los nuestros egregios regalos, como de oro tres mil veces la cantidad aquella que dijimos se llama un castellano y se dice *peso* vulgarmente, y un tonel de madera lleno de incienso fuerte y muy rico, que tenía unas dos mil seiscientas libras de á ocho onzas; de aquí coligieron que el país era fe raz de incienso, supuesto que lo indígenas de Paria no tienen comu nicación alguna con los sabeos, co

mo que no conocen nada absolutamente más allá de sus playas.

Y con el oro y el incienso y pavos del país, diferentes de los nuestros por la variedad de colores, les dieron hembras vivas para sacar en España crías de aquellas aves nuevas, y machos en muy gran número para comer entonces. También ciertos muebles de algodón para decorado de las casas en vez de tapetes, trabajados maravillosamente con varios colores, de los cuales pendían de trecho en trecho por las orillas esa clase de sonsonetes, de oro, que el vulgo italiano llama *sonaglios* y el español *cascabeles*. Asimismo les dieron papagayos que charlan, de varios colores, cuantos quisieron; que en Paria abundan los papagayos tanto como entre nosotros los pichones y los gorriones.

CAPÍTULO IV

SUMARIO: 1. Indios vestidos.—2. Excusas literarias del autor.—3. Gobierno de aquellos indios.—4. El cabo de San Agustín.

A todos estos indígenas los encontraron cubiertos de sencillas vestiduras de algodón, á los hombres hasta la rodilla, y las mujeres hasta las espinillas; pero los hombres llevaban la tela á modo de los turcos, cogida en dobleces con diminución para que no les estorbe en la guerra. Llamo algodón aquella especie de hilaza que otra vez he dicho que se llama *bombicino* en italiano.

2. Si los latinistas del Adriático ó de la Liguria echan á ignorancia ó á descuido varias palabras semejantes, si mis escritos llegan alguna

vez á sus manos, como vimos que mi primera Década se imprimió sin contar conmigo, he resuelto no preocuparme de ello gran cosa; y sepan que yo soy de la Lombardía, no del Lacio, y que nací lejos del Lacio, que fué en Milán, y que he vivido muy lejos de allí, como que es en España. Lo mismo quiero que tengan por dicho los genuinos adriáticos ó ligúricos más cercanos al Lacio acerca de bergantines, carabelas, almirante, adelantado, en su nombre vulgar español. Y no ignoro que los helenistas charlan que quien tiene como principal ese mando debe llamarse *archithalaso;* los apasionados á la vez del griego y del latín, éstos *navarchum,* aquéllos *pontarchum,* y lo mismo de otras cosas semejantes, con tal entienda que Vuestra Santidad queda satisfecho de esta mi sencilla narración acerca de tamaños descu-
rimientos. Dejando ya esto, volvamos á los caciques de Paria.

3. Vicente Yáñez encontró que tos son entre los habitantes de Pa-

ria así como principales gobernan-
tes de los pueblos por tiempo de un
año, á los que siguen los demás
tanto en asuntos de guerra como de
paz. Tienen construídos los pueblos
en el ámbito de aquella vasta ense-
nada.

Cuentan que se presentaron con
regalos á los nuestros cinco reye-
zuelos, cuyos nombres me ha pare-
cido insertar aquí para memoria de
tan gran suceso : el chiacón Chia-
nacca (pues á sus principales les
dan el mismo nombre de *chiacones);*
el chiacón Pintiñano; el chiacón
Camailaba; el chiacón Polomo, y
el chiacón Pot. Á la ensenada aque-
lla descubierta antes por el almi-
rante Colón, llaman la Bahía de
Navidad, porque entró el día del
Nacimiento del Señor, aunque de
paso y sin explorarla; pues á la
ensenada llaman bahía los espa-
ñoles.

4. Después de haber pactado
alianza con estos chiacones, Vicen-
Yáñez prosiguió el camino que
había propuesto. Dejó hacia Ori-

te regiones abandonadas, por los frecuentes aluviones de aguas, y lugares llenos de grandes trechos de lagunas, y no desistió de su propósito hasta que llegó á la cúspide de aquella tierra larguísima, si es que pueden llamarse cúspides las puntas ó frentes agudas ó promontorios que terminan las tierras marinas.

La punta aquella parece que quiere embestir al Atlántico, pues mira á aquella parte de África que los portugueses llaman Cabo de Buena Esperanza pelados promontorios de la montaña atlántica que penetran en el océano. Pero el Cabo de Buena Esperanza tiene treinta y cuatro grados del antártico, y aquella punta solamente siete. Pienso que esta tierra es la que encuentro en los escritores de Cosmografía, que llaman la gran isla atlántica sin más indagar su situación y sus osas.

Y ya que desde el mar hercúleo emos dado primeramente con la illa de esta tierra, no será imper-

tinente hablar algo que podría acaso ocasionar discusión, si no fueran suegro y yerno, entre el rey Católico D. Fernando y D. Manuel, rey de Portugal. Digo Portugal y no Lusitania, que oigo decir á muchos no iliteratos, y se engañan gravemente. Porque si es Lusitania la que los distinguidos cosmógrafos incluyen entre los ríos Ana *(el Guadiana)* y Duero, ¿qué porción de Lusitania es Portugal?

LIBRO VIII

DEL CREÍDO CONTINENTE

CAPÍTULO ÚNICO

SUMARIO: 1. La famosa línea de Alejandro VI.—2. Los primeros obispos de América.—3. Los caribes.—4. Transición.

VIVIENDO Juan, rey de Portugal, cuñado y predecesor del actual rey Manuel, se originó grave contienda entre castellanos y portugueses acerca de este descubrimiento. Argüía el portugués que se le debían dejar á él odas las navegaciones del océano, orque antes que nadie, y casi de memorial, se había atrevido á ex-

plorar el océano. Pero los de Castilla oponen que desde el principio fueron comunes á los hombres todas las cosas que Dios crió en la tierra por ministerio de la naturaleza, y que, por tanto, podía cualquiera ocupar lo que hallara sin habitantes cristianos.

Cuando así se trataba en confuso el asunto, convinieron ambas partes en que el Sumo Pontífice resolviera lo que fuera derecho, comprometiéndose unos y otros á obedecer la determinación pontificia. Regía entonces las cosas de Castilla con su marido aquella gran reina Isabel, porque eran su dote los reinos de Castilla : la Reina era prima de D. Juan, rey de Portugal, y por eso se compuso más fácilmente el negocio.

Así, pues, el Sumo Pontífice Alejandro VI, con asentimiento de ambas partes, mediante bula con sello de plomo, les trazó una línea diametral *(un meridiano)* de Septentrión á Mediodía, fuera de los paralelos de las islas que llaman

de Cabo Verde, con diámetro de cien leguas al Occidente; porque en el pontificado de Alejandro VI se había puesto en litigio este asunto.

Dentro de la línea trazada, aunque algunos lo niegan, cae la punta aquella de tierra que llaman Cabo de San Agustín, y así no pueden los castellanos sentar el pie en el principio de aquella isla. Por eso regresó de allí Vicente Yáñez, habiendo sabido por los indígenas que la provincia de Ciamba, feraz de oro, estaba al otro lado de unas montañas altas que tenían á la vista, y se llevó á la Española algunos de los que cogió en el golfo de Paria, que manifiestamente pertenece á Castilla, y se los dejó al Almirante joven para que aprendieran nuestra lengua y pudieran después servirles de intérpretes en la exploración de lo oculto de aquellas regiones; y él se vino á la Corte con el ı de conseguir del Rey el permiso ɜ que pudiera llamarse gobernaɔr de la isla de San Juan, que dissolamente de la Española un tre-

cho de veinticinco leguas, por cuanto el propio Vicente Yáñez había sido el primero en descubrir que se cría oro en ella.

Hemos dicho en la primera Década que los indígenas llamaban á esta isla Burichena. De ella era gobernador cierto Cristóbal, hijo del portugués conde de Camiña, y los caníbales de las islas vecinas le mataron junto con todos los cristianos, excepto el Obispo y sus familiares, que, abandonando el templo y sus ornamentos, huyendo se refugiaron en lugar seguro.

2. Porque vuestra Sede Apostólica, Beatísimo Padre, ha erigido ya cinco Obispos nuevos á ruego de los Reyes. En la ciudad principal de Santo Domingo, en la Española, á Fr. García de Padilla, de la Orden de San Francisco. En el pueblo de la Concepción, al doctor Pedro Juárez de Deza; y en la isla de San Juan, al licenciado Alfonso Manso, ambos observantes del instituto de San Pedro. El cuarto, Fr. Bernardo de Mesa, noble, de linaje de Toledo,

predicador, dominico, en la isla de Cuba. El quinto, Juan Cabedo, también predicador de púlpito, de la observancia de San Francisco, le ungió Vuestra Santidad para que esté al frente de los del Darién.

3. Pronto pagarán los caribes su merecido: se irá contra ellos. Principalmente porque, después de haber cometido aquel horrible crimen, pasados algunos meses, volviendo de la vecina isla de Santa Cruz, mataron al cacique amigo de los nuestros y á toda su familia, y se los comieron, destruyendo el pueblo completamente. La ocasión que tomaron fué que aquel reyezuelo violó el derecho de hospitalidad con siete caribes, maestros de hacer canoas, que habían quedado allí para que hicieran algunas, porque la isla de San Juan cría árboles más corpulentos para hacer esos monoxilos que no la isla de ellos, llamada Santa Cruz.

Permaneciendo aún en la isla aquellos caribes, dieron con ellos muchos de los nuestros que pasa-

ban de la Española. Sabido el hecho por medio de los intérpretes, comenzaron á querer pedir cuenta de tamaña maldad á los caribes; pero ellos, apuntando á los nuestros los arcos y envenenadas saetas, con cara torva y feroz intimaron á los nuestros que no intentaran meterse con ellos si no querían que les saliera mal el viaje. Los nuestros, temiendo al veneno de las saetas, pues no habían venido preparados á pelear, hicieron señales de paz.

Preguntados los caribes por qué habían destruído el pueblo y dónde estaban el cacique y su familia, respondieron que habían arrasado el pueblo, y se habían comido al cacique y á su familia cortados en pedazos, por vengar á sus siete operarios, y que guardan en haces los huesos de ellos para llevárselos á las mujeres é hijos de los siete operarios, para que sepan que no yacen sin venganza los cuerpos de su maridos y padres. Y mostraron los nuestros los haces de huesos

Asombrados los nuestros de tanta barbarie y precisados á disimular, se callaron y no se atrevieron á inculpar ó reprender á los caníbales.

4. De estas y otras cosas semejantes suceden todos los días muchas que paso por alto por no mortificar los sagrados oídos de Vuestra Santidad con narraciones sanguinarias.

Bastante he divagado, Beatísimo Padre, fuera de las regiones de Veragua y Uraba, que son las que principalmente han dado ocasión á mi propósito. ¿Vamos á omitir lo tocante á la anchura y profundidad de los ríos de Uraba, ni lo que producen, ya estos ríos, ya las regiones que riegan? ¿Callaremos tampoco la magnitud del territorio de Oriente á Occidente, y su latitud del Mediodía al Septentrión, ni lo que se cree de lo que allí está aún por nocer? No por cierto, Beatísimo adre.

Volvamos, pues, á Uraba, y mencemos por los nombres re-

cientemente puestos á las provincias. Permítase llamarlas *provincias* [1], puesto que, vencidas á lo lejos, obedecen á los cristianos.

---

[1] **Alude á la etimología latina**: *pro-vincia*, de *procul vinco ó vincio*.

LIBRO IX

DEL CREÍDO CONTINENTE

CAPITULO PRIMERO

Sumario: 1. La Española, metrópoli.—2. Fertilidad de Uraba.—3. Árboles de Darién.—4. La primera piña de América.—5. Las batatas.—6. Los animales de allá.

Han resuelto que Veragua se llame Castilla del Oro, y Uraba Andalucía la Nueva, y han escogido para habitarla como cabeza de las islas á la Española, sometiéndole muchas lonias de muchas islas. Así se ha ado la morada en los inmensos ritorios de Paria, en las dos re- ones de Uraba y de Veragua,

para que en las excursiones se refugien en ellas cual puerto, y cuando se vean cansados y necesitados de lo necesario, puedan repararse allí.

2. Los sembrados y todas las hortalizas crecen admirablemente en Uraba. ¿No es esto maravilloso, Santísimo Padre? Llevan á aquellas tierras semillas de todas las cosas, ramas de plantas, retoños, varetas y mugrones de algunos árboles, como hemos dicho también de los cuadrúpedos y las aves. ¡Oh qué admirable fertilidad! A unos veinte días cogen el fruto de los cohombros y verduras semejantes: las coles, acelgas, lechugas, borrajas y otras hortalizas, á los diez días; y las calabazas y melones los cogen á los veintiocho días de sembrar la semilla. De los tallos y renuevos de nuestros árboles plantados en viveros y en hoyos, y de las varetas ingertas en ramas de árboles del pa que tengan afinidad, refieren qu fructifican con igual rapidez qu hemos dicho de la Española.

3. Los del Darién tienen muchas clases de frutas de árboles indígenas, de vario sabor y saludables para uso de los hombres, de las cuales me propongo describir las principales. Cultivan el árbol *guayano,* que da una fruta muy semejante á la de los cidros, vulgarmente llamados limones, de sabor agrio mezclado con dulce. Abundan asimismo de piñones y de dátiles varios, mayores que los que nosotros conocemos, pero que por su aspereza no valen para comer.

Es cierto que se crían espontáneamente y en cualquier parte palmillas estériles, que, sin embargo, son ellas de comer y crían hojas para escobas. El *guarauaná,* que es mayor que el naranjo, cría una fruta grande, igual á la cidra. Hay otro árbol casi como el castaño : da un fruto semejante á un higo, más grande, de dulce y saludable sabor. El *ameyo* es otro árbol que produce ı fruto del tamaño de la naranja, cuyo sabor no es inferior al del ás rico melón. El *guananalá* da

una fruta menor que las otras, pero de olor aromático y más sabrosa que ninguna.

El *hovos* es otro que cría una fruta de forma y sabor muy semejante á las ciruelas, pero algo mayor; éste creen que es el *mirobalano*. Este árbol es tan peculiar de la Española, que los cerdos se ceban con su fruto; y cuando madura, los porquerizos no los pueden retener ni gobernar, sin que se les escapen y se vayan desparramados á las selvas que crían esos árboles; así es que gran muchedumbre de cerdos se han hecho silvestres. Por eso dicen que en la Española la carne de cerdo es más sabrosa y saludable que la de carnero, pues nadie duda que las varias clases de alimentos dan á la carne que se come varia virtud y gusto muy diferente.

4. Otra fruta, dice el invictísimo rey Fernando que ha comido, traída de aquellas tierras, que tiene muchas escamas, y en la vista, forma y color se asemeja á las piñas de los pinos; pero en lo blanda al

melón, y en el sabor aventaja á toda fruta de huerto; pues no es árbol, sino hierba muy parecida al cardo ó al acanto. El mismo Rey le concede la palma. De ésta no he comido yo, porque de las pocas que trajeron sólo una se encontró incorrupta, habiéndose podrido las demás por lo largo de la navegación. Los que las comieron frescas donde se crían, ponderan admirados lo delicadas que son.

5. Cavan también de la tierra unas raíces que nacen naturalmente, y los indígenas las llaman *batatas;* cuando yo las vi, las juzgué nabos de Lombardía ó gruesas criadillas de tierra. De cualquier modo que se aderecen, asadas ó cocidas, no hay pasteles ni otro ningún manjar de más suavidad y dulzura : la piel es algo más fuerte que en las patatas y los nabos, y tienen color de tierra, pero la carne es muy anca. También se siembran y cul-an en los huertos, como dijimos la *yuca* en la Década primera. mbién se comen crudas, y enton-

ces imitan el gusto de la castaña verde, pero son más dulces. Basta ya de árboles y hortalizas y otros vegetales : vengamos á los utensilios.

6. Los horribles saltos de aquella tierra los pacen, á más de tigres y leones, y demás animales ya conocidos de nosotros, ó, por lo menos, descritos por excelentes autores, otros monstruosos. Pero principalmente cría un animal, en el cual la naturaleza ha cuidado de mostrarse artífice maravillosa. Tiene el cuerpo igual al buey; está armado con una trompa de elefante, y no es elefante; tiene el color del buey, y no es buey; los cascos de caballo, y no es caballo; las orejas también de elefante, pero no tan grandes ni tan caídas, si bien mayores que las de los otros animales.

Acerca del animal que lleva consigo la prole en una bolsa del vientre (no conocido de ningún escritor que yo sepa), que, trepando, alimenta de frutas de los árbole tengo dicho bastante en la Décac

que pienso llegó á manos de Vuestra Santidad antes de que subiera al más alto puesto que hay, supuesto que corrió impresa como escapándose de donde yo la guardaba.

CAPÍTULO II

SUMARIO: 1. Los ríos de Uraba.—2. Los cocodrilos.—3. Los faisanes y otras aves acuáticas.

VAMOS ahora á referir lo que resta sobre los ríos de Uraba. El Darién por estrecho álveo desagua en el golfo de Uraba : permitiendo apenas las canoas unilígneas del país, pasa por delante del lugar que escogieron para habitar. Pero en el ángulo de la bahía que dijimos navegó Vasco, encontraron que entra por diversas bocas un río que tiene de ancho veinticuatro estadios (leguas llaman), y de profundidad también inmensa, como de más de doscientos codos. Este dicen que desagua en e golfo de Uraba, como el Danubi(en el mar del Ponto y el Nilo e

Egipto, y le llaman por antonomasia el Río Grande, y en él cuentan que se crían muchos y grandes cocodrilos, como lo sabemos del Nilo, principalmente yo, que he navegado por él río arriba y río abajo cuando fuí al Sultán y á la vuelta.

Por eso no sé qué pueda yo recoger de los escritos que acerca del Nilo han dado tantos hombres insignes en doctrina y autoridad. Pues dicen que la naturaleza ha dado para regar aquella tierra dos Nilos, ya les hagan correr de las montañas de la luna, ya de las del sol, ya de los pelados picachos de la Etiopía, y que uno cae por el Septentrión en la ensenada del Egipto, y otro en el océano meridional. ¿Qué voy á decir yo aquí? Del Nilo egipcio no hay duda. El otro del Mediodía lo han encontrado en sus maravillosos descubrimientos los portugueses que cruzan el círculo equinoccial
r la región de los negros y los
lindos, y los mismos disputan
e nace de las montañas de la lu-
y que es otro álveo del Nilo por-

que cría cocodrilos y no han leído que éstos se críen en parte alguna más que en las corrientes del Nilo. Los portugueses llaman á ese río Senega: cruza el país de los negros; en su orilla septentrional está frondoso, en la meriodional arenoso y horrible.

2. De aquel río salen á cada paso cocodrilos. ¿Y qué diremos del tercero y (casi diré) cuarto? Porque opino que son cocodrilos los que, armados de conchas tan duras como la de la tortuga, hallaron los castellanos al mando de Colón en el río que arriba dijimos se llama *de los Lagartos*. ¿Diremos que éstos nacen de las montañas de la luna? No por cierto, Beatísimo Padre. Luego los modernos han averiguado por experiencia que los cocodrilos se pueden criar en otras aguas que en las del Nilo. Que estos ríos no brotan de los montes de la luna, ni pueden tener el mismo origen que el Nilo de Egipto ó el de la Nigricia ó Melindo, nazcan éstos donde nazcan, puesto que éstos fluyen

de las montañas próximas que dijimos dividen en no gran trecho del mar septentrional el otro mar austral.

3. Además, en el Darién y otros ríos, los lugares lacustres que quedan con agua por los inundaciones, se crían faisanes, pavos, pero no de colores, y muchas clases de aves diferentes de las nuestras, ya para comer, ya para deleitar con su vario cantar los oídos de quien los escucha. Pero nuestros castellanos, por impericia de cazar, descuidan el cogerlos.

También gorjean en aquellos lugares encharcados innumerables especies de loros dentro del mismo género. Los hay tan grandes como los capones, y también más pequeños que un pajarillo. De la variedad de los papagayos, bastante dije en la primera Década. Porque el propio Colón, al recorrer estos vastos territorios, envió y él trajo unos pocos de cada especie que á todo el mundo se permitió ver, y todos los días se traen aún.

CAPÍTULO III

Sumario: Curiosas conjeturas del autor sobre el origen de los grandes ríos.

Una cosa resta, Beatísimo Padre, muy digna de la Historia, la cual quisiera yo que hubiese caído en las manos de Cicerón ó de Livio, mejor que no en las mías: la tengo por tan prodigiosa, que para describirla mi ingenio se encuentra más embarazado que un pollito entre estopa. Llevamos dicho, por testimonio de los indígenas, que aquel territorio no tiene más anchura que seis días desde el océano septentrional al del Sur. Por esto, de una parte la grandeza de los ríos, y por otra lo estrecha que es la tierra, me ponen confuso: cómo pueda suceder que en el espacio tan cor

to de tres días (de camino), midiendo desde las más altas cimas de aquellas montañas, se repartan á este mar septentrional tantos y tan grandes ríos, yo no lo entiendo. Y es de creer que otros tantos corran hacia los habitantes meridionales.

Estos ríos del Uraba son pequeños si se comparan con otros varios. Refieren los castellanos que en tiempo de Colón descubrieron y después de él navegaron por un río cuya desembocadura en el mar tiene casi cien mil pasos en las primeras costas de Paria, como en otra parte dijimos. Cuentan que desciende de altas montañas al océano, y con su furioso ímpetu y anchura hace retroceder al mar, aun embravecido, digo, empujado por la fuerza de los vientos; y dicen que en su gran espacio no sintieron nada de amargor en las aguas, sino que son buenas y agradables de beber. ›s indígenas le apellidan Mara- n, y los de las regiones adyacen- ; le dicen Mariatambal, Camamo- y Paricora.

Demás de los ríos arriba nombrados, como el Darién, el Grande de Dabaiba, el de Veragua, el de San Mateo, el de Boiogato, el de los Lagartos y el Gaira, encuentran á cada paso otros muchos los que recorren aquellas costas.

Poniéndome, pues, yo á reflexionar dónde estas montañas tan próximas á las costas y tan estrechas, según testimonio de los indígenas, pueden tener concavidades de tanta capacidad, y de dónde pueden llenarse para tener que arrojar tanto líquido, me ocurren varias cosas. Primera, la grandeza de las montañas, supuesto que son altísimas, según dicen. Decíalo también el propio Colón, primer descubridor. Más aún: él sostenía otra cosa; que el Paraíso de las Delicias está en la cima de aquellos montes que aparecen desde el golfo de Paria y la Boca del Dragón, y de esto se había él persuadido resueltamente.

Así, pues, las vastas moles de montañas arguyen que haya vastas cuevas muy capaces, sino que hay

que pensar de dónde se llenan. Si los ríos de todas las aguas dulces, conforme muchos piensan, obligados por la pesada mole del mar, refluyen del mismo mar por las hendiduras de la tierra, así como vemos que brotando de las mismas hendiduras dirigen su curso al mar, tendríamos que admirarnos aquí menos que en otra parte, porque de ninguna parte hemos leído aún que dos mares como éstos rodeen tierra alguna en tan estrechos límites, si es verdad lo que cuentan los indígenas; pues es cosa grande que esté rodeada á mano derecha por un océano al cual va el sol desde la izquierda, y por otro al Oriente, acaso aquél no menor que éste, pues le suponen mezclado con el de las Indias. Oprimida, pues, por semejante mole esta tierra (si vale esta opinión), se ve seguramente obligada á engullir tantos aluviones de ɜua, y después de engullírselos tie- e que echarla por anchas fauces.

Pero si no queremos admitir que ı tierra se sorbe del mar las aguas,

y profesamos que todas las fuentes se originan de convertirse el aire en agua que destila dentro de las cavernas de las montañas, según opinan los más, lo profesaremos inclinando la cabeza por la autoridad de los que en tales razones se apoyan, y no tanto porque nuestro entendimiento comprenda esa opinión. Que se convierta en agua el aire que absorben algunas cavidades de las montañas, no lo rehuso del todo; pues yo mismo he visto en España que de muchas grutas caía gota á gota lluvia perpetua, y que las aguas así reunidas formaban arroyos por las laderas de los collados, y con ellos se regaban los viñedos plantados en la pendiente, olivares y frutales de toda especie.

Pero principalmente en un lugar tengo por testigos al Ilmo. Luis de Aragón, Cardenal devotísimo de Vuestra Santidad, y á dos Prelados italianos, el uno el obispo de Bova que se llamaba Silvio Pandono, y el otro un Arzobispo que ni recuerdo su nombre propio ni llegué á

saber su título. Estábamos en Granada, recién sacada del poder de los moros, y por distracción nos llevó á ciertos montecillos amenos, por los cuales corría con suave murmullo un arroyo de riego. Entretanto, mientras nuestro Ilustrísimo Luis perseguía con saetas las aves que revoloteaban por los arbustos próximos al río, los dos Prelados y yo nos propusimos subir al cerro para ver de dónde nacía el arroyo, pues estábamos próximos á la cima de aquellos montes. Siguiendo, pues, la huella del estrecho arroyo, hallamos una cueva con abundante y perpetua lluvia así, de cuya agua, que gotea frecuentemente en un receptáculo hecho á mano en las piedras que hay debajo, se forma el arroyo.

Todos pueden ver también otra cueva que gotea en esta célebre población de Valladolid, en que ahora estamos, en el jardín, que no dista [illegible] estadio de las murallas del pue[illegible], del egregio jurisperito de la po[illegible]ción, llamado el licenciado Vi[illegible]a.

Así, pues, confieso que en alguna parte pueden formarse fuentes del goteo de los antros por la conversión del aire absorbido entre las cavidades de las rocas pendientes. Sino que me figuro que la naturaleza no cuidó de criar por medio de esta tenue industria semejantes aluviones de agua.

Hay, pues, dos razones conformes con lo que yo entiendo : una, las frecuentes lluvias; la otra, el ser allí perpetua primavera ú otoño, porque las tierras aquellas están tan cerca del círculo equinoccial que el vulgo no conoce claramente la diferencia del día y la noche en todo el año, y estas dos estaciones son más á propósito para producir lluvias, que no el pesado invierno ó el ardoroso verano. La otra razón que confirma á la primera es la siguiente. Si reconocemos que el mar es poroso, y que por sus poros, abriéndolos los vientos, se levantan los vapores de que se forman las nubes de agua, es menester que en esta tierra sean más frecuentes las

lluvias que no en otra, si es (como lo dicen) estrecha, y tiene colaterales dos mares inmensos que tan de cerca la rodean.

Como quiera que sea, Beatísimo Padre, yo no puedo menos de dar fe á tantos hombres que frecuentan aquellas tierras, y me veo en la precisión de referir las cosas, aunque la mayor parte no parezcan verosímiles. Por eso he querido discurrir por esos argumentos, no sea que los hombres renombrados por su saber y amigos de buscar por aquí y por allá ocasiones *(de criticar)* los escritos ajenos, me tengan por tan estúpido que, sin mediar razón ninguna, dé crédito á cualquier cuento que se oiga.

Tocante al empuje aquel de aguas dulces que, entrando en el mar, forma la desembocadura tan grande como arriba dijimos, opino que son las aguas acumuladas de muchos ríos que se precipitan y hacen un inmenso lago, pero que no son un río, como ellos cuentan, sino que, por ser empinadas las montañas, es

tanta, á mi parecer, la violencia de las aguas corrientes que con el *(opuesto)* impulso de las estancadas resulta aquella colisión, é impiden que las aguas saladas entren en la ensenada.

No faltará, tal vez, quien se admire de que yo me haya admirado tanto, y se burle de mí diciendo: ¡Mira lo que cuenta como un portento, que hay en aquellas regiones ríos muy grandes! ¿Por ventura no tiene Italia su Po, que ilustres autores llaman el rey de los ríos? ¿Y otras regiones no los tienen también grandísimos, como leemos del Tanay, del Ganges y de las bocas del Danubio, las cuales se dice que vencen al mar de modo que se puede beber agua dulce cuarenta millas adentro? Á esto quisiera dar solución del modo siguiente: El Po se deja detrás las cordilleras de los Alpes, que dan mucha mole de agua y separan de Italia las Galias, la Germania y la Panonia *(Hungría)* y, recibiendo en su largo recorrido el Tesino y otro ríos innumerables

corre á desaguar en el Adriático. Lo mismo puede decirse de los otros. Mas estos ríos son más caudalosos, y, según los caciques se lo han contado á los nuestros, tienen su origen muy cerca y corren al mar.

Sin embargo, hay quien opina que, si bien la tierra es aquí estrecha, en otras partes es amplísima.

También se me ocurre otra causa que, aunque la tengo por inválida, me parece bien exponerla. Por ventura, extendiéndose inmensamente la longitud de la tierra de Oriente á Occidente, si es estrecha servirá de ayuda. Porque así como leemos que el Orfea pasa de Elide, por ocultas venas submarinas, al Aretusa de Sicilia, así podrán aquellas montañas tener tan extensas cavernas que se correspondan con otras de otras tierras á larguísima distancia, y al paso se aumenten las aguas que llevan mediante aque-
ı transmutación del aire que he-
os dicho.

Tómenlo como quieran, ya los
ıe interpretan con buen corazón

los escritos ajenos, ya los que van buscando ocasiones de hacer burla. Acerca de este asunto no sé qué más deba decir al presente : cuando averiguare que ello no es así, diré sencillamente la verdad. Ya que tantas y tan grandes cosas he escrito acerca de la latitud de esta tierra, pasemos ya á tratar de la longitud y forma de la misma.

LIBRO X

DEL CREIDO CONTINENTE

CAPITULO PRIMERO

SUMARIO: 1. Extensión de lo descubierto.—2. Mapas primitivos.—3. Medidas.—4. Latitudes.

EL territorio aquel se entra en el mar lo mismo que Italia, aunque aquél no se parece, como ésta, á la pierna de un hombre. Pero Italia es para aquello como un pigmeíllo comparado con un gigante; como que la parte aquella que recorrieron los castelanos desde la dicha punta oriental, que dobla hacia el Atlante (sin que se le haya encontrado aún el

fin por Occidente), es ocho veces más grande que Italia. Vuestra Santidad querrá saber en qué razón me fundo para pronunciar este óctuplo.

2. Desde que resolví obedecer á los que me pedían que en nombre de Vuestra Santidad escribiera estas cosas en latín, yo, que no soy del Lacio, puse cuidado de no poner nada sin averiguarlo bien. Fuí á verme con el Prelado de Burgos, patrono de estas navegaciones, de quien arriba se hizo amplia mención. Encerrándonos en una habitación, tuvimos en las manos muchos indicadores de estas cosas; una esfera sólida del mundo con estos descubrimientos, y muchos pergaminos, que los marinos llaman cartas de marear, una de las cuales la habían dibujado los portugueses, en la cual dicen que puso mano Américo Vespucio, florentino, hombre perito en este arte, que navegó hacia el Antártico muchos grados más allá de la línea equinoccial con los auspicios y estipendio de los por-

tugueses. En este indicador encontramos que el primer frente de aquella tierra es más ancho de lo que los caciques de Uraba dijeron á los nuestros acerca de sus montañas. La otra *(carta de marear)* la comenzó Colón cuando vivía é iba recorriendo aquellos lugares, y en ella su hermano Bartolomé Colón, Adelantado de la Española, añadió lo que juzgaba, pues él también recorrió aquellas costas.

Además, cada uno de los castellanos que, según su propia persuasión, sabía medir tierras y costas, se trazó su pergamino de navegar. De entre todas conservan como más recomendables las que compuso aquel Juan de la Cosa, compañero de Hojeda, que dijimos le mataron los caramairenses en el puerto de Cartagena, y las de otro piloto llamado Andrés Morales, ya por la mayor experiencia de aquellas cosas (pues l uno y el otro estaban ya no menos amiliarizados con aquellas regiones que con las habitaciones de su asa), ya porque estaban reputa-

dos por más entendidos que los demás en Cosmografía naval. Teniendo, pues, á la vista todos los indicadores, en los cuales había una línea designando , según estilo español, no millas de pasos, sino leguas, mandamos que nos trajeran compases, y comenzamos á medir las costas con este orden.

3. Desde aquella punta ó frente, que dijimos está incluída en la línea de los portugueses, trazada por los paralelos que llaman de Cabo Verde, pero sólo cien leguas más al Occidente, la cual ellos han explorado ya de una y otra parte, encontramos trescientas leguas hasta la desembocadura del río Marañón. De allí hasta la Boca del Dragón, setecientas leguas ; en algunas un poco menos, pues no concuerdan completamente. Los españoles hacen la legua de cuatro mil pasos, principalmente en el mar ; por tierra, de tres mil.

Desde la Boca del Dragón hast la cúspide de Cuchibacoa, que s entra en el mar, pasada la cual s

forma una ensenada á mano izquierda, medimos en uno trescientas leguas, en los otros poco más ó menos. Desde el promontorio aquel de Cuchibacoa hasta la región caramairense, donde está el puerto de Cartagena, unas ciento setenta. Desde Caramaira á la isla Fuerte, cincuenta. Desde allí á las bocas del Uraba, entre las que está la población de Santa María la Antigua, donde se ha establecido Sede, solamente treinta y cinco. Desde el Darién urabense hasta el río de Veragua, donde se iba á fijar Nicuesa si Dios no hubiera dispuesto otra cosa, medimos que había ciento treinta.

Desde Veragua al río aquel que, según dijimos, Colón le llamó de San Mateo, en el cual Nicuesa, perdida su carabela, anduvo perdido y en la mayor miseria que hombre alguno, no encontramos en los in- icadores más que ciento cuarenta eguas ; pero en este trecho muchos e los que han vuelto de allá me an dicho que hay más distancia,

y colocan en él diversos ríos, como el Aburema con la isla que tiene delante, llamada Escudo de Cateba, cuyo cacique se llamó Caraquemada; otro río, Zobraba; detrás de él el Urida y el aurífero Duraba, y también excelentes puertos, entre éstos el Cerabaroo y el Hiebra, que así los llaman los indígenas.

Si Vuestra Santidad saca bien la cuenta, encontraréis, Beatísimo Padre, en este cálculo mil quinientas veinticinco leguas, que comprenden cinco mil setecientas millas desde la cúspide de San Mateo, que llaman el Golfo de los Perdidos.

Pero no paró aquí todo: cierto astur ovetense de antiguo linaje, llamado Juan Díaz de Solís, que dice haber nacido en Nebrija, patria de varones doctos, encaminándose desde aquel río hacia el Occidente, recorrió no pocas leguas. Pero aquella costa de medio se inclina hacia el Septentrión; por esto no se ha colocado exactamente entre lo que hemos medido, pero nos parece que comprende un diá-

metro como de trescientas leguas.

Colegid, pues, de lo dicho, Beatísimo Padre, cuánta es la longitud de aquella tierra que se ha de someter á vuestro trono; acerca de su latitud, acaso algún día opinaremos otra cosa. Digamos ahora un poco acerca de la variedad de los grados polares.

4. Este territorio, aunque se extiende de Oriente á Occidente, revuelve sin embargo, y tanto en su punta se inclina al Mediodía que pierde de vista el polo Artico y se pasa de la línea equinoccial siete grados hacia el Antártico; pero esa jurisdicción, como ya lo hemos dicho, pertenece á los portugueses. Dejando la punta en dirección á Paria, se vuelve á ver el polo Artico, y cuanto más se inclina la región hacia el Occidente, tanto más se levanta el polo. Tienen, pues, los castellanos diferente elevación de grados sta llegar al Darién, donde se ha ado la Sede principal de aquellas rras, pues se abandonó la de ragua, donde advirtieron que el

polo se eleva ocho grados. Pero desde allí se inclina tanto la tierra hacia el Septentrión, que casi se pone al igual de los grados del mar de Hércules, en particular si medimos ciertas tierras que ellos descubrieron hacia la costa septentrional de la Española.

CAPITULO II

SUMARIO: 1. Fuente fabulosa.—2. El hambre en Uraba.—3. Los restos se pasan á Darién.

ENTRE ellas, á la distancia de trescientas veinticinco leguas de la Española, cuentan que hay una isla, los que la exploraron en lo interior, que se llama Boyuca, alias Ananeo, la cual tiene una fuente tan notable que, bebiendo de su agua, rejuvenecen los viejos. Y no piense Vuestra Beatitud que esto lo dicen de broma ó con ligereza: tan formalmente se han atrevido á extender esto por da la corte, que todo el pueblo y pocos de los que la virtud ó la rtuna distingue del pueblo lo tien por verdad.

Pero si Vuestra Santidad me pregunta mi parecer, responderé que yo no concedo tanto poder á la naturaleza madre de las cosas, y entiendo que Dios se ha reservado esta prerrogativa cual no menos peculiar que el escudriñar los corazones de los hombres ó sacar las cosas de la nada, como no vayamos á creer la fábula de Medea acerca del rejuvenecimiento de Esón ó la de la Sibila Eritrea, convertida en hojas. Hasta aquí de la longitud y latitud, y de las quebradas montañas y de sus acuosas cavernas, y de los grados varios de aquella tierra, que ciertamente basta.

2. Mas no me parece que se debe pasar por alto lo que les aconteció á algunos desdichados en medio de las calamidades generales. Se me estremecían á mí las entrañas cuando era niño, y sufría de compasión hacia el Sinón de Virgilio, abandonado por Ulises entre las costas de los cíclopes, porque contaba Virgilio que desde que pasó Ulises hasta que llegó Eneas, no muchos

días, se alimentó de bayas y de los cornejos que había entre las piedras. Las bayas y asperillas habrían tenido por delicado manjar los infelices españoles que, siguiendo á Nicuesa, eligieron á Veragua para habitar. ¿Para qué hacer ponderaciones acerca de una cabeza de asno comprada en alto precio? ¿Para qué hablar de muchas cosas semejantes que tienen que padecer los sitiados?

Después que Nicuesa resolvió abandonar á Veragua por la penuria y esterilidad del país, exploró á Belpuerto, y luego las costas del promontorio que llamaron Mármol, á ver si allí podrían establecerse con más fortuna. Viéronse los compañeros acosados de tanta necesidad, que ni siquiera se abstuvieron de comerse los perros con sarna que tenían consigo para cazar y para defensa (pues en los ataques con los indígenas desnudos, se ayudaban
icho de los perros), y alguna vez
sta comieron carne de los indíge-
s muertos. Pues allí no encontra-
ı árboles fructíferos, ni aves que

dijimos se crían en el Darién, y, por tanto, era una tierra nada poblada de habitantes.

Se convinieron algunos compañeros en la compra de un perro flaquísimo que ya casi se estaba muriendo de hambre; le dieron al amo del perro muchos pesos de oro castellanos; le despellejaron para comérselo, y la piel sarnosa, y en ella los huesos de la cabeza, los tiraron á unos espinos próximos; al día siguiente, un infante de ellos dió con la piel tirada, llena de gusanos y que casi hedía. Llevósela á su casa: quitándole los gusanos la echó á cocer en una olla, y, cocida, la comió. Acudieron muchos con sus platos, por el caldo de la piel cocida, ofreciéndole un castellano de oro por cada plato de caldo.

Otro se encontró dos sapos; un enfermo se los compró para comérselos, y dicen que le dió por ellos dos camisas de lino recamado [illegible] oro, que valían seis castellanos. [illegible] cierto camino del campo se hal[illegible] ron algunos un indígena mue[illegible]

por sus compañeros y ya pútrido; lo descuartizaron secretamente, y cociendo sus carnes mataron por entonces el hambre, cual si comieran pavos. De otro cuentan que pasó algunos días alimentándose de arena palustre; pues de noche, separándose del pelotón de sus compañeros para pescar, se había perdido entre las algas de los pantanos, hasta que arrastrándose, ya medio muerto, encontró camino para incorporarse á sus compañeros.

3. Con estos y otros muchos sufrimientos que pasaron los infelices en Veragua, reducidos de más de setecientos setenta soldados apenas á cuarenta, se hicieron ellos también darienenses: muertos algunos por los indígenas, consumidos de hambre los demás, exhalaron su espíritu hipando de hambre, y así abrieron á los venideros el camino de nuevas tierras que ellos tenían que juzgar á costa de su vida. Si, es, nos hacemos cargo de lo que tos hombres pasaron, de ahora en elante irán otros á bodas, por se-

guros y nuevos caminos, á seguras y nuevas tierras en que encuentren ya habitantes y siembras hechas.

Pero adónde haya aportado el capitán Pedro Arias con la real armada, no lo sabemos hasta la hora presente. Lo que vaya sucediendo, si llego á entender que esto agrada á Vuestra Santidad, lo averiguaré con todo cuidado.

En la Corte del Rey Católico, á 4 de Diciembre, año del Nacimiento de Cristo, 1514.

DÉCADA TERCERA

LIBRO PRIMERO

CAPITULO PRIMERO

SUMARIO: 1. La empresa de Vasco Núñez de Balboa.— 2. Se gana á los caciques Careta y Poncha.— 3. El desfile por las montañas.

BEATÍSIMO Padre: Había yo cerrado las puertas al Nuevo Mundo, y me parecía que ya había discurrido bastante por sus costas, cuando nuevas cartas que me han llegado me precisan á abrirlas otra vez y á volver á tomar la pluma abandonada.

De Vasco Núñez, el cual dijimos que se arrogó el mando apoyado en la audacia de sus allegados, arrojando del Darién al capitán Nicuesa y al pretor Anciso; y también de otros varios he recibido cartas, escritas en su estilo militar, por las cuales sabemos que ha cruzado las montañas que separan el océano de nosotros conocido y otro mar austral aún ignorado. La carta de Vasco es más larga que la de Capri sobre Seyano; pero de ella y de las otras he entresacado únicamente lo que me parece digno de mención. Vasco, no solamente se ha reconciliado la gracia del Rey Católico que estaba irritado, sino que hasta le ha inclinado á hacerle mercedes: ha recibido del Rey, como también otros muchos, distinguidos y honoríficos privilegios por tales hazañas. Escúcheme atentamente Vuestra Santidad, y oiga con benigno aspecto y con gozo del corzón las cosas que le sucedieron cada paso en tamaña empresa; s puesto que esta nación españo

con trabajos varios y con muchos peligros de muerte, ha sometido, no ya centurias ó legiones, sino millares innumerables de hombres, que se han de inclinar ante vuestro sagrado trono.

Vasco Núñez (ya por no sufrir el ocio, ya porque una alma grande no sabe estarse quieta, ya por recelo de que otro le arrebatara tamaña empresa, pues muchos juzgan que Vasco entendió algo de la prefectura de Pedro Arias, ya por ambos motivos y porque comprendía que tenía irritado al Rey por lo que antes había hecho) resolvió acometer con pocos la empresa que le había oído al hijo del cacique Comogro sería difícil aun para mil soldados.

Haciéndose, pues, con algunos veteranos del Darién y con más de los que habían llegado últimamente de la Española atraídos por la fama de mayor abundancia de oro, rmó una fuerza de ciento noven- hombres armados. A primeros de ptiembre del año pasado, mil qui- ntos trece, con ánimo de ir por

mar cuando se pudiera, salió del Darién con un bergantín y diez monoxilos, ó sea, botes unilígneos del país.

2. Primeramente ocupó la tierra de Careta, cacique del litoral, amigo del de Coiba. Dejando allí las naves, pidió humildemente á Dios que favoreciera la empresa comenzada, y de seguida emprendió el camino por tierra hacia aquellas montañas. Entró primeramente en el territorio del cacique Poncha, y éste huyó como lo había hecho otra vez que fué aquél. Por medio de mensajeros prometió á los jefes de Coiba, de Careta y á Poncha defenderles de toda injuria de los enemigos, y amistad y muchos beneficios, empeñando la palabra. Ablandado, pues, Poncha con las promesas y halagos, así de los nuestros como de los caretanos, se presentó á los nuestros, y de grado y alegre aceptó la alianza. Vasco persuadió que nada temiera ya; s dieron la mano, se abrazaron uno otro, y se hicieron mutuos regalos

Poncha oro, aunque poco, como unos ciento diez pesos, que cada peso hace un castellano, pues el año anterior había sido despojado, como arriba lo referimos.

Vasco, para compensar dones con dones, dió á Poncha de nuestras cosas, como sartas de cuentas de cristal para ponérselas al cuello y en los brazos, espejos y cascabeles de latón, y otras mercancías semejantes de comercio. Tiénenlas en gran estima los indígenas, porque en todo lugar se tiene por cosa preciosa lo que es peregrino. También regaló á Poncha unas pocas segures de hierro para cortar árboles, pues no hay cosa que más estimen careciendo como carecen de hierro y demás metales excepto el oro, y siendo tan difícil el cortar sin instrumentos de hierro ninguna clase de madera, principalmente para construir las casas y vaciar las canoas; como que ellos ejecutan toda la labor de carpintería con ciertas piedras de filo.

3. Ganado, pues, Poncha para te-

ner asegurada la retaguardia, guió Vasco su tropa á las montañas, con guías y taladores que le dió Poncha, para que fueran delante arreglando las estrechuras del camino, pues había que penetrar por saltos sin senda, por escondrijos de fieras y por revueltas de las montañas, porque ellos tienen escasa y rara comunicación, como que gente desnuda y que no usa el dinero tiene pocas necesidades, y si tienen algún comercio lo hacen de cerca permutando el oro por adornos y muebles útiles. Por eso no hay entre ellos caminos trillados, por no ser nada frecuentes los viajes. No obstante, los exploradores de ellos saben sendas conocidas, aunque ocultas, y, guiándose por ellas se acosan unos á otros con emboscadas y robos nocturnos, matándose sucesivamente y reduciéndose á esclavitud.

Merced, pues, á los indígen de Poncha y á nuestros carpintero cruzó montañas horribles, y p' muchos y muy grandes ríos q

encontró, echando puentes ó entrelazando un conjunto de largas vigas, llevó sin novedad su tropa. Paso aquí por alto muchas cosas que ya por la penuria, ya por el inmenso trabajo padecieron, por no ser molesto refiriendo menudencias; pero lo que se hizo en el viaje con los caciques no me parece que deba omitirse.

CAPÍTULO II

SUMARIO: 1. Cuarecua se opone á Vasco y es derrotado. — 2. Indios sodomitas. Vasco los echa á los perros. — 3. Alegría de los comarcanos. — 4. Tribu de etiopes.

ANTES de llegar á las altas cimas de las montañas, entró en una región llamada *Cuarecua;* le salió al encuentro el cacique, que tenía ese mismo nombre, armado á usanza de ellos, es decir, con arcos y saetas y con *macanas,* esto es, con anchas y largas espadas de madera que manejan con ambas manos, y con astas de punta quemada, y también con dardos arrojadizos, que tiran con ojo muy certero.

Este recibió á los nuestros en actitud altiva y hostil, con gran muchedumbre de súbditos suyos, para

impedir el paso. Preguntó adónde iban ó qué buscaban. Les intimó con torvo aspecto, por medio de los intérpretes, que retrocedieran si no querían ser todos muertos sin quedar uno. Diciendo esto, salió al descubierto, vestido él y sus cortesanos, los demás desnudos; y como los nuestros no querían volverse atrás, les acometió. Pronto se acabó todo. Poco rato aguantaron las saetas de los escorpiones[1] y los tiros de las escopetas (que, oyéndolos, imaginaron que los nuestros tenían á su disposición los rayos y los truenos). Volvieron, pues, la espalda, dándose á la fuga. Como en los mataderos cortan á pedazos las carnes de buey ó de carnero, así los nuestros de un golpe quitaban á éste las nalgas, á aquél el muslo, á otros los hombros; como animales brutos perecieron seiscientos de ellos, junto con el cacique.

2. La casa de éste encontró Vasco llena de nefanda voluptuosidad:

---

(1) Especie de ballesta.

halló al hermano del cacique en traje de mujer, y á otros muchos acicalados y, según testimonio de los vecinos, dispuestos á usos licenciosos. Entonces mandó echarles los perros, que destrozaron á unos cuarenta. Se sirven los nuestros de los perros en la guerra contra aquellas gentes desnudas, á las cuales se tiran con rabia, cual si fuesen fieros jabalíes ó fugitivos ciervos, y los españoles no los encuentran menos leales en sufrir los peligros que los de Colofón ó Castabala, que formaban escuadrones de perros para hacer guerra; de suerte que los perros guardaban en la pelea la primera línea y jamás rehusaban pelear.

3. Divulgándose la severidad de los nuestros contra aquel linaje obsceno de hombres, los pueblos acudían como á Hércules, presentando á los que entendían estar contagiados de aquella peste, y e cupiéndoles clamaban que los qu taran de en medio, pues el cont gio había inficionado á los cort

sanos, y no al pueblo. Alzando al cielo los ojos y las manos, indicaban que Dios estaba irritado por tamaña iniquidad, que por eso enviaba rayos y truenos, pues padecen frecuentes exhalaciones y aluviones de agua que destrozan todos los sembrados, y se quejaban que de eso provenía el hambre y las enfermedades; aunque no adoran por Dios más que al sol, piensan que éste es el que da y el que quita las cosechas.

Son, sin embargo, dóciles; vendrán fácilmente á nuestro rito si va allá quien se les enseñe. Se ha conocido que en su lengua no hay nada áspero, nada duro, de modo que no se puedan escribir y pronunciar todos sus vocablos con letras latinas, como alguna vez lo hemos dicho de los indígenas de la Española. Es ésta una raza guerrera y que hasta ahora molestaba á sus vecinos. Pero la provincia no es rica de oro ni de fértiles campos: es montañosa y estéril, y fría por la desdez de los montes; por eso van

allí vestidos, los que logran tenerlos, los de palacio; la demás turba vive contentándose con lo que da la naturaleza.

4. Encontraron allí esclavos negros de una región que dista de Cuarecua sólo dos días, en la cual no se crían más que negros, y éstos feroces y sobremanera crueles. Piensan que en otro tiempo pasaron de la Etiopía negros á robar, y que, naufragando, se establecieron en aquellas montañas. Los de Cuarecua tienen odios intestinos con esos negros, y se esclavizan mutuamente ó se matan.

CAPÍTULO III

Sumario: 1. Prosigue la expedición.—2. Vasco viendo el Pacífico.— 3. El cacique Chiapes les ataca; es vencido y reconciliado.— 4. Pasa lo mismo con Coquera.

DEJANDO en Cuarecua muchos de los compañeros, que no acostumbrados aún á tantos trabajos y hambre habían caído enfermos, tomó guías de Cuarecua y se encaminó á las cumbres de las montañas.

Desde la corte de Poncha hasta dar vista al otro mar, media un espacio de seis jornadas cortas; sino que, impedido por varias desgracias y por extrema necesidad de todo, no pudo andarlo en menos de veinticinco días.

2. Por fin el 25 de Septiembre

los cuarecuanos mostraron unas altas cumbres desde las cuales se podía ver el otro mar que deseaban. Las miró Vasco atentamente, mandó parar la tropa, fué delante él solo, y ocupó el vértice primero que ninguno. Postrándose en tierra, hincado de rodillas y alzando al cielo las manos, saludó al mar Austral, y escribe que dió infinitas gracias á Dios y á todos los santos del cielo, que le habían guardado la palma de una empresa tan grande á él, que no era hombre de gran ingenio, ni de letras, ni de la nobleza. Hechas las oraciones sagradas á su modo de soldado, llamó á sus camaradas; y señalando con la mano derechá, les hizo ver el deseado mar. Cayendo otra vez de rodillas, pide al cielo, y principalmente á la Virgen Madre de Dios, que proteja la empresa fausta y felizmente comenzada, y les permita reconocer las tierras que ven deb jo de sus pies. Lo mismo hacen t dos sus compañeros, dando grit de alegría.

Cuando Aníbal mostró á sus soldados la Italia y los promontorios de los Alpes, hombre feroz prometió á sus compañeros grandes riquezas. «He aquí *(les dijo Vasco)* el mar deseado; ved ahí, ¡oh compañeros de armas y de tantos trabajos!, el de que tantas y tan grandes cosas nos dijeron el hijo de Comogro y los demás indígenas.». Dicho esto, en señal de posesión erigieron por aras unos montones de piedras á derecha é izquierda, para que la posteridad no los acuse de mentirosos: bajando de la cumbre de las montañas, haciendo incisiones en la corteza de muchos árboles escribía el nombre del Rey de Castilla, y levantaba por todas partes montones de piedra hasta que llegaron á la corte del cacique austral, que se llamaba Chiapes.

Toma Chiapes las armas; sale amenazador con gran muchedumbre para impedirles, no solamente el paso, sino también que se acerquen. Forman los nuestros sus líneas, aunque pocos en número; caen

sobre los contrarios, y saludan á Chiapes primero con las escopetas y luego con la jauría de perros que el vulgo llama alanos. Al oir el estruendo de las montañas por los tiros disparados, y al ver el humo de la pólvora que vomitaba llamas, y al oler el azufre (pues el viento soplaba de frente á los enemigos), se declararon ellos mismos en derrota; llenos de terror, pensando que les disparaban rayos, caían por tierra. Así caídos en el suelo ó puestos en fuga, cierran con ellos los nuestros, aunque en escuadrón cerrado, y guardando las filas al principio; después sueltos alcanzan á muchos, matan á pocos y prenden al mayor número, pues se habían propuesto conducirse amigablemente y explorar aquellas tierras en paz.

Ocupada la casa de Chiapes, soltó á la mayor parte de los aprehendidos en la huída para que busquen á Chiapes y le exhorten á que venga, y si vuelve le prometan paz, beneficencia y amor; pero si lo rehusa, le hagan saber que él y los suyos es-

tán amenazados de muerte y su reino de ruina.

Para que Chiapes se enterase mejor de estas cosas, dispuso que algunos de los cuarecuanos que servían de guías á los nuestros acompañaran á los chiapeos; y de este modo, persuadido Chiapes, ya por los cuarecuanos, que por sí y á nombre de su cacique le expusieron razones, ya también por los suyos, se entregó por la palabra empeñada. Saliendo de sus escondrijos, volvió á los nuestros: dándose la mano de una y otra parte, trabaron amistad y se obligaron mutuamente con alianzas, y se obsequiaron con mutuos regalos.

Chiapes dió á Vasco cuatrocientos pesos de oro labrado (ya dijimos que el ducado excede al peso casi en una cuarta parte). Por no quedar Vasco inferior á él, dió á Chiapes de cosas nuestras; así, contentos uno y otro, pasaron juntos algunos días, hasta que llegaran los compañeros que habían quedado detrás en Cuacua; y hechas estas cosas, despidió á los cuarecuanos dándoles re-

galillos agradables; y guiado por los chiapeos y por el mismo Chiapes, al cuarto día descendieron alegres de las cimas de las montañas á la anhelada costa.

Delante de testigos y de los escribanos reales, adjudicaron al Imperio castellano todo aquel mar y todas las tierras adyacentes á él.

Dejó con Chiapes parte de los compañeros para poder más libremente explorarlo todo. Tomó nueve canoas de los chiapeos, que ellos las llaman *culchas,* y guiado por Chiapes cruzó un río muy grande con ochenta hombres, pasando al territorio de otro cacique llamado Coquera. Éste, al principio, trató de resistir, y peleó por rechazar á los nuestros con las armas con igual resultado que los demás. Coquera realizó su pensamiento : fué vencido y se escapó; pero persuadido por los chiapeos, volvió otra vez; pues éstos, desempeñando el ca go de embajadores de Vasco, e: pusieron á Coquera cuán invict eran los nuestros, qué blandos co

los humildes, qué crueles y severos con los que se resistían. Les prometieron, con el ejemplo de su cacique y de otros, amparo, patrocinio y tranquilidad si se hacían amigos de los nuestros, y les amenazaron con la ruina y la muerte si les ofendían ó despreciaban. Volvió, pues, alegre Coquera con tales noticias, y dió á los nuestros seiscientos cincuenta pesos de oro labrado. Vasco, por su parte, pagó el don con dones de los nuestros, como dijimos que lo hizo con Poncha.

CAPÍTULO III

SUMARIO: 1. Vasco en el mar Pacífico.—2. Peligra en sus canoas.—3. El cacique Tumaco resiste, se torna amigo y regala perlas.

APACIGUADO Coquera, regresaron á la costa de Chiapes. Allí, viendo otra vez á sus compañeros de armas, cuando hubieron tomado algún descanso se propuso explorar el inmenso gollo vecino, el cual dicen que desde lo último que entra en tierra hasta fas regiones que se prolongan á las entradas del mar, tiene sesenta millas. Puso el nombre de San Miguel á esta ensenada, que dicen tiene muchas islas habitadas y rocas peladas.

Tomó, pues, de la marina de Chiapes las mismas nueve culchas co

que había cruzado el río, y se embarcó con los ochenta compañeros sin novedad, disuadiéndole de ello Chiapes y rogándole que de modo ninguno se atreviera á aventurarse en el golfo durante aquel tiempo. Le expuso que en tres meses del año es tan proceloso que de modo ninguno se puede navegar por él, y que á su misma vista muchas culchas fueron devoradas por furiosos torbellinos.

Pero Vasco, que no se avenía con el ocio, decía que en tal negocio le asistiría Dios y todos los Santos; que era asunto tocante á Dios, en el cual la religión cristiana se extenderá y se sacarán tesoros con los cuales se puedan hacer guerras contra los enemigos de la fe. Hizo las veces de un predicador en el púlpito, y persuadiendo á sus camaradas se embarcó en la flotilla de Chiapes. Mas Chiapes, para que Vasco) dudara de su lealtad, le manistó que dondequiera que se encainase le había de acompañar, é intió en que no consentiría de modo

alguno que saliera Vasco de su corte, dejándole á él.

2. Tan pronto como lanzaron las culchas de la costa á alta mar, se vieron embestidos de tal lucha de las olas, que no sabían adónde dirigirse ni dónde parar. Mirándose unos á otros, cada uno veía á sus compañeros medrosos y aterrorizados; pero especialmente Chiapes y los suyos, conocedores de aquel mar proceloso, se sentían abatidos; como que habían visto en las cercanías muchos peligros de éstos y naufragios.

Salieron por fin, y amarradas las culchas, se refugiaron en una isla próxima. Mientras allí pasaban la noche sobrevino el flujo del mar, y casi cubrió toda la isla. Dicen que ese mar austral, en la pleamar, sube tanto que cubre entonces muchas grandes rocas, las cuales parece que se levantan después en el reflujo; por el contrario, los que habita en las costas septentrionales afi man unánimes que apenas crece u codo en la playa; lo mismo confi

san también los habitantes de la Española y demás islas comarcanas.

Cuando, pues, la playa quedó en seco por el reflujo, volvieron atónitos á las culchas, las encontraron todas enronadas y llenas de arena, algunas estropeadas y agrietadas, aunque eran de un solo madero, y medio perdidas por haberse roto las amarras. Repararon las averiadas con ceñidores, con cortezas de los árboles y con ciertas hierbas consistentes de mar, con las cuales también rellenaron las grietas para salir del paso. Regresaron, pues, semejantes á los náufragos y casi muertos de hambre, porque la tempestad no les había dejado absolutamente nada que comer.

Cuentan los indígenas que en aquellas islas el bramido del mar es horrible todo el año en su flujo y reflujo; pero especialmente en aquellos tres meses que dijo Chiapes, que de lo que decía coligieron ser Octubre, Noviembre y Diciembre; pues insinuó la luna actual y

las dos siguientes, y era el mes de Octubre.

3. Rehecho algún tanto, y pasando de largo el país de un cacique inútil, se dirigió á otro lado del golfo; á cuyo cacique llaman Tumaco con el nombre de la región. Éste salió armado como los demás, y se luchó con él como con los restantes: fué vencido y puesto en fuga; los que resistían fueron muertos, y los demás perdonados, pues se llevaba la mira de aplacar las naciones y tratarlas amigablemente.

Tumaco escapó herido: enviando algunos chiapeos, se le aconsejó que volviera sin temor; sin embargo, ni las promesas ni las amenazas le hicieron impresión; expusiéronle que si se obstinaba se acarrearía él la muerte, el exterminio de su linaje y la ruina de los lugares de su reino. Al fin mandó venir á su hijo, al cual Vasco volvió á enviar vestido y con regalillos, persuadiéndole que hiciera venir á su padre y le informara de

la índole y fortaleza de los nuestros.

Tumaco, en vista del buen trato que se había tenido con su hijo, vino á los tres días de irse éste. Nada trajo entonces; pero, enviando á sus familiares, mandó traer seiscientos catorce pesos de oro, y doscientas cuarenta perlas principales, y mayor abundancia de pequeñas. Los nuestros admiraban las perlas, aunque no estaban blancas como debían, porque no las sacan de las conchas, sino asándolas primero para que más fácilmente se abran ellas mismas, y la carne que hay dentro resulte más sabrosa; pues su carne es plato y manjar de reyes, y la estiman más que las propias perlas.

Estas cosas me las contó un Arbolante, español, de la Cantabria, uno de los camaradas de Vasco, que lo envió al Rey con perlas y con-
ıs. Menester es creer á los que
ıan parte en las cosas.
Tumaco, pues, al ver que los
stros estimaban tanto las perlas,

mandó á algunos de sus familiares que allí estaban que se dispusieran á pescar, y ellos obedecieron. Regresaron á los cuatro días, trayendo doce libras de perlas de á ocho onzas la libra. Gozosas ambas partes, se abrazaron mutuamente. Tumaco se reputaba feliz por haber regalado á los nuestros dones que les gustaban y por haber sido admitido á su amistad; los nuestros, relamiéndose en vista de esta muestra de grandes riquezas, se felicitaban unos á otros.

De todo era testigo y compañero el cacique Chiapes, alegrándose de ver cómo por su dirección iban á quedar satisfechos los nuestros, y también porque al cacique vecino, que acaso no era amigo suyo, pero sí más poderoso, le haría ver qué tales amigos tenía él, no dudando que esto daba autoridad á su casa. Pues estos reyezuelos desnudos, agitados por mera ambición, se hostigan mutuamente con grandes enemistades.

Vasco hace alarde de haber sa-

bido, en su trato con Tumaco, admirables secretos acerca de las riquezas de aquella tierra, los cuales no quiere decir por ahora. Indica que Tumaco se los dijo al oído.

CAPITULO IV

SUMARIO: 1. Primeras noticias de la isla rica.—2. Temporales de aquel mar.—3. Sobre los antípodas.

SIN embargo, uno y otro cacique les enteraron de que hay en aquella ensenada una isla, mayor que las demás, sujeta toda ella á un rey poderoso, el cual, en las temporadas que el mar está tranquilo, pasa á las tierras de ellos con gran flota de culchas y hace presa de todo lo que encuentra. Esa isla dista de esta playa unas veinte millas, y se ven sus promontorios desde los cerros altos del continente. Se cuenta que allí s crían conchas tan grandes como u quitasol, de las cuales se sacan pe las, que son el corazón de las cor

chas, mayores que una haba, y á veces más que una aceituna, y tales que Cleopatra habría podido codiciarlas.

Á pesar de que la isla se arrima tanto á la playa, sin embargo, su punta se extiende en el ancho mar fuera de la entrada de la ensenada. Oídas estas noticias, Vasco se llenó de gozo por aquella relación lucrativa; y para granjearse más la voluntad de los caciques y unirlos á sí más estrechamente, comenzó á hablar palabras airadas contra el tirano, llenando de dicterios y ofensas al injusto cacique. Gritó con juramento que sin más tardanza iba á pasar á debelarlo, derrotarlo y quitarle la vida; y esto diciendo, mandó disponer las culchas para que los hechos correspondieran á las palabras.

2. Pero los caciques Chiapes y Tumaco le exhortaban y recomen-
ban amigablemente que lo dejara
ra tiempo más tranquilo, pues en
ıella estación no podía nave al-
na aventurarse en aquel mar

(era ya el 5 de Noviembre), y repetían que el mar era por todo extremo borrascoso y tempestuoso é imposible de navegar.

Que los caciques decían verdad era patente, pues se oía el horrendo bramido del continuo choque de las olas entre las numerosas islas de la ensenada, y en aquel tiempo los ríos, saliendo de sus cauces, arrastraban consigo de las montañas pesadas peñas y grandes árboles con estrépito inaudito, y rugía furiosa la fuerza de los vientos, no sin daño de las casas. Eran el austro y el sudeste huéspedes perpetuos de aquellos sitios, acompañados en aquel tiempo de relámpagos y truenos: de noche pasaban frío estando el tiempo sereno, y de día les molestaba el ardor del sol. Y no es de extrañar estando, como estaban, próximos al equinoccio, aunque ellos no hacen mención ninguna del polo; pues en tal región, de noche ejercen su influencia la luna y lo demás planetas fríos, y de día el so y los astros errantes de su esfera

por más que otra cosa pensaran los antiguos, que, por estar perpendicular el sol, suponían desierto el círculo equinoccial, á excepción de pocos autores, cuya opinión confirman indudablemente las experiencias de los portugueses, que todos los años navegan casi hasta los antípodas antárticos de los septentrionales, y tienen comercio con ellos.

3. Antípodas he dicho, aunque no ignoro que muchos varones de singular ingenio y suma instrucción, y algunos de ellos que se cuentan entre los santos, niegan que haya antípodas. Á nadie le ha sido dado el saberlo todo.

Los portugueses han llegado más allá del grado cuarenta y cinco del otro polo, donde se ven ciertas nubecillas que dan vuelta alrededor del punto, como el blanquear esparcido en la vía láctea por todo el globo del cielo, dentro de la latitud de ese espacio; y cuentan que no hay ninguna estrella notable próxima á aquel polo y semejante á esta nuestra que el vulgo supone

ser el polo, y en Italia llaman Tramontana y en España Norte, que no se oculte bajo el océano. Cuando el sol se pone para nosotros, les sale á ellos de medio del fiel de Libra, y tienen la primavera cuando nosotros el otoño, y les comienza el verano cuando el invierno á nosotros. De cosas ajenas á mi propósito basta ya.

Volvamos á los nuestros.

LIBRO II

CAPÍTULO PRIMERO

SUMARIO: 1. La pesca de las perlas: su carne, su cría, sus conchas. — 2. Regresa Vasco á Darién por el territorio del cacique amigo Teaocha.

POR consejo de los caciques Chiapes y Tumaco pareció bien diferir para la primavera ó el verano el pasar á la isla, y Chiapes se ofreció para acompañar entonces á los nuestros.

Entretanto Vasco supo que los caciques tenían redes, y por hereces playas de pescar las conchas que criaban las perlas, las cuales diestros buzos, enseñados desde niños para este ejercicio, las sacan de

los viveros de los caciques; cuando está el mar quieto y tranquilo y la pleamar abandona la costa, para poder más fácilmente sumergirse adonde ellas están. Cuanto son mayores tanto más hondo habitan, y las menores, como hijas, están más cerca del margen; las más pequeñitas, como nietas, se ven próximas á la superficie. Para coger las conchas más hondas bajan tres estados de hombre, á veces cuatro. Para coger las hijas ó nietas se entran hasta mitad del muslo y á veces menos, y de ellas, cuando el mar se queda tranquilo tras fuerte tormenta, encuentran muchas en la arena arrancada por las olas y arrojada á la playa. Las que se recogen en la arena tienen perlas menudas.

La carne de tales conchas vale de comer como la de nuestras ostras, pero dicen que la de aquélla es de más exquisito sabor; tal vez el hambre, que es el mejor de todos los condimentos, es el que hace á los nuestros decir eso.

Si las perlas son el corazón de las conchas, como quiere Aristóteles, ó son fetos de sus entrañas y partos de ellas, según la opinión de Plinio; si están perpetuamente adheridas á les escollos, ó si andan juntas por el mar guiadas por las de más tiempo; si se crían una á una, ó si cada cual cría muchas; si crían una vez ó más; si se raen con lima donde se fijan, ó si fácilmente se arrancan, y cuando están hechas salen espontáneamente; si, por fin, las perlas son blandas dentro de la concha, ó si están duras, no lo saben aún los nuestros. Espero conseguir pronto noticia cierta, supuesto que los nuestros las tienen entre manos. Cuando sepa que ha llegado Pedro Arias, capitán de los nuestros, le escribiré pidiéndole que lo averigue bien y me lo diga todo exactamente. Sé que lo hará siendo, como es, muy amigo mío; pues no está bien ıe no sepamos qué decir de una co- tan grande, cuyo deseo desmedi- arrastró indistintamente á hom- es y mujeres en lo antiguo y en

nuestros tiempos. En adelante, podrá España saciar con sus perlas el apetito de las Cleopatras y Asopos, y ya no rendirá homenaje ni envidiará los feraces Stoido ó Taprobana, ni al océano Indico ni al mar Rojo. Volvamos á nuestro propósito.

Vasco propuso á Chiapes que sus nadadores hicieran una prueba en su finca de las perlas; y Chiapes, por darle gusto, aunque el tiempo era contrario y estaba de tormenta, mandó que en seguida fueran á los viveros treinta de sus buzos, acostumbrados á aquella faena. Vasco envió sólo seis de los suyos que presenciaran la pesca desde la playa, sin exponerse al peligro de la tempestad, y se fueron juntos. Desde el palacio de Chiapes á la costa de pescar, había como diez millas; mas por lo furioso que el mar estaba, no se atrevieron á entrar. De las conchas que había en la superficie, y de las que la fuerza de la tempestad había arrojado á la playa, trajeron en pocos días seis bultos, y se las comieron con

glotones; pero las perlas no eran mayores que lentejas ó garbanzos menudos; pero muy blancas, porque las habían sacado de conchas crudas.

Para que no les traten de embusteros respecto al tamaño de las conchas, enviaron al Rey, junto con las perlas, algunas muy notables, comiéndose antes la carne. Nos parece que en ninguna parte del mundo las puede haber mayores. Así, pues, estas conchas, y el oro que se encontró en todas las casas, muestran que la naturaleza tiene escondidas riquezas inmensas en aquellas regiones, porque todo esto es nada más que como el dedo meñique. ¿Qué no habrá en la mano de gigante (pues sólo se han reconocido las cercanías de Uraba) cuando hayan explorado todas las playas de aquel país tan vasto, y sus interioridades más secretas?

Contento y alegre Vasco con t s descubrimientos, resolvió volv se al Darién, aunque por difer e camino, para reunirse con sus

compañeros, donde también tienen minas de oro como á diez millas del pueblo. Dió licencia á Chiapes para que no le acompañara más, y le aconsejó que se conservara sin novedad. Abrazáronse mutuamente, saltándole casi las lágrimas á Chiapes, y se dieron la mano al separarse. Dejó allí á los enfermos, marchó con los que estaban buenos, sirviéndole de guías los marineros de Chiapes.

Pasó su escuadrón por un río muy grande, nada vadoso, al territorio de un cacique llamado Teaocha, el cual, al saber la llegada de los nuestros, porque ya había tomado noticias de sus costumbres, se alegró sobremanera. Salióles voluntariamente al encuentro, les recibió honoríficamente y les saludó como amigo, y en prueba de amor ofreció á Vasco veinte libras de oro primorosamente labrado, libras de ocho onzas, y también doscientas perlas notables aunque poco limpias, como lastimadas por el fuego. Dándose, pues, mutuamente la

mano, y compensando bien el regalo de Teaocha, despidió á los chiapeos á ruego del cacique Teaocha, para no privarle del deseo de obsequiar á los nuestros.

Teaocha, cuando los nuestros marcharon de su corte, no solamente les dió quien les acompañara, sino también esclavos complacientes que hicieran las veces de acémilas para llevar á cuestas el convoy, puesto que habían de caminar por bosques desiertos, por estériles y peladas montañas, llenas de feroces tigres y leones; y para guiar á los esclavos, envió el cacique al hijo que más quería. Cargó á los esclavos de pescado salado y de pan del país, hecho de maíz y de yuca, y mandó á su hijo que nunca se apartara de los nuestros, ni regresara hasta que Vasco quisiera.

CAPITULO II

SUMARIO: 1. Prosigue Vasco: peligros de sed y de fieras.— 2. Tigre cazado.—3. El cacique Pacra: su castigo.— 4. Los perros en la guerra.

Con estos guías marchó Vasco hacia un cacique llamado Pacra, tirano atroz, enemigo encarnizado de los caciques comarcanos y más poderoso que los otros, el cual, ora porque le aterrorizaba la conciencia de sus delitos, ora por conocer su inferioridad, se dió á huir.

Escribe que sufrió en el mes de Noviembre grandes calores y sed mortal, porque aquella parte de las montañas escasea de agua, y habrían perecido á no ser por una fuentecilla que los indígenas les en-

señaron en escondido rincón de los bosques, y dos jóvenes ágiles de los nuestros fueron de seguida á tomar agua con calabazas y vasijas de agua que llevaban los teochenses.

De los indígenas ninguno se atrevió á separarse del pelotón, porque las fieras que se encuentran embisten á los desnudos, principalmente en aquellas lomas y en la cercanía de aquella fuente. Cuentan que á veces los arrebatan de las casas por la noche si no tienen buen cuidado de cerrar diligentemente las puertas con trancas y travesaños.

Merece contarse, antes de pasar más adelante, un caso particular. Refieren que, el año anterior, el Darién se vió acosado de una tigre que hacía no menores daños que cierto jabalí rabioso en Calidonia, ó el fiero león de Nemea; pues dicen que por espacio de seis meses no se pasó ninguna noche tranqui-
sin que matara dentro de las ca-
s mismas del pueblo, ya una va-
tilla ó una yegua, un perro ó un
rdo. Embestía ya el ganado ma-

yor y los rebaños, y hasta refieren que nadie salía seguro de su casa en aquel tiempo, principalmente cuando *(la tigre)* tenía cría, pues entonces embestía también á los hombres, instigada por el hambre de sus cachorros, si topaba con hombres antes que con alguna bestia.

2. Apretando la necesidad, se encontró por fin un ardid con que pagara la pena de tanta sangre; pues examinando las estrechuras de las sendas por donde solía salir de las madrigueras de las cavernas para hacer presa, había una hendedura en el camino. Excavando un hoyo y sacando la tierra con canastos, lo arreglaron extendiendo la parte sobrante.

Viniendo el incauto tigre, pues era el macho, cayó en el hoyo y se enclavó en los agudos palos que en su fondo habían fijado. Con sus rugidos estremecía todas las cercanías, y hacía resonar los montes con su ruido. Clavado en las estacas, le mataron tirándole gruesas piedras

desde las orillas del hoyo. Las astas que desde arriba le tiraban, echándoles las uñas, las hacía mil astillas y pedazos ; medio muerto ya y desangrado, aún daba miedo á los que le miraban. ¿Qué habría hecho estando suelto é ileso? Cierto Juan de Ledesma, sevillano, amigo de Vasco y compañero de sus trabajos, dice que comió carne de aquel tigre, y me dijo que no era inferior á la de vaca : preguntándoles cómo dicen que era tigre los que no habían visto ninguno, respondieron que por las manchas, la fiereza, la agilidad y otras señales que los autores dan, y muchos de ellos dicen que han visto leopardos y panteras con manchas.

Habiendo muerto el tigre macho, siguiendo sus huellas hacia las montañas, encontraron una madriguera, que era su domicilio conyugal, y en ausencia de la hembra se llevaron dos cachorros que aún necesitaban mamar. Cambiando de parecer, con el fin de enviarlos después á España cuando fueran más

grandecitos, poniéndoles al cuello unas cadenas de hierro, llevaron otra vez á la cueva los cachorros para que mamaran. Después de pocos días volvieron á la cueva, y sin que hubieran cambiado de sitio las cadenas, se la encontraron vacía; formaron juicio de que la madre los habría hecho pedazos, y se los llevaría para que nadie gozara de ellos, pues afirman que de modo ninguno pudieron salir vivos de las cadenas. La piel del tigre muerto, rellena de hierba seca y de paja larga, la enviaron al Almirante y á los principales, de quienes estas nuevas tierras reciben las leyes y los socorros, y estas cosas me las contaron los que sufrieron perjuicios del tigre y manejaron su piel. Lo que me dieron, eso doy.

3. Hay que volver á Pacra, del cual nos hemos apartado. Entrando Vasco en los abandonados boíos ó casas de Pacra, procuró ganárselo: por medio de mensajeros hizo entender á Pacra lo que ya hemos mencionado que intimó á los demás.

Pacra resistía mucho tiempo : como se mostraba refractario se añadieron amenazas, y, por fin, vino acompañado de tres caciques. Escribe Vasco que Pacra era tan deforme, tan sucio y tan feo, que no ha visto nunca otro que lo fuera más. Dice que la naturaleza no le dió más que la forma humana, que fuera de eso es un animal bruto, agreste y monstruoso, y sus costumbres iguales á su talante y á sus rasgos. Robando las hijas á cuatro caciques vecinos, abusaba de ellas con detestable sensualidad. Acerca de las costumbres obscenas de Pacra y de otros desafueros suyos, los caciques limítrofes declararon muchas cosas ante Vasco, como ante un juez en su tribunal ó ante Hércules vengador, y pedían que se impusiera el último castigo á Pacra, y así á aquella bestia feroz con sus tres caciques que le obedecían y tenían sus mismas costumbres, le echó los perros guerreros, y sus cadáveres desrozados los mandó quemar.

4. De estos perros que emplean

en los combates se refieren cosas maravillosas: se tiran á los indígenas armados lo mismo que á los fugaces ciervos ó fieros jabalíes cuando se les azuza. Acaeció á veces no ser necesario usar de las espadas, flechas ni otros dardos para derrotar á los enemigos que salían al encuentro, pues en haciéndoles señal y soltando á los perros que iban delante del escuadrón, aterrorizados por la torva mirada y los inauditos ladridos de los perros, vacilaban y abandonaban la pelea y las filas, asombrados de la prodigiosa invención. Sin embargo, no sucede así cuando se viene á las manos con los caramairenses y los caribes, pues son más feroces y más dispuestos para la guerra. Con la velocidad del rayo disparan flechas envenenadas contra los perros que les embisten, y matan muchos.

Pero los habitantes de estas montañas no hacen la guerra con flechas, sino que pelean sólo contra los enemigos con macanas, esto es, espadas de madera anchas y lar-

gas, y con dardos arrojadizos y astas de punta tostada.

Antes de morir Pacra, no se le pudo sacar con ningunos halagos, ni amenazas, ni tormentos, dónde cogían el oro sus familiares; y preguntado de dónde había sacado aquél (pues de su tesoro habían tomado treinta libras de oro), respondió que se habían muerto los familiares suyos, que en tiempo de sus padres y en el suyo recogían oro de aquellas montañas, y que desde que salió de la pubertad no se cuidó nunca de buscar oro; y no hubo medio de sacarle de esta declaración que se propuso.

CAPÍTULO III

SUMARIO: 1. El cacique amigo Bononiama.— 2. Sus noticias.—3. El hambre que pasaron.

POR esta severidad con que trató á Pacra, se granjeó Vasco la buena voluntad de los caciques vecinos, y de aquí resultó que á los enfermos, que dijimos había dejado atrás y ahora los mandó llamar, el cacique que había á mitad del camino recto y se llamaba Bononiama, los recibió benignamente cuando pasaban, y les dió veinte libras de oro puro labrado y comestibles en abundancia, y no quiso abandonarlos hasta que desde su corte los condujo á la de Pacra, y él mismo se los entregó todos á Vasco como un depósito fiel

tomándolos de la mano uno por uno y diciendo:

«He aquí tus compañeros de armas, varón fortísimo; he aquí cómo, según los recibí en mi corte cuando vinieron, así te los entrego; quisiera yo que estuvieran mejores de salud, pero á ti y á tus compañeros os la dará el que envía los truenos y los rayos á los hombres malos, y por su bondad con tiempos buenos nos da yuca y maíz (al decir esto, alzando los ojos al cielo, indicaba al sol). Tú matando á nuestros enemigos violentos y soberbios, nos traes la tranquilidad á nosotros y á nuestras casas; tú domas á los monstruos; tú y tus compañeros, varones de singular virtud, creemos que habéis sido enviados de lo alto para que, bajo la protección de vuestra macana, podamos vivir sin temor. Al Dador de todos los bienes daremos gracias perpetuamente por ta dicha tan grande que nos ha bido.» Estas y otras cosas semetes decía el intérprete que proclaí el cacique Bononiama, y Vasco

le dió iguales gracias por haber acompañado á los nuestros y haberlos tratado bien, y dió á Bononiama muchos regalos, que ellos estiman en sumo grado.

2. Escribe Vasco que de este régulo aprendió muchas cosas sobre la opulencia de aquellas partes, y dice que las quiere callar al presente, y que las cita por lo que pueda suceder. No comprendo qué quiera significar esta hiperbólica reticencia. Parece prometer grandes cosas, y se debe juzgar que no será ajeno de su promesa el esperar de allí riquezas inmensas, supuesto que no fueron á ninguna casa de los indígenas en que no encontraran pecheras ó pectorales de oro, ó joyas de oro para el cuello y los brazos. Saco, pues, la cuenta por las casas de los nuestros. Si alguno, arrastrado por la codicia de tener hierro, se entrara á mano armada en Italia ó en España, ¡cuánto hierro encontraría en las casas! Allí la sartén hierro, en otra parte el caldero hierro, y las trébedes del fuego

abundancia de asadores para las necesidades culinarias; en ninguna parte dejaría de encontrar alguna cosa de hierro apta para algún uso, y se haría con gran cantidad de ese metal, y por estos hallazgos comprendería que había hierro en el país. Pues han visto que aquellos indígenas no tienen el oro sin labrar en más estima que los nuestros el hierro en bruto.

3. Esto sé, ¡oh Beatísimo Padre!, acerca de aquellas cosas, por cartas de Vasco Núñez y de sus compañeros de armas, y también de viva voz. El tiempo, que todo lo descubre, las hará saber mejor. No pudieron éstos hacer gran cosa en la busca de minas, porque de ciento noventa hombres que dijimos sacó Vasco de Darién, sólo de setenta, ó á lo más de ochenta, pudo servirse en las cosas que hizo, dejando siempre á la espalda los demás en las
sas de los caciques, y dice que
atrajeron principalmente varias
fermedades los que habían ido
ientemente de la Española; pues

éstos no pudieron sufrir tanta calamidad, como el pasar con solo pan del país y hierbas del campo sin sal, las más veces con agua del río, y aun frecuentemente no habiéndola saludable, y de esta manera alimentar sus estómagos, acostumbrados á mejores comidas. Pero los primeros que habían ido al Darién se habían acostumbrado á sufrir todos los males, y hecho sus estómagos al hambre extrema.

Por eso se jacta festivamente de que ha guardado más larga y más rigurosa cuaresma que la que Vuestra Santidad manda observar por antigua institución; como que ha pasado cuatro años perennes con las hierbas de la tierra ó frutas de los árboles, siendo pocas las veces que él y los suyos llegaban á saciarse; que pescado comieron raras veces, carne rarísimas, y se lamentaban de que habían llegado al extremo de verse precisados á c merse los perros sarnosos y los s pos del fango, y cosas semejante cual delicadas viandas y manjar

exquisitos, cuando llegaban á conseguirlo. De esto hemos escrito arriba con más extensión. Llamo primeros darienenses á los que, al mando de Nicuesa y Hojeda, ocuparon primeramente el país para habitarlo, de los cuales quedaban pocos.

Dejemos ya esto, y vuelva otra vez Vasco vencedor por las altas cumbres de las montañas.

LIBRO III

CAPÍTULO PRIMERO

SUMARIO: 1. Prosigue Vasco su penosa expedición por tierras de varios caciques.—2. Estima que hacían de nuestras hachas de hierro.

TREINTA días pasó en la corte de Pacra ganándose la voluntad de los indígenas y remediando la necesidad de sus compañeros. Desde allí, llevando por guías á los teaochenses, tomó la orilla del río Comogro, el cual dió nombre á la región y al cacique.

Encontró las laderas de las montañas tan estériles y horribles que, era de hierbas ó raíces del cam-

po, que son comida de bestias, ó de frutas de los árboles, no encontraron nada de comer. Habitaban aquella tierra miserable dos caciques parientes que vivían juntos, y huyendo de prisa de la vista de hombres y de aquel malaventurado suelo, obligado por el hambre se marchó. Cotocho dice que se llamaba el uno de aquellos pobres caciques, y el otro Ciuriza. Á los dos se los trajo por guías, despidiendo á los teaochenses.

Tres días pasó, cayéndose casi de hambre sus compañeros, andando por bosques horribles, por intransitables rodeos de las montañas, después por lugares palustres y sitios pantanosos, que ceden cuando se pisan y á veces se hunde el incauto caminante, y por lugares en que la naturaleza se muestra enemiga de que el hombre use de ella, donde rara vez encontraba sendas abiertas, porque rara vez se comunican los indígenas, que no hace sino matarse unos á otros en hostiles invasiones, ó prenderse para c

clavos; que fuera de esto no salen de sus términos.

Llegando, por fin, al territorio de otro cacique llamado Buchebuea, lo encontraron todo desierto y silencioso. Se habían refugiado en los bosques el cacique y todos sus súbditos. Enviando mensajeros que los hicieran venir, lejos de amenazarle con violencias, le prometieron patrocinio. Respondió Buchebuea que no había huído por temor de que le hicieran daño, sino que se había retirado por vergüenza, y de tristeza de que no podía recibirlos con el honor que merecían, pues no podía darles nada de comer; y en señal de consideración y amistad, les envió voluntariamente varias cosas de oro, pidiendo que le dispensaran lo demás. Pareció que el pobre indicaba que algún enemigo comarcano le había despojado y tratado soberbia y cruelmente.

Se marcharon, pues, de allí hi-
ndo de hambre y más demacra-
s que habían ido. Conforme iban
dando, se presentaron por un lado

unos indígenas desnudos haciendo señas desde un cerro. Vasco mandó hacer alto, y les esperaron. Por medio de los intérpretes que Vasco llevaba consigo, les preguntaron qué querían, y hablaron de este modo:

«Nuestro cacique Chioriso os saluda. Ha sabido que sois gente esforzada, domadora de los que hacen daño y debeladora de los malos; por eso, sin conoceros más que por la fama, os venera y tiene respeto. Nada hubiera querido más que convidaros bajo el techo de su palacio. Dice que se reputará feliz de tener tales huéspedes. Mas ya que la suerte le ha sido contraria y ha quedado atrás fuera de vuestro camino, en señal de lo que os ama os regala estos pedazos de oro.» Y le entregaron á Vasco, sonriendo cortésmente, treinta patenas de oro puro, prometiéndole que le darían más si alguna vez les visitaban. l vulgo español llama patenas á l láminas circulares que llevan a cuello, y las con que se cubren l

cálices en el altar sagrado. Por esto no entiendo bien si quiere decir platitos de mesa ó medallas. Me parece que serán lo primero, pues pesaban catorce libras de á ocho onzas.

Además contaron que tienen colindante un cacique enemigo y opulento en oro, que todos los años les invade el territorio, como queriendo ellos inferir que el arruinar á aquel cacique haría ricos á los nuestros, y les librarían á ellos, como amigos, de un continuo sobresalto. Por medio de los intérpretes manifestaron que esto sería fácil con auxilio de los nuestros y sirviendo ellos de guías.

2. Con buenas esperanzas que les dió, despidió Vasco muy contentos á los mensajeros, felices con la recompensa que obtuvieron por sus regalos, pues les dieron algunas segures de hierro, las cuales estiman más que grandes montones de oro, como que tienen poca necesidad de él, no usando el mortífero dinero; pero con las hachas, el que consigue

una declárase más rico que Creso. Los hombres aquellos desnudos ponderan que las segures sirven á los hombres para mil usos; pero que el oro sólo se busca para ciertos apetitos vanos, de que no es molesto el prescindir; y tampoco les ha llegado nuestra gula, que les obligue á colmar sus aparadores de mil joyas cinceladas, como se hace en nuestros tiempos.

No gastan mesas ni servilletas ni manteles, sino acaso los caciques, que adornan las mesas con algunas vasijas de oro: los demás matan el hambre tomando con la mano derecha el pan de su tierra y en la izquierda una tajada de pescado asado ó alguna fruta; carne pocas veces logran, y si tienen que limpiarse los dedos untados con alguna comida, les sirve de servilleta la planta de los pies ó la piel del muslo, *vel genitalem interdum crumenam*. Lo mismo cuentan de los isleños de la Española; sin embargo, se sumergen frecuentemente en los ríos y se lavan por completo.

Cargados, pues, de oro los nuestros, prosiguieron, pero afligidísimos, y apenas pudiendo respirar, por la necesidad. Llegaron al territorio del cacique Pochorrosa, y allí llenaron sus vientres vacíos con pan de maíz, que es como el panizo de Lombardía. Huyó Pochorrosa, y llamado con halagos y promesas regresó. Se hicieron mutuos regalos: Vasco al cacique, los acostumbrados y gratísimos al que los recibía; Pochorrosa á Vasco, quince libras de oro fundido y unos pocos esclavos.

CAPITULO II

SUMARIO: 1. El ponderado cacique Tubanama.—2. Cae prisionero.—3. Sus excusas.

CUANDO quería marcharse de allí, le contaron que tendría que hacerlo por la jurisdicción de un cacique llamado Tubanama. Este es el que el hijo de Comogro les había dicho antes que era poderoso y formidable en toda la comarca, del cual habían sido cautivos el mayor número de los familiares de Comogro, hechos prisioneros de guerra.

El poder de Tubanama, conforme ahora se averiguó, lo habían medido comparándolo con el suyo Cuando hablaban de él aquellos caciques, eran cual mosquitos respecto de un elefante; pero en pa

rangón de los nuestros al mando de un capitán valiente y afortunado, son unos cobardes. Cuando estuvieron cerca, conocieron que tampoco estaba Tubanama al otro lado de los montes, como pensaban, ni tenía tanto oro como había ponderado el joven hijo de Comogro.

Se pensó, sin embargo, en derrotarlo; y como Pochorrosa era enemigo de aquél, se alegró de que Vasco resolviera arruinarlo. Dejó en casa de Pochorrosa á los enfermos, y llamó á sesenta que tenía con salud y animosos: expúsoleslo que había necesidad de hacer; que el cacique Tubanama muchas veces le había amenazado jactanciosa y soberbiamente á él y á todos los compañeros, y les anunció que tenían que pasar necesariamente por su tierra. Su opinión era atacarle desprevenido: los compañeros fueron del mismo parecer; exhortáronle y le insron que acometiera la empresa, y ofrecieron á seguirle. Determinan hacer en un día las dos jornas, á fin de que Tubanama no tu-

viera tiempo de reunir á su gente armada.

2. Conforme lo pensaron, así se hizo. En la primera vigilia de la noche invadieron, junto con los pochorrosenses, la corte de Tubanama. Cogiéndole desorganizado y desprevenido, le prendieron. Tenía consigo dos hombres que le obsequiaran, y ochenta mujeres robadas á diversos caciques con violencia y desafueros: estaban diseminados en los pueblos circunvecinos todos sus súbditos y los caciquillos que le obedecían, como que sin sospechar nada descansaban muy tranquilamente; pues habitan en casas separadas no contiguas, á causa de los vendavales, porque frecuentemente sufren huracanadas nubes por los movimientos repentinos del aire, por efecto de los astros en la igualdad del día y la noche, pues, como ya lo dijimos, están próximos al equinoccio.

Las casas son de madera, cubiertas y cerradas alrededor con paja cañas de maíz ó hierbas resistente

de allí. El palacio de Tubanama sólo tenía junta otra casa no menor que la del cacique : medida la longitud de ambas casas, era ciento veinte pasos, y su latitud cincuenta. Estas casas estaban dispuestas para tener allí las tropas escogidas, si alguna vez emprendía la guerra Tubanama. Fué preso éste, y presa toda su sardanapálica comitiva. Ya encadenado, le insultaban los pochorrosenses; y todos los caciques vecinos, oyendo la desgracia de Tubanama, cantaban; pues él, según los nuestros entendieron, no se había hecho menos odioso á sus comarcanos que lo era Pacra, como lo hemos dicho hablando de la expedición al Sur.

3. Sujeto Tubanama, Vasco aparentaba amenazarle; pero, en realidad, no intentaba hacerle daño. Decíale : «Aquí vas á pagar tu merecido, tirano; te has jactado muchas veces delante de tu gente de que, si venían aquí los cristianos, agarrándolos del pelo los ahogarías todos en el río próximo; á ese río te voy

á echar para ahogarte.» Y al mismo tiempo mandó que lo cogieran, aunque haciendo señas de que no pasaran adelante.

Amedrentado de esta manera el infeliz Tubanama, creyendo que aquella orden iba de veras, postrado á los pies de Vasco pedía perdón, y juraba que nunca había dicho cosa semejante, que acaso lo habrían dicho sus caciques en estado de embriaguez; y llamándoles intemperantes, los acusaba de deslenguados.

Ciertamente los vinos de ellos dicen que no son de uvas, pero sí embriagan, como ya lo expliqué en las primicias de mi pobre campo enviadas á Vuestra Santidad.

También se lamentaba de que sus vecinos habrían inventado esas cosas contra él, y fingídolas por envidia que le tenían á causa de ser más poderoso. Prometía que, si le perdonaban, traería grande cantidad de oro; con la diestra sobre el pecho decía que siempre había amado y temido á los nuestros, porque

había oído que las *macanas,* es decir, las espadas de éstos, eran más agudas que las suyas, y cortaban más cuanto se les oponía. Con los ojos fijos en Vasco, le dijo: «¿Quién, como no esté loco, se atreverá á levantar la mano contra esta espada tuya, con la cual de un tajo puedes y sueles partir á un hombre desde la cabeza hasta el ombligo. No te haga creer nadie, ¡oh tú, el más esforzado de cuantos viven!, que nada de eso haya salido de mi boca.»

Estas y otras muchas cosas dijo Tubanama, tragándose ya la muerte. Cuando Vasco aparentó haberse ablandado por sus súplicas y llanto, hablóle con rostro placentero, y, perdonándole, mandó que le desataran.

Entretanto trajeron de sus dos palacios treinta libras de oro de á ocho onzas cada libra, que estaba elaborado en alhajas de mujer, y á ' ɜ tres días sus caciques enviaron ɜenta libras cual multa de su teeridad; pero preguntado Tubana- ɹ de dónde se sacaba aquel oro,

negó que fuera de cerca. Indicaba que se lo habían traído á sus antepasados del río Comogro, que corría al Sur; pero los pochorrosenses y demás enemigos de él decían que mentía, y afirmaban que su reino era rico de oro. Por el contrario, Tubanama continuaba diciendo que no conocía ninguna mina de oro en su territorio; que, sin embargo, se habían recogido á veces ciertos granitos menudos de oro en alguna parte; pero que él nunca se cuidó de eso, porque no podía hacerse sin gran trabajo.

CAPÍTULO III

Sumario: 1. Llegan los rezagados.— 2. Muestras de oro. —3. Tubanama adicto.—4. Vasco enfermo y todos ham brientos.— 5. El cacique Carlos Comogro.

Cuando en esto estaban, acudieron á Vasco los que se habían quedado atrás en casa de Pochorrosa, y llegaron el veinticinco de Diciembre de mil quinientos trece, y los esclavos que habían dado los caciques del Sur traían los instrumentos de cavar aptos para buscar el oro. El día de la Natividad del Señor, lo pasaron sin ocuparse en trabajo alguno; mas el día siguiente, en que celebramos la fiesta del protomártir San Esteban, llevó unos cavadores á un cocado poco distante del palacio de Tubanama porque conoció, según

dice, que el color de la tierra indicaba que tendría oro.

2. Habiendo hecho un hoyo de palmo y medio, y acribando ligeramente la tierra, escribe que encontró pepitas de oro no mayores que una lenteja, y que para que no se dude de ello, ante notario y testigos recogió un *tomino,* por usar del vocablo que él pone, el cual, en el lenguaje de los banqueros, contiene doce granos; de donde se infiere que la riqueza de aquella tierra está conforme con lo que dijeron los vecinos, por más que no pudo sacárselo á Tubanama, el cual juzgan que no hizo ningún aprecio de aquella tan pequeña porción; otros afirman obstinadamente que Tubanama negó que su tierra fuera rica en oro, no fuese que en algún tiempo la codicia de él indujera á los nuestros á usurpársela.

Pero fué profeta el buen cacique. pues resolvieron escogerla, junt con la de Pochorrosa, para habita en ella, y en ambas se trata de le vantar nuevas poblaciones si pare

ce bien al Rey, ya para que sean como hosterías en que se refugien los que vayan de paso al Sur, ya porque uno y otro terreno son muy á propósito para criar sementeras y árboles.

Determinando ya marcharse de allí, hizo otra prueba ligera en otro punto que mostraba color y clase de piedras á propósito para criarse el oro; y, habiendo hecho un pequeño hoyo poco más que á la superficie, dice que encontró, aunque no en una sola pepita, hasta un peso, que en los primeros libros dedicados á Vuestra Beatitud dijimos qué cantidad de oro es en Castilla.

3. Alegre con estas muestras, prometió á Tubanama que le iría bien con tal que no hiciera daño á ninguno de los que Vasco tenía por amigos en la comarca, y le aconsejó que recogiera oro en abundancia. Hay quien dice que le hizo de-
r á Tubanama todas las mujeres, que lo dejó despojado para que
pudiera insolentarse.

Tubanama, espontáneamente, le

entregó su hijo para que lo criara, á fin de que, viviendo entre los nuestros, aprendiera nuestra lengua y costumbres, y se imbuyera en nuestra Religión, á fin de que algún día su instrucción le aprovechara á su padre para granjearse el favor.

4. Por aquel tiempo padecía Vasco una fuerte calentura por el inmenso trabajo y la falta de dormir y el hambre; por lo cual, al marchar de allí, se hizo llevar pendiente de los hombros de los esclavos. También se llevaron de allí los enfermos graves pendientes de amacas, ó sea mantas de algodón; y á los que tenían algunas fuerzas, pero no estaban buenos, sino débiles de piernas, los indígenas les ayudaban con las manos bajo los sobacos.

5. Por fin, llegando á la jurisdicción de Comogro, el cacique que habían dejado amigo, del cual arriba hemos hablado mucho, se encontró con que había muerto e viejo y que le había sucedido su hijo, aquel cuya prudencia hemos alabado, y supo que se había bau

tizado y se llamaba Carlos. El palacio de este Comogro está situado al pie de una colina bien cultivada, y tiene al Mediodía fértil planicie, doce leguas de ancha, y los indígenas la llaman *Zauana*. Pasada la planicie, se presentan las montañas altísimas que hemos dicho separan aquellos dos mares. De fértiles collados nace el río Comogro, que, regando aquella planicie, se dirige hacia ásperos montes y por los valles de ellos; aumentando su caudal con otros ríos, se abre camino al océano austral, y dista de Darién unas setenta leguas hacia el Occidente.

Llegando, pues, los nuestros, les salió al encuentro, alegre y cantando, el cacique Carlos: refociló á los nuestros, dándoles bien de comer y beber, y los recibió en honroso hospedaje. Hiciéronse mutuos regalos. El cacique dió á Vasco veinte libras, de á ocho onzas, de oro labrado. Vasco le hizo regalos no menos gratos, como segures y algunos instrumentos fabriles de car-

pintería. También vistió á Comogro, según las circunstancias lo permitían, con una camisa de lino y un sayo. Con estos dones se figuró Carlos que entre sus vecinos le habían hecho héroe.

Dejó á Comogro y á todos los demás bien advertidos de que nunca se apartaran del respeto y fidelidad á los Reyes de Castilla si querían vivir tranquilos, y les exhortó á que en adelante pusieran más diligencia en recoger oro para ofrecérselo á aquel gran *Tiba,* esto es, Rey ; les hizo saber que de esta manera se granjearían para sí y sus descendientes amparo contra toda insolencia de sus enemigos y gran abundancia de cosas nuestras.

Hecho esto, prosiguió su camino á la corte de Poncha, donde se encontró con que habían venido de Darién cuatro jóvenes para avisarle que habían llegado naves de la Española bien provistas de bastimentos, pues había prometido volver allá como quiera que pudiese

regresar del Sur; y así, tomando consigo veinte de los soldados que estaban mejores de salud, se encaminó á Darién á marchas forzadas, dejando atrás los restantes para que le siguieran poco á poco.

CAPÍTULO IV

SUMARIO : 1. Vasco vuelto á Darién.—2. Sus buenas cualidades.— 3. Importancia de tales descubrimientos.

EL diez y nueve de Enero del año mil quinientos catorce escribe que volvió á sus compañeros ; pero la fecha de sus cartas es ésta : *Del Darién á cuatro de Marzo.* Dice que no pudo escribir antes por no salir nave alguna. Escribe que mandó de allí dos naves para que condujeran á los rezagados, y en las mismas cartas se jacta de que tuvo muchos combates , pero nunca salió herido. y que no perdió ningún soldado pe leando.

2. Por eso en su larga carta n hay ninguna página que no est

llena de acción de gracias por haber salido bien de tantos peligros y trabajos. No hay ningún acto suyo, ni viaje alguno, sin invocar los Santos del cielo, y delante siempre á la Virgen Madre de Dios. Así, pues, este nuestro Vasco Balboa parece transformado de violento Goliat en un Eliseo, y de un Anteo en un Hércules vencedor de monstruos; y así, habiendo cambiado de temerario en obediente, le reputaron digno de honores y mercedes; y admitido á la gracia del Rey Católico, por díploma regio fué nombrado General de aquella región.

Estas cosas he sabido por las cartas de los darienenses y por lo que de viva voz me han contado los que vinieron de allá.

3. Pero acaso, Beatísimo Padre, Vuestra Santidad querrá saber qué opino de estas cosas yo que estoy cerca de ellas. Esta es lisamente mi pinión. La franqueza militar con ue lo escriben y refieren Vasco y odos sus compañeros, parece atesiguar que las cosas sucedieron

como las cuentan. Por consiguiente, no por minas socavadas hasta los manes infernales, no andando muchas millas, no con insoportables trabajos y varios peligros de muerte hendiendo las montañas, bajará el español en busca de riquezas á las entrañas de la tierra, sino de su corteza, abriendo apenas unos hoyos, nada más que en la superficie, ó sacando ligeramente la tierra de las orillas de los ríos secos en verano, se cogerá el oro, como sean constantes en habitar aquella tierra, y con fácil rebusca encontrarán las perlas.

No tuvo tanta dicha la veneranda antigüedad, como lo confiesan todos los cosmógrafos, porque á aquellas regiones no se ha ido nunca hasta ahora en escuadrones formados; y aquella gente, que de nada ó de poco necesita, no quiere recibir huéspedes; antes, como extensamente lo hemos hecho ver, á los que van los reciben acometiéndoles fe rozmente, y no se dejan tratar sin vencidos á fuerza de armas, princi

palmente si se da con los nuevos antropófagos comedores de carne humana, que dijimos se llaman caribes ó caníbales; porque éstos, que son astutos cazadores de hombres, no pasan la vida en otro ejercicio que en cultivar los campos á su estilo, ó en la guerra para cazar hombres; y cuando allá van los nuestros, los esperan como á jabalíes ó ciervos que van á caer en sus trampas ó redes, y, tácitamente, con la esperanza de la presa, se relamen los labios. Si vencen, tienen grandes festines; y si ven que no pueden resistir se salvan huyendo, y escapan tan rápidos como el viento. Si la lucha es en agua, sumergidos hasta el cuello, así los hombres como las mujeres, nadan con tanta soltura como si vivieran siempre en el agua y debajo del agua buscaran su alimento. No es, pues, de admirar que estas vastísimas regiones hayan estado abandonadas por desconocidas.

Por estos descubrimientos, la Región cristiana, cuyo sumo lugar

ocupa Vuestra Santidad, extenderá inmensamente sus brazos. Vuestra Santidad, como lo dije al principio, tendrá muchos millares de hombres, cual nueva cría de polluelos bajo las alas. Pues la Veragua que primeramente descubrió Colón, donde estuvo después con mala suerte Diego Nicuesa, y que ahora está abandonada, se volverá á ocupar, y todas las demás regiones de aquel vasto territorio, de feraces y agrestes, serán traídas poco á poco á la cultura civil y á la Religión verdadera.

LIBRO IV

CAPÍTULO PRIMERO

SUMARIO: 1. Cuarto viaje de Colón.—2. Por las costas de Honduras.—Isla Guanasa.—3. En Ciamba.

HABÍA resuelto, Beatísimo Padre, parar aquí; pero cierto fueguecillo que atormenta el alma me estimula á extender algo más el discurso. He dicho que la Veragua fué descubierta primeramente por Colón. Me parecería que defraudaba á aquel hombre y cometía un delito imper-
nable si pasara en silencio los
ıbajos que padeció, los cuidados
e le angustiaron, y, finalmente,
ı peligros en que se vió.

El año mil quinientos dos de nuestra salud, á diez de Mayo, zarpó de Cádiz con una flotilla de cuatro naves que eran de cincuenta y de sesenta toneles [1] y con ciento setenta hombres, y al quinto día con feliz viaje arribó á Canarias. Desde allí, á los dieciséis días aportó á la isla Dominica, que es patria de caribes, y desde ella al quinto día llegó á la Española, y así en veintiséis días, con ayuda de los vientos y la corriente del océano de Oriente á Occidente, navegó desde España hasta la Española, trayecto que los marinos dicen que es de mil doscientas leguas.

2. En la Española, fuera por su voluntad, sea por amonestaciones del Virrey, se detuvo poco; siguiendo en derechura al Occidente, dejando hacia el Septentrión á mano derecha las islas de Cuba y Jamaica, escribe que fué á parar en una isla

---

1 El autor pone *cuparum,* sin duda para expresar cubas ó toneladas. Traduzco, sin embargo, *toneladas;* pero los doctos deberán recordar la distinción que entonces se hacía entre toneladas y toneles, para adoptar lo que sea conforme á la verdad histórica.

más al Mediodía que Jamaica, llamada por los indígenas Guanasa, toda increíblemente verde y fértil.

Recorriendo las costas de ella se encontró con dos canoas del país, de las cuales bastante hemos dicho más arriba. Esclavos desnudos y uncidos tiraban de ellas con cuerdas, como suele hacerse en los ríos corriente arriba. En las canoas iba el principal de la isla con su mujer é hijos, todos desnudos; los esclavos indicaban con altanería, por mandato de su amo, á los nuestros que habían bajado á tierra, que les dieran paso cuando venían, y al ver que se resistían les amenazaban. Tanta es su simplicidad, que ni temieron ni admiraron las embarcaciones de los nuestros, ni su poder, ni su muchedumbre; parecíales que los nuestros le harían ceremonias á su amo con igual reverencia que ellos. Comprendieron que era n mercader que regresaba de otras erras.

Ellos tienen ferias, y llevaba obtos de feria: campanillas de la-

tón, navajas, cuchillos y segures de piedra amarilla, transparente y brillante, torneados con cierta especie de madera dura; también utensilios y vasijas de cocina y de alfarería, maravillosamente elaborados, en parte de madera, en parte del mismo mármol, pero principalmente llevaba mantas y objetos de algodón, tejidos de varios colores. Prendieron al amo y á toda su familia con todo lo que llevaban; pero de seguida el Almirante mandó soltarles y restituirles la mayor parte de las cosas para ganarles la voluntad. De ellos adquirió noticias sobre las tierras que había más al Occidente, y tomó este rumbo derecho.

3. Á poco más de diez millas encontró un territorio dilatado que en lengua de los indígenas se llamaba Quiriquetana, pero él le puso Ciamba. Hizo celebrar la Misa en la playa, y encontró el país lleno de habitantes desnudos. Éstos, pacífico y sencillos, depuesto el temor, acudían á ver á los nuestros cual un

cosa admirable, cargados de viandas de aquella tierra y de agua recién cogida, y, ofrecido su don, retrocedían reverentemente andando hacia atrás y con la cabeza inclinada. Compensó los regalos de ellos con otros de cosas nuestras, como sartas de cuentas de cristal y algunos espejos, agujas, brazaletes y otros objetos así, que para ellos eran extraños.

En aquel gran trayecto hay dos regiones: una Taía, y otra Maía.

Escribe que toda aquella tierra es saludable y amena, y dotada de excelente clima, que no cede á ninguna otra cuanto á la fertilidad de sus campos, dotada de admirable temperatura, que tiene parte montañosa y parte de excelente y vasta planicie, toda ella con árboles y cubierta de verdor, y goza de perpetua primavera y otoño, cuyos árboles todo el año tienen hoja y n fruto.

Dice que está llena de encinares pinares, y siete especies de palas, de las cuales unas producen

dátiles y otras son estériles. Cría la tierra espontáneamente entre los árboles pámpanos con sus uvas colgando, pero agrestes. Cuenta que es allí tal la abundancia de otras frutas nativas útiles y sabrosas, que no tienen cuidado de cultivar la uva.

De cierta clase de palmas hacen sus macanas, esto es, espadas anchas de madera y astas arrojadizas. La tierra aquella cría por todas partes árboles con algodón, y también mirobalanos de varias clases, como *emblicos* y *chébulos,* según les llaman los médicos, y cría también maíz y yuca, ages y batatas como las demás regiones de por allá, y también leones y tigres, ciervos y cabras, y otros animales semejantes; también diversas aves, y de las que se comen tiene las que otra vez dijimos que se parecen á las pavas en el color, en el tamaño y en el gusto y sabor. Refieren que los indígenas de ambos sexos son altos y muy bien formados, y dice que se cubren las ingles con velos de

algodón tejidos de varios colores.

Para ponerse elegantes se pintan con el jugo de ciertas frutas, que para eso crían en los huertos, negras y coloradas, como leemos de los agatirsos; unos se embardurnan todo el cuerpo, otros algunas partes, y el mayor número se dibujan á trechos flores y rosas, ó cintas entrelazadas, según á cada uno se le antoja.

Los idiomas son totalmente diferentes que en las islas circunvecinas: las aguas corrían hacia Poniente á manera de torrentes; pero se propuso buscar la parte oriental de aquella tierra, pensando en Paria y la Boca del Dragón y otras comarcas que ya dijimos había descubierto por el Oriente, juzgando que serían contiguas, como lo eran.

CAPÍTULO II

—

SUMARIO: 1. Prosigue el Almirante su viaje hacia Costa Rica.—2. Árboles y animales de allá.

SALIÓ, pues, el veinte de Agosto de la dilatada región quiriquetana. A la distancia de treinta leguas halló un río, fuera de cuya desembocadura había agua dulce en el mar. La costa estaba limpia de escollos y rocas, y tenía por doquiera fondo á propósito para anclar. Escribe que era tan fuerte la contraria corriente del mar, que en cuarenta días apenas pudo hacer setenta leguas. Marchaba siempre claudicando y dando vueltas por alto la flotilla, y á veces se encontraba repelido y echado atrás por el empuje de las aguas, queriendo tomar tierra por

la tarde por temor de naufragar en ignotas playas entre las tinieblas de la noche.

En el espacio de ocho leguas escribe que halló tres ríos muy grandes de agua cristalina, en cuyas orillas se criaban cañas más recias que el muslo de un hombre, y abundancia grande de peces y grandes tortugas, y en varios lugares muchedumbre de cocodrilos que en la arena tomaban el sol, abriendo grandes bocas. También varios animales, á que no puso nombre, y cuenta que la tierra presenta diferente aspecto; en algunas partes peñascosa y llena de pelados promontorios y rocas escarpadas; en otras, suelo benigno, á ningún otro inferior.

También en varias regiones nombres varios de caciques y magnates: al reyezuelo le llaman cacique, como ya lo tenemos dicho; en otras partes *quevi,* en algunas *tiba,* y al principal acá, *saco;* allá, *yurá;* al que se mostró bravo en la guerra y tenta cicatrices en la cara, le lla-

man *cupra* y le tienen por héroe; al vulgo le llaman *chybis;* al hombre en alguna parte le dicen *homem;* si alguno quiere decir : toma, hombre, es: *hoppa home.*

Después se llegó á otro río apto para grandes naves, ante cuyas bocas había cuatro isletas, floridas y con árboles, que formaban el puerto: á éstas llamó las Cuatro Témporas.

Al Oriente de ellas, á trece leguas de distancia, navegando siempre contra la corriente, encontró doce pequeñas islas; y porque las vió con una nueva especie de fruta parecida á nuestros limones, lás apellidó Limonares.

Vagando con el mismo rumbo, á las doce leguas halló un puerto grande que se introducía en tierra trecho de tres leguas con poco menos de anchura, en el cual desaguaba un río caudaloso. Allí se perdió poco después Nicuesa buscando á Veragua, como arriba se dijo, y p eso los modernos le han llamado río de los Perdidos.

Prosiguiendo sin cesar el alr

rante Colón contra el furor del mar, hallaba varios montes, diversos valles, ríos y puertos, y cuenta que el ambiente de todos era suave y recreaba la naturaleza, y que ninguno de los compañeros enfermó hasta la región que los indígenas llamaban *Quiquirí,* con acento en la última, en la cual está el puerto de *Cariai,* que el propio Almirante llamó *Mirobalano,* porque este árbol abundaba allí. En este puerto *Cariai* se presentaron unos doscientos indígenas llevando en la mano tres y cuatro dardos, aunque eran pacíficos y hospitalarios; pero esperaban preparados á saber qué quería aquella gente nueva; pidieron ponerse al habla, y, dada señal de paz, á nado llegaron á los nuestros, comenzaron á hacer tratos y pidieron permuta de objetos.

El Almirante, para granjearse la benevolencia de ellos, mandó darles de las cosas nuestras, pero de balde. Ellos rehusaron el favor por señas, pues ni una palabra comprendieron de su idioma, como que

sospechaban que nuestros regalos tendrían alguna trampa, porque los nuestros no habían querido recibir lo que ellos les ofrecieron, y todo lo que se les había dado lo dejaron en la playa. Tanta cortesía tienen los cariairenses y tanta benignidad, que dar les gustaba más que recibir.

Enviaron á los nuestros dos muchachas doncellas de elegante figura, las cuales hacían señas de que se las podían llevar. Éstas, como las demás mujeres, se cubrían las ingles con una venda de algodón, que tal es la costumbre de las mujeres cariairenses y la de los hombres ir desnudos. También ellas llevan el cabello partido; los hombres lo conservan en la parte occipital, pero por delante se lo raen, y se lo prenden con cintas colgantes, y se lo rodean á la cabeza como entre nosotros lo hacen las jóvenes. El Almirante, habiéndolas hecho vesti y dádoles buenos regalos, las vol vió á enviar con una montera roj de lana para que se la dieran á su

padre. Pero otra vez lo dejaron todo en la playa, porque los nuestros habían rehusado sus dones. Sin embargo, se llevó consigo dos hombres, mas no á la fuerza, á fin de que ellos aprendieran nuestra lengua, ó nosotros la de Cariai.

2. Comprendió que en aquellas regiones había poca marea viendo que había árboles en la playa, como en las orillas de los ríos. Lo mismo dicen los demás que han visitado aquellas costas, que hay poco flujo y reflujo en las orillas de aquellas tierras é islas. Á la vista de aquel territorio, dice que en el mismo mar se crían árboles, que inclinan sus ramas hacia abajo después que las han levantado arriba, y que llegando al suelo las puntas, como sucede con los sarmientos de la vid, tomando tierra echan raíces y se convierten en árboles de la misma especie perennemente verdes. De estos ' boles habló Plinio en su libro ıodécimo de la *Historia Natu-ıl,* pero refiriéndose sólo á la tie-a, que no al mar.

Hemos dicho que en Cariai se crían los mismos animales que en otras partes ; pero hallaron uno de muy diferente naturaleza. Es igual á un mono grande, con más largo y fuerte rabo. Colgándose de la cola y tomando fuerza con columpiarse tres ó cuatro veces, salta de rama en rama, y de un árbol se tira á otro como si volara.

Cierto arquero de los nuestros cruzó á uno con una flecha; herido el mono, se dejó caer y acometió rabioso al enemigo que le había herido. El cazador embistió al animal con la espada desenvainada, le cortó un brazo al mono y le cogió manco, resistiéndose ferozmente. Llevado á la armada, poco á poco se amansó entre los hombres.

Cuando así le conservaban, sujeto con una cadena de hierro, otros cazadores trajeron un jabalí de las lagunas que había en la costa (pues el deseo de comer carne les obligaba á explorar las playas). Enseñáronle al cercopiteco el jabalí también enfurecido : encrespáronse los

dos, el mono saltó furioso contra el jabalí, y con la cola se le enroscó; con el brazo que su vencedor le había dejado cuando le cazó, le agarró el cuello al jabalí, y, por más que éste se resistía, le ahogó el cercopiteco. Estos y otros monstruos semejantes cría aquella tierra.

También los de Cariai conservan, desecándolos en parrillas, los cadáveres de sus próceres y sus padres, envolviéndolos en hojas de árboles; para el pueblo, los bosques y las selvas les sirven de sepulcro.

CAPÍTULO III

SUMARIO: 1. Prosigue Colón la exploración de Costa Rica.—2. Hacia Puerto-Bello.—3. Oposición de los indígenas.

MARCHANDO de Cariai, á unas veinte leguas hallaron un golfo tan espacioso que calculan tiene diez leguas á la redonda. Cuatro isletas feraces, poco distantes entre sí, que están frente á las bocas del golfo, hacen un puerto seguro. Este es el que otra vez hemos dicho que los indígenas le llaman Cerabaró, con acento en la última; pero ahora han aprendido que sólo uno de sus lados se llama así, y es el que hay entrand á mano derecha; pero el de la iz quierda se dice Aburema.

Dicen que es notable por sus is

las, en general fértiles y pobladas y con árboles, con fondo apto en todos los sitios para echar anclas, con agua clara y admirable abundancia de pescado. La tierra adyacente por ambos lados, á juicio de ellos, no es inferior á ninguna otra cuanto á la fertilidad de su suelo. Dieron con dos indígenas : éstos se adornan el cuello con joyas de oro que llaman *guanines,* con figuras muy bien hechas de águilas, leones ú otros animales; pero el oro aquel echaron de ver que no es puro.

Por los dos cariairenses aquellos que dijimos se habían llevado los nuestros, supieron que Cerabaroa y Aburema son regiones ricas de oro, y que los de Cariai todo el oro con que se adornan lo adquirieron de éstos á cambio de cosas suyas. Los mismos cariairenses descubrieron á los nuestros que en las regiones de Cerabaroa y Aburema hay co aldeas excelentes para reco- oro, que no distan mucho de la ta al interior; pues ambas na- nes tuvieron siempre frecuente

comercio desde sus antepasados. Los nombres de esas aldeas dicen que son éstos : *Chirará, Kurén, Chitazá, Seureche* y *Atamea.*

Todos los hombres de la provincia de Cerabaroa van completamente desnudos, pero pintados de diferentes maneras. Les gustan mucho los festones de flores y las coronas entretejidas con uñas de leones y tigres. Las mujeres cubren sólo sus vergüenzas con estrecha venda de algodón.

Por fin, saliendo ya de allí por la misma costa, á la distancia de dieciocho leguas, en la orilla de un río que encontraron, se presentaron trescientos hombres desnudos, que les amenazaban dando gritos y escupían á los nuestros agua que tomaban en la boca ó hierbas de la playa. Tirándoles armas arrojadizas, vibrando sus picas y macanas (ya dijimos que son espadas de madera), se esforzaban por apartar á los nuestros de su playa. Iban pintados de varias maneras; unos á más de la cara, todo el cuerpo

otros á pedazos; indicaban no querer paz ni trato ninguno con los nuestros. Entonces mandó el Almirante dispararles algunos tiros, pero apuntando alto para que no mataran á ninguno, pues Colón siempre llevó el propósito de tratar apaciblemente con aquellas gentes. Aterrorizados con el estruendo de la bombarda disparada, caen todos á tierra, piden la paz y comercian mutuamente, cambiando los guaninos de oro por cuentas de cristal y otras cosas semejantes.

Estos tienen tambores y caracoles de mar, de que usan en la guerra para enardecer los ánimos. Los ríos de aquella región son: *Acateba, Cuareba, Zobroba, Aiaguitiu, Uridá, Duribá* y *Veragua*. En todos ellos se podía recoger oro. Para defenderse del sol y de la lluvia, se cubren con anchas hojas de árboles, en vez de capotes.

2. Desde allí examinó las cos-
ıs de Ebeteré y Embigar: en ellas
ɔrren los ríos Zhaorán y Cubigar,
ɔ agua dulce, y notables por lo

abundantes de pescado. Aquí se acaba la abundancia de oro en trecho de más de cincuenta leguas: dista de allí sólo tres leguas la roca que dijimos en el infausto viaje de Nicuesa, que los nuestros la llamaron el Peñón; pero en la lengua de los indígenas la región se llana Bibá, en el cual trayecto está también, á solas seis leguas, el puerto que dijimos fué llamado Bello por Colón, y á la región llaman los indígenas *Xaguaguara*.

El territorio aquel está todo muy poblado de gente, pero desnuda. En Xaguaguara el cacique se pinta de color negro, y los del pueblo de rojo. El rey y siete magnates llevaban pendiente de las narices una lámina de oro hasta los labios: reputan que este adorno significa suma honra. Los hombres incluyen sus vergüenzas en una concha marina: las hembras se las cubren con una venda de algodón.

En los huertos crían una fruta semejante á las piñas del pino, que otra vez hemos dicho nace de una

verdura semejante al cardo, pero que es delicada vianda y digna de un rey. También tienen árboles de calabazas á propósito para llevar bebida : de éstas ya se habló otra vez extensamente : al árbol le llaman *hibuero*.

En otra parte encontraban cocodrilos, que, cuando huían ó se sumergían, dejaban detrás un olor más agradable que el de almizcle ó el de castor. Los habitantes del Nilo me contaron á mí lo mismo acerca de la hembra del cocodrilo, principalmente del abdomen, cuyo olor decían que iguala á cualquier aroma de la Arabia.

Regresó de aquí el Almirante con su flotilla, ya porque no podía aguantar la corriente, ya también porque de día en día se le pudrían más las naves y las taladraban los gusanos que se crían por lo templadas que están las aguas en todas quellas regiones, que casi caen ɔajo la línea equinoccial. Aquellos ;usanos les llama *bisas* un mercaler veneciano; también se crían en

dos puertos de Alejandría de Egipto, y echan á perder las naves si están mucho tiempo ancladas: tienen de largos un codo, y á veces más; de recios no tienen más de un dedo: los marinos españoles llaman á esta plaga *broma*.

Temiendo, pues, á la *broma* el almirante Colón, y molestado por el mar contrario, se volvió corriente abajo hacia el Occidente. Tomó el río Hiebra, que dista dos leguas del río Veragua, porque era más á propósito para naves grandes. La región aquella toma nombre del Veragua menor, porque el cacique que domina en ambos ríos habita en Veragua.

3. Digamos lo favorable y adverso que allí sucedió. Estando Colón en Hiebra, envió al río Veragua, con los botes de servicio y sesenta y ocho hombres, á su hermano Bartolomé Colón, Adelantado de la Española. Salió al encuentro del Adelantado, río abajo, en canoas del país, el cacique de la región, pintado á usanza de ellos

desnudo, con gran acompañamiento, pero sin armas. Apenas se pusieron al habla los familiares del cacique, cuidadosos del descanso de su amo y no olvidando su majestad real, para que no estuviera de pie mientras trataba cogieron de allí cerca una piedra, la lavaron y refregaron decentemente, y, trayéndola, se la pusieron con reverencia á su cacique.

Sentándose él, pareció que por señas daba permiso para que los nuestros pudieran recorrer los ríos de su jurisdicción. El ocho de Febrero, el Adelantado, dejando los botes, fué á pie orilla arriba del río Veragua y llegó al río Urabá, el cual dice que es más rico de oro que no el Hiebra y el Veragua, pues en todos los ríos de aquella tierra se cría oro. Entre las raíces de los árboles que había en la orilla, entre las piedras y cascajo que habían dejado los torrentes, y dondequiera que abrían hoyos de á palmo y medio, la tierra que sacaban la encontraban mezclada de oro.

Por eso pensaron establecerse allí; pero los indígenas, oliendo su futura ruina, se les impidieron; formando un escuadrón se echaron con horrenda gritería sobre los nuestros, que ya habían comenzado á levantar casas. El primer empuje apenas lo resistieron los nuestros: los bárbaros desnudos lucharon, primeramente tirándoles desde lejos y sin cesar armas arrojadizas; después se pusieron á luchar con furia cuerpo á cuerpo con sus espadas de madera, que dijimos llaman macanas. ¡Cosa admirable!

Tan irritados estaban ya, que ni con los arcos, ni con los escorpiones, y, lo que es más, ni con el estruendo de las bombardas que les disparaban desde las naves, se amedrentaban. Una vez cejaron, y, reuniéndose en mayor número, volvieron de segunda más fieros que antes; mejor querían morir que permitir que ocuparan su patria lo extranjeros: como huéspedes, lo habían recibido benignamente; co mo habitantes no los toleran. Cuar

to más apretaban los nuestros, tanta más gente se reunía del contorno. De noche y de día, cuándo de frente, cuándo por los lados, se veían atacados los nuestros. La armada que estaba á la espalda en la costa, era la que los resguardaba. Abandonaron, pues, los nuestros aquella tierra, y se volvieron por donde habían ido.

Con las naves agujereadas á modo de cribas por la *broma*, usando esta palabra española, apenas pudieron arribar á la isla Jamaica, que por el Mediodía es colateral de la Española y de Cuba.

En el camino estuvieron á punto de perecer. Á fuerza de brazos salvaron al fin la vida vaciando el agua que se les entraba por anchas grietas, y llegaron á Jamaica medio muertos.

CAPÍTULO IV

Sumario: 1. Situación apuradísima de Colón en Jamaica.—2. Viaje arriesgado de Diego Méndez.—3. Noticias geográficas: oro: montañas.—4. Conjeturas del Almirante.

Cortados allí por tener perdidas todas las naves, pasaron diez meses una vida más calamitosa que Sinón el de Virgilio, en poder de bárbaros desnudos, teniéndose que contentar con las comidas de los bárbaros cuando éstos se las querían dar.

Aprovechó á los nuestros el odio mortal que se tienen unos á otros los caciques bárbaros; pues para que les ayudaran cuando tenían que guerrear con sus vecinos enemigos, les aliviaban el hambre [illegible] gunas veces con pan de aque [illegible] tierra; pero ¡cuánta miseria y d [illegible]

dicha es, Beatísimo Padre, haber de lograr el pan mendigándolo! Conjetúrelo Vuestra Santidad, principalmente cuando falta lo demás, como vino, carnes y todo lo que se hace de leche prensada, con que suelen alimentarse desde niños los estómagos de los europeos.

2. La necesidad les obligó á probar fortuna por medio de su administrador Diego Méndez; y sirviendo de guías dos de Jamaica, prácticos de aquellas costas, se resolvió á probar qué era lo que Dios quería hacer de él. Embravecido ya el mar, se embarcaron en la canoa, de escollo en escollo, de roca en roca, maltratados por las olas por la pequeñez y la forma de su navecilla; al fin aportó Diego Méndez á la última punta de la Española, que distaba de Jamaica cuarenta leguas. Con la esperanza de los regalos que el almirante Colón les había prometido, regresaron alegres los de Jamaica; él *(Diego Méndez)* se fué á pie á Santo Domingo, ciudad principal metropolitana.

Adquirió dos naves de las nuestras, y volvió á su amo *(Colón)*: enfermos todos y extenuados por la necesidad, acudieron á la Española; lo que allí les sucediera no lo he sabido. Volvamos á las cosas generales.

3. Todas las regiones aquellas que dijimos haber recorrido Colón, escribe él, y sus compañeros de trabajos confiesan todos, que están frondosas, verdes y amenas todo el año, y, lo que es más, que son saludables, y en ellas no enfermó nunca ninguno de todos los que iban; y se complace de que nunca se sintió molestado, ni del horroroso frío, ni de calores abrasadores en el espacio de cincuenta leguas desde el gran puerto de Cerabaró hasta Ibiebra y Veragua.

Los pueblos de Cerabaró, y los que hay entre Ibiebra y Veragua, sólo en ciertas temporadas del año se dedican á buscar oro, y son mu prácticos operarios para esa faen como entre nosotros los mineros (plata y hierro. Cuáles son los lug

res más ricos de oro, lo comprenden por larga experiencia, por el aspecto del torrente que corre, por el color de la tierra y por otros indicios semejantes.

Creen que en el oro hay una deidad; y así, por religiosa tradición de los antiguos, nunca van á esa ocupación sin haberse purificado, como absteniéndose de la cohabitación marital y otro cualquier placer, y guardando mucha parsimonia en el comer y beber durante todo el tiempo de buscar oro; pero piensan que el vivir y el morir se ha dado á los hombres como á los demás animales, y por eso no tienen otro culto; sin embargo, veneran al sol, y cuando se levanta por el horizonte le reciben con reverencia. Hablemos de las montañas y de la situación del país.

De todas las costas de aquellas regiones se ven levantarse vastas montañas por el Mediodía, pero que se extienden sin interrupción de Oriente á Occidente; por lo cual opinamos que aquellos dos

grandes mares, de que en otra parte hemos hecho amplia mención, están separados por estas montañas, de modo que no choquen uno con otro, al modo que Italia separa el mar Tirreno del Adriático. Pues por cualquiera parte que uno se dirija desde el promontorio aquel de San Agustín, perteneciente á los portugueses, que mira al Atlántico, hasta Uraba y el puerto de Cerabaró y las demás tierras del Occidente descubiertas hasta el día, continuamente, á lo lejos y de cerca, se le presentan al navegante montañas, cuándo suaves, cuándo elevadas, unas quebradas y peñascosas, otras cubiertas de árboles y hierbas y acomodadas para el cultivo, como suele suceder en el monte Tauro y en varias costas de nuestros Apeninos y en otras vastas montañas como ésas.

También entre las cordilleras de estas montañas hay excelentes v lles, como entre las de otras. La pa te aquella de las montañas que t ca á los confines de Veragua

cree que tiene sus vértices más altos que las nubes, y dicen que rara vez se ven las cimas, por la densidad casi continua de las nubes y las nieblas.

El propio Almirante, que exploró antes que nadie las cimas de Veragua, afirma que se levantan más de cincuenta millas; dice además que al pie de esas montañas hay camino abierto para el océano austral, y compara á Venecia con Génova, ó si se quiere Janua, como quieren sus habitantes, que la suponen edificada por Jano, y cree que la tierra se extiende hasta el Occidente, y que aquí comienza el ensanche del cuerpo, á la manera que desde nuestros Alpes el estrecho muslo de Italia se extiende en los dilatados territorios de las Galias, Germanias y Panonia hasta los sármatas y escitas, hasta las rocas y el mar Glacial, y hasta los riscos de la Escitia, y que abraza sin interrupción la Tracia y toda la Grecia, y cuanto se comprende entre el promontorio de Lacedemonia y el Ponto Euxino por

el Mediodía, y la laguna Meotis por el Norte.

4. Pretende, pues, el Almirante que caminando por la izquierda hacia Occidente, el territorio se une con la India Gangética; y que por el Septentrión, á mano derecha, se extiende hasta el mar Glacial, más allá de las regiones septentrionales y del polo Artico; de modo que ambos mares, es á saber, el austral de allá y nuestro océano, se muestran en los cabos de aquella tierra, pero no rodean las aguas la misma tierra, al modo que la Europa está rodeada del Helesponto y el Tanais y el océano, así el glacial como el de España y el nuestro *(de Italia)*.

Pero el ímpetu de la corriente marítima hacia el Occidente impide á mi juicio que esté cerrado, y que aquel territorio esté unido con las regiones septentrionales, como arriba lo hemos explicado. Y basta, Reatísimo Padre, acerca de la longitud. Veamos lo que se cuenta respecto de su latitud.

CAPITULO V

SUMARIO: 1. Noticias geográficas.—2. Oro y piedras preciosas.

HEMOS dicho alguna vez que el mar austral y este nuestro océano están separados por corto trecho, y así se ha averiguado por experiencia, supuesto que pudieron pasar Vasco Núñez y sus soldados. Pero con la misma variedad que en nuestros Alpes en Europa, aquí se estrecha y allí se ensancha; por igual disposición de la naturaleza, el territorio aquél tan pronto se extiende y s alarga ampliamente, tan pronto l estrechan ambos mares, encon- t ndo entrada por valles, y quedan b ves intervalos de tierra.

Donde hemos dicho que caen las regiones de Uraba y Veragua, los mares están separados por pequeño trecho; pero la región aquella que el río Marañón baña menester es creer que se extiende mucho, si hemos de confesar que el Marañón es río y no mar; y que así lo confesemos nos los persuade la dulzura de aquellas aguas, pues en pequeñas concavidades de la tierra no puede haber depósitos tan vastos que puedan dar de sí aquella abundancia de agua.

Lo mismo hay que reconocer del gran río Dabaiba, que dijimos desemboca en el mar de la punta del golfo de Uraba, el cual tiene cuarenta varas y en otras partes cincuenta de profundidad, con tres millas de anchura. Preciso es suponer allí tierra espaciosa que produzca el río de las altas montañas de Dabaiba, no del Sur, sino del Oriente. Ese dicen que se forma de cuatro ríos que bajan de las montañas de Dabaiba (los nuestros le llaman el río de San Juan), y que de allí des-

ciende al golfo por siete bocas como el Nilo.

En la propia región de Uraba cuentan que hay maravillosas angosturas que apenas cogen quince leguas, pero intransitables por las continuas lagunas y terrenos pantanosos que los españoles llaman *tremedales*, alias *trampales*, también *cenegales* y *sumideros* y *zahondaderos*.

Antes de pasar más adelante, convendrá referir de dónde toman su nombre aquellas montañas. Dabaiba cuentan que fué una mujer entre sus antepasados magnánima y providente, la cual, cuando vivía, la veneraban los antiguos, y después de muerta le dan reverente culto todos los habitantes de aquellas regiones. De ella dicen que tomaron nombre las regiones aquellas, y que cuando se enoja vienen los rayos y los truenos y la pérdida de las cosechas, y opinan que Dabaiba se enoja como un niño como haya algún descuido en sus ceremonias sagradas. Esta superstición les im-

buye á los infelices una clase de hombres engañadores, so capa de religión, para que consagren á Dabaiba dones abundantes, de los cuales ellos se aprovechan. Y basta de esto.

De aquellas lagunas de la tierra estrecha *(el itsmo de Darién)* cuentan que se crían en ellas cocodrilos, dragones, murciélagos y mosquitos muy nocivos; por eso, cuando hay que pasar al Sur, rodean por las montañas y se evita la proximidad de las lagunas. Hay quien piensa que un valle por donde pasa el río que los nuestros llamaron de los Perdidos por la desgracia de Nicuesa y sus compañeros, valle que no dista mucho de Cerabaró, corta las montañas aquellas hacia el Sur; pero siendo potables sus aguas, se juzga que no hablan con tino los que en tales argumentos se apoyan.

2. Terminemos el libro con este apéndice. Cuentan que á la der cha é izquierda del Darién corr veinte ríos auríferos: lo que me h dicho, eso digo. No hay uno que

lo refiera, y preguntándoles cómo es que traen poco oro de allí, responden que se necesitan cavadores, y que los que fueron á aquellas tierras no están acostumbrados á trabajar, y que por eso se trae de allí menor cantidad de oro de la que promete por su riqueza el terreno. También parece que da esperanza de limpias perlas, y en prueba de ello, fuera de las que dije que se encontraron en Cariai y en las cercanías de Santa Marta, cierto Andrés Morales, navegante de aquellos mares, amigo y compañero de Juan Cosa cuando éste vivía, tuvo en la mano un diamante de un joven desnudo de Paria en Cumana, muy precioso, de largo, según dicen, como dos falanges del dedo meñique, y de grueso como la primera falange del dedo gordo, que por ambas partes terminaba en punta y tenía ocho caras lindamente [illegible]madas [1]. Con él dicen que se ra[illegible]ban los yunques, y que gastaba

---

[1] El que llamaron diamante sería alguna cristalizade las que abundan en terrenos mineros.

los cerrojos y las limas, quedando sin mella el diamante: el joven aquel de Cumana llevaba el diamante colgado al cuello, y se lo vendió á Andrés Morales por cinco cuentas nuestras de cristal verde y azul, prendado de la variedad de los colores.

También hallaron topacios en la playa. Pero, preocupados con el oro, no se cuidan de estas joyas: sólo al oro atienden, sólo el oro buscan. Por eso la mayor parte de los españoles hace burla de los que llevan anillos y piedras preciosas y motejan el llevarlas, en particular los plebeyos; y los nobles, si á veces tienen que disponerse para pompas nupciales ó también regias, gustan de ponerse collares de oro con piedras preciosas, y en el vestido entretejen las perlas y piedras preciosas: fuera de estos casos, no. Tienen por afeminación esos adornos y los olores de los aromas de Arabia y los sahumerios continuos: si se encuentran con uno que huele á castor ó almizcle, le juzgan dado á la liviandad.

Por una fruta que se coja del árbol, conocemos que el árbol es frutal; por un pez que se pesque en el río, sabremos que el río cría peces; así, por un poquito de oro y por una piedrecilla preciosa, se infiere de precisión que la tal tierra cría oro y piedras preciosas.

También hemos dicho en su lugar lo que en el puerto de Santa Marta, de la región Cariai, cuando pasó toda la armada que mandaba Pedro Arias, encontraron sus compañeros de armas y algunos de los magistrados regios. Pululan, germinan, crecen, maduran, se cogen cada día cosas más ricas que las anteriores. Lo que en la antigüedad descubrieron Saturno, Hércules y otros héroes semejantes, ya no es nada. Si algo más descubren los españoles con su incansable trabajo, lo escribiré.

Dios guarde á Vuestra Santidad, y hágame saber frecuentemente lo que le parece de estos frutos que Vuestra Sede Apostólica me hace cultivar, para que me anime á trabajar en otros futuros.

LIBRO V

CAPÍTULO PRIMERO

SUMARIO: 1 Viaje de Pedro Arias.—2. Conjeturas sobre el mar de hierbas.—3. El puerto de Santa Marta.

BEATÍSIMO Padre: En este mundo sublunar, cuantas cosas dan á luz algo, apenas lo han hecho, ó cierran el útero, ó por lo menos descansan durante algún intervalo de tiempo. Pero nuestro Nuevo Mundo todos los días procrea y da de sí nuevas producciones sin cesar, con las cuales los hombres de ingenio y aficionados á las cosas grandes, y en particular á las nuevas, pueden tener á mano continuamente con qué alimentar su entendimiento. ¿A qué viene esto?, dirá

Vuestra Beatitud. Apenas había yo puesto en orden lo que aconteció á Vasco Núñez Balboa y á sus compañeros de armas en la exploración del océano austral (para enviarlo á Vuestra Beatitud por medio de Juan Rufo de Forli, arzobispo de Cosenza, y por Galeazzo Butrigario, Nuncios de Vuestra Sacra Sede Apostólica, y en la actualidad despertadores de mi dormido ingenio), cuando me encuentro con cartas de Pedro Arias, el que el año pasado dijimos que se dió á la mar con un ejército y armada con rumbo á aquellas tierras nuevas.

Refiere que llegaron sin novedad él y su ejército y la armada. Esas cartas las han autorizado con su firma Juan Cabedo, á quien Vuestra Santidad hizo Obispo de aquella provincia de Darién á ruego del Rey Católico, y juntamente otros tres de los principales agregados de aquel gobierno, Alfonso de la Puente, Diego Márquez y Juan de Tavira. Reciba, pues, Vuestra Santidad el relato de esa navegación.

El doce de Abril del año mil quinientos catorce se dió á la vela Pedro Arias desde el pueblo llamado Sanlúcar de Barrameda, sito en la desembocadura del río Betis, que los españoles llaman Guadalquivir. Las siete islas Canarias del océano distan de la desembocadura del Betis unas cuatrocientas millas de pasos; piensan que ésas son las Afortunadas, aunque otros lo niegan. Los nombres nuevos de esas islas son: primeramente, se encuentran dos iguales, Lanzelota y Fuerteventura; detrás está la Gran Canaria; á ésta sigue Tenerife; un poco al Septentrión de Tenerife, Gomera; y detrás parecen formar grupo la Palma y la del Hierro.

Á los ocho días de haber zarpado, arribó Pedro Arias á Gomera con una flota de diecisiete naves y mil cuatrocientos hombres, aunque solos le fueron señalados mil doscientos, y aun dicen que se dejó otros dos mil, suspirando y tristes, que pedían que los llevaran á sus propias expensas, estimulados por

la fama del oro y el deseo de ver cosas nuevas. En Gomera se detuvo dieciséis días para tomar leña y agua, y carenar las naves que las tempestades habían maltratado, y principalmente á la capitana, que había perdido el timón; pues vienen muy bien aquellas islas á los que quieren lanzarse á aquel vasto mar. De allí zarpó para alta mar el siete de Mayo, y ya no vió más tierra hasta el día tres de Junio, en que arribó á la isla Dominica, que es una de los caníbales, comedores de carne humana, y dista de Gomera como ochocientas leguas.

Allí se detuvo cuatro días ocupado en renovar el agua y tomar leña. Ni vieron hombre alguno ni huellas de hombre. Encontraron abundancia de cangrejos de costa y de grandes lagartos. De allí tomó el derrotero de la isla Matinina, la Guadalupe y la Galante (de las cuales hemos hecho amplia mención en la primera Década). Cruzó también largo trecho de mar de hierbas.

2. Ni el almirante Colón, que dijimos fué el primero que navegó por aquellas islas y el mar de hierba, ni éstos tampoco, dan explicación alguna de las hierbas. Piensan algunos que el mar es allí cenagoso, y que aquellas hierbas se crían en el fondo y se suben arriba, como vemos que pasa en las lagunas, y muchas veces también en los grandes ríos aunque tengan corriente. Otros pretenden que no nacen allí, sino que, arrebatadas por las tempestades de los cerros que abundan por allá, sobrenadan por aquellos mares; y así lo dejan en duda porque no han averiguado aún si están fijas y ceden á las proas de las naves, ó si, arrancadas, divagan. Debe creerse que nacen allí; de lo contrario, con el empuje de las naves se amontonarían (como las escobas de las casas amontonan la basura) é impedirían el andar.

A los cuatro días de haber salido e la isla Dominica, que era el once e Junio, vieron montañas nevadas. icen que de allí corren mares hacia

el Occidente cual rápido torrente de los cerros, por más que no iban ellos en derechura al Occidente, pues se inclinaban un poco más á Mediodía, lo cual algún día se podrá conocer por vista de ojos en una tabla nueva de esta cosmografía que he concebido hacer si vivo. Corre de aquellas montañas el río Gaira, famoso por el estrago de los nuestros cuando pasó Rodrigo Colmenares, como ya lo dijimos. Corren además otros muchos.

3. La provincia aquella, en la cual dijimos que está la región Caramaira, es insigne por sus excelentes puertos, como el de Cartagena y el otro que los nuestros llaman de Santa Marta, cuya pequeña región en la lengua de los indígenas se llama Saturma. El puerto de Santa Marta está más cerca de las Sierras Nevadas, como que cae al pie de ellas; mas el de Cartagena está como cincuenta leguas más a Occidente.

Cuenta maravillas del puerto de Santa Marta, y lo mismo dicen lo

que de allá volvieron, entre los cuales se cuenta Vespucio, sobrino de Américo Vespucio, el Florentino, que al morir le dejó á éste en herencia el arte marítimo y el polar; pues este joven fué enviado por el Rey como uno de los maestres de la nave capitana, porque sabe regular los polos con los cuadrantes, pues la incumbencia principal de gobernar el timón le fué confiada á un Juan Serrano Castellano, que había navegado muchas veces por aquellas regiones. Á este Vespucio lo tengo convidado con frecuencia; porque es un joven de aventajado ingenio, y al recorrer aquellas costas anotó diligentemente todo lo que se ofrecía.

CAPÍTULO II

Sumario: 1. Continúa Colón buscando un estrecho.—2. Le atacan los indios.—3. Hechos del historiador Oviedo.—4. Industria de aquellos indios.—5. Antropófagos.

Pedro Arias escribe y este Vespucio explica lo que ahora voy á referir. Pretenden que los habitantes de aquellas regiones son oriundos de los caribes ó caníbales, y que por eso son muy feroces y crueles; como que, al pasar los nuestros, los rechazaron muchas veces de sus playas con sus hostilidades, y cuando querían tomar tierra les recibieron malamente.

2. Son de su natural tan animosos aquellos bárbaros desnudos, tan valientes, que osaron acomete á toda nuestra armada é intentaro impedirles que se arrimaran. Pe

lean, como otras veces lo hemos escrito, con flechas envenenadas, con agua hasta el pecho; penetraban rabiosos y rápidos en el mar, sin que les espantaran ni el número ni el grandor de las embarcaciones, y desde allí disparaban mil clases de dardos; pero los nuestros, protegidos por las bordas de las naves y con los escudos, recibían los dardos de ellos; sin embargo, fueron heridos dos y murieron. Por fin, disparándolos unos tiros se dieron los bárbaros á la fuga, espantados por el estruendo de los cañones y la fuerza de las balas, que juzgaban rayos; pues muy frecuentemente tienen rayos por la índole de la región y la proximidad de altas montañas.

Por más que vieron á los enemigos derrotados y dispersos, vacilaron, sin embargo; y, habido consejo, eran varios los pareceres sobre desembarcarían tras los enemis ó no. Por una parte los detenía temor, por otra les estimulaba vergüenza; les inspiraban mie-

do las flechas envenenadas que los indígenas disparaban con ojo muy certero; pero el pasar de largo con semejante armada y tantos soldados era una vergüenza y cosa indigna y de mala fama; por fin venció la honrilla, y siguieron á los dispersos y fugitivos. Con los botes de menos fondo tomaron tierra.

El mismo capitán de la armada escribe, y este Vespucio confirma, que la circunferencia del puerto tiene tres leguas, y que es seguro y cristalino, tanto que con fondo de veinte codos se pueden contar los guijarros. Dicen que desaguan en él dos ríos de agua dulce, pero no tan á propósito para sostener las naves grandes como las canoas de la tierra.

Da gusto oirles acerca de la abundancia, variedad y sabor del pescado, tanto del río como del mar; por eso hallaron allí muchas lanchas pescadoras, ó sean bo[illegible] del país, y muchas redes mara[illegible] llosamente tejidas de hierbas res[illegible] tentes, que magullan, y de cor[illegible]

les de algodón limpio. Saben pescar muy bien éstos, y los de Caramaira, de Cairei y de Saturma, pues á cambio de pescado obtienen de los pueblos comarcanos de lo interior las cosas que necesitan y no tienen.

Rechazando de la playa á los bárbaros, se entraron en sus boíos ó casas. Una y otra vez embistieron ferozmente á los nuestros, y quisieron traspasarlos con sus flechas envenenadas; pero les acometieron con más rabia cuando advirtieron que ocupaban y despojaban sus casas, y principalmente al ver que se les llevaban las mujeres y la mayor parte de los niños.

Los muebles de las casas eran de caña de la playa, y de varias hierbas semejantes al esparto mojado, esteras tejidas y pintadas de varios colores. También tapetes de algodón elaborados con industrioso arte, que tenían figuras de leones, águilas, tigres y otras imágenes. Las puertas de las casas y habitaciones, y las bóvedas de los dinte-

les, las encontraban adornadas de caracoles colgados de cordelitos delgados, para que, movidos por el viento, chocaran unos con otros, cuyo sonido les agrada sobremanera. Muchos me contaron maravillas de estas cosas.

3. Entre otros, cierto Gonzalo Fernández Oviedo, magistrado regio de los que en España llaman veedor, se jacta de haber entrado más adentro en el terreno. Halló una costra de zafiro mayor que un huevo de ganso; en los collados, que reconoció con treinta hombres, dice que halló muchos plasmas de esmeralda, y ágata, y jaspe, y grandes trozos de ámbar nativo, y piedras preciosas engastadas en los tapetes y entretejidas con oro. Éste y todos los demás dicen que las hallaron en las casas, abandonadas por los caribes en su fuga. También la tierra aquella cría selvas coccíneas, y es riquísima de oro; en todas las costas y riberas encontraron mal garitas, que son indicio de oro.

4. Dice este Oviedo que en cier

ta región llamada Cenú, que cae al Oriente de Darién noventa millas, se usa un nuevo género de comercio. Hallaron en las casas de los indígenas cuévanos y cestas grandes, y canastos lindamente tejidos de hojas de árboles á propósito, llenos de cigarras, grillos, cangrejos, caracoles, langostas de las que talan los campos, desecadas y saladas. Preguntándoles á qué uso destinaban aquello, respondieron que para llevarlo á los pueblos de lo interior, porque los habitantes de estas tierras se hacen con las cosas extrañas que desean á cambio de estas preciosas aves y de pescado salado. Habitan en casas diseminadas, no contiguas; porque los caramairenses tienen una tierra elísea, amena, feraz, sin crudo invierno ni abrasador verano, con poca diferencia del día y la noche.

Huyendo los bárbaros entraron ; nuestros en un valle que tenía ›s leguas de ancho y tres de largo, ısta ciertos montes llenos de hier- ı y de árboles, al pie de los cua-

les hay otros dos valles que á derecha é izquierda tienen un río, de los cuales el uno es el Gaira: al otro no le pusieron nombre. En estos valles encontraron huertos cultivados y que los campos se regaban por fosos excavados con orden admirable, no de otra manera que los de Lombardía y los etruscos cultivan y riegan los suyos.

Tienen también los alimentos ordinarios: ages, yuca, maíz, batatas, frutas de los árboles, como los demás, y pescado. La carne humana rara vez la comen, porque rara vez logran coger forasteros, como no vayan á cazar por ajenas tierras formando ejército, pues de comerse unos á otros se abstienen.

5. Pero, ¡cosa que da lástima el oirla!, se cree que estos feroces antropófagos han consumido millares de hombres comiéndoselos. Encontraron los nuestros mil islas pa disíacas, mil regiones elíseas q esos malvados habían despobla y por eso hallaron muchas desi tas, aunque amenas y ricas. Infie

de este ejemplo Vuestra Beatitud qué dañino es este linaje de hombres brutales.

Dijimos que la isla de San Juan está próxima á la Española, y que los indígenas la llamaban Burichena. Cuéntase que en nuestros tiempos se han llevado de ella, para comérselos, más de cinco mil hombres sólo desde las islas próximas que ellos habitan, como Santa Cruz, que se llamaba Hay Hay, y Guadalupe, que la decían Queraqueida. Bastante hemos divagado sobre la voracidad de esos hombres obscenos.

CAPÍTULO III

SUMARIO: 1. Cultivo de la yuca.— 2. Productos industriales.

HABLEMOS un poco de las raíces, puesto que han de ser la comida de los cristianos en vez de pan de trigo, nabos y otras raíces de nuestras tierras. Varias veces hemos dicho que la yuca es una raíz con que hacen el pan mejor todos los isleños y estos continentales; pero no he dicho aún cómo se cultiva, cómo germina, ni las variedades que hay.

Cuando quieren plantar yuca levantan la tierra hasta la rodilla y, cavada, la ponen en montones cuadrados de á nueve pies, y con doce troncos de la misma yuca

como de pie y medio ponen tres en cada lado del montón, fijándolos al cruzado de modo que sus puntas casi vienen á juntarse en el centro del montón. De los nudos y de la cúspide clavada de la raíz nacen raicillas capilares, que, aumentando poco á poco, se hacen como las otras, y llegadas á sazón son más gruesas y más largas que el brazo, y á veces que el muslo de un hombre; así, aquel montón de tierra casi todo se convierte en raíces; pero, según dicen, la yuca no madura en menos de año y medio, y cuanto más se la deje hasta dos años, tanto mejor es y más á propósito para hacer pan.

Cuando la arrancan, con dos piedras que tienen para eso la majan, y luego la prensan, como entre nosotros las mujeres lo hacen con el queso, y la ponen en un saco hecho de hierbas ó cañizos de río, y, colo-
ndole encima una piedra pesada,
cuelgan un día entero y le sacan
jugo, pues ya dijimos que es
ortífero en las islas; pero si se

cuece es saludable el jugo aquel, como nuestro suero de la leche. Hay que advertir que el jugo de la yuca no es perjudicial en el continente, según dicen.

Cuentan que hay muchas especies de yucas: unas más sabrosas que otras y más preciosas, que se ponen en la mesa de los caciques; otras las comen los nobles, otras el pueblo. Quitando el jugo á la yuca, la extienden para cocerla en láminas de barro preparadas con ese fin, como nuestro queso prensado. Este es el pan principal de ellos, y le llaman *cazabbi*. También dicen que hay varias especies de ages y batatas; pero los ages y las batatas las usan más como viandas ó frutas que para hacer pan, y como nuestra gente los rapos, rábanos, criadillas, nabos, zanahorias y cosas semejantes, pero principalmente las batatas, que aventajan á las mejores criadillas de tierra, con cie dulzura y suavidad maravillo principalmente si se da con las n jores. Basta ya acerca de las r

ces; hablemos ahora de otra clase de pan.

Dijimos que tienen una clase de trigo casi semejante al del pan, pero que aventaja á los granos más gordos. Á falta de yuca, majándolo á mano con piedras lo hacen harina y lo amasan, y es el pan más vulgar. Se siembra tres veces al año, si lo permite la fertilidad del terreno, por la igualdad de los tiempos, de la cual ya hemos hablado mucho arriba. Encontraron allí cultivo de todas las raíces, y del grano de maíz y de árboles frutales varios géneros muy cultivados.

2. Entre estos caramairenses y saturmanos dicen que hay caminos anchos y derechos; de modo que se cree que los han señalado trazando líneas. También encontraron entre ellos hidrias, cántaros, ollas, orzas, fuentes y platos de loza, y vasijas de agua de varios colores, en las cuales dicen que se conserva el agua fresca. Á la intimación de que obedecieran al Rey Católico y adoptaran nuestra religión ó abandonaran

el territorio, respondían con flechas envenenadas. Cogieron á algunos, á la mayor parte de los cuales los soltaron de seguida, vistiéndolos antes; á los otros, llevándolos primero á las naves y haciéndoles ver la grandeza de nuestras cosas para que se lo contaran á los demás, los soltaron luego con el fin de granjearse su buena voluntad.

Refieren que en todos los ríos encontraron muestras de oro. También hallaban á cada paso en las casas carne fresca de ciervo y de jabalí, y la comieron ricamente. Tienen también abundancia de aves, y las crían en las casas, ya para comerlas, ya por gusto. Que es benigno el clima lo infieren de que durmieron de noche al raso, en las orillas de los ríos, y nadie sintió ningún dolor de cabeza ni cogió humor insalubre. También hallaron á cada paso grandes ovillos de algodón limpio, y manojos de varia plumas con que se hacen penachos á modo de nuestras corazas, y sayos para adornarse. Les gustan e

tas elegancias. Fué innumerable la cantidad de arcos y flechas.

Guardan allí también los cadáveres quemados: en unas partes, enterrando los huesos en vasijas; en otras, enterrándolos enteros en los sepulcros; en otras, en los mismos boíos, ó sea casas reverentemente adornadas con oro y joyas. Las láminas que llevaban al pecho, y otras alhajas que ellos llaman *guanines,* encontraron que estaban hechas de latón, más bien que no de oro. Por eso forman juicio de que han tenido comercio con extranjeros tramposos, que les llevan estas joyas labradas para sacarles el oro puro á cuenta de vil metal, y los nuestros no echaron de ver el engaño hasta que se pusieron á hacer la fundición.

Varios arquitectos que pasearon algo apartados de la playa, dijeron que habían encontrado pedazos de l[illegible]nco mármol; piensan que en al[illegible]n tiempo fué á aquellas tierras [illegible]nte extraña que arrancó mármol[illegible] de las montañas y dejó en el

llano aquellos pedazos. Allí aprendieron que el río Marañón baja de las sierras nevadas, y que en su curso se aumenta con gran copia de otros ríos afluyentes; por eso es tan grande, porque corre desde lejos hacia el mar por tierra de mucha agua.

Hecho esto, se hizo señal de recogerse. Noventa habían sido enviados á tierra: todos ellos dando voces de alegría, formados y cargados con el botín de cosas del país y penachos y coronas y capotes, y también sayos militares de pluma, volvían brillantes con los adornos de los indígenas.

Levaron anclas el 15 de Junio, después de reparar las naves que se hallaban en mal estado por varias tempestades; pero en particular la capitana había corrido gran peligro por haber perdido el timón, según lo hemos dicho.

Se dieron á alta mar en demanda del puerto de Cartagena, y, en conformidad á la orden del Rey, devastaron algunas islas que hallaron

paso, y eran nidos de feroces caníbales. Pero la rápida corriente de las aguas engañaron á Juan Serrano, piloto principal de la nave capitana, y á los demás, aunque presumían conocer muy bien la índole de aquellas corrientes; se lamentan de que en una noche fueron llevados cuarenta leguas más allá de lo que pensaban.

LIBRO VI

CAPÍTULO PRIMERO

SUMARIO: 1. Curiosas conjeturas sobre las corrientes marinas á Poniente. — 2. Cavoto explorador del mar glacial.

AQUÍ habremos de filosofar un poco, Beatísimo Padre, y pasar de la Cosmografía á las causas de los arcanos de la naturaleza.

Todos confiesan unánimes que allí los mares corren hacia el Occidente, como los torrentes de las montañas. Por eso yo estoy en confusión s re adónde se dirigen aquellas a uas que, con perpetuo rodeo, co- r n del Oriente como huyendo ha- c el Occidente, de donde nunca

han de volver, y cómo ni por eso se llena más el Occidente ni el Oriente se vacia. Si dijéremos que se encaminan al centro según la ley de los graves, y pretendiéremos que el centro es la línea equinoccial, como dicen muchos, ¿qué centro habrá capaz de tanta y tanta agua, ó qué circunferencia se encontrará bañada? Los que han recorrido aquellas costas no dan ninguna razón que sea verosímil.

Piensan la mayor parte que hay vastos tragaderos en el cabo final de aquel gran territorio, que dijimos es ocho veces mayor que Italia, al Occidente de la isla de Cuba, los cuales absorban aquellas aguas y de allí las arrojen hacia el Occidente, para que vuelvan á nuestro Oriente; otros dicen que al Septentrión. Algunos quieren que esté cerrado aquel seno del gran territorio, y que tiende hacia el Septentrión á espaldas de Cuba, de modo que é treche las tierras septentrionales r deadas por el mar glacial, y esté contiguas todas aquellas playas; po

lo cual suponen que, oponiéndose al gran territorio, hace girar á aquellas aguas, como se puede ver en los ríos cuando se les ponen enfrente las revueltas de las orillas.

2. Pero esto no viene bien, pues los que han explorado las regiones glaciales y siguieron después al Occidente, dicen que las aguas corren sin interrupción hacia el Occidente del mismo modo, no con violencia, sino suavemente. Las ha explorado cierto Sebastián Cavoto, veneciano de origen, pero trasportado casi niño por sus padres, que marcharon á la isla Británica (como acostumbran los venecianos, que, por causa de su comercio, son huéspedes de todo el mundo).

Éste se hizo con dos naves por su dinero en la misma Bretaña, y marchó primeramente con trescientos hombres al Septentrión, hasta que encontró vastas moles de hielo flotando en el mar aun en el mes de Julio, y casi perpetua luz, aunque la tierra estaba descubierta por haberse derretido el hielo. Por eso se vió

obligado, como él lo dice, á cambiar de rumbo y seguir al Occidente, y, sin embargo, marchó hacia el Mediodía por encurvarse la costa, de modo que casi se puso á los grados de latitud del mar de Hércules; y caminó tanto hacia el Occidente, que tuvo á la izquierda la isla de Cuba casi á los mismos grados de longitud. Recorriendo aquellas costas, que llamó *Bacalaos,* dice que encontró las mismas corrientes de las aguas hacia el Occidente, aunque suaves, que los castellanos encuentran cuando navegan por sus regiones meridionales. Luego no sólo con verosimilitud, sino por necesidad, se ha de inferir que entre ambas tierras desconocidas hasta el presente hay vastas aberturas que den paso á las aguas que corren del Oriente al Occidente.

Estas aguas pienso yo que el impulso de los cielos las hace girar en círculo alrededor del globo terrestre, y que no las vomita ni l absorbe ningún *Demogorgon* con boca abierta, lo cual acaso ser

permitido admitir por el flujo y el reflujo. El mismo Cavoto llamó á aquellas tierras *Bacalaos,* porque en el mar de ellas encontró tal muchedumbre de ciertos pescados grandes, semejantes á los tinnos, así llamados por los indígenas, que á veces llegaban á retardar el andar de las embarcaciones. Encontraba los hombres de aquellas regiones vestidos sólo de pieles, pero no faltos de razón. Cuenta que hay por allá mucha abundancia de osos, que también se alimentan de pescado, pues se sumergen entre las densas bandadas de aquellos peces, y cogiendo cada uno el suyo, metiéndoles las uñas entre las escamas, los sacan á tierra y se los comen; por eso dice que los osos no hacen daño á los hombres. Repiten que en la mayor parte de los lugares vieron que los indígenas tenían latón.

Trato familiarmente en mi casa propio Cavoto, y á veces vive amigo, pues, llamado de Inglaterra por nuestro Rey Católico desés de la muerte de Enrique, rey

de la Bretaña Mayor, está en la corte con nosotros, y espera día por día que se le dispongan embarcaciones con las cuales se descubra ya por fin este ignoto arcano de la naturaleza; pienso que en el mes de Marzo del año que viene, mil quinientos dieciséis, emprenderá la marcha para hacer sus exploraciones; lo que resulte lo sabrá Vuestra Santidad por mi conducto, si vivimos.

No faltan entre los castellanos quien nieguen haber sido Cavoto el primer descubridor de Bacalaos, y no reconocen que haya caminado tanto hacia el Occidente. Basta ya de gargantas y de Cavoto. Volvamos á los castellanos.

CAPITULO II

SUMARIO: 1. Llega al Darién la armada de Pedro Arias.— 2. Gran Consejo.— 3. Parte al Rey.

PASARON más allá del puerto de Cartagena y las islas adyacentes de los caribes, que llaman islas de San Bernardo, dejándose detrás toda la región de Caramaira sin tocar en ella. De allí, habiéndose movido una tempestad, marcharon á la isla que dijimos se llama Fuerte, y dista como cincuenta leguas de las gargantas del golfo de Uraba. En aquella isla encontraron en los tugurios de los bárbaros muchos canastos llenos de sal, hechos de cañas marinas. Es aquella isla notable por sus excelentes salinas; á cambio de sal, ad-

quieren los indígenas las cosas de otras partes. Voló á la nave capitana un onocrótalo, ave grande mayor que un buitre, que tiene un buche muy capaz, y habitaba en lo antiguo en las lagunas de Ravena, según testimonio de los autores; no sé si ahora los habrá también: se dejó coger fácilmente, y llevándole por todas las naves de la armada, al fin se murió. Vieron una bandada de otros veinte que estaban lejos en la playa.

Dejaron detrás la nave mayor, que era la capitana, por estropeada é inservible, para que poco á poco les siguiera cuando el mar estuviera tranquilo. El veintiuno de Junio arribó la armada á Darién: cuatro días después llevaron la nave capitana, pero vacía. El pueblo darienense, con su prefecto Núñez Balboa al frente, de quien antes hemos hablado largamente, salió á recibirlos á distancia de tres millas, cantando el *Te Deum laudamus* Cada uno de sus habitantes recibi con gusto á los que venían en su

respectiva casa, que están edificadas á imitación de las del país. Séame permitido llamar á todas estas regiones provincias, supuesto que han sido vencidas lejos [1], echando fuera á todos los caciques. Se alimentan con los frutos del país, y comen pan tierno de maíz y de raíces: de lo demás llevaba la armada, como carnes saladas, pescado salado también, y harina de trigo en cubas. He ahí la real Armada en tierras remotísimas; he ahí á los españoles, no ya dentro del trópico de Cáncer, sino casi debajo del mismo círculo equinoccial, contra el parecer de muchos sabios, para establecerse allí y fundar colonias. Pero veamos lo que determinaron luego que se reunieron.

2. Al día siguiente de haber llegado la armada hubo junta de cuatrocientos cincuenta hombres del Darién. En público y en secreto, en junto y por separado, se trató de lo que había escrito Vasco, Prefecto

---

Alude á la etimología latina de *provincia*, que one venir de *procul vinci*.

del mar austral (éste es el cargo que dijimos llaman los españoles Adelantado), y se puso en claro que era verdad todo lo que había comunicado al Rey acerca del mar austral de aquella tierra. Y que debían por de pronto levantarse castillos, como opinaba el mismo prefecto Vasco, en las jurisdicciones de Comogro, Pochorrosa y Tubanama, á fin de que más adelante pudieran fundarse colonias.

Así, pues, fué enviado Juan Ayora, noble cordobés, con el cargo de Vicepretor, con cuatrocientos hombres, que fueron en cuatro carabelas y otra embarcación más pequeña. Éste tomó primeramente el puerto de Comogro, que distaba de Darién como veinticinco leguas, según escriben en cartas que tengo á la vista. De allí ha de mandar al Sur ciento cincuenta hombres de los cuatrocientos por camino más derecho que han encontrado, pu- dicen que no tiene más que vei tiséis leguas el trecho desde la co te de Comogro hasta la entrada

golfo de San Miguel; los que restan hasta cuatrocientos se establecerán allí, para desde allí auxiliar á los que vayan y vengan; y aquellos ciento cincuenta que han de ir al Sur, llevan consigo intérpretes de los nuestros, conocedores de las lenguas australes, que aprendieron aquellos idiomas de los esclavos que se tomó Vasco cuando recorría aquellos territorios, y también les servirán como intérpretes algunos de los mismos esclavos que entienden ya la lengua española.

Estos dicen que el puerto de Pochorrosa dista del de Comogro nada más que siete leguas. En Pochorrosa, el Vicepretor, por orden del Pretor y de otros, tiene que dejar cincuenta hombres con la nave más ligera que les sirve de correo; y como suele hacerse en tierra con caballos que se tienen dispuestos, así éstos, por mar, avisen al Pretor y á los darienenses de lo que vaya ocurriendo.

También han de establecer viviendas en la tierra de Tubanama,

cuyos palacios dicen que distan de Pochorrosa veinte leguas. De estos cuatrocientos hombres, cincuenta de los primitivos darienenses, que ya tienen experiencia de las cosas, han sido destinados para que, á modo de decuriones, dirijan á los nuestros y les conduzcan á lo que se haya de hacer.

3. Dispuestas así las cosas, pensaron en comunicárselas al Rey, y al mismo tiempo hacerle saber que hay en aquellas tierras un cacique llamado Dabaiba, cuyo reino es opulento de oro, pero que aún no le han tocado por su poderío. Se cree comúnmente que éste tiene su reino aguas abajo de aquel gran río, que otras veces hemos mencionado, y que toda la tierra de su jurisdicción abunda en oro. Dicen que la corte de Dabaiba dista de Darién cincuenta leguas, y allí dicen los indígenas que se reparte por la comarca la abundancia del oro. Aunque, como hemos ya dicho, los nuestros tienen también, á solas tres leguas de Darién, buenas minas de

oro, que actualmente disfrutan, y en muchos lugares lo recogen cavando. Sin embargo, creo que tiene más el reino de Dabaiba.

En las primicias de mi trabajo enviadas á Vuestra Santidad se hizo mención de este Dabaiba; mas por equivocación, habiendo encontrado á los pescadores de Dabaiba, pensaron haber hallado al propio Dabaiba entre los lugares palustres.

Quieren, pues, escoger para ir á Dabaiba trescientos hombres distinguidos de todo el ejército, jóvenes aptos para la guerra, magníficamente pertrechados con abundancia de toda clase de dardos y armas, que vayan sobre él; y, si no quiere paz, le derroten y venzan. Repiten una y otra vez, en prueba de la futura opulencia, que en pocas partes se ponen á cavar sin que encuentren pepitas de oro mezcladas con la tierra. Lo que me han escrito, eso cuento.

También aconsejan al Rey que se funde una colonia en el puerto de Santa Marta, en la región que

los indígenas llaman Saturma, para que sea el refugio de los que naveguen desde la isla Dominica, desde la cual dicen que hay camino de cuatro ó cinco días hasta ese puerto de la región Saturma, y tres días desde Santa Marta á Darién. Digo de ida, pues la vuelta les es tan penosa por la corriente de aguas que les parece que al regreso suben ásperos montes.

CAPÍTULO III

SUMARIO: 1. Corrientes marinas.—2. Condiciones enfermizas de Darién.

LA fuerza de este torrente no es tanta para los que regresan á España desde la Española y desde Cuba, aunque también ellos tienen que ir contra la corriente oceánica, porque aquí es muy grande la anchura del mar, por donde pueden espaciarse las aguas corrientes.

En la región de Paria las aguas se ven estrechadas por los costados de aquella tierra, y comprimidas por las muchas islas que hay enfrente, como se puede conjeturar en el mar de Sicilia, donde es tanto el ímpetu de las aguas que Vuestra

Santidad conoce, que forman Scila y Caribdis por las estrechuras que reciben aquellos mares, es á saber: el Jónico, el de la Libia y el Tirreno.

De la isla Guanasa, de Yaya y de Maya y Cerabarono, que son regiones occidentales de Veragua, dejó escrito Colón, príncipe de estos descubrimientos, que observó tan furiosa corriente de proa cuando iba buscando el Oriente volviéndose atrás en aquellas costas, que á veces ni pudo intentar el sondeo sin que el ímpetu contrario se le llevavara el plomo, y alguna vez no pudo ganar ni una milla en un día entero, aunque tenía algún viento de popa. De aquí es que frecuentemente se ven obligados á llegar primero á Cuba, y, finalmente, á la Española, para después, tomando ancha mar con rumbo al Septentrión, emprender el derrotero de España, á fin de que los vientos boreales les ayuden á empujar las naves que no podrían llevar en ruta derecha. Acerca de los movimien-

tos del océano para allá y para acá, harto hemos dicho ya.

2. Ahora hemos de referir lo que escriben del Darién y de la colonia que han fundado en sus orillas, y, como dijimos, la llaman ellos Santa María la Antigua. La situación del lugar es enfermiza y pestífera, más perniciosa que el clima de Cerdeña; todos se ponen pálidos como los que tienen ictericia. Y no consiste en la naturaleza de la región, puesto que en muchos lugares, bajo los mismos grados de latitud de los signos, encuentran saludable y benigna clemencia del aire, es á saber, donde la tierra cría sus fuentes cristalinas, ó donde los ríos tienen cauces corrientes y no cenagosas, y principalmente cuando habitan en los collados, y no en los valles; pero el sitio aquel que está en la orilla del río Darién está colocado en un valle profundo, rodeado por ambas rtes de ásperos collados, por lo al recibe los rayos meridionales l sol casi perpendiculares sobre cabeza, y les molestan grave-

mente los rayos que caen de las montañas de frente, por la espalda y por los costados; pues el ardor de los rayos solares lo produce su repercusión, no su acceso á la tierra, porque en sí no son nocivos, lo cual se puede colegir de las nieves que hay en altas montañas, como Vuestra Santidad lo comprende muy bien. Por eso, los rayos que caen en los montes, por el declive ruedan á lo profundo como una gran piedra redonda que se echa desde la cima de un monte. Y así los valles reciben, ya la parte que les toca de rayos directos, ya la que se precipita oblicuamente de los collados y montañas. Es, pues, la habitación del Darién perjudicial, no por la región, sino por la naturaleza de la situación particular.

También es pestilente el lugar por la naturaleza del suelo, por pantanoso que es, y rodeado de fétidas lagunas. Más aún : la misma población es un estanque, donde de las gotas que corren de la mano de los esclavos cuando riegan el pavimen-

to de la casa de seguida se crían sapos, como yo mismo he visto en alguna parte, que en verano aquellas gotas se convierten en pulgas.

Además, donde quiera que cavan palmo y medio brotan aguas insalubres todas y corrompidas por la naturaleza del río, que corre hacia el mar en medio de un valle profundo por álveo perezoso y encenagado; por este motivo tratan de cambiar de sitio. Á los primeros la necesidad les precisó á fijarse allí, pues se veían tan necesitados los que primero llegaron á aquellas tierras, que no se cuidaron de mudarse de sitio; y así, el dañino asiento del suelo les perjudica por los rayos solares: la condición más nociva de las aguas y del aire corrompido por las emanaciones palúdicas les pone malos. No tiene puerto aquel lugar, que dista de las gargantas del golfo tres leguas, y es un camino arduo y áspero para llevar las provisiones desde el mar. Pasemos á otras cosas que suceden.

CAPÍTULO IV

SUMARIO : 1. Casos y cosas de Darién.— 2. Madera para naves.— 3. Arbol mortífero.—4. Varios exploradores.

TAN pronto como llegaron les acontecieron muchas cosas desconocidas hasta el presente. A cierto médico eximio de Sevilla [1], á quien la autoridad del Prelado, y juntamente la codicia del oro, le indujeron á dejar la vida tranquila de su patria, cuando estaba durmiendo con su mujer le buscó la fuerza del rayo, y se le quemó la casa con todos los muebles: atónitos marido y mujer, casi des-

---

[1] Es el doctor Chanca, que escribió el segundo viaje de Colón.

nudos y medio quemados, apenas escaparon. Estando en la playa, un cocodrilo grande cogió á un mastín de año y medio, y, como un milano suele hacerlo con un pollito, á la vista de todos se llevó al pobre perro, que pedía auxilio al amo con grandes alaridos. Por la noche se veían atormentados por las mordeduras de los murciélagos; si por casualidad mordían á uno dormido, sacándole la sangre, le ponían en peligro de muerte, y se sabe que algunos murieron de eso. Si por la noche los murciélagos cogen al raso gallo ó gallina, picándoles en la cresta los matan.

Cuentan que la tierra aquella está infestada de cocodrilos, leones y tigres, pero que ya se han inventado trampas con que cogen muchos. Escriben que han hallado en las casas de los compañeros pieles de tigres y leones que mataron. Dicen que los bueyes, cerdos y caballos crecen demasiado y se hacen más grandes que sus padres por la fertilidad del suelo. Del grandor de

los árboles, de varios frutos de la tierra, de las hortalizas y de todas nuestras siembras, de los ciervos y bestias cuadrúpedas, así como de varios géneros de aves y peces, refieren lo mismo que otras veces he escrito.

2. Al reyezuelo Careta, príncipe de la región Coiba, le tuvieron de huésped tres días, y lo despidieron maravillado de nuestros instrumentos armónicos, de los jaeces de los caballos y demás cosas peregrinas para él, y con muchos regalos. Éste dijo á los nuestros que se crían en la provincia unos árboles que, haciendo las naves con sus tablas, están libres de los gusanos marinos roedores, pues esta plaga es terrible para nuestras naves en aquellos puertos. Dice que la madera aquella es tan amarga que se abstienen de gustarla.

3. Hay otro árbol, peculiar de aquella tierra, cuyas hojas, si toca un cuerpo desnudo, levantan grandes cardenales y, si no se cura con agua de mar ó con saliva de l

mañana, al punto con su veneno causan dolores mortales. También se cría este árbol en la Española: dicen que también es mortífero su olor, y que no se puede llevar su madera á ninguna parte sin peligro de la vida. Habiendo intentado los isleños de la Española quitarse de encima el yugo de tanta servidumbre, y no habiendo cesado de procurarlo en guerra abierta ó con asechanzas, se halló que quisieron matar con esa madera á los principales, fumigándolos cuando durmieran de noche; pero, extrañando los cristianos la novedad de encontrarse con esa madera, les obligaron á los desdichados á confesar la trampa, y los autores del intento lo pagaron. Tienen los mismos un género de hierba, con cuyo olor se proporcionan el remedio contra el veneno de aquel árbol para poderlo llevar sin novedad. De estas pequeñeces basta ya.

4. De las islas del mar austral esperan tener mucha más riqueza. Pues Pedro Arias (cuando salió de

allá el que me ha traído las cartas) estaba preparando una expedición á la isla que se levanta en medio del golfo que los nuestros llaman de San Miguel, á la que no tocó Vasco porque en aquel tiempo estaba alborotado el mar, de la cual isla bastante dije tratando del paso de Vasco al Sur. Esperamos cada día cosas mayores que las pasadas, pues se han tomado otras muchas provincias que juzgamos no han de ser inútiles, ni poco de admirar. Aquel Juan Díaz Solís, de Nebrija, de quien alguna vez hemos hecho mención, ha sido enviado por la frente aquella de San Agustín, que pasa siete grados de la línea equinoccial y pertenece á los portugueses, para que recorra con naves nuestras el lado austral, á espaldas de Paria, Cumana, Cuchibacoa y los puertos de Cartagena y Santa Marta, el Darién y Veragua, á fin de que se tengan más claras y abundantes noticias de aquellas regiones.

También ha sido enviado otro

capitán de tres naves, Juan Ponce, á que tale las tierras de los caribes y reduzca á servidumbre á aquellos feroces devoradores de hombres, á fin de que las islas adyacentes de gente pacífica queden por fin libres de semejante peste, y al mismo tiempo se puedan explorar los productos de aquellas islas y sus secretos. Han sido enviados asimismo otros por diferentes derroteros: Gaspar Badajoz, para que recorra el Occidente; Francisco Becerra, para que vaya por la punta de la misma bahía, y Vallejo para que por sus gargantas pase á la orilla occidental de ella á explorar los secretos de aquella tierra, donde poco ha había comenzado á establecerse Hojeda con mala estrella, edificando un fuerte y un pueblo.

Primero salió Badajoz con ochenta soldados recogidos de Darién: siguióle con cincuenta Luis Mercado; á Becerra le señalaron ochenta, y á Vallejo setenta. Si tomarán puertos seguros ó darán con estaciones de poca confianza, sábelo la

providencia del Sumo Artífice de las cosas; pero nosotros los hombres nos contentamos con la noticia de los sucesos después que han acaecido. Pasemos á otras cosas.

LIBRO VII

CAPÍTULO PRIMERO

SUMARIO: 1. Noticias frescas.—2. Descripción de la Española: sus primeros pobladores: su primera casa.—3. Sus nombres primitivos.

APENAS había salido de casa Pedro Arias, Gobernador del creído continente, que llegó al Darién con muchos agregados, cuando supe que había venido á la corte, por causa de negocios, cierto Andrés Morales, piloto de las naves que recorren aquellas costas, el cual investigó con diligente solicitud, ya las costas del creído continente, ya los derroteros de las islas adyacentes, ya todo lo interior

de la Española. Le dió el encargo de explorar la Española á este hombre fray Nicolás Ovando, Comendador mayor de la milicia de Alcántara y Gobernador de la Española, porque era de distinguido ingenio y más apto que los demás para hacer esa exploración. Sobre estas cosas el tal Andrés formó indicadores y tablas excelentes, á que dan fe los demás que conocen la materia. Este se me presentó como suelen hacerlo los demás que vuelven del océano. Vamos á tratar las cosas hasta ahora ignoradas, que él y otros varios me han enseñado.

2. Sea la descripción particular de la Española lo que vaya al frente de esta narración, ya que es la cabeza y emporio de toda la liberalidad del océano, y que tiene mil y mil ninfas, nereidas hermosas, engalanadas y ricas, que, como á otra Tetis, señora y madre, la rodean y adornan decentemente. De las mismas nereidas, esto es, islas que la rodean, diremos algo después, y vendrá al fin la isla Margarita, que

los nuestros llamaron Rica, y cae en el golfo del mar austral de San Miguel, ya recorrida (que al presente nos ha dado cosas maravillosas y las promete mayores para lo sucesivo) con sus brazaletes, collares y coronas de blancas perlas, dignas de Cleópatra, de cuyas conchas será bien decir algo al fin de la narración.

Vengamos ya á la elísea Española, y comencemos por el nombre que primero se le puso; después hablaremos de su figura y de su benigno clima; finalmente, discurriremos de su división. Desde la isla Matininó, que se nombró en la primera Década (con acento en la última sílaba, como Vuestra Santidad lo echará de ver por la vírgula puesta encima en todos sus vocablos, para que no se haya de repetir tantas veces dónde se ha de cargar el acento de los nuevos vocablos), dicen éstos que pasaron, llevados en sus canoas monoxilas, digo, lanchas de un madero, los primeros habitadores arrojados de su patria por

los partidarios de la facción contraria, como se lee que salió de Corytho Dárdano, y de Creta Teacro, para el Asia, y luego se llamó sólo Troyano, y los de Tiro y de Sidón arribaron á Libia guiando la flota la fabulosa Dido. Desterrados, pues, los de Matininó de sus propios lares, fijaron su asiento en la Española y en la parte de la isla que se llama Chaonao, á la orilla del río llamado Bahaboni, como pasa en los principios de Roma con el troyano Eneas, llevado á Italia, al lacio Tíber.

Dentro de la desembocadura del río Bahaboni hay una isla donde se dice que levantaron la primera casa los inmigrantes, y la llamaron Camotella. Poco después consagraron aquella casa, y siempre la veneraron reverentemente hasta la venida de los nuestros, y la saludaban con perpetuos dones como nosotros á Jerusalén, principio de nuestra religión, los mahometanos á la Meca y los antiguos habitantes de las islas Afortunadas en la Gran Canaria á Tyrma, edificada sobre alta roca,

desde la cual muchos, alegres y cantando, se tiraban abajo persuadidos por sus sacrificadorcillos de que las almas de los que se arrojaban desde allí por amor de Tyrma eran felices y llevadas á las delicias eternas. Los debeladores de las islas Afortunadas encontraron que se conservaba eso hasta nuestros tiempos, y aún no se ha borrado del lenguaje común la memoria de los sacrificios, y la roca conserva su nombre.

También he sabido poco ha que en esas mismas islas, del francés Betancor, primer cultivador de las Afortunadas con permiso obtenido de los Reyes de Castilla, como en otra parte dije, hay un partido betancorano que conserva todavía la lengua y las costumbres francesas á pesar de que los herederos de Betancor vendieron á caballeros de Castilla, como arriba lo mencionamos, las dos islas que habían sojuzgado. Sin embargo, los habitantes que habían seguido á Betancor, y se habían fabricado casas, y aumentado allí su familia, permanecieron y

viven felizmente junto con los españoles sin los fríos de Francia.

3. Volvamos á los de Matininó. Los nombres que los primeros habitantes pusieron á la Española, fueron primero Quizquella, después Haiti, y no sólo por voluntad de los que le pusieron el nombre, sino por el efecto que ellos creían. Llaman Quizquella á alguna cosa grande que no la haya mayor : Quizquella la interpretan grandeza, universo, todo, como los griegos su Pan, porque les pareció, en vista de su magnitud, que era el universo orbe de la tierra, y que el sol no calentaba cosa alguna fuera de aquella isla con las demás adyacentes; por eso resolvieron que debía llamarse Quizquella. Mas Haiti significa aspereza en su lengua antigua, y así llamaron á toda la isla Haiti, denominado el todo por la parte en virtud de la figura metonimia, por cuanto esta isla, en la mayor parte de los lugares, es horrorosa por el aspecto áspero de sus montañas y la negra espesura de sus bosques, y sus valles

medrosos y obscuros por la altura de las montañas, no obstante que en otras partes es muy amena.

CAPITULO II

Sumario: 1. Enseñanza tradicional de los indios. —2. Noticias geográficas de la Española.

Aquí, Beatísimo Padre, hemos de hacer una pequeña digresión. Se maravillará Vuestra Beatitud de cómo hombres sencillos conservan de los antepasados estos principios no teniendo, como no tienen, género alguno de letras. Hay entre ellos la eterna costumbre de que, principalmente en las casas de los caciques, los boicios ó sabios les instruyan de memoria los hijos en el conocimiento de las cosas. En esta enseñanza atienden principalmente á dos cosas: la una general, del origen y sucesión de las cosas; la otra particular, de las

hazañas que en guerra y en paz hicieron sus padres, sus abuelos, bisabuelos y todos sus ascendientes.

Ambas clases de preceptos las tienen compuestas en ritmos en su lengua, y les llaman *areitos,* y, como entre nosotros los citaristas, así ellos con atabales hechos á su modo cantan sus areitos y danzan al son del canto: al tambor le llaman *maguei.* También tienen areitos de amores, y otros lastimeros, otros bélicos, con sus respectivas sonatas acomodadas. También tienen danzas, en las cuales son más ágiles que los nuestros, porque en ninguna otra cosa ponen más cuidado, y como van desnudos no les estorba la ropa.

En areitos han recibido de sus antepasados el vaticinio de la llegada de los nuestros, con los cuales, gimiendo como si recitaran elegías, significan su ruina. Dicen que han de ir á su isla *maguacochíos,* esto es, hombres vestidos, armados de espadas, que partirán á un hombre de un tajo, y á cuyo yugo ha de quedar sometida su descenden-

cia. Y en verdad, no me causa maravilla que sus antepasados vaticinaran la servidumbre de sus hijos, si es verdad lo que refieren de sus espectros, de los cuales escribí con bastante extensión en el libro nono de mi Década primera (lo mismo que de los zemes, ó sea simulacros que adoraban de los espectros). Mas ahora confiesan que, quitados de en medio los zemes, ya no ha habido en ninguna parte más apariciones. Los nuestros lo atribuyen á la señal de la cruz con que todos se defienden, pues se han bautizado.

También tienen todos gran cuidado de conocer los confines y límites de los reinos, y este cuidado es común á los *mitainos*, es decir, á los nobles, que así los llaman; de suerte que son cosmógrafos no ineptos de su patria; el vulgo no se cuida de ninguna otra cosa más que de las sementeras y las cosechas. Son también muy diestros pescadores, porque todo el año y todos los días se sumergen en los ríos, y no menos viven en el agua que en la

tierra ; cuidan también de la caza, pues tienen dos clases de cuadrúpedos, como ya lo hemos dicho: las uthías, que son conejos pequeños, y las serpientes quanas, de que se habló bastante en la primera Década, y son semejantes á los cocodrilos, de ocho pies de largas, terrestres y de exquisito sabor. Aves se crían innumerables en todas las islas, como palomas, ánades, patos, garzas y abundancia de papagayos, tanta como entre nosotros la hay de gorriones. Cada régulo tiene á sus súbditos repartidos, éstos dedicados á la caza, aquéllos á la pesca, los otros á la agricultura.

2. Volvamos á los nombres. Dijimos que Quizquella y Haitin son nombres antiguos : también la mayor parte llamaron á toda la isla Cipanga por su región montuosa, rica de oro , como vemos que nues-
-os poetas á Italia la han llamado
acio alguna vez por una parte de
la ; así como los antiguos llama-
on Austonia y Hesperia á Italia,
sí éstos á su isla *Quizquella, Haitin*

y *Cipanga;* pero los nuestros primero la llamaron Isabela, por la reina Elisabeth, que el idioma español nombra Isabel, tomando el nombre de la primera colonia que levantaron en la costa septentrional de la isla, de la cual dije esto en la Década primera. Posteriormente la llaman, por el nombre de España en diminutivo, Hispaniola. De los nombres bastante hemos hablado : ahora de su figura.

Los primeros que recorrieron la isla, me la pintaron semejante á una hoja de castaño con su seno al Occidente, mirando á la isla de Cuba. Pero este piloto, Andrés Morales, me la ha traído dibujada de otro modo, aunque poco diferente; pues por ambos extremos, el oriental y el occidental, la pone comida de grandes senos, y que extiende muy á lo largo los cabos, y dentro del seno oriental coloca puertos anchos seguros. Procuraré que algún dí se le envíe á Vuestra Santidad est indicador particular de la Españc la, pues trae sus indicaciones de

mismo modo que Vuestra Santidad ha visto muchas veces, según pienso, España é Italia, cada una con sus altas montañas, ríos, ciudades y colonias.

Compararemos sin reparo, comparemos, Beatísimo Padre, la Española con Italia, en otro tiempo reina del mundo, supuesto que, si medimos la cuantidad, la hallaremos poco menor, pues la Española se extiende de Oriente á Occidente, como pretenden los modernos, quinientas cuarenta millas. El Almirante dijimos en la primera Década que le daba más extensión; y de ancha, por algunas partes, tiene casi trescientas, si bien por otras es más estrecha, donde extiende sus cabos.

Pero Italia, Beatísimo Padre, es mucho más feliz, porque en su mayor parte es tan templada y amena que ni sufre el frío molesto, ni le aqueja el desmedido calor. La Española tiene ambos solsticios casi iguales á los equinoccios; pues apenas crece una hora sobre la noche

ni al revés, en el lado meridional; en el septentrional es otra cosa. Hay en ella muchas regiones en que á veces hace frío; pero Vuestra Beatitud entenderá que eso sucede por la disposición de las montañas á propósito, según abajo lo diremos con más extensión, pero no es un frío tan atroz que los habitantes sean nunca visitados por las nieves. Tiene, pues, esta dichosa isla perpetua primavera y perpetuo otoño: allí todo el año tienen hoja los árboles y están verdes los prados; todas las cosas prosperan allí admirablemente. Cuánto crecen las hortalizas en dieciséis días, las coles, lechugas, borrajas y otras verduras semejantes, y en treinta días las calabazas, melones, cohombros y cosas así, con bastante latitud se ha dicho en otra parte.

CAPÍTULO III

SUMARIO: 1. Fauna y flora de la Española.—2. Su cosmografía particular.

RESPECTO á los animales, dijimos que los bueyes llevados de España se hacen mucho más grandes; cuando hablan del crecimiento, comparan los bueyes á los elefantes, los puercos á las mulas, pero hiperbólicamente. También dijimos que las carnes de cerdo son sabrosas y saludables á causa de los mirobalanos y otras frutas del país que se crían solas y los cerdos las comen, como entre nosotros son las bellotas de haya, roble y encina. También las vides, si se las cuida, crecen con admirable fertilidad; y si á alguno se le

ocurrió alguna vez sembrar trigo en los montes, tiene que ser donde haga algún frío: en el llano de ninguna manera, por la demasiada grosura de los campos. Es cosa increíble. Afirman y hasta juran que la espiga es más recia que el brazo, que tiene más de un palmo de larga, y que cada una cría más de dos mil granos. Y dicen que es más saludable el pan de la isla, principalmente el de *yuca,* que llaman *cazabi,* porque es más fácil de digerir, y se siembra y cultiva con más facilidad y abundancia. El tiempo que les sobra lo dedican á recoger oro.

Hay tanta abundancia de tanta clase de cuadrúpedos, que ya se traen á España caballos, y cueros de bueyes y de ganado. Ya en muchas cosas la *hijita* socorre á su *madre.* De los árboles de brasil, de aromas, del color azul, almástiga, algodón, ámbar y otros muchos productos, ya dije bastante en otra parte.

¿Qué mayor dicha, Beatísimo Padre, puede haber en la tierra que

vivir donde pueda uno ver á cada paso y gozar de tantas y tan grandes cosas? ¿Qué mayor felicidad que pasar la vida donde no se vea uno obligado á encerrarse en estrechas habitaciones, con horroroso frío ó angustioso calor, ni tenga uno que cargar el cuerpo en invierno con pesados vestidos, ó estar quemándose las espinillas continuamente al fuego, que son cosas que envejecen á los hombres rápidamente y quebrantan las fuerzas y traen consigo mil clases de enfermedades? Dicen, además, que es saludable el aire, y saludables las aguas de los ríos : como que corren siempre sobre oro; pues no hay ningún río, ningunas montañas, ni llanura alguna que no tengan oro.

2. Vengamos por fin á la cosmografía particular interior de esta isla feliz. En otra parte he referido que la Española tiene cuatro ríos que desde altas montañas la dividen en partes casi iguales : el uno al Oriente, y se llama *Juna;* otro al Occidente, el *Atibunico ;* el tercero

al Mediodía, el *Haiba;* el cuarto al Norte, el *Yache*. Este piloto trae una nueva descripción que usaron eternamente los indígenas. Dividiremos toda la isla en cinco partes; después designaremos con los nombres antiguos las pequeñas regiones de cada provincia, y contaremos lo que sea digno de mención en cada una de ellas. El principio de la isla por el Oriente lo coge la provincia llamada *Caizcimú,* así dicha porque en su lengua *cimú* significa frente ó principio. Después la sigue Huhabo; luego *Caihabo;* la cuarta es *Bainoa;* el extremo occidental lo ocupa *Guaccayarima;* pero la penúltima, que es Bainoa, tiene más extensión que las tres precedentes. Caizcimú, desde la primera entrada de la isla, se extiende hasta el río que corre por la ciudad principal de Santo Domingo, y es el Hozama. Mas por el Septentrión termina en ásperas montañas, que, por lo horrorosas que son, se llaman particularmente Haití.

Huhabo está comprendida entre

las montañas Haití y el río Yáciga. Cayabo, que es la tercera, abarca todo lo que hay entre Cubaho y Dahacio hasta la desembocadura del río Yacha, uno de los cuatro que dividen la isla por igual, y sube hasta los montes Cibaos, que es donde más abunda el oro. En ellos nace el río de Maho, y corre por las fuentes del río Naiba, otro de los cuatro, al mar austral, á la otra orilla del río de Santo Domingo. Bainoa comienza en los confines de Cayabo hasta la isla Cahiní, que está casi contigua á la costa septentrional de la misma isla donde dijimos que se edificó la primera colonia. Lo demás hasta el Occidente, lo ocupa la provincia Guaccayarima. Y la llaman Guaccayarima porque es la parte extrema de la isla: ellos dicen marima al ano: la llaman el c... de la isla. *Gua* es entre ellos artículo, y hay pocos nombres, principalmente de reyes, que no comienzan por este artículo *gua*, como *Guarionex, Guacanaril,* y así también muchos nombres de lugares. En

Caizcimú están los regiones *Higuei, Guanamá, Reyré, Xagua, Aramaná, Arabo, Hazoa, Macorix, Cayacoa, Guayagua, Baguanimaho* y las ásperas montañas de *Haiti*.

CAPÍTULO IV

SUMARIO: 1. Pronunciación é idiomas de la Española. 2. Antro pavoroso.— 3. Lagos.

DIGAMOS aquí algo de la aspiración, que es diferente que entre los latinos. Se ha de advertir que en los vocablos de ellos no hay ninguna aspiración que no tenga el valor de letra consonante. Más aún: pronuncian más fuerte la aspiración que nosotros la efe consonante, y todo lo que lleva aspiración se ha de pronunciar con el mismo aliento que la efe, mas sin aplicar el labio inferior á los dientes de arriba, pero con la boca abierta. *Ha, he, hi, ho, hu,* y dando golpes en el pecho. Veo que los hebreos y los árabes pronuncian del

mismo modo sus aspiraciones. También advierto que lo hacen lo mismo los españoles en los vocablos que recibieron de los árabes, que por mucho tiempo ocuparon el territorio, pues retienen muchos, como almohada, que en latín es *pulvinar;* almohaza, que es *strigilis,* y muchos así que se pronuncian jadeando el pecho.

Me ha parecido bien contar estas cosas, porque entre los latinos el acento solo ó la aspiración las más de las veces cambian el significado: como *hora* por una parte del día, y *ora* por el plural de la palabra *os,* ú *ora* por región, como en

Troiae qui primus ab oris:

y cuanto al acento, cambiándolo es *occido* ú *óccido.* Así, en el idioma de esta gente sencilla se ha de tener mucho cuidado con los acentos, y hay que pronunciar la aspiración. Del acento hablamos arriba, y del artículo *gua.*

En la provincia Huhabo están las regiones *Xamaná, Canabacoa,*

Cuhabo, y otras muchas cuyo nombre no he aprendido aún. La provincia *Cayabo* tiene las regiones *Maguá* y *Cacacubana.* Los habitantes de esta región tienen idioma muy diferente de los otros de la Española, y les dicen *macoryxes.* Otra región es Cubaná, y su lengua diferente de las demás. La región Baioháigua tiene también idioma diverso. Otras regiones son *Dahabon, Cibaho, Manabaho. Cotoy* está en medio de la isla; corre por medio el río Nizao; los montes llamados Mahaitin, Hazuá, Neibaymao. En Bainoa las regiones son: Maguana, Yagohaiucho, Bauruco, Dabiagua, Attibuní (del nombre del río), Caunoa, Buiaicí, Dahabonicí, Maiaguariti, Atiei, Maccazina, Guahabba, Aniuici, Marién, Guaricco, Amagüei, Xaragua, Yaguana, Azzuei, Yacchi, Honorucco, Diaguo, Camaie, Neibaimao. En Guaccaiarima, la última provincia, están las regiones: Mauicarao, Guaagua, Taquenazabo, Nimaca, Baioa la pequeña, Cahaymí, Yamaizí,

Manabaxao, Zauana, Habacoa, Ayqueroa. Vengamos ahora á algunas particularidades de las mismas regiones.

2. En la provincia de Caizimú, dentro del ancho golfo del principio, hay una gran cueva en cóncava roca al pie de una montaña altísima, como á dos estadios del mar, cuya boca es semejante á la portada de un gran templo, de forma de herradura y grande.

Este piloto, por mandato del Gobernador, exploró la gruta con embarcaciones. Cuenta que por ocultos caminos confluyen á la cueva muchos ríos como á una sentina, y después dejó de admirarles adonde se dirigían las corrientes de muchos ríos, que viniendo de noventa millas son absorbidos y no aparecen más.

Forman ya juicio de que, engullidos por las gargantas de aquella montaña peñascosa, se dirigen á aquella cueva.

Entrando en ella el piloto, ca se lo tragó. Dice que hay allí herv deros y remolinos que luchan ent

sí, y muchas bocas abiertas. Como á una pelota agitaron para aquí y para allá por mucho rato á la navecilla, con horrendo estruendo, de un lado los remolinos, de otro los hervideros ; pesóle de haber entrado, y no sabía por dónde salir. Andaban ya á obscuras, ya por las tinieblas del mismo antro, que ocupan larguísimo trecho de la concavidad de la montaña, ya porque allí hay perpetuas nieblas de los vapores húmedos que produce el continuo choque de las aguas que entran. Él compara aquel estruendo á la caída del Nilo desde las montañas de los etiopes : se ensordecieron tanto, que no oían lo que se hablaban unos á otros. Por fin salió despavorido de la cueva como del tártaro, pareciéndole que había vuelto al cielo.

3. Como á sesenta millas de la ciudad principal de Santo Domin-·o hay casi enfrente unos cuantos ıltos que sobre su cima tienen un ›stanque inaccesible, que nunca le ıan visto los modernos por lo que-

brado de la montaña y porque no hay senda alguna. Finalmente, guiado el piloto por un cacique vecino, en cumplimiento del mandato del Gobernador, subió á la montaña y se dirigió al estanque. Dice que allí hace frío, y en prueba de ello encontraron aholvas y zarzas de moras, las cuales dos no aguantan región cálida. Las montañas se llaman Imizuí é Hybaháino.

La laguna tiene tres millas de circuito: sus aguas son dulces y crían varios peces. En ella desaguan muchos ríos y no tiene salida, que por todos lados la rodean las cimas de las montañas.

Discurramos ahora un poco de otro Caspio ó Hircano, quiero decir de un mar mediterráneo, con otros varios lagos vecinos de agua dulce.

LIBRO VIII

CAPÍTULO PRIMERO

SUMARIO: 1. Otros lagos de la Española. — 2. Portentoso pez domesticado.

La provincia de Bainoa, que es tres veces mayor que las tres primeras, es á saber, Caizimú, Uhabo y Caiabon, comprende el valle Caiouani, en el cual hay un lago salado, amargo y horrible, como se lee del Caspio, y por eso me propongo llamarle Caspio aunque no sea de la región hircana.

Tiene tragaderos, de los cuales brotan aguas marinas, y son absor-

bidas las que corren de las montañas. Piensan que son tan anchas y tan profundas sus cavernas que por ellas salen aún enormes peces de mar, y entre ellos uno que llaman tiburón, que de una dentellada parte por medio á un hombre y se lo traga. Los tiburones suben del mar Hozamam, el río de la ciudad principal, y despedazan á muchos de los habitantes, especialmente á los que no se abstienen de zambullirse todos los días en el río para lavarse.

Los ríos que desaguan en el estanque salado son: por el Septentrión, el Guaninicabón; por el Mediodía, el Xacoei; por el Oriente, el Guannabo; por el Occidente, Occoa. Dicen que son grandes estos ríos y perpetuos, y que entran en aquel Caspio otros veinte pequeños. Abundan también por el Septentrión, próximos al estanque como á un estadio, y un estadio ocupan alrededor más de doscientas fuentes de agua frescas en verano, dulces y potables; éstas forman un río que no es vadoso, y corre de cerca con los

demás hacia el estanque. Detengámonos aquí un poco.

2. El cacique de la región encontró á su mujer haciendo oración en la capilla que los cristianos levantaron en su territorio, y le pidió el débito; la mujer respondió que se debía tener consideración al lugar consagrado á Dios. Sus palabras fueron éstas: *Teitoca teitoca,* que significa: Estate quieto; *Técheta cynato guamechyna,* que significa: se irritará mucho el Señor. *Guamechyna* es Señor; *Técheta,* mucho; *cynato,* irritado. El marido dijo braceando: *Guaibbá,* esto es, vete; *Cynato machabuca guamechyna,* que se traduce: ¿Qué me importa á mí que Dios se irrite? é hizo violencia á su mujer. De repente se quedó mudo y medio manco. Arrepentido é impresionado por el milagro, mientras vivió llevó vida religiosa, y no permitió jamás que la capilla fuese barrida ni adornada por otra mano que la suya. Movidos de aquel milagro muchos, ya indígenas, ya cristianos, frecuentan la capilla con

muchísima piedad. Refieren que el cacique sobrellevó con suma paciencia y conformidad el castigo de su ofensa. Volvamos al Caspio.

Este lago salado se agita con tormentas y tempestades, de modo que muchas veces echa á pique las lanchas pescadoras y se las traga con la gente que llevan, y nunca se ha encontrado que un náufrago haya salido á la superficie ni sido arrojado á la playa, como sucede con los cadáveres que se anegan en el mar; esas tempestades son opíparos banquetes de los tiburones. Aquel Caspio se llama *Hagueygabon*. En medio hay una isla donde se recogen los pescadores: no está cultivada, y se llama Guarizacca; el lago tiene de longitud treinta mil pasos, de ancho doce millas, por otras partes quince.

En la misma llanura hay otro lago próximo á ése, de aguas medio dulces, medio saladas, que ni son del todo buenas para beber, ni del todo malas si la necesidad apretara. Su longitud es veinticinco mi-

llas, su latitud ocho, en algunas partes nueve y diez. Recibe muchos ríos, cuyas aguas son allí absorbidas, y no tiene salida. También del mar le brotan aguas, pero pocas: por eso está mezclado. En la misma provincia hay otro lago dulce que se llama Yainagua, hacia el Occidente, y dista poco del Caspio. El mismo tiene al lado septentrional otro estanque salado pero pequeño, de tres y cuatro millas en la latitud, de una y algo más en la longitud : éste es potable, y le llaman el pequeño Guaccaa.

Al Mediodía del mismo lago salado hay otro de tres millas en la longitud casi circular, llamado Babbareo, y es dulce como los dos anteriores. Este lago, porque no tiene salida ni tragaderos que se lo engullan, si se aumenta con los torrentes, envía al mar dulce las aguas que le sobran; está en la región de Xamaná, de la provincia Bainoa. Otro hay entre Oriente y Mediodía, al lado del Caspio: se llama Guanybám, de diez millas de

longitud: es casi redondo. Hay además esparcidos por la isla otros lagos pequeños que pasamos por alto, no sea que, deteniéndome mucho en una misma cosa, cause fastidio.

Acábese el discurso de los lagos con esta única cosa. En todos se cría gran abundancia de peces, y grande también de aves; todos ellos están en un valle amplísimo, que se extiende ciento veinte millas de Oriente á Occidente, y de ancho tiene dieciocho millas, donde es más estrecho; veinticinco donde es más ancho. Tiene montañas á los lados: mirando al Occidente, á la izquierda, Daiguani; á la derecha, las montañas llamadas Caiguani, por el nombre del propio valle.

Al pie de las montañas caiguanienses, en su lado septentrional, hay otro valle más largo y más ancho que el anterior, pues abraza cerca de doscientas millas su longitud; su anchura, donde mayor, es treinta; donde es menor, unas veinte; el valle se llama aquí Ma-

guana, allí Iguamu, en otra parte Hathathiei.

2. Supuesto que hemos venido á mencionar esta parte del valle que se llama Atiei, hemos de hacer una digresión sobre un portento inaudito de un pez marino. El cacique de esta región era aficionado á la pesca, y se llama Caramatex. En sus redes cayó un pez cachorro, del género de peces enormes, que los indígenas llaman *manati*. Me parece que esa clase de monstruos no se conoce por nuestros mares, pues es cuadrúpedo de forma de tortuga, pero provisto de escamas, no de concha, con una piel durísima, de modo que no teme á las flechas, armado de mil verrugas, con la espalda llana y la cabeza completamente de buey. Es pez acuático y terrestre, manso, perezoso; como el elefante y el delfín, es asociable con los hombres y de maravilloso sentido. El cacique crió algunos días en su casa al pez jovencito con pan del país, el que hacen de yuca y panizo, y con otras raíces

también que los hombres comen.

Siendo aún pequeño el pez, lo echó en un lago próximo á su casa como en un vivero; lago que también recibe las aguas y no les da salida, el cual se llama *guaurabo,* que después se llamó *manati*. El pez anduvo libre en el agua veinticinco años, y creció inmensamente. Lo que se cuenta de los delfines bayano y arioneo, no tiene que ver con los hechos de este pez. Le pusieron por nombre *matum*, que significa generoso ó noble; y cuando alguno de la familia del cacique, principalmente de los que el pez conocía, gritaba á la orilla de la laguna: *matum, matum,* esto es, generoso, generoso, acordándose del beneficio que le habían hecho los hombres, alzando la cabeza iba al que le llamaba, y le daban de comer á mano. Y si alguno hacía señales de querer pasar el lago al otro lado, tendiéndose invitaba á los que iban á pasar. Está averiguado que, en alguna ocasión, de una vez se subieron diez encima del

monstruo, y que á todos los pasó sin novedad, tañendo ellos y cantando.

Pero si al alzar la cabeza echaba de ver á algún cristiano, se zambullía y no quería salir; porque cierto joven cristiano, petulante, le había tratado mal, tirando una asta aguda al pez manso y doméstico; por más que no le hizo daño, por la dureza de su pellejo, que tiene verrugoso y áspero, sin embargo sintió la ofensa, y desde aquel día, si alguna vez le llamaban los conocidos, primero, con mucha diligencia, miraba alrededor si había alguno vestido á usanza de los cristianos.

Retózaba en la orilla con los camareros del cacique, y principalmente con un joven á quien él quería, con el cual había comido alguna vez en casa. Era más gracioso que un mono. Por mucho tiempo fué singular regocijo de toda la isla, pues todos los días concurría gran muchedumbre de indígenas y de cristianos á contemplar el portentoso monstruo. Dicen que son sabrosas las carnes de esa clase de

peces, y aquellos mares crían muchos; por fin se perdió el gracioso pez *matum*. El Atibunico, uno de los cuatro ríos que dividen la isla por igual, se lo llevó al mar en un aluvión inaudito, acompañado de horrorosos vendavales, al cual ellos llaman *furcano*. El Atibunico salió de madre de tal manera, que llenó todo el valle y se mezcló en todos los lagos; siguiendo, pues, la corriente del Atibunico el buen *matum*, el chistoso y sociable, cogió el antiguo cauce y las aguas natales, sin que se le haya vuelto á ver. Basta de digresión. Vengamos á la situación del valle.

CAPÍTULO II

SUMARIO: 1. Los valles de la Española.— 2. Otra división geográfica.— 3. Su despoblación.— 4. Su amenidad.

ESTE valle tiene á los lados las montañas del Cibao y las cayguanienses, que lo guían al mar austral. Al otro lado de las montañas del Cibao, por el Septentrión, hay otro valle que se llama el valle de Guarionex, porque el cacique de este nombre ha mandado en todo él por derecho hereditario desde sus abuelos, y otros antepasados desde tiempo inmemorial. De este cacique se habló mucho en las primeras narraciones de la isla y en mi Década primera.

Tiene el valle ochenta millas de largo de Oriente á Occidente, y de

ancho, del Mediodía á Septentrión, treinta donde estrecha, y cincuenta donde ensancha. Comienza en la región de Canabocoa, por las provincias de *Huhabo* y *Caiabo,* y termina en la provincia de *Bainoa* y en la región *Mariena*. Cae entre medias de las montañas del Cibao y las de *Cahonao* y *Cazacubuna*. No hay ninguna provincia, ninguna región que no sea insigne por sus majestuosas montañas, sus fértiles valles, amenos collados y abundancia de ríos que la bañan. No hay ningunas laderas de montes ó collados, ningunos ríos que no abunden en oro y de sabrosos pescados, exceptuando uno que desde su origen, desde sus fuentes de la montaña, nace salado y salado prosigue hasta su fin: llámase *Bahuan*, y corta la región Mauana, en la provincia de Bainoa. Piensan que este río se ha abierto camino por algunos conductos de yeso ó por salinas subterráneas. Hay en la isla salinas notables, de las cuales hablaremos adelante con más extensión.

2. Dijimos que la isla se divide por aquellos cuatro ríos en cinco provincias. Hay también otra división: consta toda la isla de cuatro cimas de montañas, que la dividen por mitad de Oriente á Occidente; todas ellas dan mucha agua, todas son feraces de oro. Todas las aguas de los ríos nacen de sus cavernas y bocas. Hay en ellas antros horrendos; hay también, á trechos, valles obscuros; hay rocas peñascosas. Jamás se ha encontrado en ella ningún animal dañino, ningún cuadrúpedo de rapiña, ni león, ni oso, ni tigres feroces, ni traidoras zorras, ni lobos voraces; todo es feliz, y más feliz ahora porque tantos millares de hombres han sido agregados, Beatísimo Padre, á las ovejas de vuestro rebaño, eliminando todos los zemes, simulacros de todos los demonios.

Si en el discurso de mi narración pitiere estas cosas alguna vez; si cuando en cuando hago una diresión para contar estas cosas, no me enoje Vuestra Santidad, Bea-

tísimo Padre. El entusiasmo de mi alegría cuando sigo, cuando veo, cuando escribo estas cosas, me agita cual cierto espíritu de Apolo y de las Sibilas, y me obliga á referir muchas veces lo mismo, principalmente cuando comprendo hasta dónde llega la amplitud de nuestra religión.

3. Pero en medio de estas mieses tan abundantes, hay una cosa que me angustia no poco. Estos hombres sencillos y desnudos, estaban acostumbrados á poco trabajo; muchos perecen de su inmensa fatiga en las minas, y se desesperan hasta el punto que muchos se quitan la vida y no cuidan de criar hijos. Cuentan que las madres embarazadas toman medicinas para abortar, viendo que han de parir esclavos de los cristianos. Aunque se ha decretado con real diploma que son libres, sin embargo, se les obliga á servir más de lo que le agrada á un hombre libr Se ha disminuído inmensamente número de aquellos infelices ; m chos cuentan que alguna vez se hi

censo de más de un millón y doscientos mil; cuántos sean ahora, me causa horror el decirlo. Dejemos esto á un lado.

4. Volvamos á las delicias de la maravillosa Española. En las montañas del Cíbero, que están situadas casi en medio de la isla, en la provincia de Cayabo, donde dijimos que hay el más rico criadero de oro nativo, está la región llamada Cotoy, sita en las nubes, circunvalada de altas cimas de montañas con muchos habitantes; consta de una planicie que tiene de larga veinticinco millas, y quince de ancha. Esa llanura domina á las cimas de las otras montañas, de modo que estos montes parecen ser los príncipes y padres de los demás. En aquella planicie se sienten las cuatro estaciones del año: primavera, verano, otoño é invierno. Aquí las hierbas se agostan; los árboles quedan sin hojas; los prados blanquean, lo cual hemos dicho que no sucede en los demás lugares de la isla, que sólo son visitados por la primavera y el otoño.

Aquella tierra cría helechos y ortigas, y zarzas con serpas que crían moras, cosas que prueban el frío que hace en aquella región. Y, sin embargo, es amena, y el frío no es horroroso; es decir, tal que agobie á los habitantes con su rigor ó con nieves. La feracidad de aquella región la prueban por los helechos, que dicen crían tallos más recios que una pica.

Las laderas de sus montañas son ricas de oro, pero no se va á cavarlo porque, á causa del frío, serían menester cavadores vestidos y acostumbrados á trabajar; pero los habitantes, que se contentan con poco, son flojos, y así no podrían de modo alguno sufrir el vivir á la intemperie en el invierno. Dos ríos bañan la región, que corren de las cimas de los montes que allí hay: el uno se llama Comoiayxa, que corre hacia el Occidente y pierde su nombre en el álveo del Naiba; el otro es e Tirecoto, que, corriendo hacia e Oriente, aumenta las aguas del rí Juna.

En la isla de Creta, cuando pasaba yo por allí hacia el Sultán, me contaron los venecianos que entre las cimas de los montes Ideos hay una región así, que es más feraz que las otras de la isla para la siembra de cereales; mas por cuanto, confiando en los estrechos caminos de las cumbres, aquellos cretenses se rebelaron en alguna ocasión, y por mucho tiempo defendieron con las armas el territorio en contra de la autoridad del Senado de Venecia; cuando al cabo de mucho tiempo, cansados ya de guerra, se entregaron, el Senado quiso que la región aquella quedara abandonada, cerrando las puertas de las estrechuras para que nadie subiera allá sin orden del Senado veneciano; pero aquel año, que fué el 1502, ya se daba permiso á los labradores de cultivar aquella región, pero no á los hombres de armas tomar.

CAPÍTULO III

Sumario : 1. Curiosa hipótesis sobre la formación de los filones. — 2. El oro que se traía. — 3. Salinas de piedra. — 4. Fuentes mezcladas.

Hay en la Española otra región con el mismo nombre Cotoy, la cual divide las provincias Uhabo y Cayabo. Tiene montes, y valles, y llanuras ; mas por ser estéril cuenta con pocos habitantes : allí está la mayor abundancia de oro, allí está el origen del oro. No se coge en terroncitos ni al menudo : en piedras porosas y entre las betas de las rocas se encuentra el oro sólido y puro : rompiendo las peñas se siguen los filones de oro.

Tienen averiguado que el filón de oro es un árbol vivo; por dondequiera que encuentra un camino, desde la raíz, por hendiduras abiertas y blandas, echa ramas hasta las crestas supremas de la montaña, y nunca se detiene hasta que logra el aire del cielo; y han advertido que allí, en viendo el fulgor del aire, forma como fruto agallas y grumos, que son lo que los aluviones diseminan por toda la isla, arrastrándolo á las partes hondas según la naturaleza de los graves ; pero son de parecer que no se cría donde le cogen, principalmente en sitio seco : en los ríos es otra cosa. La raíz del árbol de oro dicen que tiende al centro de la tierra y que allí crece , pues cuanto más profundo se cava tanto más gruesos encuentran los troncos si las hendiduras de la montaña lo permiten, y de las ramas cogen algunas más delgadas que un hilo, otras como los dedos, según son las hendiduras. También les ha sucedido dar con cuevecitas *(geodas)* llenas de

oro, aunque por los caminos de las ramas ascendentes, las cuales, una vez llenas de la substancia que va serpeando del tronco, la rama toma camino desde àbajo por dónde lo halla. Muchas veces se lo impide la dureza de la piedra; en las otras hendiduras se cría por el aliento y virtud de las raíces.

2. ¿Pues cuánto oro se trae?, preguntará Vuestra Santidad. Sólo de la Española se trae á España todos los años la suma de cuatrocientos mil, y á veces de quinientos mil ducados, se entiende que eso es del quinto que viene para el Real Fisco, ochenta mil, noventa mil y cien mil castellanos de oro y á veces más; lo que se espera de Cuba y de la isla de San Juan, que también son fecundas en oro, abajo lo diremos. Del oro basta ya.

3. Hablemos de la sal, con la cual condimentamos lo que se compra con el oro. En la región de la provincia de Bainoa, en las montañas de Dayabón, á doce millas del Caspio, laguna salada, tienen sal unas

montañas peñascosas más trasparentes que el cristal y más limpias. También hay salinas de esta clase que crecen admirablemente en Laletania, que se llama Cataluña, del capitán Cadona, principal magnate de aquella región; pero los que conocen unas y otras dicen que son mejores estas de Bainoa. Afirman que no es posible partirlas sin cuñas y clavos de hierro, pero yo mismo he experimentado que las de Laletania se quiebran fácilmente: comparan la dureza de éstas con la de la toba, y la de aquéllas con la del mármol.

4. En la provincia de Caizimú, en las regiones Iguanamá, Caiacoa y Guariágua, brotan unas fuentes de naturaleza maravillosa: en la superficie son dulces; las del medio, medio dulces, medio saladas; las de lo hondo, saladas y amargas. Piensan que las aguas saladas del mar manan suavemente, y que en la superficie entra agua dulce de los montes por las hendiduras del terreno; éstas se sumergen, y aqué-

llas suben arriba; pero no bastan para alterar las venas de aquéllas; el agua que hay en medio recibe unas y otras, y participa de ellas. Y si alguno se tiende en la orilla de alguna fuente y fija el oído, conoce que allí el terreno es tan cóncavo que resuena un jinete que venga á la distancia de tres millas, y uno que venga andando se oye desde una milla.

CAPÍTULO IV

SUMARIO: 1. Indios insociables.—2. Pez y resina.—3. Hojas de árbol para escribir.—4. Hierba mortífera.

En la última región del Occidente, que es Guaccaiarima, dicen que en el territorio de Zauana viven unos hombres que no tienen más que las cavernas de los montes y frutas silvestres, que jamás se han amansado ni tenido nunca trato con otros hombres, sin asiento fijo, sin sembrar ni cultivar nada, como se lee de la edad de oro; se dice que no tienen idioma cierto; alguna vez se les ve, pero no han podido dar con ninguno. Si alguna vez, poniéndose á la vista de hombres, conocen que alguno se

mueve hacia ellos, huyen como gamos. Se dice que corren más que los galgos.

Oid, Beatísimo Padre, lo que hizo con mucha gracia uno de estos solitarios. Tienen los nuestros unos predios á la orilla de espesas selvas y bosques; unos cristianos, por esparcimiento, visitaron las fincas en el mes de Septiembre del año 1514: de repente salió del bosque un hombre sin habla sonriéndose, tomó de junto á los cristianos un niño, hijo del amo de la posesión, habido de una isleña; huyó el solitario, y les hizo señas de que le siguieran. Muchos de los nuestros y de los insulares desnudos corrieron hacia el raptor, pero no le cogieron. Cuando el chusco solitario vió que los cristianos cesaban de perseguirle, dejó al chico en una encrucijada por donde andaban unos porquerizos que apacentaban cerdos. El porquerizo encontró al muchacho, y tomándolo en brazos se lo llevó á su padre, que estaba atormentado. El padre opinaba que el solitario

aquel era de linaje de los caribes, y ya lloraba á su hijo como devorado.

2. En la propia isla, en ciertos lugares marítimos, cogen en las rocas una pez más dura y más amarga que la resina, y que, por tanto, es á propósito para pintar las naves contra los gusanos roedores que llaman *broma*, de los cuales hemos hablado en otra parte. La isla cría resina de dos clases de árboles, que son: el pino, y otro llamado *copei*.

3. Nada digo del pino, porque se cría comúnmente en todas partes; hablemos del árbol copei. Poco de su resina y de su fruto, porque la resina no se coge de él de otra manera que del pino, aunque muchos dicen que se recoge por destilación quemando su madera. Su fruta es pequeña como ciruela, bastante buena de comer. De la hoja se oye como novedad un hermoso designio de la naturaleza. Debemos juzgar que este árbol es aquel en cuyas hojas los caldeos, primeros inventores de las letras, significa-

ban sus pensamientos á los ausentes antes de que se inventara el uso del papel: la hoja tiene un palmo de ancha y es casi redonda; los nuestros escriben en ella con una aguja ó cualquier puntero de hierro ó de madera tan bien como en el papel, según quieren.

Es cosa de risa lo que los nuestros les hacen creer á los isleños sobre la tal hoja: los buenos de aquellos hombres piensan que las hojas hablan al arbitrio de los nuestros. Desde la ciudad principal de Santo Domingo fué enviado un isleño á un amigo del remitente, que estaba distante en la colonia interior, con unas uthias asadas (ya dijimos que son conejos). En el camino, ya por hambre, ya por estímulos de la gula, el mensajero se comió tres uthias (no son más grandes que ratas). En una hoja el amigo contestó cuántas había recibido, y el amo dijo al criado: «¡Hola! ¿dónde está tu fidelidad, hijo? ¡Tanto pudo la gula que te comieras las uthias que te entregué!» Temblando el po-

brecito y maravillado, confesó su falta, pero preguntó al amo que por dónde lo había sabido.—«Mira: la hoja que me traes me lo está contando»; y le dijo la hora en que había llegado allá y la en que salió de vuelta.

Así se chancean de los ignorantes isleños, y éstos tienen á los nuestros como dioses, por cuyo imperio las hojas descubren lo que ellos pensaban ser secreto. Extendiéndose por la isla el rumor de que las hojas hablan al arbitrio de los nuestros, contiene á los insulares en la fidelidad de lo que se les encarga. En los dos lados de la hoja se puede escribir como en nuestro papel, y es más gruesa que un pergamino doblado y de admirable resistencia. Mientras está fresca, las letras resultan blancas en su verde; cuando se seca, se blanquea y endurece como una tabla de madera, pero las letras se ponen amarillentas. Mas no se echa á perder, aunque se moje; no pierde nunca los signos como no se queme.

Hay otro árbol llamado *xaguá,* de cuya fruta verde el jugo azul obscuro tiñe cuanto toca, pegándose tanto que con ninguna cosa que se lave se quita en menos de veinte días; cuando la fruta ha sazonado, el jugo pierde aquella virtud. La fruta se come y sabe bien.

4. También hay una hierba cuyo sahumerio mata, como dijimos del árbol. Algunos caciques se concertaron para matar á los nuestros; y, no atreviéndose á realizarlo violentamente al descubierto, determinaron colocar dentro de cierta casa muchos manojos de aquella hierba para después prenderle fuego á la casa, á fin de que, cuando los nuestros acudieran á extinguir el incendio, con aquel humo contrajeran una enfermedad mortal. Descubierto el plan, los autores del atentado pagaron su merecido.

Insertemos ahora, Beatísimo Padre, varias cosas fuera del orden, ya que Vuestra Santidad escribe que le agrada todo lo que se le refiere acerca de las nuevas regiones.

De la siembra, cultivo y uso del maíz, los *ages* y la *yuca*, las batatas y todas las raíces que se comen, harto hemos dicho hasta aquí; pero de dónde han provenido para aprovechamiento de los hombres, no lo hemos explicado aún. Vamos á referirlo.

LIBRO IX

CAPÍTULO PRIMERO

SUMARIO: 1. Aprovechamiento primitivo de las raíces alimenticias.—2. Sus especies.—3. Quejas literarias.

CUENTAN que los primeros habitantes vivieron contentándose por mucho tiempo con estas raíces, como de palmas, de magüeyos, que es una hierba semejante á la puntera ó *aizoon,* que el vulgo llama siempreviva. Estas raíces de guayegas son redondas como las criadillas de tierra y mayores. También comían guayeros, que son como pastinacas, y ciba-

yos, que son como nueces; los cibayoes, como cebollas; los macoanes también como cebollas, y otras muchas raíces.

Cuentan ellos que un boicio, es decir, un sabio anciano, tras luengos años, vió en la orilla del río un arbusto semejante á la cañaheja, y que, arrancando la raíz, de silvestre la hizo de huerto, y que los primeros que comían cruda la yuca se morían de seguida. Como tenían gusto agradable, determinaron hacer experimentos varios y constantes sobre su uso. Asada y cocida era menos nociva. Por fin vinieron en conocimiento del veneno oculto en el jugo, y de aquella manera, secándola, condimentándola y haciéndola cazabi, da un pan más sano que el de trigo para los estómagos humanos, porque se digiere mejor.

Otro tanto refieren de las demás raíces y del maíz que escogieron entre las semillas naturales; al modo que leemos que Ceres escogió en Egipto el trigo y la cebada y otros

cereales semejantes de que disfruta el humano linaje, de entre los granos arrastrados en las crecidas del Nilo con el limo de las montañas etiópicas y abandonados en la llanura, y que, retirándose el Nilo á su álveo, los puso en cultivo, por lo cual la antigüedad juzgó á Ceres digna de honores divinos por haber cultivado las semillas escogidas.

2. Hay innumerables especies de *ages*. La variedad se conoce por las hojas y las flores. Una de sus especies se llama *guanaguax;* ésta es blanca por dentro y por fuera; otra *guaraguey*, que tiene por fuera color morado y blanco por dentro. A otros ages llaman *zazauellos*; éstos se enrojecen por de fuera y blanquean por dentro; á otros *squiuetes,* blancos por dentro y por fuera. La *tunna* es en todas partes morada; la *hobos* tiene amarillenta la piel y la carne. ay otra llamada *atibunieix*, de el morada y carne blanca; la *aniamar* es morada en el pellejo y ancuzca por dentro; la *guacca-*

racca blanquea en la piel y tira á morado en la carne.

3. Hay otras muchas que no nos han traído hasta ahora, cuya relación sé que excitará mucho á los envidiosos, los cuales, si algún día llegan á sus manos mis escritos, se reirán de que haya yo escrito mil menudencias á un personaje altísimamente ocupado, á Vuestra Santidad, que tiene sobre sus hombros el peso de todo el orbe cristiano. Quisiera yo que me dijeran los envidiosos si por ventura Plinio y los demás sabios insignes, cuando dirigían á los potentados cosas como éstas y diferentes de éstas, se propusieron ser útiles solamente á los príncipes con quien trataban. Con las cosas ilustres mezclaban otras obscuras, pequeñas con las grandes, menudas con las gordas, á fin de que la posteridad, con motivo de las cosas principales, disfrutar del conocimiento de todas, y lo que atendían á asuntos particulares y gustaban de novedades, pudieran conocer regiones y coma

cas particulares, y los productos de las tierras, y las costumbres de los pueblos, y la naturaleza de las cosas. Se reirán, pues, del cuidado que pongo; yo me reiré, no ya de su necedad, de su abandono, de su desidia, sino de su perniciosa listura, y tendré lástima de lo que sufren sus corazones, y los recomendaré á las culebras, manjar de los envidiosos.

Si es verdad lo que de Vuestra Santidad me han contado Galeazzo Butrigario y Juan Ruffo, hoy arzobispo de Cosenza, Nuncios de la Sede Apostólica, no dudaré que le han de agradar todas estas cosas, y juzgo que no desechará el ropaje desaliñado con que he cubierto, no adornado, cosas admirables; las he recogido, no las he descrito. Debe creerse que he hecho bastante con haber puesto cuidado, por causa de Vuestra Santidad, para que no se perdieran. Tome de aquí cada uno lo que le acomode. Del buey ó del cabrón que parten los carniceros por la tarde no queda nada, porque

éste quiere hombro, aquél quiere muslo, el otro cuello, y no falta á quien le agraden las hijadas y las canillas. Bastante he divagado ya con eso de la envidia rabiosa.

CAPÍTULO II

SUMARIO: 1. Cómo ponían nombres á los recién nacidos.— 2. Su modo de testar.— 3. Sus matrimonios y crueles entierros de esposas vivas.— 4. Lluvias y riegos.

DIGAMOS algo de cómo los caciques saludan á los hijos que les nacen, y cómo asemejan el fin de la vida al principio, y por qué cada cacique lleva muchos nombres. Cuando le nace prole á algún reyezuelo, concurren los comarcanos y entran en la habitación de la reina. Éste saluda á la criatura con un nombre, aquél con otro. «Salve, lámpara brillante», dice uno: «reluciente», aquél: «donador de los enemigos», otro: quién «nieto de un héroe esforzado»: quién «más brillante que el oro», y otras

muchas sandeces. Por eso, al modo que entre los romanos cada uno se llamaba Adiabénico, Pártico, Arménico, Dácico, Germánico, según los títulos de sus padres ó antepasados, así éstos por los que les ponen los caciques, como Beuchío Anacauchoa, señor de la región de Xaragua, del cual y de su discreta hermana Anacaona se habló extensamente en la Década primera. Estos nombres tenía Tureigua Hóbin, que significa rey resplandeciente como el latón: otro solamente *Starei,* ó sea reluciente: otro *Huiho,* que es altura: otro *Duiheyniquen,* que significa rico río. Con todos estos nombres y otros cuarenta se da tono Beuchío siempre que tiene que mandar alguna cosa ó promulgarla por medio de pregoneros. Y si alguno de éstos, por descuido ó negligencia, omite un nombre, el cacique creería que se le había hecho el mayor insulto. Y lo mismo pasa con los demás.

2. Veamos lo fatuos que son en materia de testamentos. Dejan he-

redero del reino al primogénito de la hermana mayor, si lo hay; si no, al de la segunda; y si ésta no tiene prole, al de la tercera, porque hay certidumbre de que aquélla es prole nacida de su sangre; pero á los hijos de sus esposas los tienen por ilegítimos. Si no los hay de sus hermanas, lo dejan á sus hermanos, y á falta de éstos, entonces á los hijos. Si no tienen hijos, encomiendan el reino al que se reputa más poderoso en toda la isla para que defienda á sus súbditos de los antiguos enemigos.

3. Toman cuantas esposas les acomoda. Las más queridas de entre ellas consienten en ser enterradas con el cacique. Anacaona, la hermana de Beuchío, rey de Xaragua, que se reputaba entre los más egregios vates para componer los areitos ó ritmos, mandó que la más hermosa de las esposas y concubinas de su hermano, llamada *Guanahattabenechena*, con dos compañeras, fuera enterrada viva con el esposo. Ella había dispuesto que

fueran más, si no lo hubieran impedido con sus súplicas unos frailes calzados de San Francisco, que por casualidad se hallaban allí. De esta *Guanahattabenechena* dicen que en toda la isla no había otra tan hermosa; enterró consigo sus alhajas y los adornos que le gustaban en vida. Á cada uno le ponen en la sepultura un jarro de agua y un pedazo de pan de cazabi.

4. En el reino de este cacique Beuchío, que es Xaragua, y en Hazua, que forma parte de la región de Cayabo, y en un valle excelente del lago salado y de otros dulces, así como en Yaquino, región de la provincia de Bainoa, llueve rara vez. En todas estas partes tienen antiguos fosos, por los cuales conducen las aguas por campos de riego con no menos idea que los habitantes de Cartagena y Murcia en la Espartaria, por lo poco frecuentes que son las lluvias. Mas la región Maguana separa á Bainoa de Cayabo, y á Zauana de Guaccayarima.

También los valles profundos se

ven molestados por lluvias más frecuentes que fuera menester. Asimismo, en los alrededores de la ciudad principal de Santo Domingo, por lo general tienen demasiada humedad: en lo demás llueve regular. Hay, pues, en la Española varia influencia de los elementos, como se lee de otras muchas regiones.

De las colonias en ella establecidas se dijo lo suficiente en la Década primera. Después han fundado pueblecillos: Puerto Plata, Puerto Real, Lares, Villanova, Azua, Salvatierra.

CAPÍTULO III

Sumario: Las islas del Norte: Cuba, Jamaica y Guadalupe.

Ahora consignemos algunas notas sobre las innumerables islas adyacentes (que hemos llamado Nereidas de inmensa Tethys, que forman su hermosa cabellera).

Comienzo por la más próxima, otra Aretusa ennoblecida, aunque por lo demás es inútil. Á seis millas de la costa de su Tethys hay una isla pequeña que los nuestros llamaron Dos Árboles dejando el nombre antiguo, porque tiene sólo dos árboles, cerca de los cuales brota una fuente que por ocultos

rezumaderos submarinos viene de la Española, como el Alpheo pasa de la Élide á Aretusa de Sicilia. Lo atestiguan las hojas de los hobos, esto es, myrobalanos, y de muchos árboles de la Española, que salen en la fuente sin que los haya en la isla. Tiene la fuente su origen del río Yiamiroa, de la región de Guaccayarima, que está próxima á la tierra Zauana. Pero es ésta de pesca: su circunferencia apenas llega á una milla. Nuestra Tethys tiene cual guardia de sus puertos por el Oriente, en derecho, la isla de San Juan, de la cual en otra parte hemos hablado mucho. Lleva oro, y en cuanto á la feracidad de su suelo, no es inferior á su madre, la Española. Ya se han llevado colonias á ella, y se piensa en explotar el oro.

Por el Occidente septentrional le guarda la espalda á Tethys *(la Española)* la gran Cuba, por mucho tiempo creída continente por su largura, pues es más larga que la misma Española. La corta por

medio el círculo de Cáncer; pero la Española y las demás que le guardan el costado meridional, están comprendidas casi en medio del espacio que hay del trópico al ecuador, dentro de la zona que muchos de los antiguos creyeron desierta por los ardores del sol. Se equivocaron en su opinión. En la isla de Cuba dicen que hay minas de oro más ricas que en la Española. Á la hora que estoy escribiendo, cuentan que hay recogidos en Cuba, para fundirlo, ciento ochenta mil castellanos de oro, gran muestra de opulencia.

Más al Sur que éstas está Jamaica, isla placentera y fértil; felicísima por la benignidad de su suelo, que no tiene más que un monte; aptísima para las siembras y áspera para los afanes de la guerra; no pueden abarcar en poco tiempo todo lo que tienen entre manos. Alguna vez Colón, el principal de todo esto, la comparó con Sicilia en lo grande. Los que la han examinado con más exactitud dicen

que es menor, aunque no mucho; acerca de su riqueza no niegan nada. Se cree que no tiene oro ni perlas: lo mismo pensaban de Cuba al principio.

La isla de Guadalupe, llamada antes Caraqueira, está cuatro grados más cerca del equinoccio que el lado austral de la Española. De circuito tiene ciento treinta y cinco millas, comida de dos ensenadas (como se lee de la Bretaña mayor y de la Calydonia, que ahora es Escocia), de modo que casi resultan dos islas: es notable por sus puertos. Hallaron que se cría allí la especie de goma que los farmacéuticos llaman eneldo blanco, que sirve para quitar con sus sahumerios la pesadez de cabeza, cuyo árbol produce un fruto de á palmo semejante á las cariotas. Abriéndolo, parece que contiene una harina dulce. Como entre nosotros se conservan para el invierno las castañas y otras cosas semejantes, así éstos guardan las cariotas de este árbol, que se parece á la higuera.

También tienen piñas de huerto y todos los demás alimentos naturales de que se ha tratado arriba con extensión. Y aun se cree que las otras islas obtuvieron de los habitantes de ésta las semillas de tantas frutas delicadas. Porque los caribes, vagando por todas las regiones comarcanas á caza de hombres, lo destrozaron todo; pero cuanto encontraron útil y extraño en cualquier parte, se lo llevaron consigo para sembrarlo. Son intratables: no admiten huéspedes; se necesita mucha fuerza para debelarlos. Uno y otro sexo son muy fuertes con sus flechas, y están envenenadas. Si á veces se marchan los hombres, las mujeres se defienden varonilmente de los que vayan allá. De aquí me parece que proviene la creencia de que hay en aquel océano islas habitadas sólo por mujeres, como me lo persuadió á mí el propio almirante Colón y lo digo en la pr mera Década.

Tiene esta isla montes y llan fértiles, y es insigne por sus río

Se cría miel en los árboles y en los huecos de los peñascos, como en Palma la de las Afortunadas, que cogen miel entre los espinos y zarzas.

CAPITULO IV

SUMARIO: 1. Las islas Galante, Todos Santos, Barbada, Montserrat, La Antigua.— 2. Altobello y sus tortugas. — 3. Transición.

AL Oriente de esta isla, que con nombre nuevo se llama Deseada, á dieciocho millas está la Elegante, comprendida en veinte mil pasos. Y á diez millas de la misma Guadalupe, hacia el Mediodía, está la Galante, llana, con treinta millas de circunferencia; por lo hermosa que es le llamaron Galante, porque la lengua española á los elegantes les llama galanes.

A nueve millas de Guadalupe hay seis pequeñas islas al Oriente, llamadas Todos Santos y Barbada.

Éstas están llenas de escollos y son estériles, pero los navegantes tienen que conocerlas. A treinta y cinco millas de esta isla de Guadalupe, por el Septentrión, está la isla llamada Montserrat: tiene de circuito cuarenta mil pasos, y es notable por un monte muy alto. La que se llama Antigua, á treinta mil pasos de Guadalupe, tiene de circuito unos cuarenta mil.

El propio almirante Diego Colón, hijo del primer descubridor, me ha contado á mí que su esposa, á quien dejó en la Española para venirse él á la corte, le ha escrito que entre las islas de los caníbales se ha encontrado una riquísima de oro: aun no han ido á ella.

2. Al lado izquierdo de la Española, por el Mediodía, hay próximo al puerto de Beata una isla llamada Altobello. De las bestias marinas de esta isla cuentan maravillas, y particularmente de las tortugas. Dicen que son mayores que un escudo grande de los puntiagudos; cuando están en celo y malhumoradas se

salen del mar, haciendo en la arena un hoyo profundo; dicen que ponen en él trescientos y cuatrocientos huevos. Cuando han vaciado ya su ovario, vuelven á echar tanta arena cuanta basta para cubrir los huevos, y sin cuidarse de la cría se vuelven á su pasto del mar. Pasados los días que la naturaleza ha señalado para procrear ese animal, pululan como de un hormiguero muchedumbre de tortugas, engendradas por el solo calor del sol sin ayuda de los padres; dicen que los huevos son casi tan grandes como los de ganso; la carne de la tortuga la comparan en el sabor con la de ternera.

Hay otras islas innumerables, que ni tienen bien trilladas, ni es menester que yo cierna esta harina tan por lo fino. Baste saber que tenemos preparados territorios inmensos que con el tiempo han de adoptar nuestra gente, nuestras lenguas costumbres y religión. Ni los teucros poblaron tan de repente el Asia ni los tirios la Libia, ni los grie

gos y fenicios á España. De las islas que guardan el costado septentrional de la Española, no hago mención; porque, aunque son á propósito para la pesca y cultivo, sin embargo, los nuestros las han abandonado por pobres.

No de la antigua Tetis la riqueza,
Ni de sus ninfas pálidas asombre;
Que en los mares australes tiene el hombre
Isla de perlas de sin par grandeza,
Rica en la realidad, rica en el nombre[1].

3. En el librito que en forma de carta envié el año pasado á Vuestra Beatitud por medio de un familiar mío, y que Vuestra Santidad leyó por sí mismo el día en que la Iglesia, á Vos encomendada, celebra la fiesta del Arcángel San Miguel, oyéndole la mayor parte de los Cardenales de la Sacra Sede Apostólica y su amada hermana, dijimos que Vasco Núñez de Balboa, capitán de los que salvaron las ásperas montañas hacia el Sur, tuvo

---

[1] *Jam valeant annosa Tethys nymphaeque madentes*
Ipsius comites : veniat coronata superbe,
Australis pelagi cultrix, re ac nomine dives.

noticia de que había á la vista de las costas una isla muy rica en margaritas de gran tamaño, cuyo cacique era poderoso y rico y derrotaba á los otros de la costa con frecuentes guerras, principalmente á Chiapes y á Tumaco. Allí escribí también que la isla se dejó sin tocar á causa de las furiosas tempestades que en tres meses del año agitan rabiosamente aquel mar austral. Ahora ya la hemos paseado; ya al cacique aquél, de ferocísimo que era, lo hemos hecho manso. Abrácelo Vuestra Santidad con todo su rico reino, supuesto que ha sido admitido á las aguas del bautismo. Quién fué el capitán por cuyos auspicios se hizo esto, y cómo se llevó á cabo, no será ajeno á mi propósito referirlo. Y así, oiga Vuestra Santidad con apacible aspecto y oídos benévolos el orden con que se realizó este suceso.

LIBRO X

CAPÍTULO PRIMERO

SUMARIO: 1. Al otro lado del istmo: la isla Rica.— 2. Perlas.— 3. Noticias de los grandes imperios.— 4. Cacique tributario de perlas.— 5. Valor de algunas.

HABIENDO llegado el gobernador Pedro Arias, fué encargado cierto Gaspar Morales de ir á la *isla Rica*. Se encaminó á las tierras de Chiapes, á quien otros llaman Chiapeyo, y de Tumaco, caciques del Sur, que Vasco había dejado amigos. Los nuestros fueron recibidos amorosa y magníficamente. Prepararon una armada para pasar á la isla. Llámanla isla Rica, y no Margarita,

aunque abunda en margaritas, porque antes pusieron el nombre de Margarita á otra que está próxima á la Boca del Dragón, en la región de Paria, y es también rica de perlas. Sesenta hombres armados llevó Gaspar á la isla; no pudo llevar más porque eran pequeñas las embarcaciones, que ellos llaman *culchas*.

El reyezuelo salió al encuentro de los nuestros en feroz y horrible actitud: su nombre no lo he sabido; se presentó amenazador, con gran acompañamiento de familiares suyos armados. Como señal de pelear comenzaron á gritar: *Guazzáguara,* y al mismo tiempo vibraron sus armas arrojadizas: éstos no pelean con arcos. *Guazzáguara* significa lucha enemiga, y tuvieron unos contra otros cuatro *guazzáguaras* ó ataques. Vencieron los nuestros, juntamente con los de Chiapes y Tumaco, enemigos de cacique de la isla, porque le atacaron de improviso. Él trataba de juntar otro ejército mayor; per

sus vecinos del litoral le persuadieron que no luchara más, haciéndole ver las calamidades y ruina de su floreciente reino con su ejemplo y el de otros, y exponiéndole que la amistad de los nuestros le daría gloria y provecho á él y á sus amigos; le recordaron lo que el año anterior les había pasado á Poncha, Pochorrosa, Cuarecua, Chiapes, Tumaco y á los demás que intentaron venir á las manos. Abandonó las armas el cacique, fué en busca de los nuestros y los llevó á su palacio. Cuentan que lo tiene maravillosamente adornado y verdaderamente regio. Apenas entrados los nuestros en la real morada, les regaló un canasto elaborado con sumo arte y lleno de margaritas.

2. La suma de perlas fué de ciento diez libras de á ocho onzas. Se puso muy contento con algunas cosas nuestras que le dieron, como sartas de cristal, espejos y cascabeles de latón, y por acaso alguna segur de hierro, que ellos estiman mucho más que montones de oro. Se

rían de los nuestros que dan por alguna suma de oro una cosa tan grande y tan útil, puesto que la segur sirve para muchos usos ventajosos al hombre, y el oro no aprovecha más que para lujo no necesario.

3. Alegre, pues, y contento de tener comercio con los nuestros, tomando de la mano al capitán y á los principales, los llevó á una torre alta del palacio, desde la cual se podía ver todo el mar, y volviendo los ojos alrededor les dijo: «Ved ahí abierto un mar sin fin, que el sol no le termina»; y primero extendió su diestra al Oriente, y volviendo después al Mediodía y al Occidente, indicaba que había territorios inmensos, de los cuales se veían las vastas moles de sus grandes montañas. Recogiéndose después más cerca, dijo: «Ved ahí, á derecha é izquierda, islas colaterales de este mi palacio y obedientes á mi imperio: todas son excelentes, todas dichosas, si vosotros dais este nombre á las tierras que abundan en oro y margaritas. De oro tenemos poca abun-

dancia, pero de perlas están llenas todas las costas profundas de todas las islas que veis. Os daré cuantas apetezcáis con tal perseveréis en la amistad que habéis pactado conmigo. Yo me gozaré y me deleitaré más en vuestros productos que no en las perlas, y así no dudéis de que yo me haya de apartar de vuestro trato.» Estas y otras muchas cosas semejantes trataron entre sí.

4. Queriendo ya los nuestros regresar de allí, pactaron que todos los años prepararía ochocientas onzas de perlas para dárselas al gran Rey de Castilla. Él acogió gustoso la petición, y no le dió gran importancia, ni pensó que con eso se había hecho tributario. Hay en la tierra de este cacique tal abundancia de ciervos y conejos, que desde su casa podían los nuestros cazar á flechazos cuantos querían; estuvieron allí opípara y abundantemente alimentados; aquella corte apenas dista del ecuador seis grados. Pan de raíz y de maíz, vino de semillas y fru-

tas, tiene lo mismo que Comogro y que los demás, así continentales como insulares.

Este cacique, Beatísimo Padre, se ha bautizado con toda su gente: se han agregado, pues, á vuestros rebaños estas ovejas con su pastor; por el nombre del Gobernador, quiso llamarse Pedro Arias; amistosamente se vieron y más amistosamente se separaron. Para que los nuestros volvieran al continente con más comodidad, les ayudó con las culchas de sus astilleros, esto es, con las canoas unilígneas fabricadas á usanza de los demás, y acompañó á los nuestros hasta la playa.

5. Las margaritas que obtuvieron se las repartieron entre sí, entregando la quinta parte á los magistrados regios; dicen que son maravillosamente preciosas. He aquí una muestra de cuánto se estiman las que se traen de la isla Rica. Trajeron muchas blancas y primorosamente adornadas, del tamaño de una avellana y algo más. Principalmente, héme acordado de una perla

que por mano de cierto Baltoldo de Milán, pariente mío, le compró á un mercader veneciano el Sumo Pontífice Paulo, predecesor de Vuestra Beatitud, en precio de cuarenta y cuatro mil ducados, pues entre las traídas de la isla fué la única que se halló del tamaño de una nuez mediana. Puesta á pública subasta, fué comprada en mil doscientos castellanos de oro entre los mismos darieneses; por fin cayó en poder del gobernador Pedro Arias, y su esposa, de la cual hicimos mención cuando marchó con su marido, la conserva con mucha estima. Se infiere que debe de ser necesariamente hermosa cuando tanto costó entre aquella abundancia de perlas, donde ya no se compran una á una, sino por libras, y cuando menos por onzas. Tampoco el mercader aquel veneciano compró muy cara en Oriente la de Paulo. Dió con estos tiempos perversos, y así no faltó un tragaperlas.

CAPITULO II

SUMARIO: 1. La cría de las perlas.—2. Origen de los caribes.—3. Primera noticia de reinos cultos.

DIGAMOS ahora algo acerca de las conchas. Sabe Vuestra Beatitud que Aristóteles y Plinio, que en esto le siguió, tuvieron varios pareceres acerca de cómo se crían las perlas. Éstos, pues, se fijan sólo en un punto sin consentir en nada de lo demás; no quieren confesar que andan por el mar, ni que no se mueven en ningún tiempo desde que nacieron. Pretenden ellos que en el fondo del mar hay prados que crían cierta planta de tomillo, y afirman que los han visto, y que allí se engendran *(las*

conchas), se alimentan y crecen, y que, conforme lo vemos en los ostreros, crían alrededor muchos hijos y nietos; y sostienen que las conchas no gustan del comercio con los perros de mar [1], y que no se contentan con una perla, ni con tres, ó cuando más con cuatro.

Ciento veinte perlas se encontraron en una concha en los predios del cacique de la isla, las cuales contaron con cuidado el mismo Gaspar Morales y sus compañeros de armas, pues tuvo gusto el cacique de que en presencia de los nuestros pescaran sus buzos. Comparan la matriz de la concha con el ovario de la gallina, donde se crían huevos innumerables, y dicen que así da á luz la concha. Encontraban unas perlas saliendo de los labios como maduras, y saliéndose ya del útero de la madre, que las echa fuera; otras siguiendo á aquéllas, como para soltarse ellas también

[1] Eso dice literalmente este obscuro pasaje, en le no se adivina, como otras veces, si alguna rata lo obscurece.

mediante corto intervalo. Advertían que las perlas estaban encerradas en medio del vientre, para que, alimentándose más pronto crecieran, cual hijo que chupa en el útero las ubres de su madre, antes de que la perla se mueva de los senos del útero; y si alguien vió alguna vez conchas envueltas en la arena de la playa, como yo mismo he visto otras en diversas orillas del mar océano, dicen que han sido arrastradas del fondo por las tempestades y que no han salido ellas queriendo.

Eso de que se ponen blancas con el limpio rocío de la mañana y amarillentas con el turbio; que se alegran cuando el cielo está sereno y se entorpecen cuando truena, y otras cosas semejantes, no se puede investigar perfectamente de hombres sin letras: es punto que requiere más fondo. Declaran, sin embargo, que las margaritas más grandes están más hondas, las medianas más arriba, y las mínimas en la superficie: pero en cuanto á la razón de ello, se equivocan. Sos-

tienen que esta razón no está en el animal perezoso y no desprendido, sino en la resolución, habilidad y respiración de los buzos, y que, por tanto, las más grandes no andan errantes, sino que se crían y se alimentan en lo más hondo, porque pocos buzos se atreven, y sólo raras veces, á sumergirse en lo profundo para cogerlas, ya por temor á los pólipos que andan entre las conchas á caza, como ávidos que son de su carne, ya por miedo de otros monstruos, ya también porque no les falte la respiración bajando largo trecho, y por eso á las conchas que habitan en lo profundo del mar se les deja crecer, y cuanto más grande es una y más años tiene, tanto mayores perlas dicen que se crían en su útero, que es más capaz; por eso cogen pocas de las más grandes.

Las perlas maduras que la concha expele en lo profundo se piensa que se las comen los peces, pues recientemente echadas se cree que son blandas. También se diferencian éstas de las mayores en el tím-

pano. Dicen que no es una perla que, haciéndose vieja, se adhiera á la concha, sino que es en la misma concha una verruga que, limada, se queda con una sola cara redonda y brillante, y que no es preciosa, como que no tiene naturaleza de perla, sino de concha: en español se llama tímpano. Declaran haber visto algunas conchas adheridas á las peñas, pero pocas é inútiles.

Es de creer que las conchas de la India, Arabia, del Eritreo y de Ceilán llevan el orden que escribieron hombres tan célebres, y no debe desecharse su parecer: como que por tan largo tiempo han andado tratando esto. Basta ya de estos animales marinos y de sus huevos, que por el lujo de los hombres se estiman neciamente más que los de gallina y de ganso. Mencionemos algunas cosas fuera de las marcadas.

2. Hemos descrito en otra parte con bastante extensión las gargantas del golfo de Uraba, y cómo las varias regiones que el propio mar

del golfo divide son muy diferentes entre sí. Acerca de las regiones occidentales donde fijaron su domicilio los nuestros, nada nuevo tengo que referir; pero de la parte oriental hace poco que he sabido lo que sigue. La región oriental del golfo dicen que desde la punta y el labio que se extienden mar adentro recibiendo las aguas del mar que vienen hasta la Boca del Dragón y Paria, toda la tierra aquella tiene el nombre común de Caribana, porque en todo aquel trecho se encuentran los caribes, así llamados de la región Caribana.

Pero hay que decir de dónde viene el origen particular de ellos, y cuál fué su suelo natal, que abandonándolo se propagaron tanto, cual enfermedad contagiosa.

En la primera frente que se entra en el mar, en cuyo trecho dijimos que tomó tierra Hojeda, hacia el ángulo, á nueve millas, está el pueblo de Caribana, llamado *Futeracá;* á tres millas de él cae el pueblo *Urabá,* del cual se cree que tomó

nombre todo el golfo, porque en algún tiempo fué cabeza del reino; á seis millas de ese pueblo está *Feti*, y á nueve millas de Feti, *Zerema;* á doce millas de él, *Soraché*. Estos pueblos los encontraron los nuestros llenos de gente que se dedica á la caza de hombres, y si les faltan enemigos con quien guerrear vuelven contra sí mismos su crueldad, y se destruyen ó se ponen en fuga. De ahí provino plaga tan grande sobre los miserables habitantes del continente y de las islas.

3. También he sabido ahora otra cosa que, á mi ver, no debe callarse. Cierto jurisperito llamado Corrales, Pretor urbano *(alcalde)* de los darienenses, dice que se encontró con un indio fugitivo de las grandes tierras occidentales de lo interior, que se había refugiado con un reyezuelo que encontró. Viendo él al Pretor leyendo, saltó lleno de admiración, y, mediante los intérpretes que entendían la lengua del cacique su huésped, dijo: « ¡Eh! ¿También vosotros tenéis libros?

¡Cómo! ¿También vosotros usáis de caracteres con los cuales os entendéis estando ausentes?» Pidió á la vez que le enseñaran el libro abierto, pensando que vería en él las letras de su país, y encontró que eran diferentes. Decía que las ciudades de su tierra están amuralladas, que sus conciudadanos van vestidos y se gobiernan por leyes. Pero cuál sea su religión no lo he sabido; mas esas noticias las dió el fugitivo, dejándolos pensativos y descuajados. ¿Qué decís á esto, Beatísimo Padre? ¿Qué presagia vuestra alma santísima, bajo cuyo trono se someterá todo esto con el tiempo? Ahora, con estas cosas grandes juntemos algunas pequeñas.

CAPÍTULO III

Sumario: 1. Expedición de Juan Solís.— 2. Idem de Juan Pontes. — 3. Idem de Juan Ayora.

Pienso que no se debe pasar en silencio lo que aconteció á Juan Solís, que con tres embarcaciones zarpó del puerto de Jopa, poco distante de Cádiz en el océano, el día 13 de Septiembre del año pasado, 1515, á explorar el lado austral del que se cree continente; y lo de Juan Pontes que dijimos fué elegido para debelar á los caribes ó caníbales antropófagos, comedores de carne humana; y lo de Juan Ayora; y lo del otro capitán, Gonzalo Badajoz; y del otro, Francisco Becarra; y de otro también, llamado Vallejo.

Solís tomó su cargo con desgracia: por el cabo ó frente de San Agustín, mil veces mencionado, pasó al lado meridional del que se cree continente al otro lado del círculo equinoccial, pues hemos dicho que el tal cabo toca al grado séptimo del antártico *(hemisferio)*. Anduvo seiscientas leguas, y encontró que el cabo de San Agustín se ensancha tanto hacia el Mediodía, al otro lado del equinoccial, que llegó más allá del grado treinta del antártico.

Ya navegaba á espaldas de la Cabeza del Dragón y de la castellana Paria, que caen al Aquilón y miran al ártico *(polo)*, cuando se encontró con los malvados y antropófagos caribes, de quien en otras partes hemos hablado latamente.

Éstos, cual astutas zorras, parecía que les hacían señales de paz, pero en su interior se lisonjeaban de un buen convite; y cuando vieron de lejos á los huéspedes, comenzaron á relamerse cual rufianes. Desembarcó el desdichado Solís con

tantos compañeros cuantos cabían en el bote de la nave mayor. Saltó entonces de su emboscada gran multitud de indígenas, y á palos les mataron á todos á la vista de sus compañeros; y apoderándose del bote, en un momento le hicieron pedazos: no escapó ninguno. Una vez muertos y cortados en trozos, en la misma playa, viendo sus compañeros el horrendo espectáculo desde el mar, los aderezaron para el festín; los demás, espantados de aquel atroz ejemplo, no se atrevieron á desembarcar, y pensaron en vengar á su capitán y compañeros, y abandonaron aquellas playas crueles.

Cargaron las naves de troncos coccíneos, que dijimos se llaman en italiano *verzino,* y *brasil* en español, clase de madera á propósito para pintar las lanas; los demás regresaron á su patria.

2. Estas cosas que escribo brevemente, me las han contado en cartas; qué otra cosa hayan hecho, alguna vez lo sabremos más par-

ticularmente. También Juan Pontes fué rechazado por los caribes en la isla de Guadalupe, que es la principal entre las de ellos; pues habiendo visto á los nuestros en alta mar, los caribes se ocultaron en sus emboscadas, desde donde pudieron verlos desembarcar. Echaron á tierra mujeres que lavaran, y algunos pocos infantes para restregar las camisas y ropa; como que desde la isla de Hierro de las Afortunadas hasta aquélla, en el espacio de cuatro mil doscientas millas, no habían visto tierra ninguna; en todo ese trecho el océano carece de islas en que pudieran tomar agua dulce. De improviso saltaron los caribes, cogieron á las mujeres y descompusieron á los infantes; temblando escaparon unos pocos. Aterrorizado Pontes, no se atrevió á atacar á los caribes, temiendo á las flechas envenenadas que estos desnudos cazadores de hombres, con muy certeros disparos, clavan dondequiera que ponen el ojo. De esta manera, sin hacer nada y sin los botes, el bue-

no de Pontes volvió la espalda á los caribes, á los cuales, bajo techado y en lugar seguro, jactanciosamente amenazaba con exterminarlos. Adónde se encaminara desde allí, ó qué otra cosa nueva encontrara, no lo he sabido aún. En las empresas que tomaron á su cargo, Solís perdió la vida y Pontes el honor.

3. Vamos ahora con otro que también en el mismo año se portó mal.

Juan Ayora, ciudadano de Córdoba, de noble linaje, enviado de Pretor, como en otra ocasión dijimos, más codicioso de oro que de hacer bien las cosas ó de merecer alabanza, aprovechando ocasión contra los caciques, despojó á muchos, y contra derecho y justicia les sacó oro y les trató cruelmente, según cuentan; de modo que, de amigos que eran, se han tornado enemigos encarnizados, y ya desesperadamente, dondequiera que pueden, con violencia ó con asechanzas matan á los nuestros.

Donde antes comerciaban en paz

y á gusto de los caciques, ahora hay que andar en guerra; recogiendo de este modo muchos pesos de oro, según dicen, huyó tomando furtivamente una nave, según fama pública, y hasta la hora en que esto escribo no se sabe adónde fué. No falta quien piense que en su fuga consintió el mismo gobernador Pedro Arias, porque este Juan Ayora es hermano del historiador regio Gonzalo Ayora, hombre erudito y perito en asuntos militares, y tan amigo del Gobernador que casi se les puede contar entre las pocas parejas de amigos. Con los dos tengo yo lazos íntimos, pero perdónenme uno y otro; entre todas las agitaciones oceánicas nada me ha disgustado tanto como la avaricia de ese hombre, que de tal manera alteró los ánimos tranquilos de los caciques.

CAPITULO IV

Sumario: 1. Expedición de Gonzalo de Badajoz.—2. Esclavos marcados de Yuana.—3. Otros caeiques.

Pasemos del caso trágico de Gonzalo Badajoz, que tras prósperos comienzos tuvo funestos remates. En el mes de Marzo del año pasado, 1515, salió Gonzalo de Darién con ochenta hombres armados: tomó rumbo derecho al Occidente, y no se detuvo en parte alguna hasta que llegó á la que tenemos dicho que los nuestros apellidaron *Gracia de Dios,* la cual dista de Darién unos ciento ochenta mil pasos: sesenta leguas dicen. Pasó allí algunos días sin hacer nada, porque ni con ruegos, ni con amenazas, ni con recompen-

sas pudo conseguir que se le presentara, como él anhelaba, el cacique del país.

Mientras así holgaba, acudieron allí otros cincuenta hombres enviados de Darién al mando de Luis Mercado, que había salido de allá el 1.° de Mayo para que exploraran juntamente lo interior de aquel territorio. Allí convinieron, habido consejo, cruzar las montañas hacia Mediodía en demanda del mar austral, ya descubierto. Es maravilla que en tan enormes longitudes encontraran que había sólo cincuenta y una millas hasta el mar austral: diecisiete leguas dicen ellos. Los españoles nunca cuentan por millas, y la legua dicen que consta de tres millas: digo en tierra, que en mar dicen que cuatro.

2. En la cima de las montañas y en sus aguas vertientes encontraron un cacique llamado Yuana. También el reino de éste se llama Coiba, como lo dijimos de Careta; mas por cuanto la región de Yuana es más fértil en oro, dieron en llamarla

Coiba la rica; como que donde quiera que cavaban, ya en seco, ya en los álveos de los arroyos, sacaban arena mezclada con oro. Al acercarse los nuestros huyó Yuana, y nunca se le pudo hacer venir. Devastaron todos los alrededores de su corte; pero hallaron poco oro, porque se había llevado consigo todos sus muebles. Lo que encontraron allí fueron esclavos señalados con crueles marcas. Con punzones hechos de hueso ó de espina les hacen á los esclavos agujeros en la cara, y de seguida se los polvorean con cierta clase de polvo, y se los untan con un jugo negro ó rojo, y es tan tenaz aquella materia que jamás en ningún tiempo se borra; se llevaron consigo á los esclavos. Cuentan que la acritud de aquel jugo da tanto tormento que, por el excesivo dolor, no pueden los esclavos comer durante algunos días. Se sirven de los esclavos los caciques que los prenden, y también nuestra gente, para buscar el oro y cuidar de los sembrados.

3. Siguiendo el curso de las aguas desde la corte de Yuana hacia el Sur diez millas, entraron en la jurisdicción de otro cacique, al cual los nuestros le llamaron el Viejo, porque lo era, sin cuidarse de su nombre antiguo; también en el reino de este cacique se encontraba el oro por doquiera, así en los ríos como en lo seco, y tenía ríos muy notables y tierra feraz y amena.

Marchándose de allí, encontraron tierra desierta en trecho de cinco días; opinan que aquellos campos han quedado despoblados por los odios intestinos, dado que son en su mayor parte fértiles, y no tienen cultivos ni habitantes. El quinto día vieron á dos indígenas que venían cargados, de lejos y cruzando. Se fueron hacia ellos, y los cogieron; llevaban al hombro sacos llenos de pan de maíz. De ellos supieron que había por allí dos caciques: uno en a costa, llamado *Periqueté*, otro en el continente, que era ciego, y le llamaba *Totonogá*. Aquellos dos hombres eran pescadores: su ré-

gulo Totonogá los había enviado á Periqueté con fardos de pescado, y á cambio de él traían el pan, pues comercian cambiando sus productos, no con el mortífero dinero.

Tomando por guía aquellos dos, se encaminaron á la residencia de Totonogá, cacique litoral del mar austral, al lado occidental de San Miguel. De este cacique obtuvieron seis mil castellanos de oro, ya en bruto, ya artísticamente elaborado. Entre aquellas rudas pepitas hallaron una que pesaba dos castellanos, lo cual demuestra la abundancia de oro. Prosiguiendo por la misma costa hacia el Occidente, fueron á la residencia de un cacique llamado Taracarú, del cual obtuvieron ocho mil pesos. Ya tenemos dicho que se llama *peso* la cantidad de un castellano sin acuñar. Después pasaron á la jurisdicción de un hermano de este cacique que se llamaba *Pananomé,* el cual se escapó y no se le ha vuelto á ver más. Aseguran que su región es rica de oro; devastaron su corte.

A seis leguas de allí se fueron á otro que se llamaba *Tabor*, y de éste al cacique Cherú. Éste recibió á los nuestros en son de amistad, y de su propia voluntad les dió cuatro mil pesos. Este Cherú posee salinas excelentes, y su terreno abunda en oro.

Doce millas más allá fueron á otro cacique llamado Anatá, de quien obtuvieron quince mil pesos, que él había tomado á los caciques comarcanos venciéndoles en la guerra, y el oro aquel estaba chamuscado porque lo habían sacado de las casas incendiadas de los enemigos. Unos á otros se despojan y se matan, destruyen los pueblos y lo devastan todo. Hacen bárbaramente la guerra, y se ensañan hasta la matanza y hasta la extrema ruina cuando vencen. Hasta llegar á este cacique anduvo á sus anchuras el bueno de Gonzalo Badajoz con sus compañeros, y recogió de los caciques sendos montones de oro. Ochenta mil castellanos de oro había acumulado, ya á cambio de

cosas nuestras, ya con la violencia y las armas. porque la mayor parte de ellos intentaron rechazar á los nuestros é impedirles el tránsito. *Aquel oro era,* de bragas, vestidos de mujeres, pecheras para sostener las tetas si caen, pendientes para las orejas, también de yelmos, collares y otras joyas; además cuarenta esclavos, de que se servían al presente en vez de acémilas para llevar las provisiones y los fardos de otras cosas, y asimismo para llevar los enfermos y los rendidos de los largos caminos y el hambre.

Por el territorio del cacique Scoria llegaron á la corte de otro que se llamaba Pariza. Cuando los nuestros no temian tal cosa, Pariza los atacó, rodeándolos con muy grande muchedumbre de guerreros; y cogiéndolos desprevenidos y diseminados, los destrozó: no tuvieron tiempo para tomar las armas; setenta hirió ó mató, á los demás los puso en fuga. Abandonaron todo el oro que habian recogido y los esclavos: pocos llegaron á Darién.

CAPÍTULO V

Sumario: 1. Otros expedicionarios.—2. La caza.—3. Singular artificio de cazar aves acuáticas.

Sería falsa, Beatísimo Padre, la doctrina de todos los sabios acerca de las vicisitudes de las cosas y la inconstancia de la suerte de los hombres, si todo viniera de cara y con felicidad. Es orden inmutable que los que arrancan raíces tan pronto dan con el dulce regaliz, como con la amarga cizaña; pero, ¡ay de Pariza! ¡no dormirá tranquilo mucho tiempo! pronto será vengado tamaño desafuero. El propio Gobernador iba á ello con trescientos cincuenta soldados escogidos; se puso malo, y

en su lugar marcha con autoridad de Pretor el legisperito licenciado Gaspar Espinosa, juez de Darién.

Por el mismo tiempo fueron á la isla llamada Rica para exigirle al cacique el tributo de perlas que se le había impuesto. Lo que suceda lo recogeré.

2. Otros dos intentaron visitar á los indígenas del otro lado del golfo. Cruzando Francisco Becerra, con otros dos principales y ciento cincuenta soldados muy bien pertrechados, por el ángulo de la ensenada y la boca del río Dabaiba, llevó la guerra á los caribes en la misma Caribana, hacia el pueblo Turufy, de que otra vez hicimos mención cuando la llegada de Hojeda. También llevaron consigo instrumentos de guerra: tres bombardas, que tiran una bala de plomo mayor que un huevo, y cuarenta arqueros; además veinticinco escopeteros para que desde lejos puedan herir á los caribes, que pelean con flechas envenenadas. No se menciona adónde fueron ni lo que hicieron; en Darién

había recelo de que se lanzaran con mala estrella cuando salieron de allí las naves para venir á España.

Otro capitán llamado Vallejo tomó la parte interior del golfo; pero pasó por otro lado que Becerra, pues éste tomó el principio de la Caribana, y aquél el remate. Regresó Vallejo, pero de setenta hombres que había llevado dejó cuarenta y ocho muertos en poder de los caribes. Esto cuentan los que envían noticias de Darién, y esto cuento yo.

El catorce de Octubre de este año mil quinientos dieciséis vinieron á verme Rodrigo Colmenares, arriba nombrado, y un Francisco de la Puente. Éste era uno de los decuriones de la turba que mandaba Gonzalo Badajoz, que escapó de las manos del cacique Pariza, que los derrotó, y Colmenares salió de Darién para venir acá después que llegaron allá los derrotados. Los dos cuentan, éste por haberlo oído, aquél por haberlo visto, que en el mar austral hay varias islas al Occidente

del golfo de San Miguel y de la isla Rica, en la mayor parte de las cuales se crían y cultivan árboles que crían el mismo fruto que la tierra de *Colocut*. Colocut, Cochini y Camemori es la feria de aromas para los portugueses; infieren que no lejos de allí está la tierra productora de todos los aromas.

Desde aquella costa nuestra del Sur, muchos de los que han recorrido aquellas regiones piden que se les dé nada más que el permiso. Se ofrecen á aparejar embarcaciones por su cuenta, y que se encargarán de buscar aquella región de los aromas. Son de opinión que las naves deben construirse y disponerse en el mismo golfo de San Miguel, pero que no debe tomarse el camino por la puerta de San Agustín, que es demasiado largo y difícil y lleno de mil peligros, y se extiende, según dicen, á más de cuarenta grados antárticos.

2. El propio Francisco, compañero de trabajos y peligros de Gonzalo, dice que, explorando aquellas

tierras, encontró rebaños de ciervos y jabalíes, y cogió muchos, enseñándole el modo los indígenas, con fosos hechos en las sendas de esos animales, sacando la tierra y cubriéndolos con ramaje, que éste es el modo con que los indígenas ponen trampas á las fieras cuadrúpedas; pero las aves como se hace entre nosotros, por ejemplo, las palomas, las engañan con una paloma doméstica y mansa que revolotea entre los árboles, pero atada, y á las aves de su clase que acuden á ella las traspasan con sus flechas, ó con redes en el suelo limpio de árboles, echando cebo alrededor y dejando en medio á la paloma. Los papagayos y otras aves, igualmente; pero aquéllos dice que son más simples, que, chirriando en un árbol el atado oculto en sus ramas, acuden muchos revoloteando, y fácilmente se dejan coger; porque no se asustan de ver al cazador, sino que esperan que les echen el lazo al cuello, y no huyen cuando se coge uno y á vista de ellos el cazador

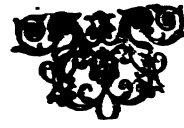
se lo guarda en el morral que lleva.

3. Hay otro género de caza inaudito hasta ahora, y graciosísimo de contar. Tenemos dicho que entre los isleños de la Española en particular hay varios lagos y varias lagunas pantanosas y encenagadas, por las cuales suele vagar multitud de aves acuáticas porque en el fondo crían hierbas, y de aquel limo húmedo se procrean pececillos y mil género de ranas, mosquitos é insectos, penetrando fácilmente el calor del sol hasta el fondo para que se produzca la corrupción y generación por providencia del *(Soberano)* Artífice y Fabricador. De aves que nadan por aquellas aguas estancadas, hay varios géneros: ánades, patos, cisnes, gaviotas, cuervos marinos y otras muchas semejantes.

También hemos dicho que en los huertos se creía un árbol que produce calabazas grandes. De éstas tiran la mayor parte en los sitios pantanosos, y enceradas para que no les éntre agua por alguna grieta

ó agujero y se vayan á fondo. Las calabazas, que siempre van flotando, inspiran confianza á las aves. Va, pues, el cazador llevando la cara cubierta con una gran calabaza á manera de yelmo, con agujeros para los ojos, disfrazado, y se entra en el estanque hasta la barba (como que, acostumbrados desde niños á andar por los ríos, no les importa nada estarse en el agua). A las aves les parece que la calabaza que cubre al indígena que está de acecho es una de las flotantes. El cazador se dirige pasito á pasito hacia la bandada de las aves nadadoras, imitando con el movimiento de la cabeza la oscilación de las calabazas, y cortando las olas que el viento agita se va cerca de las aves: sacando suavemente la mano agarra de repente de las patas á la incauta ave, y sumergiéndola la pone en el morral que para esto lleva preparado. Las otras aves, suponiendo que su compañera se ha sumergido voluntariamente en busca de comida, como suelen hacerlo

todas, sin cuidado ninguno prosiguen su camino y caen también ellas en la trampa del cazador. He puesto aquí la caza y sus mañas, á fin de que con esta suave narración se temple el mal humor que hayan producido narraciones sanguinarias.



CAPÍTULO VI

Sumario: 1. Opiniones varias de los navegantes acerca de las corrientes marinas.—2. Primitiva ley de minas en las Indias occidentales.

Digamos otro poco acerca de nuevas opiniones sobre el mar de Paria, que corre hacia el Occidente, y también del modo de explotar el oro en las minas de Paria, que lo he sabido hace poco; y con estas dos partes, que no tienen nada de trágicas, me despediré de Vuestra Beatitud deseándole toda felicidad.

Aquel piloto Andrés, y Oviedo de quien arriba se habló, vinieron á verme en mi casa en el pueblo de Madrid, que opinamos es Mantua Carpetana. En mi presencia comen-

zaron á disputar acerca del torrente *(la corriente marina)*. Los dos convienen en que estas tierras castellanas están unidas sin solución con las septentrionales á la espalda de Cuba y de las otras islas que están más al Norte de la Española y de Cuba por el lado de Occidente; pero cada uno sostiene que todo sucede de un modo diferente. El piloto pretende que aquel ímpetu de las aguas es recibido en el gremio de la tierra del que se cree continente, la cual vuelve hacia el septentrión, como dijimos, y de modo que con aquel obstáculo encorvado tome dirección giratoria, y vaya dando vuelta á la costa septentrional de Cuba y demás islas que hay fuera del círculo de Cáncer, donde la anchura del mar absorbe las aguas procedentes de estrechas fauces y reprime aquella corriente impetuosa; porque allí el mar es espacioso y muy capaz.

Lo comparo esto á las canales de agua que se llaman vulgarmente canales de molino.

Si de una canal estrecha entran aquellas aguas furiosas en ancho lago, al punto se reparten, y, aplacado su ímpetu, quedan mansas las que poco antes parecía que pretendían asolar cuanto se les pusiera delante, y ya no se sabe por dónde corren.

Preguntado por mí el mismo almirante Diego Colón, hijo y heredero del primer descubridor Colón, el cual *(Diego)* ya había recorrido aquellos mares cuatro veces de ida y de vuelta, lo que se le hubiera ocurrido en la navegación, dijo que es difícil la vuelta si se toma el camino de la ida. Pero lanzándose á alta mar hacia el Septentrión antes de dirigir á España la proa, dice que ha observado las más veces que las aguas empujan un poco; pero afirma que esto sucede por el flujo y reflujo ordinario, y que no es el movimiento giratorio el que ayuda. Piensa que la tierra está abierta, y que entre una y otra parte hay puerta por donde las corrientes salen al Occidente, para que pue-

dan dar vuelta por todo el mundo á impulso de los cielos.

Mas Oviedo, acerca de la clausura, dice lo mismo que el piloto Andrés; pero no sostiene que dan de golpe en lo convexo de la tierra occidental y son impelidas al vasto mar; antes dice que él ha observado muy diligentemente que desde alta mar corren hacia Occidente; pero cerca de las costas, navegando con embarcaciones pequeñas, afirma que la corriente es hacia Occidente: de suerte que en el mismo sitio se anda en direcciones opuestas.

Esto vemos muchas veces que sucede en los ríos, que, oponiéndose las orillas, se forman las más veces varios remolinos; por lo cual, si en tales lugares se echa al río paja ó cualquier madera, la que cae en medio del álveo va río abajo, y las que caen en algún recodo y en las márgenes revueltas de las orillas parece que van río arriba, hasta que lo que así va dando vueltas se encuentra en medio de la corriente del río. Lo que me dan, eso recibo; es-

cribo lo que varios opinan variamente. Adoptaremos la explicación cierta cuando la tengamos tal. Tenemos que contentarnos con opiniones hasta que llegue el día determinado y el punto polar que descubra este secreto de la naturaleza. Basta y sobra de la corriente marina.

2. Acerca de los reinos de Darién, con poco despacharemos este trabajo. Dijimos que distan de Darién nueve millas las laderas de unas montañas y unas llanuras áridas, donde se recoge oro, ya en lo seco, ya en los álveos y orillas de los ríos. A cada uno que desea coger oro, por regla ordinaria los demarcadores le señalan á su arbitrio y elección una medida cuadrada de doce pasos, pero en suelo no ocupado ó abandonado ya por los compañeros. Elegida así una parte de terreno, incluye allí sus esclavos como en un templo trazado por los augures; que ya hemos dicho que los cristianos se sirven de aquéllos para el cultivo y para buscar el oro. Él re-

tiene aquella parcela mientras quiere; y si ve señales de poco ó menudo oro, pide que le señalen otra medida de doce pasos: la primera abandonada vuelve al común. Este es el orden que para recoger oro guardan los de Darién, como también los otros; pero á los demás no les he preguntado. Se sabe que alguna vez aquellos doce pasos han dado al que los escogía la suma de ochenta castellanos. Así se vive en saciar la sed de oro; sino que, cuanto más se llenan excavando, tanto más ávidos se tornan; cuantos más leños se echan al fuego, con tanta más furia chisporrotea la lumbre. El hinchado hidrópico, pensando que con beber apaga la sed, la contrae más ardiente.

Paso por alto muchos casos que á su tiempo nombraré si llego á conocer que suenan agradablemente en los oídos de Vuestra Santidad, sobre quien gravita el peso de los cielos y que está en la suprema cumbre del humano linaje, porque no he recogido yo estos casos por

mi gusto, sino que la consideración á Vuestra Beatitud me ha hecho emprender estos trabajos.

La Providencia del Creador del universo conceda á Vuestra Beatitud largos y felices años.

FIN DE LA DÉCADA TERCERA

INDICE

Págs.

AL ILMO. PRÍNCIPE CARLOS, REY CATÓLICO..... 5

DÉCADA SEGUNDA.—LIBRO I.

INTRODUCCIÓN..... 11

CAPÍTULO PRIMERO. — Sumario: 1. Nuevas expediciones. — 2. Hojeda en Caramairi.— 3. El manzanillo.— 4. Muere Juan de la Cosa en el ataque.— 5. Llegada de Nicuesa..... 14

CAP. II.— Sumario: 1. Castigo de los caníbales.— 2. Marcha Hojeda á Uraba.—3. Es herido con flecha envenenada.— 4. Viaje de Nicuesa.—5. Llega Bernardino Calavera con otra nave.— 6. Disgusto de los soldados de Hojeda.—7. Marcha él, dejando el mando á Francisco Pizarro..... 20

CAP. III. — Sumario: 1. Abandonan el puesto. — 2. Naufraga un bergantín.— 3. El otro se encuentra con Anciso.— 4. Este Pretor les hace volver á Uraba. — 5. Tres días arma al brazo. — 6. ¡Paz!.. 28

CAP. IV. — Sumario: 1. Anciso con rumbo á Uraba pierde la nave en el puerto.— 2. Á mantenerse en los bosques.—3. Hostigados por los indios.— 4. Los vencen.— 5. Exploración del país..... 35

LIBRO II

CAPÍTULO PRIMERO. — Sumario: 1. Sale Nicuesa hacia Veragua.— 2. Se pierden.— 3. Lope de Olano, Gobernador interino.— 4. Naufragio de Umbría.. 45

CAP. II. — Sumario: 1. Nicuesa y los suyos hambrientos. — 2. Beneficio mal pagado por Nicuesa. — 3. En busca de mejor tierra. — 4. Disensiones de Vasco en Uraba..... 51

CAP. III. — Sumario: 1. Expedición de Rodrigo Colmenares. — 2. Perfidias de un cacique. —3. Salva Colmenares á los hambrientos de Uraba..... 59

LIBRO III

Págs.

CAPÍTULO PRIMERO. — Sumario: 1. Sale Colmenares en busca de Nicuesa. — 2. Expulsión y muerte de éste.—3. Vasco en busca de comida.—4. Tres pasados á los indios.—5. Anciso exonerado.—6. En demanda de protección..... 65

CAP. II.—Sumario: 1. Con el aliado Careta derrotan á Poncha.—2. Visitan al cacique Comogro.—3. Cadáveres conservados.—4. Discreción de Comogro el joven..... 75

CAP. III. — Sumario: Aprovechado discurso del indio Comogro..... 81

LIBRO IV

CAPÍTULO PRIMERO. — Sumario: 1. Los darienenses socorridos por Valdivia. — 2. Otra vez hambre.—3. Parte de allí Valdivia trayendo oro y para reclamar provisiones..... 89

CAP. II.—Sumario: 1. Noticias del Darién.—2. Murciélagos temibles. —3. Juntos Vasco y Colmenares, exploran el Darién río arriba.—4. Son atacados por los indios, y los derrotan..... 94

CAP. III.— Sumario: 1. Palacio del cacique Abibeiba en la copa de un árbol. — 2. Le hacen bajar y tratan en paz..... 100

LIBRO V

CAPÍTULO PRIMERO. — Sumario: 1. Hostilidad de los indios. — 2. Su conspiración. — 3. Su fracaso. — 4. Matan á los españoles en el río..... 105

CAP. II.— Sumario: 1. Complot indio descubierto.—2. Su castigo..... 111

LIBRO VI

CAPÍTULO PRIMERO. — Sumario: 1. Avisos á la Española y á España.—2. Elección de comisionados.—3. Parten Colmenares y Caizedo. — 4. Saben la muerte de Valdivia y sus compañeros. — 5. Y la de Hojeda..... 119

CAP. II. — Sumario: 1. El cacique Comendador. — 2. El marinero apóstol. — 3. La Virgen entre los indios.—4. Prodigios..... 126

CAP. III. — Sumario: 1. Certamen sobrenatural. —

Págs.

2. Su excelente resultado.—3. Anciso en España contra Vasco Núñez..... 133

LIBRO VII

CAPÍTULO PRIMERO.—Sumario: 1. Los comisionados y el obispo Fonseca.—2. Investigaciones del autor.—3. Nombramiento de Pedro Arias.—4. Su armada..... 141

CAP. II.—Sumario: 1. Cadamusto plagiario.—2. Pases para América.—3. Salida de Pedro Arias.—4. Resolución de su esposa, Doña Isabel de Bobadilla..... 148

CAP. III.—Sumario: 1. Vicente Yáñez Pinzón.—2. Le atacan los indios.—3. Paces y regalos..... 155

CAP. IV.—Sumario: 1. Indios vestidos.—2. Excusas literarias del autor.—3. Gobierno de aquellos indios.—4. El cabo de San Agustín..... 160

LIBRO VIII

CAPÍTULO ÚNICO.—Sumario: 1. La famosa línea de Alejandro VI.—2. Los primeros obispos de América.—3. Los caribes.—4. Transición..... 165

LIBRO IX

CAPÍTULO PRIMERO.—Sumario: 1. La Española, metrópoli.—2. Fertilidad de Uraba.—3. Árboles de Darién.—4. La primera piña de América.—5. Las batatas.—6. Los animales de allá..... 173

CAP. II.—Sumario: 1. Los ríos de Uraba.—2. Los cocodrilos.—3. Los faisanes y otras aves acuáticas..... 180

CAP. III.—Sumario: Curiosas conjeturas del autor sobre el origen de los grandes ríos..... 184

LIBRO X

CAPÍTULO PRIMERO.—Sumario: 1. Extensión de lo descubierto.—2. Mapas primitivos.—3. Medidas.—4. Latitudes..... 195

CAP. II.—Sumario: 1. Fuente fabulosa.—2. El hambre en Uraba.—3. Los restos se pasan á Darién.. 203

DÉCADA TERCERA.—Libro I.

Págs.

Capítulo primero. — Sumario: 1. La empresa de Vasco Núñez de Balboa. — 2. Se gana á los caciques Careta y Poncha.—3. El desfile por las montañas..... 209

Cap. II.—Sumario: 1. Cuarecua se opone á Vasco y es derrotado. — 2. Indios sodomitas. Vasco los echa á los perros. — 3. Alegría de los comarcanos. — 4. Tribu de etiopes..... 216

Cap. III. — Sumario: 1. Prosigue la expedición.— 2. Vasco viendo el Pacífico. — 3. El cacique Chiapes les ataca; es vencido y reconciliado.—4. Pasa lo mismo con Coquera..... 221

Cap. IV.— Sumario: 1. Vasco en el mar Pacífico.— 2. Peligra en sus canoas.—3. El cacique Tumaco resiste, se torna amigo y regala perlas..... 228

Cap. V.—Sumario: 1. Primeras noticias de la isla rica.—2. Temporales de aquel mar.—3. Sobre los antípodas..... 236

LIBRO II

Capítulo primero. — Sumario: 1. La pesca de las perlas: su carne, su cría, sus conchas. —2. Regresa Vasco á Darién por el territorio del cacique amigo Teaocha..... 241

Cap. II.—Sumario: 1. Prosigue Vasco: peligros de sed y de fieras.—2. Tigre cazado.—3. El cacique Pacra: su castigo.—4. Los perros en la guerra.. 248

Cap. III. — Sumario: 1. El cacique amigo Bononiama.—2. Sus noticias.—3. El hambre que pasaron. 256

LIBRO III

Capítulo primero. — Sumario: 1. Prosigue Vasco su penosa expedición por tierras de varios caciques.—2. Estima que hacían de nuestras hachas de hierro..... 263

Cap. II. — Sumario: 1. El ponderado cacique Tubanama.—2. Cae prisionero.—3. Sus excusas..... 270

Cap. III. — Sumario: 1. Llegan los rezagados. — 2. Muestras de oro. — 3. Tubanama adicto. — 4. Vasco enfermo y todos hambrientos.—5. El cacique Carlos Comogro..... 277

Cap. IV. — Sumario: 1. Vasco vuelto á Darién. — 2. Sus buenas cualidades. — 3. Importancia de tales descubrimientos..... 284

LIBRO IV

Págs.

CAPÍTULO PRIMERO. — Sumario: 1. Cuarto viaje de Colón. — 2. Por las costas de Honduras. — Isla Guanasa.—3. En Ciamba..... 289
CAP. II. — Sumario: 1. Prosigue el Almirante su viaje hacia Costa Rica. — 2. Árboles y animales de allá..... 296
CAP. III.—Sumario : 1. Prosigue Colón la exploración de Costa Rica.—2. Hacia Puerto-Bello.— 3. Oposición de los indígenas..... 304
CAP. IV. — Sumario: 1. Situación apuradísima de Colón en Jamaica. — 2. Viaje arriesgado de Diego Méndez.—3. Noticias geográficas: oro: montañas. —4. Conjeturas del Almirante..... 314
CAP. V.—Sumario: 1. Noticias geográficas.—2. Oro y piedras preciosas..... 321

LIBRO V

CAPÍTULO PRIMERO. — Sumario: 1. Viaje de Pedro Arias. — 2. Conjeturas sobre el mar de hierbas.— 3. El puerto de Santa Marta..... 329
CAP. II.—Sumario: 1. Continúa Colón buscando un estrecho. — 2. Le atacan los indios. — 3. Hechos del historiador Oviedo.—4. Industria de aquellos indios. — 5. Antropófagos..... 336
CAP. III.— Suma.io: 1. Cultivo de la yuca.—2. Productos industriales..... 344

LIBRO VI

CAPÍTULO PRIMERO.— Sumario: 1. Curiosas conjeturas sobre las corrientes marinas á Poniente. — 2. Cavoto explorador del mar glacial..... 353
CAP. II.—Sumario : 1. Llega al Darién la armada de Pedro Arias.—2. Gran Consejo.—3. Parte al Rey. 359
CAP. III. — Sumario : 1. Corrientes marinas. — 2. Condiciones enfermizas de Darién..... 367
CAP. IV.—Sumario : 1. Casos y cosas de Darién.— 2. Madera para naves. — 3. Arbol mortífero. — 4. Varios exploradores..... 372

LIBRO VII

CAPÍTULO PRIMERO. — Sumario : 1. Noticias frescas. --2. Descripción de la Española : sus primeros

Págs.

pobladores: su primera casa.—3. Sus nombres primitivos..... 379
CAP. II.—Sumario: 1. Enseñanza tradicional de los indios.—2. Noticias geográficas de la Española.. 386
CAP. III.—Sumario: 1. Fauna y flora de la Española.—2. Su cosmografía particular..... 393
CAP. IV.—Sumario: 1. Pronunciación é idiomas de la Española.—2. Antro pavoroso.—3. Lagos..... 399

LIBRO VIII

CAPÍTULO PRIMERO.—Sumario: 1. Otros lagos de la Española.—2. Maravilloso pez domesticado..... 405
CAP. II.—Sumario: 1. Los valles de la Española.—2. Otra división geográfica.—3. Su despoblación.—4. Su amenidad..... 415
CAP. III.—Sumario: 1. Curiosa hipótesis sobre la formación de los filones.—2. El oro que se traía.—3. Salinas de piedra.—4. Fuentes mezcladas... 422
CAP. IV.—Sumario: 1. Indios insociables.—2. Pez y resina.—3. Hojas de árbol para escribir.—4. Hierba mortífera..... 427

LIBRO IX

CAPÍTULO PRIMERO.—Sumario: 1. Aprovechamiento primitivo de las raíces alimenticias.—2. Sus especies.—3. Quejas literarias..... 435
CAP. II.—Sumario: 1. Cómo ponían nombres á los recién nacidos.—2. Su modo de testar.—3. Sus matrimonios y crueles entierros de esposas vivas.—4. Lluvias y riegos..... 441
CAP. III.—Sumario: Las islas del Norte: Cuba, Jamaica y Guadalupe..... 446
CAP. IV.—Sumario: 1. Las islas Galante, Todos Santos, Barbada, Montserrat, La Antigua.—2. Altobello y sus tortugas.—3. Transición..... 452

LIBRO X

CAPÍTULO PRIMERO.—Sumario: 1. Al otro lado del itsmo: la isla Rica.—2. Perlas.—3. Noticias de los grandes imperios.—4. Cacique tributario de perlas.—5. Valor de algunas..... 457
CAP. II.—Sumario: 1. La cría de las perlas.—2. Origen de los caribes.—3. Primera noticia de reinos cultos..... 466

Págs.

CAP. III.—Sumario: 1. Expedición de Juan Solís.—2. Idem de Juan Pontes.—3. Idem de Juan Ayora. 474
CAP. IV—Sumario: 1. Expedición de Gonzalo de Badajoz.—2. Esclavos marcados de Yuana.—3. Otros caciques..... 480
CAP. V.—Sumario: 1. Otros expedicionarios.—2. La caza.—3 Singular artificio de cazar aves acuáticas..... 487
CAP. VI.—Sumario: 1. Opiniones varias de los navegantes acerca de las corrientes marinas.—2. Primitiva ley de minas en las Indias occidentales... 495

TOZZER LIBRARY
3 2044 042 068 445

This book is not to be
taken from the Library